

HÜNNEBECK & WENDT

MI VECINO Y YO



Mi vecino y yo

Kirsten Wendt y Marcus Hünnebeck

OceanofPDF.com

Para nuestros autores favoritos: todo empezó con ustedes.

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

1

Vicky

—Todos tienen un cañón de agua menos yo —refunfuña Luis y hace una mueca.

—Tu pistola de agua servirá, créeme, cielo. Ahora, si queremos pasar un buen rato en el parque antes de que el sol se ponga, tenemos que irnos ya, ¡vamos! —le digo a mi hijo y me gustaría acariciar su carita en el hoyuelo de su mejilla izquierda. Pero no puedo, porque tengo que ser un poco más coherente. No puedo cumplir todos sus deseos, aunque me cueste. El otro día, una profesora de la guardería me dijo que seguía siendo demasiado inquieto para ir al colegio el próximo año. ¿Qué sabe ella? Solo es un niño con muchas ganas de moverse.

—Está bien. Pero me hace parecer un bebé.

—No lo eres. Eres un niño de cinco años súper cool.

Me mira un poco escéptico y cede. Uf, qué suerte, hoy no hay rabieta. Salimos juntos de nuestro apartamento y corremos para bajar las escaleras.

El que llegue primero gana —grita Luis.

—Shh, no tan alto —le amonesto, para que los fastidiosos Müller de la planta baja no tengan otro motivo para quejarse. Para ellos es fácil hablar, no tienen hijos. Nuestro edificio consta de seis apartamentos. Arriba a la izquierda está el reino de Luis y mío, y no lo cambiaría por nada del mundo. Desde el balcón se puede ver el centro de nuestra pequeña ciudad, y al salir se puede ver un gran prado al otro lado de la carretera. Me encanta esta mezcla de vida en la ciudad y en el campo.

Sigue haciendo un calor abrasador, aunque ya es tarde. Después de un ajetreado día de trabajo, me apetece una relajada sesión de juegos con mi hijo. Me acomodaré en el banco del parque con una revista mientras Luis juega. Espero que no seamos los únicos, que haya algunos chicos más por aquí, si no tendré que jugar al fútbol con Luis. Estos son los pocos momentos en los que echo de menos tener un hombre en mi vida. Odio el fútbol y soy una mujer que prefiere jugar con muñecas Barbie que con figuras de acción.

—Ahí está Tami —se alegra Luis y corre hacia el columpio. Por favor, por favor, no le dispares la primera carga de agua, rezo para mis adentros, porque no se ven más niños aparte de Tami, y sería estupendo que los dos pudieran jugar juntos. Una niña dulce como ella no querría jugar con un pistolero.

De todos modos, me pregunto cómo un vómito de padre pudo engendrar una niña tan simpática como Tami. Mi puesto ya está ocupado por Simón Decker del primer piso. Genial, creo que puedo despedirme de mi tarde de relax. No sé qué es exactamente lo que me molesta de él, pero la antipatía parece ser mutua. Se mudó al piso de abajo con Tami hace un mes y me puso de los nervios desde el primer día.

Sonriendo, observa a nuestros hijos saludarse en los columpios, pero su expresión se endurece justo cuando me ve. No obstante, hacemos un esfuerzo y somos educados, como deben ser los adultos.

—Hola —dice, despejando el espacio a su lado de periódicos y tupperware—. ¿Por qué no se sienta? Voy a guardar mis cosas.

—Hola, gracias —me siento rígidamente a su lado y cruzo las piernas. Con mi falda corta, se notaba claramente que no me había depilado bien las piernas. No importa, porque el tipo no me interesa de todos modos. Lo mejor es fingir que estoy ocupada y leer la última edición de la revista "Gala". No todo el mundo puede ser tan intelectual como mi vecino con el periódico cuidadosamente doblado.

—Hace un tiempo estupendo hoy, ¿verdad? —me dice mientras paso la página de un reportaje fotográfico sobre las vacaciones en la playa de Heidi Klum a los últimos planes de viaje de Angelina Jolie.

—¿Eh? Oh, sí, realmente genial. Y los niños también se llevan bien, ¿qué más se puede pedir?

—Cierto. Nuestros hijos parecen llevarse bastante bien. Tami ha hablado a menudo de su hijo. Y eso a pesar de que es un chico y todos sabemos que los chicos suelen ser tontos con las chicas. ¿Sabes qué? Siempre me siento viejo cuando hablo de "usted". ¿Te parece si lo llevamos más casual? Me llamo Simón.

Me tiende la mano y me sonríe con confianza. Ok, ok, por mí bien, ¿por qué no? Nuestros hijos tienen la misma edad y van al mismo grupo de guardería, y probablemente incluso vayan al colegio juntos. Difícilmente podremos evitar tener que vernos las caras con regularidad. Sin embargo, tiene demasiada autoconfianza para mí. Hay gente que es muy segura de sí

misma y al lado de la cual te sientes como una pequeña ovejita. Ese es el tipo de persona que es. Quizá sea sólo mi imaginación; que sea un hombre guapo no significa automáticamente que sea un idiota.

—Me encantaría —respondo y le tiendo la mano. Generosamente, paso por alto el hecho de que se ha colocado las gafas de sol en la cabeza—. Victoria.

—Oh, pensé que tu... perdón... pensé que tu nombre era Vicky.

—Mis amigos me llaman Vicky, así es. Pero mi verdadero nombre es Victoria... ¿Cómo te sientes en tu nuevo hogar? En realidad es una bonita comunidad, ¿no crees?

—Sí, yo también lo creo, nos sentimos muy cómodos. Además, el apartamento tiene una distribución estupenda, y Tami por fin tiene su propia habitación. Cuando el niño es feliz, el padre puede trabajar en paz. Soy autónomo y trabajo desde casa, así que es bastante útil que Tami pueda mantenerse ocupada por sí misma.

—¡Qué suerte! Yo sí tengo que ir todos los días al trabajo y ver cómo puedo gestionarlo todo. Trabajo, hijo, hogar... Bueno, supongo que lo entiendes, ¿no?

—Tu hijo es muy inquieto, imagino que es agotador —dice Simón.

¡Cómo se atreve! ¿Quién se cree que es para juzgar así a Luis? ¡Ni si quiera lo conoce! Mientras tanto, mi hijo juega tranquilamente con Tami en la arena e incluso ha dejado la pistola. Juntos construyen una pista de canicas y están completamente absortos en su juego. Simón continúa imperturbable y ni siquiera se da cuenta de que le miro con rabia.

—Esta noche es la reunión de vecinos, estoy deseando que llegue. Nunca había ido a una reunión de vecinos; antes alquilaba una casa de campo.

—Se nota.

—¿Qué? —pregunta, irritado, y finalmente me mira una vez mientras me habla. Qué engreído.

—Se nota que no habías vivido antes en una vecindad compartida —dije—. Pero no importa, no he dicho nada. Soy la madre del hijo inquieto y mejor me callo.

—Dios mío, ¿siempre eres tan susceptible? Lo siento, claro que no quería decir eso. Los chicos son diferentes de las chicas, pero las chicas son más problemáticas. Como puedes ver una vez más por tu reacción.

Y ahora también me ofende a mí. Ya he tenido suficiente. No voy a dejar que este insolente con jeans de diseñador arruine mi bonita tarde.

—¡Luis! Es hora de irnos, ¿quieres venir, por favor? —llamo.

—Pero mamá, aún no hemos terminado. Sólo media hora.

—Ya pasó media hora —respondo, y noto que Simón pone los ojos en blanco—. Lo siento, ya nos vamos. Volveremos mañana.

—Todavía tenemos que conseguir las canicas y probar los carriles —protesta ahora también Tami.

—No, nosotros también tenemos que irnos, Tami —dice Simón y se levanta de un salto—. Lo siento, tendrán que seguir jugando mañana. Vamos.

—No es justo —refunfuñan los niños.

Es verdad, pero no soporto estar al lado de Simón Decker ni un segundo más. Ya es bastante estúpido que ahora le tutee. La reunión de vecinos en el restaurante griego es dentro de unas horas, así que quizá tenga que volver a verlo. Que me bese el culo.

Tomo a Luis con rabia de la mano y su pistola de agua en la otra. Me encantaría dispararle al súper papá con ella. Sin si quiera voltearse guarda cuidadosamente sus cosas en un bolso grande. Qué cobarde. Murmura algo para sí mismo. Agudizo el oído y apenas puedo creer lo que está diciendo. Luis también lo oye; con la boca abierta escucha al padre de Tami murmurar:

—El pobre parece un bebé con su pistola de agua. Un niño necesita algo más grande que una miniatura como esa.

Si las miradas de Luis pudieran matarme, caería al suelo en un segundo. Este pisa con rabia de un pie a otro. Ahora soy la estúpida aguafiestas que le compra a su hijo juguetes de bebe. Lanzo una mirada de odio a Simón Decker. Estoy a punto de estallar de rabia, estoy muy enfadada con ese idiota.

Sin despedirnos, salimos rápidamente del parque infantil con nuestros hijos de la mano. Cuando abro la puerta de mi apartamento, Simón Decker da un fuerte portazo. Esperemos que la Sra. Müller le dé una buena charla en la reunión por estas molestias acústicas.

—Volveré en una hora y media a más tardar, Larissa. Pueden ver una película juntos y cenar frente al televisor. Todo está en la cocina. Y tú pórtate bien, Luis, ¿sí? Después de la película, directamente a la cama.

Hasta luego, y gracias por venir a pesar de que es la noche antes de tus vacaciones, Larissa.

Nuestra niñera es un encanto y ya la echo de menos. Cuando está enferma, tiene exámenes o se va de vacaciones, las catástrofes están garantizadas y yo no sé qué hacer. Pero Müller no, eso definitivamente no sucederá esta vez. Al fin y al cabo, Larissa sólo viaja a Túnez por una semana y entonces tendrá mucho tiempo para Luis, que quiere mucho a su niñera de dieciocho años. Le pongo veinte euros en la mano y le doy un beso a Luis.

Me cambié la falda, la blusa y los zapatos de tacón por unos jeans, una camiseta y unas zapatillas. Ahora me dirijo hacia el restaurante griego que queda a unas calles, donde nos reuniremos en una sala privada. No me apetece, porque las reuniones de vecinos son una absoluta pérdida de tiempo; pero si no vas, suelen tomarse decisiones que nunca habrías aceptado. Así que no asistir no es una opción.

Como siempre, llego demasiado temprano. Es decir, yo no llego temprano, los demás llegan tarde. Como madre soltera que trabaja, consigo llegar a las siete de la tarde en punto como estaba previsto, pero un ama de casa sin hijos como la señora y su marido prejubilado no pueden hacerlo. También faltan Gloria Hofer, la familia Nguyen y los eternos enamorados Laurenz. Sólo uno llegó antes que yo: Simón Decker. Por supuesto.

Está sentado a la cabecera de la gran mesa de la sala privada y está ocupado con su teléfono celular cuando entro. Nunca en mi vida elegiría ese asiento si fuera a primera en llegar. Y menos si casi no conozco a nadie. A él, en cambio, le parece lo más natural del mundo.

—Hola —dice inexpresivamente, sin hacer muecas ni levantar la vista del celular.

—Hola —le contesto sin rodeos y me siento a unas sillas de él.

También saco mi teléfono del bolsillo, pero lo vuelvo a guardar porque poco a poco van llegando los demás vecinos. Menos mal que ya no estoy sola con este imbécil.

—En primer lugar, mi mujer y yo queremos desahogarnos de algo general —abre la reunión el Sr. Müller, aclarándose la garganta. Nadie sabe por qué, pero se cree nuestro líder. Sin embargo, como a ninguna otra persona en su sano juicio le interesaría ese puesto, le dejamos tomarlo—.

Nosotros, es decir, mi querida esposa Irma y yo, ya no somos los más jóvenes y tenemos que cuidar nuestra salud. Mi corazón ya no me sigue el juego, e Irma tiene mal el azúcar. Por eso necesitamos el descanso del mediodía. Rogamos a todos los residentes que respeten los horarios habituales. Además, los periodos de descanso en Alemania están impuestos por la ley. Me he tomado la molestia de consultar algunos textos jurídicos. De acuerdo con la Ley Federal de Control de Inmisiones...

—Disculpen, si pudiera interrumpir un momento antes de que empecemos de lleno con la reunión —dice Simón. Me muerdo la lengua internamente al aceptar su intervención, pero no se lo merece por cortar al Sr. Müller —. Bueno, quería presentarme personalmente a todos antes de que profundicemos más en esto. ¿Les parece bien?

—Como quiera —dice el Sr. Müller, echándose hacia atrás en su silla, enfadado—. Después de todo, ya lo conocemos. Usted y su hija no pasan desapercibidos.

Ouch. Su mujer le da un codazo en las costillas y yo sonrío a la señora Nguyen, que se queda mirando la mesa con prudencia. Aun así, No puedo evitar notar su risa reprimida.

Simón no se inmuta y sigue sin impresionarse.

—Mi hija Tami y yo vivimos, como seguramente ya todos saben, en el primer piso, frente a Uta y Kai. Gracias de nuevo por su ayuda para arrastrar las sillas de la cocina. Sí, ¿qué les puedo contar de mí? En pocas palabras: Tengo treinta y siete años y soy arquitecto autónomo. Tengo mi oficina en casa, así que estaré encantado de aceptar correo o paquetes para todos si lo desean. Ahora que me he presentado dejaré un poco las formalidades y los llamaré por sus nombres de pila, ¿Ok? —Todos asienten con la cabeza, excepto los Müller, que miran por la ventana. Y yo tampoco asiento; para qué, ya nos tuteamos antes—. Mi hija Tami cumplió cinco años en mayo y va a la guardería de la calle Dusseldorf. Igual que el hijo de... la Sra. Mahler.

¡No puedo creerlo! La forma en que acentúa mi apellido y mira brevemente en mi dirección con las cejas levantadas. Ya es suficiente. Nunca volveré a llamar a ese idiota por su nombre de pila. Esto es un descaro, una completa insolencia, directamente una declaración de guerra. ¡Bueno, guerra tendrás, Simón Decker!

—Bueno, estoy seguro de que esto tampoco ha escapado a su atención: Soy padre soltero y estoy orgulloso de ello. Mi hija y yo formamos un buen

equipo y nos llevamos muy bien. Cada dos fines de semana, Tami está con su madre.

—La mayoría de los hombres ni se atreverían a hacer algo así. Es realmente genial, Simón.

Dios mío, ¿qué le pasa? A su marido, Kai, no parece agraderle tanto el entusiasmo de su esposa.

—Bueno, déjalo, cariño, eso no tiene nada que ver aquí.

—Oh, yo no lo veo así —digo, balanceándome despreocupadamente en mi silla—. ¿Por qué es tan especial para los hombres ocuparse de sus hijos y no para las mujeres? Creo que el Sr. Decker simplemente cumple con su deber como padre, lo cual está muy bien. Pero no es para tanto. Al fin y al cabo, trabaja desde en casa y puede gestionar su tiempo libremente, a diferencia de muchas madres solteras que no tienen ese lujo.

—Sin embargo, eso no es un tema relevante en una junta de vecinos —refunfuña el Sr. Müller.

—Sí lo es —le digo—. Después de todo, usted mismo se quejó de que alteramos el orden público. En nuestra vecindad hay tres familias con niños. Los Nguyen, los nuevos... lo siento, he olvidado el nombre... oh sí, los Decker. Y mi hijo y yo. Supongo que tendremos que llegar a un acuerdo para que pueda echarse la siesta, Sr. Müller.

—Está usted muy equivocada; no se necesita ningún acuerdo, querida señora Mahler —explica el señor Müller, frotándose la barriga cervecera—, simplemente se debe seguir el reglamento. Esperen un momento. Por qué no han venido a tomar nuestros pedidos. ¿Qué tipo de servicio es éste? Irma, llama al compatriota griego, ¿o es que acaso no necesitan nuestro dinero? —Se ríe de su propia broma estúpida, mientras su mujer se apresura obedientemente a salir por la puerta y buscar a una camarera.

Ya sé por qué estoy soltera. Nadie necesita eso.

Una hora más tarde estamos sentados frente a platos de gyro y vasos vacíos. Los camareros son realmente lo peor, porque si no se lo pedimos directamente, nadie entra a nuestra sala para tomar pedidos o recoger la mesa. Sin embargo, esto también podría deberse al mal humor de nuestro grupo, porque todo el mundo habla sin parar.

—Niños, no deberían discutir tanto, es malo para su karma —reprende Gloria Hofer, y por un momento todos se callan.

Gloria vive enfrente de mí y es una abuela muy gruñona. Es decir, ni siquiera sé si tiene nietos, porque nunca he visto a ninguno con ella. Pero es vieja y tiene un aspecto muy peculiar. Lleva el pelo gris recogido en un moño enmarañado y los labios siempre de un color diferente. Gloria debe de vivir en un paraíso de pintalabios; hoy la tendencia es el naranja. Hasta ahora sólo me la he encontrado en el pasillo o en nuestras reuniones de vecinos; quizá debería cambiar eso. Parece agradablemente chiflada, algo que incluso el diplomático Simón Decker observa con una sonrisa divertida. Aunque no quiero estar de acuerdo con él, no puedo evitar que me llamen la atención los labios chillones de Gloria, al igual que él.

—En luna nueva, las cartas de la vida siempre se barajan de nuevo —explica, moviendo lentamente la cabeza de izquierda a derecha como una tortuga para mirarnos profundamente a los ojos. Se silencia toda conversación. Ni siquiera el Sr. Nguyen resiste ya la descarada acusación de Müller de que todos los vietnamitas son intrínsecamente ignorantes en materia de separación de residuos—. Lo que ocurra hoy, mañana y pasado mañana es importante para todos los que estamos aquí. Por eso debemos estar atentos, ¿entienden?

—Sí —decimos Uta, Kai, Simón y yo al unísono.

El Sr. Müller se levanta de un salto y ensucia su camisa con tzatziki del borde del plato. Pobre Irma, ya tendrá en qué entretenerse con su jabón en barra.

—La Sra. Hofer tiene toda la razón: es sumamente importante pensar a futuro. Por eso deberíamos aclarar de una vez quiénes pueden estacionar en nuestras plazas y quiénes no. El otro día, uno de nosotros tuvo una visita, no quiero mirar a nadie con malos ojos, y había nada menos que dos, repito: dos coches ajenos aparcados delante de nuestra casa. Eso no está bien, gente. Con todo mi amor, no funciona así.

Kai se levanta y va al baño. Ya veo. Así que él era el culpable. Para ser sincera, también me molesta cuando mi estacionamiento está constantemente ocupado, después de todo, he pagado mucho dinero por él. Pero prefiero morderme la lengua a darle la razón a Gunther Müller y, además, no me apetece estresarme por los Laurenz. Basta con que no soporte a Simón Decker y a los Müller. Afortunadamente Gloria reacciona inmediatamente a la señal del amor.

—Con todo el amor, ese es un hermoso lema para la vida. Debemos mirar las cosas con amor. A veces hay que cambiar de perspectiva para que

las cosas salgan bien. En lugar de enfadarnos porque Simón deje entrar a sus invitados en nuestros estacionamientos, podemos adoptar un enfoque completamente distinto. Quizá Simón ni siquiera sabía que cada uno de nosotros sólo tiene asignado una plaza de estacionamiento. Visto con amor y atención, Simón puede incluso habernos hecho un regalo. El don de la confianza. Eso no tiene precio. Pensemos en ello, queridos —manifiesta Gloria.

¿Disculpe? No fue Kai Laurenz el responsable de las plazas ocupadas, sino Simón Decker? No me sorprende. Finge haber ignorado simplemente el discurso con la acusación oculta y sonríe a Gloria con amor y atención.

—Qué interesante —digo—. Creo que es bastante desconsiderado ocupar los estacionamientos de los vecinos. Sobre todo cuando se es nuevo, hay que recordar bien los contratos firmados, ¿no? ¡No se me habría ocurrido estacionar en el espacio de otro vecino siendo nueva en el edificio!

Es jodidamente cierto. No me importa que me salgan manchas rojas por el enojo desde el escote hasta la barbilla. Podría matarlo, a ese santurrón y cobarde padre de la nación. Seguro que dobla los chalecos antes de acostarse, como hace con su madre, pero no se atreve a quitar la nieve en invierno al servicio de la comunidad de propietarios. No me extraña que su ex le haya dejado; yo no duraría ni dos días con él.

—Pido formalmente disculpas por los inconvenientes que les pude haber causado y no se repetirá. Como muy bien ha reconocido Gloria, suele haber dos perspectivas. No estuvo bien por mi parte, y no crean que busco salirme con la mía con estas palabras...

—No, claro que no —le digo.

—... pero mi hija estaba enferma, de repente tenía una fiebre inexplicablemente alta. Como siempre ocurre, tenía otras mil cosas en la cabeza. El nuevo apartamento. Una molesta discusión con mi exmujer. Dos clientes esperando sus proyectos, y, y, y. Bueno, ya saben cómo es. Cuando todo ocurre, siempre ocurre al mismo tiempo. De todos modos, Tami estaba tan mal que llamé a un médico amigo mío, que vino enseguida. Y por una vez, la madre de Tami también se preocupó por su hija y ocupó otro estacionamiento. Así que no pensé en sus espacios de estacionamiento. Mis disculpas.

—No es para tanto —piensa Uta. Si sigue adorando así al nuevo, no necesito mirar las cartas del tarot de Gloria para saber que pronto tendrá un problema con su marido—. ¡Pobrecita! ¿Qué tenía tu niña?

—Una infección de vejiga. Tras unos días de reposo en cama y antibióticos, se acabó el susto.

—Al parecer yo estaba de vacaciones —comenta el Sr. Müller—. Porque al menos cuando he estado presente no se han escuchado más que pisotones constantes desde tu apartamento.

—Bueno, a los niños les gusta moverse, incluso a las niñas buenas. También es bueno para su salud —digo—. Me temo que tengo que irme ya, mi niñera se va mañana de vacaciones, y, además, ya hemos hablado bastante de todos los temas importantes. Adiós a todos.

Hago un rápido gesto de despedida con la cabeza a todo el mundo excepto a Simón Decker, pongo un billete de diez en la mesa equivalente a lo que consumí, y me aseguro de llegar a casa para ver una temporada de Doctor's Diary. Realmente lo necesito para mis nervios ahora.

OceanofPDF.com

Simón

— Veintisiete — me motivo. Pero en lugar de concentrarme en mi entrenamiento, sólo puedo pensar en esa estúpida insolente.

— Veintiocho.

¿En qué estaba pensando?

— Veintinueve.

¿Y qué fue esa insinuación? ¿Era una amenaza?

— Treinta.

Después de la última sentadilla, me siento un rato en la alfombra azul oscuro y miro por la ventana. El cielo despejado me invita a salir para aprovechar el fin de semana libre. Pero primero quiero deshacerme de la frustración que siento. Por regla general, el ejercicio siempre ayuda, pero hoy, después de treinta abdominales y otras tantas flexiones, nada ha cambiado, salvo que me arden los músculos.

Me pongo de pie y me agarro a la barra de dominadas sujeta al techo del dormitorio. Por un momento me imagino que la cosa se desprende del techo y deja un enorme agujero por el que Vicky, perdón, Vic-to-ri-a, asoma su estúpida cara. Lo cual, por supuesto, es imposible. No la estúpida cara, esa la vi ayer. Si no, la barra. Como arquitecto, sé justo cómo colocar las cosas para que duren. El taladro de martillo tuvo dificultades con el techo de hormigón al principio, sobre todo porque tuve que hacer seis agujeros, pero ahora aguantaría hasta una bomba.

— ¡Simón! — me amonesto a mí mismo —. ¡No tiene sentido que te entrenes así!

Me subo hasta que mi barbilla está por encima de la barra.

Ok, debe ser fácil sacar a Victoria de mi mente, después de todo, sólo es mi molesta y terriblemente sensible vecina a la que claramente no le caigo bien. No hace falta ser un genio para darse cuenta. Pero Marián ha conseguido arruinar mi estado de ánimo con una sola llamada. No creo que Victoria sea capaz de hacerlo.

¿Cómo pude estar tan ciego antes y enamorarme de ella? Y lo más loco de todo: sin Marián, mi dulce ángel no existiría. Si alguien inventara algún día una máquina del tiempo, no podría utilizarla para ignorar a Marián en la discoteca. Porque no podría imaginarme la vida sin Tami bajo ninguna circunstancia. Es la mejor niña del mundo. Cómo me cuesta mantenerme severo cuando ella me mira con sus ojos de borrego y sonríe. Sólo el pequeño hueco entre sus dientes hace que me derrita literalmente.

Después de la décima ronda, suelto la barra y me limpio el sudor de la frente con una toalla. Respiro con dificultad, pero no puedo sacarme de los oídos la última frase de Marián: *"A partir del lunes vamos a tener una semana paz, después tenemos que discutir urgentemente algunas cosas"*.

Hace siglos que no tenemos nada de qué hablar. En realidad, todo está arreglado entre nosotros. ¿Qué habrá querido decir? ¿Quiere negarme la manutención para Tami?

Cuando mis músculos se han recuperado un poco, hago otras seis dominadas y por fin llega la hora de la ducha caliente. Justo en el dormitorio, antes de entrar desnudo en el baño, me quito la ropa deportiva sudada y la cuelgo sobre los tiradores de la barra para que se seque.

Una hora más tarde, suena el timbre. Me apresuro hacia el pasillo y abro la puerta. Mis dos amigos de toda la vida, Tobías y Silvio, suben las escaleras hablando en voz alta de la temporada de fútbol que acaba de terminar. Seguramente al Sr. Müller le agraderá mucho eso. Me pregunto si estará acechando detrás de su puerta, tomando notas de todo lo que escucha. Esa gente me resulta sospechosa. ¿Por qué malgastan energía haciéndoles la vida miserable a sus vecinos? Al menos parece que los Müller utilizan métodos de policía secreta para averiguar todo lo que hacemos. Los demás parecen bastante razonables. Excepto Victoria, por supuesto.

— ¡To! — grita Tobías cuando suben los últimos escalones.

— ¡Si! — añade Silvio no menos alto.

— Si — murmuro sin entusiasmo.

Así nos llamamos. Los Tosisis. Es nuestro saludo desde nuestros tiempos de colegio, y solíamos pasar noches de fiesta y romper el corazón a muchas mujeres. Hasta que tuve a Tami en mis brazos por primera vez. A partir de ese momento todo se centró en ella y supe que cambiaría mi vida por esta dulce criatura, para pasar cada minuto libre con mi hija.

— Bueno, alguien está deseando que llegue la fiesta de hoy — dice Tobías.

— Pasen — les invito, porque si no me equivoco escucho una puerta abrirse en la planta baja.

— ¿Qué pasa? — pregunta Silvio.

— No estoy de humor — confieso — . Me temo que Marián está tramando algo malo.

Los dos me siguen hasta el salón, donde ya he echado una bolsa de patatas fritas en un cuenco y les he proporcionado tres botellas de cerveza.

— Marián no está tramando nada malo — me corrige Silvio — . Ella es mala. Probablemente saldría su foto si buscamos esa palabra en el diccionario.

Silvio nunca ha ocultado lo que piensa de ella. Por eso se negó a ser padrino de bodas y dejó que fuera Tobías. Pero a Tami, producto del amor entre Marián y yo, la tomó inmediatamente en su corazón.

— ¿Quieres hablar de ello? — pregunta Tobías.

Suspiro:

— Es sólo un presentimiento. No dejemos que nos arruine la noche.

— Estupendo — responde Tobías aliviado — . Y yo que pensaba que nos ibas a dañar la fiesta.

Arroja al sofá la bolsa de plástico que trajo consigo, de la que sobresale un garfio de juguete.

Me quejo en voz alta.

— ¿Es en serio?

— Es muy en serio — responden al unísono.

Una vez al año se celebra un Festival en torno al ayuntamiento de la ciudad. Desde hace varios años, siempre ha tenido un lema diferente; el actual es "Todo listo para embarcar". Pero eso no es todo. Con motivo de la fiesta, el alcalde siempre ofrece una apuesta a los ciudadanos: Si consiguen alcanzar un determinado objetivo, dona una suma bastante generosa de su fortuna privada a una buena causa. Esta vez, si cuatrocientos ciudadanos disfrazados de piratas suben al escenario y cantan la canción "Diez piratas salvajes", una versión políticamente correcta del clásico "Diez negritos", donará dos mil euros a una organización de protección de la infancia.

— Al fin y al cabo, es por caridad — dice Silvio.

— Pondré cincuenta euros para que me dejen en paz — sugiero.

Tobías coge una cerveza y la abre. Luego le pasa el abridor a Silvio; poco después brindamos juntos.

Como no puedo disuadirles de la idea de pasar el ridículo por una buena causa, acepto mi destino. En la bolsa hay camisas blancas, pañuelos para la cabeza, parches para los ojos y otros dos garfios de plástico para ponernos en mano. Antes de cambiarme, me acabo la cerveza. Luego tomo una camisa y una bufanda azul oscuro y me dirijo al dormitorio.

—¿Alguien se avergüenza de mostrar su cuerpo astral? —me dice Tobías.

—Es que no quiero que te pongas verde de envidia —le respondo. Sin embargo, me cambio con la puerta abierta. Que miren si quieren.

Después de arreglarme, Silvio me espera en el pasillo con un objeto negro en la mano.

—¡Ni lo sueñes! —me niego rotundamente cuando me doy cuenta de que es un eyeliner.

—A las mujeres les gusta Jack Sparrow. Ya lo verás. Alguna chica querrá embarcarse contigo, así como dice el lema de este año.

—Paso —respondo, molesto—. Las mujeres son sólo problemas de todos modos.

—No seas aguafiestas —escucho a Tobías decir desde el salón.

—¡Olvidalo! —repito—. Si quieren que vaya, tendrán que aguantarme sin maquillaje.

Paso por delante de Silvio, que sostiene amenazadoramente el lápiz de ojos en mi dirección, pero acepta mis deseos. Al entrar en el salón, Tobías me lanza un parche para el ojo. En lugar de abrochármelo en la cabeza, lo meto en un bolsillo de mi pantalón gris oscuro.

—Más tarde —le dije a mi amigo—. Ahora mismo necesito otra cerveza.

Ligeramente bebidos, salimos por fin de mi apartamento y demostramos tener un instinto infalible para el peor momento posible. Justo cuando Tobías y Silvio salen al pasillo delante de mí, oigo pasos procedentes del piso de arriba. Normalmente ahora volvería adentro y miraría por la mirilla, pero ellos dos me lo impiden. No tengo muchas esperanzas de que sea la Sra. Hofer, y parece que son al menos dos personas.

—Oh, hola —llega una voz femenina demasiado amistosa para pertenecer a Victoria.

—Jo, jo, jo —responde Silvio.

—¿Es usted Papá Noel? —pregunta ella sarcásticamente.

La desconocida suelta una risita mientras Victoria pone los ojos en blanco detrás de ella.

—Wow, ¿y estas piratas tan bonitas? —dice mi amigo

De hecho, mi vecina y su acompañante también se disfrazaron y, tengo que admitirlo, se esforzaron mucho más que nosotros. Con sus trajes, podrían ser extras en una película de piratas, mientras que para nosotros es suficiente para una aparición en un parque de diversiones en el mejor de los casos.

Victoria lleva un vestido pirata blanco con volantes y un corsé rojo. En la cabeza lleva un sombrero bucanero decorado con un lazo rojo. Las botas de cuero negro completan el conjunto.

Vaya, pienso y me quedo mirándola, atónito.

La amiga también luce elegante con una blusa escotada y con los hombros al descubierto, pantalones ajustados de gamuza marrón y botas a juego, pero definitivamente no se compara a la madre de Luis.

—Bueno, bucaneros —dice la visitante—, ¿embarcamos juntos en el festival?

Antes de que ninguno de mis amigos pueda responder, Victoria tira de ella por el brazo dirigiéndose a las escaleras.

—¡No, nos vamos! —decide bruscamente.

—¡No me jodas! —protesta Silvio.

—¡Objeción! —grita Tobías.

Victoria es lo suficientemente enérgica como para arrastrar a su amiga.

—No te vayas —suplica Silvio, mientras Tobías aúlla como un lobo.

De nuevo oigo que se abre una puerta en la planta baja.

—Esto no es un... —se molesta el Sr. Müller, con la última palabra atascada en la garganta. Al parecer, a él también le sorprende el espectáculo.

—Hola, señor Müller —le saluda Victoria muy amistosamente.

Poco después, la puerta principal se cierra de golpe.

—¡Hombre! ¿Por qué no nos habías mencionado a esta chica de los sueños? —se enfada Tobías.

—Porque hasta ahora sólo ha mostrado su lado insoportable en mi presencia —respondo.

Los dos me hablan como si mi futuro dependiera de conocer mejor a la mujer. Sin embargo, después de lo ocurrido en el parque y en la reunión de vecinos, bien puedo prescindir de ello.

Müller nos dirige una mirada sombría. Me inclino un sombrero imaginario y salimos.

Mis amigos aprovechan el paseo de quince minutos al centro de la ciudad para molestarme. Al menos no se dan cuenta de que me estoy desviando un poco, porque he visto la dirección que ha tomado Victoria con su amiga al salir.

—¡Bueno! —Finalmente me desahogo—. Si no se callan ya, tendrán que irse de fiesta sin mí. ¡Ya basta! Además, ya está comprometida —añado—. Comparte el apartamento con alguien.

Una afirmación que es cierta al menos en parte.

—Siempre lo mismo —suspira Tobías—. Las mejores mujeres están en relaciones.

Silvio asiente con tristeza.

Siento una punzada de conciencia culpable, pero al menos ya me dejan tranquilo.

Llegamos a la abarrotada plaza frente al ayuntamiento, donde se han instalado un escenario, un gran equipo de música, una barra de bebidas y un puesto de barbacoas. Media hora antes de la inauguración oficial del festival, las masas de gente disfrazada de piratas no dejan lugar a dudas de que una organización de protección de la infancia pronto podrá disfrutar de una donación del jefe de la ciudad.

El elocuente y universalmente popular alcalde da puntualmente el pistoletazo de inicio a las celebraciones. Todos los bucaneros se apretujan en el escenario como sardinas en lata, el director de la escuela de música local dirige y cuatro empleados municipales sostienen enormes carteles con la letra de la canción. Todos los participantes, incluido yo, nos lo pasamos muy bien, aunque me distraigo un poco al ver a Victoria y a su amiga dos filas por delante de mí.

Es una pena que seas una maldita insoportable, pienso con pesar, porque como pirata estás de rechupete.

Tras la puesta de sol, la mayoría de los visitantes se dirigen a la plaza más cercana, a cinco minutos de distancia, donde han instalado una

discoteca al aire libre. El ambiente es bullicioso y los Tosisis se lo pasan casi tan bien como antes. Nuestro eterno soltero Silvio ya se ha conseguido tres números de celular, pero mañana probablemente le falte valor para llamar al menos a una de las mujeres.

Los bajos retumbantes nos muestran el camino. Hacemos el tonto y, cuando por fin llegamos a nuestro destino, nos dirigimos inmediatamente a un puesto de bebidas para mantener el agradable nivel de alcohol. En medio de todo, las palabras de Marián rondan mi cabeza; afortunadamente, sin embargo, consigo apartar los pensamientos negativos en la medida de lo posible. Mi ex mujer se mudó a la ciudad vecina el año pasado con su nuevo amor, así que probablemente no haya peligro de que nos encontremos aquí por casualidad.

Poco antes de medianoche, estoy solo en medio de una multitud de personas sedientas junto a uno de los puestos de bebidas. Silvio se había despedido media hora antes y se veía un poco pálido alrededor de la nariz; la última vez que vi a Tobías hablaba con una atractiva pirata hace ya un buen rato.

Mientras espero a que el estresado camarero se fije en mí, siento que alguien me mira fijamente. Giro ligeramente la cabeza hacia la derecha. Una mujer pequeña y de pelo negro está a mi lado. Me guiña un ojo.

—Hola bucanero, ¿estás bien? —murmura.

Esbozo una sonrisa torcida. Antes de que pueda pensar en una respuesta no muy comprometedora, el camarero me rescata.

—Vodka Red Bull —pido.

—Eh, hombre serio —canturrea—, seguro que hoy tienes planes.

En ese momento, dos mujeres se acercan a mi lado izquierdo y por el rabillo del ojo veo que son Victoria y su amiga. Me pregunto qué he hecho mal últimamente para merecer esto, pero no recuerdo ninguna falta importante. A lo mejor soy sonámbulo y robé flores del jardín del vecino por la noche.

Espontáneamente, decido intercambiar unas palabras con la desconocida en lugar de prestar atención a mi vecina.

¿Qué podría pasar?

Cuando abro la puerta de mi apartamento una hora más tarde, me mete una mano en la entrepierna por detrás.

—No puedo esperar a sentirte dentro de mí —susurra.

Vergonzosamente, ni siquiera sé su nombre. Claro que me lo dijo, pero había tanto ruido que no lo entendí, pero tampoco quise preguntar.

Victoria y su amiga son las culpables de que haya traído a la chica de pelo negro a mi apartamento. En lugar de marcharse inmediatamente después de comprar sus bebidas, se quedaron allí. Incluso tuve la impresión de que mi vecina me observaba. Así que charlé con la señorita Sin Nombre durante más tiempo del que había planeado, y como mi última aventura sexual fugaz fue hace bastante tiempo, fui presa fácil. Tenía la esperanza de que acabáramos en su casa, pero me dijo algo sobre unas reformas, que por eso se había mudado temporalmente con sus padres. Sin embargo, el enorme bolso que lleva despierta en mí otros temores. Espero poder deshacerme de ella mañana por la mañana como muy tarde sin problemas.

—¿Quieres ir al baño? —pregunto.

—No. A no ser que quieras hacerlo en la ducha —responde ella, riéndose.

Me ahorraré una respuesta. Los juegos acuáticos me excitan mucho, pero no necesariamente la primera vez.

La conduzco al dormitorio y enciendo una luz tenue.

—¡Lo sabía! —grita de repente.

La miro sin comprender.

—Sabía que también te gustaba eso —Señala la barra de dominadas.

—¿Te gustan los deportes? —pregunto, confuso.

—Este deporte sí —dice lascivamente.

Las cualidades eróticas de una barra de dominadas me eran desconocidas hasta ahora, pero incluso a mi edad, como dicen, nunca se deja de aprender.

—¿Para qué los usas? —quiere saber.

—Pull-ups —le explico.

Se ríe sugestivamente.

—Claro —Extremadamente excitada, mira a la barra—. ¿Lo haces con una cuerda? ¿Dónde la escondes? ¿En el armario?

—No necesito una cuerda.

—Entonces, ¿cómo planeas asfixiarme?

—¿Asfixiarte? —me aseguro de haber oído bien.

—Me gustaría que me cortaras el aire y me dieras por detrás. Preferiblemente hasta que me desmaye.

—¿Qué?

—Por cierto, espero que no te importe que lleve esto.

Ahora abre su bolso, rebusca en él brevemente y luego me entrega orgullosa una cadena de plata con pinzas en los extremos. Supongo que sé dónde le gusta ponerlos.

¿En serio he traído a casa a una mujer que lleva pinzas para los pezones en el bolso? Si estuviéramos en su casa, me escabulliría en secreto. Pero tal como están las cosas, me imagino teniendo que llamar a la policía porque algo salió terriblemente mal durante el acto sexual.

Al parecer a mi cuerpo tampoco le gusta esta idea: toda mi excitación se desvanece.

Mientras tanto, ella se acerca a mí.

—Esto va a ser muy caliente —ronronea.

Extendí la mano derecha para mantenerla a distancia. Pero en lugar de captar la indirecta, coge mi mano que descansa sobre su hombro y la presiona contra un pecho.

—Puedes apretar. O pellizcar. Eso me vuelve loca.

—Lo siento —respondo—. No va a suceder.

—¿Qué? —pregunta confundida.

—Obviamente tenemos preferencias diferentes —Bajo el brazo y me siento en el borde del colchón.

Tras una larga discusión en la que intenta convencerme de las ventajas de hacerlo más duro, finalmente abandona mi apartamento. A estas alturas estoy tan agotado que me conformo con lavarme la cara y no me lavo los dientes. En cuanto me meto en la cama, la bebida energética hace efecto. Doy vueltas de un lado a otro sin conciliar el sueño. Cuando de repente aparece en mi cabeza la imagen de mi vecina disfrazada, resoplo de fastidio. Aun así, me pregunto si alguien ha conseguido conquistarla.

Para distraerme, pienso en mis planes. En realidad, quería aprovechar el domingo para seguir trabajando en mi proyecto actual. La semana que viene se decidirá si los últimos meses de trabajo han sido en vano o si he hecho algún progreso. Pero aún tengo mucho que hacer antes de las conversaciones cruciales, así que me esperan días estresantes. Como quiero que Tami se vea afectada lo menos posible, tengo que gestionar gran parte de mi carga de trabajo mientras está en la guardería.

Por desgracia, a mi cuerpo no le importa y tardo una eternidad en tener sueño.

OceanofPDF.com

Vicky

Hay tres cosas de las que no puedo prescindir en la vida: Luis, mi trabajo y una gran taza de café por la mañana. En realidad, uno pensaría que no puede ser tan difícil conciliar las tres. Pero no lo consigo. Algo me está saliendo terriblemente mal... ¿o por qué voy otra vez con retraso? Cada vez que Luis pasa el fin de semana con Thomas, empiezo a patinar el lunes por la mañana, y hoy no puedo permitírmelo. Tengo que llegar a tiempo a la oficina o lo arruinaré todo. Si tan solo mi ex trajera a su hijo a la hora acordada por una vez, Luis no estaría siempre tan hiperactivo los domingos por la noche. Pero no, a Thomas le importa una mierda si me cuesta sacar a nuestro hijo de la cama a la mañana siguiente.

—Luis, por favor, ponte ya los zapatos, si no llegaré tarde al trabajo — intento con el tono más paciente posible.

—Todavía no tengo ganas... Ah, sí, mamá, había una nota en la puerta de la guardería para todos los padres. Era muy importante, nos dijo Dora. ¿Puedo comer Nutella? —balbucea Luis sin filtro.

No puedo procesar la información tan rápidamente. Nutella. Nota. Aún no me he tomado el café, ¡maldita sea, no puedo pensar así! Y cuando cierro los ojos un momento, como en un flashback, aparece en mi mente el beso más asqueroso de la historia. Si no me hubiera dejado convencer de ir a ese estúpido festival de la ciudad, me habría ahorrado esta incómoda experiencia. Uf, no, no quiero pensar en la baba de Lutz. Me tranquiliza haberme deshecho de él rápidamente; quién sabe qué más habría experimentado con él de otro modo. Nunca más tomaré Caipirinha, eso seguro. Ni besos de extraños. ¿Cuándo me daré cuenta por fin de que no tengo buena suerte con los hombres y que debería dejar de intentarlo?

—Tendrás el desayuno en la guardería en un minuto. Si te das prisa ahora, habrá tostadas con Nutella como recompensa esta noche. ¿Trato hecho?

—De acuerdo —accede pacíficamente mi hijo, y yo acaricio agradecida su espesa melena rubia.

Me duele en el alma tener que apurar así a mi bebé, pero me tranquilizo con el hecho de que Luis siempre olvida su disgusto al momento en el que ve a sus amigos en la guardería. Luego me desconecto inmediatamente y él disfruta de su día en su entorno habitual. No eres una mala madre, me digo, lo estás haciendo muy bien.

Tengo por delante tres días duros en los que todo tiene que marchar como lo espero. Si salgo bien en la prueba de aptitud para el puesto en la oficina que se anunciará el miércoles, por fin podría obtener un ascenso. Vendo productos promocionales para medianas y grandes empresas, lo que significa que me paso la mitad del día en el auto, corriendo de una cita a otra. Una vez allí, intento vender los artículos promocionales más caros de la forma más informal posible. Me gusta mi trabajo como asesora de ventas y me va bastante bien, pero sigo deseando ocupar el nuevo puesto. El procedimiento de prueba interno se disfraza de capacitación adicional porque, en principio, también se deben considerar los solicitantes externos. Pero mi jefe me ha dicho que tengo muchas posibilidades si hago un trabajo brillante con mis presentaciones y mi demuestro mi experiencia. Me atrae la combinación de gestión y asesoramiento comercial; solo tiene que funcionar.

Puedo olvidarme del café. Luis está junto a la puerta en zapatillas y con la mochila de la guardería, listo para salir, así que tengo que aprovechar este momento.

—Eres el chico más encantador del mundo —le elogio—, y ahora nos vamos. En el auto puedes contarme lo que hiciste con papá el fin de semana.

La guardería nos queda a diez minutos de aquí. Voy justo de tiempo, no son ni las siete y media y tengo que estar en la oficina a las ocho y media como muy tarde. Puedo arreglármelas sin problemas, aunque unas cuantas amas de casa me estén hagan conversación en el estacionamiento de la guardería o Luis esté desesperado por enseñarme una manualidad. Bien hecho, Vicky, eres una profesional exitosa y una madre excelente. Tu hijo incluso se ha puesto una camisa polo a voluntad el día de hoy. Parecemos una gran familia. Un poco pequeña, quizás, pero doblemente feliz. Para ser una buena madre, no es requerimiento nunca hablar mal del padre del niño. Podría morder el volante de la rabia. ¡Thomas es un idiota! Luis lo ve de

otra manera. Se sienta detrás del asiento del copiloto y me cuenta lo que ha aprendido.

—Papá dijo que sólo los niños pequeños y los profesionales tienen que llevar casco de ciclista.

—Seguro que papá no quería decir eso —intento rebatir de forma educativa—. Estoy segura de que quería decir que, aunque todos los niños pequeños y los ciclistas profesionales lleven casco, el resto de la gente también debería hacerlo. Porque es más seguro y además se ve muy cool.

—No lo creo. Eso suena tonto —dice Luis y busca mi mirada en el retrovisor. Puede parecer muy seguro de sí mismo. Tal vez también podrías llamarlo descarado. ¿Este hombrecito me está provocando ahora mismo? tengo que sonreír. Es muy lindo a esta edad, ya no es un bebé, pero tampoco un niño en edad escolar todavía. Su carácter se está formando claramente ahora. Luis es inteligente y se cuestiona las cosas; eso es una señal positiva. Sin embargo, también debería cuestionar las estúpidas declaraciones de su padre.

—¿Mamá?

—¿Sí? —digo al girar en la calle que lleva a la guardería. Dios mío, tantos coches, debe ser un accidente.

—Papá le dijo a Rocky que una polla que tiene buevos o algo así. ¿Qué significa eso?

—Probablemente se refería a gallinas —digo, sin hacer una rabieta pero concentrándome en encontrar un estacionamiento. Todos los que están junto a la guardería están ocupados; de hecho, esto es una locura. Mierda—. De todos modos, a veces papá y Rocky sólo dicen tonterías. Eso no era para tus oídos. Por favor, silencio, ahora tengo que buscar estacionamiento. ¿Qué está pasando aquí?

—Pero Rocky es un crack.

—No digas crack. ¡Carajo! ¿Qué mierda pasó aquí?

—Tú tampoco digas mierda, así se jode tu educación.

—¡Luis! Primero que todo, se dice educación; segundo, se me escapó porque toda la calle está congestionada; y tercero, ¿de dónde sacas esas expresiones?

¿Y por qué pregunto si ya sé la respuesta?

—De papá y Rocky.

—Por supuesto, de quién más.

—No digas mierda, así se jode tu educación.

En lugar de dar una respuesta, inspiro y espiro profundamente. No pierdas la calma ahora. Todavía tengo tiempo suficiente, no hay necesidad de entrar en pánico.

—Luis, escucha con atención, ¿quieres? Me voy a estacionar tras el carro de la madre de Friedrich, pero no está permitido. Si nos damos prisa, nadie se dará cuenta. Así que me pondré ahí y te llevaré a tu puerta tan rápido como un rayo. ¿Puedes entrar solo hoy, por favor, es que necesito ir urgentemente a una cita importante en el trabajo?

—¡Ahoy! —dice Luis en voz baja, y pienso brevemente en el tonto disfraz de pirata de Simón Decker en el Festival. Luis trajo todas esas tonterías de Thomas. Realmente necesito tener una charla seria con mi ex pronto.

Me estaciono tras el otro carro y sólo puedo esperar que no me pillen. Pero todavía hay espacio para que pasen los otros carros, por lo que no deben ser una gran obstrucción. De todos modos, es un misterio para mí lo que está pasando aquí. Las tres calles que llevan a la guardería están inundadas de autos, bicicletas y gente. Para estar segura, agarro a Luis fuertemente de la mano, porque cuanto más nos acercamos a la guardería, más agresivo se vuelve el ambiente. Vehículos tocando bocina, dos carros de policía... ¡mierda, me pueden pillar! No digas mierda. Parece que hay una multitud de gente delante del edificio de la guardería, pintado de vivos colores. Suenan fuertes silbidos en nuestra dirección. Aunque mi subconsciente sospecha desde hace tiempo lo que ocurre aquí, la información no llega a mi cerebro.

—Mamá, ¿qué son esos silbatos? ¿Hay un partido de fútbol delante de nuestra guardería?

—No sé, Luis, agárrate a mi mano para que nadie te atropelle.

—Tal vez hay mucha gente por la nota.

—La nota —digo en voz baja como para mí misma y me detengo.

Ahora es obvio. Hay una huelga. Luis y yo estamos entre innumerables madres furiosas con sus hijos de la mano. Somos un montón de caras, cestas de bicicleta, mochilas y botellas de agua, y todo el mundo está hablando. Estupendo.

—Vicky, oye —me da un codazo la madre de Leander, cuyo nombre se me escapa vergonzosamente. En realidad, es un milagro que sepa mi

nombre. Estoy acostumbrada a que me conozcan como la mamá de Luis en la guardería.

—Oye, por favor, no me digas que los profesores de la guardería están hoy de huelga —ruego.

Justo veo a las maestras de la guardería. Dora, Gisele, Ilka y todas las demás maestras llevan chalecos amarillos reflectivos y pancartas. Esto no puede ser verdad. Hoy no, por favor, por favor no. Mi margen de tiempo justo se evapora a cada segundo.

—Sí, están en huelga. Quieren más dinero, creo que un diez por ciento o algo así. Y resulta que, la huelga no será sólo hoy, sino que durará al menos toda la semana —explica la madre de Leander.

¡No! ¿Qué voy a hacer ahora? Mi mente es una montaña rusa. De momento, piensa sólo en el día de hoy. Ahora tengo que ir a trabajar. No puedo llevarme a Luis conmigo, eso está descartado por la capacitación. Larissa está en Túnez. Mis padres están descartados porque viven demasiado lejos y llegarían demasiado tarde. ¡Ya lo tengo! Se lo pediré a una maestra y la sobornaré con dinero. Mucho dinero, si es necesario. Todos tienen un precio y yo pago más del diez por ciento.

—Luis —digo y me pongo en cucullas—. Tu guardería está cerrada hoy.

—Sí, lo sé. Exacto, ¡eso decía en la nota! Ahora lo recuerdo, mamá. Papá dijo que quería decírtelo porque Dora recibe muy poco dinero. ¿Y quién va a cuidar de mí ahora?

No te emociones. Todavía puedo matar a Thomas si tengo tiempo. Ahora lo es importante no arriesgarme a alterarme con Luis.

—¿Le pedimos a Dora que te cuide en su casa o en la nuestra, para variar? ¿Qué te parece si se lo preguntamos? —sugiero con mi voz de mamá tranquila.

—No —ordena Luis. Parece tan decidido de nuevo. Hay algo en esa mirada que no me gusta. Yo soy la madre, él es el niño. No se trata de su opinión, sino de una decisión.

—Dora es muy agradable. Se lo preguntaré, ¿Ok? Seguro que será genial. Si tiene tiempo. Entonces tendrás a tu maestra solo para ti durante un día entero.

—No.

Tiro enérgicamente del testarudo Luis detrás de mí y me abro paso entre la multitud. Mi hijo se inquieta y maldice, pero no puedo hacerle caso.

Tengo que ir a trabajar.

—¡Doro! ¡Hola! Uf, realmente están haciendo algo aquí. Me parece bien que defiendan sus derechos. Es un verdadero desastre lo mal que les pagan —digo. Declaro mi solidaridad, aunque mis propios intereses tengan que sufrir. Qué buena persona soy.

—Gracias, Vicky. Ha costado una eternidad que todas las guarderías de la ciudad se pusieran finalmente de acuerdo, pero ahora realmente no hay ni una sola que se oponga. Lucharemos el tiempo que haga falta.

—Entiendo... Dora, estoy en un tremendo lío. Sé que estás en huelga por una buena razón. ¿Será posible que cuides a Luis en privado de todos modos? Lo pagaré, por supuesto, no importa cuánto.

Espero estar malinterpretando la mirada de Dora. Entrecierra los ojos y frunce los labios, lo que también podría significar que está pensando en un pago realmente grande. No importa. Pagaré lo que sea. Tengo que irme. Luis intenta liberarse de mi pellizco. Si me muerde, tendré a todos los profesores de guardería contra mí enseguida. Este sería un muy mal momento para uno de los arrebatos de Luis. Como Dora no dice nada, sigo hablándole.

—Tengo una capacitación mega extenuante esta semana, tal vez incluso tengamos que movernos a otro departamento, todos los jefes estarán allí, ya sabes, todo es extremadamente serio con esos encorbatados, jaja, muy, muy importante bueno, como sea, me harías el favor más grande del mundo, y también puedo convertirme con mucho gusto en la presidenta de padres de familia, y vender chorizos el día de San Martín, ¿podrías por favor, por favor hacer esto por mí?

Cuando termino de suplicar, Dora levanta la barbilla y dice, exactamente en el mismo tono que mi hijo justo antes:

—No.

—¿Por qué no? ¿No hay ninguna posibilidad? —intento aún más sumisa.

—No.

Esto es increíble. Después de todos estos años donando innumerables alfombras de juego y lápices de colores de Ikea a la guardería, cocinando sopa de calabaza para las reuniones de grupo después del trabajo y cosiendo tontos disfraces de conejo para las fiestas de carnaval, este es el agradecimiento que recibo.

—Bueno, solo era una pregunta —digo, aunque creo que Dora es realmente estúpida. Lo que se confirma inmediatamente.

—Podrías haber adivinado la respuesta si hubieras pensado un momento. Si todos hicieran eso, toda la huelga no tendría sentido. Imagina cómo...

—Sí, sí, por desgracia no tengo tanto tiempo como ustedes. Tengo que encontrar un sitio donde dejar a mi hijo. Nos vamos, Luis, vamos a casa a preguntarle a alguno de los vecinos. Seguro que allí serán más serviciales.

—Ahoy.

Llegué hasta casa desde la guardería en un tiempo récord de cuatro minutos y medio. Me llevé dos semáforos en rojo y casi atropello a un ciclista, pero esto es una emergencia. Completamente sin aliento, Luis y yo llegamos a la escalera frente a nuestro piso. Gloria Hofer será nuestra salvación. Tomo mi llave y me dirijo a donde cuidarán a Luis: en nuestra propia casa o al otro lado del pasillo. Si salgo en tres minutos, puedo llegar a tiempo al trabajo. Todo saldrá bien.

—Luis, ¿quieres tocar el timbre de la señora Hofer? El nombre de pila de la Sra. Hofer es Gloria; puedes llamarla así. Le preguntaremos a Gloria si puedes quedarte con ella hoy. Entonces también podrás jugar con tus juguetes.

—Hm. Ok.

Eso fue fácil. Probablemente sea una buena señal que Luis no proteste. Presiona el botón con el pulgar y toca el timbre.

—Suficiente, Luis, ya suelta el botón.

—Es para que lo oiga. Me dijo Rocky que a veces los ancianos son sordos. Me sé un chiste, ¿te lo cuento? Pero no me acuerdo muy bien. Un mudo le dijo a un sordo... mmm, eso es todo lo que sé... Oh, la oigo, mamá; Viene la Sra. Hofer .

La puerta se abre lentamente y nuestra vecina más anciano se para ante nosotros. Su bata con adornos redondos combina a la perfección con el pintalabios rosa.

—¡Oh, Gloria, me alegro de que estés aquí! Buenos días en primer lugar.

—Buenos días —dice Gloria sorprendida—. ¿Todo bien?

—Para ser sincera: la verdad es que no. Quería llevar a Luis a la guardería, pero hay huelga. Todas las guarderías de la ciudad están cerradas porque los profesores están en huelga.

—¿Y eso se decidió tan de repente? Eso no estuvo muy bien por parte de la guardería, ¿verdad, cielo?

Se inclina hacia delante y tiende su mano arrugada hacia Luis, que retrocede inmediatamente. Genial, esto va a ser divertido. Luis siempre juzga a los demás en cuestión de segundos. O le agrada alguien o no le agrada. Puede llevar semanas convencerle de lo contrario, pero rara vez se equivoca con su intuición. Idiotas como Rocky no incluidos, porque el compañero de moto de su padre lo manipuló hábilmente con un paseo en el sidecar de su moto.

—Papá se olvidó de decírselo a mamá porque yo tenía el fin de semana con papá. Estaba en la nota.

—Sí, exacto —le digo a mi hijo, porque Gloria sólo parece entender parcialmente—. Mi ex marido recogió a Luis de la guardería el viernes y pasó el fin de semana con él. Cuando trajo a Luis a casa anoche, olvidó decirme que había un anuncio pegado en la puerta de la guardería. Bueno, supongo que decía que había huelga esta semana. Eso es un desastre. No fui la única madre que quedó en apuros sin saber dónde dejar a su hijo.

—No hay problema, entonces el angelito se quedará conmigo.

—Lo haré con mucho gusto, querida.

—¿Enserio? Gloria, eres muy amable, ¡muchas gracias! Estoy tan aliviada, definitivamente te lo compensaré. ¿Verdad Luis, no es genial?

—Pasa cariño —dice Gloria, abriéndonos la puerta—. A ver qué le dice mi Ruru a este angelito.

—¿Eh? —dice Luis y sigue a nuestra vecina hasta su sala. Me escabullo detrás y empujo a mi hijo por los hombros para que todo vaya más rápido. Ahora no tengo tiempo para inspección de apartamentos. Tengo minuto y medio si quiero llegar a tiempo.

Gloria nos conduce al salón, donde nos detenemos en semicírculo ante una mesa alta y redonda en la que presumiblemente debería haber una jaula para pájaros. Pero no la hay. En su lugar, un enorme búho disecado nos mira fijamente. Está lleno de plumas grises cubiertas de una gruesa capa de polvo y tiene ojos rojos de cristal.

—Este es Ruru. Dejen que haga efecto en ustedes, queridos, Les traeré un poco de té. Te gusta el té, ¿verdad, ángel?

Luis se queda sin palabras. Mira al ave muerta como si fuera a desmayarse en cualquier momento. O está a punto de tener un ataque de

asma. Hay un aire asqueroso aquí.

—No, gracias, Gloria, nada de té para ninguno de los dos, por favor. Te daré mi llave, Luis puede tomar lo que quiera en nuestra casa. Yo tengo que irme ahora de todos modos, si no, puedo ir olvidándome de mi ascenso.

Ahora ambos me ignoran y miran fijamente a Ruru. Luis está sorprendido, Gloria asombrada. Miro discretamente a mi alrededor en el lúgubre salón, desordenado e inquietante. Mapas, velas y pañuelos de tela descansan sobre los muebles tapizados de verde, y enormes cruces cuelgan de hilos de lana y cuerdas frente a las ventanas.

—Vaya, tienes un montón de cosas interesantes aquí —digo, medio sonriendo, medio desesperada. No puedo dejar a mi pequeño aquí, es absolutamente imposible. Gloria podría convertir a mi bebé en un búho polvoriento.

—Gracias, querida, eres muy amable. Sí, se han acumulado muchas cosas, y todas tienen un significado y una historia. Me muestran el camino y, si el angelito lo desea, también le enseñaré algunos trucos con los que podrá leer las señales.

Tomo la mano de Luis, que se siente flácida e impotente. He conseguido criar a mi hijo sin traumas de divorcio y hacer de él un niño seguro de sí mismo, ¿y ahora se supone que debo dejarlo con una bruja malhumorada sólo porque posiblemente pueda ganar unos cientos de euros más? No, ni en un millón de años. Me importa Luis más nada y no puedo dejarlo con Ruru seco y polvoriento.

—No te enfades conmigo, Gloria, creo que Luis no se encuentra muy bien, quiero tomarle la temperatura. Tiene la cara rara y las manos sudorosas. Muchas gracias por ayudarnos, es muy amable por tu parte, pero quizás mejor en otra ocasión. Probablemente tenga que llevarlo al médico.

—Vamos, Luis —le digo y tiro de mi hijo de la mano hacia la puerta.

—Me habría gustado hacerlo. Vayan con amor, les enviaré paciencia y deseo que te mejores pronto angelito.

Uf, estuvo cerca. Casi vendo el alma de mi hijo por un trabajo mejor. Prefiero vender la mía. Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Arrastro al todavía débil Luis escaleras abajo detrás de mí. Un piso más abajo nos detenemos ante la puerta de Simón Decker. Tendrá que entender las circunstancias. Somos vecinos, y los vecinos deben ayudarse mutuamente. Eso es lo que dice la Biblia. ¿Verdad que sí? Bueno

no lo sé, pero, en cualquier caso, la moral y la decencia lo exigen. ¡Por una buena vecindad!

Presiono valientemente el timbre y al mismo tiempo intento liberar a mi hijo de su trance.

—Cariño, te gusta jugar con Tami, ¿verdad? Le preguntaremos ahora al padre de Tami si puedes quedarte con ellos, es lo más fácil para todos. Seguro que le parece bien.

—De acuerdo —dice Luis. Al menos sigue respondiendo. Supongo que a finales de esta semana podré empezar a buscar un lugar de terapia para mi pobre hijo.

Simón Decker abre. Bien. No es feo, la verdad. Tiene una hija encantadora. Y no quiero guardar rencor. Podemos empezar de nuevo.

—Hola Simón, seré breve porque realmente tengo que irme ya una cita demasiado importante en el trabajo.

—Ok, adelante —responde, no tan hostil. Bien.

—¿Está Tami en casa?

—Sí, aquí está. Su madre obviamente se olvidó de decirme que hay huelga en la guardería esta semana. Es terrible, porque no tengo ni idea de cómo gestionarlo.

—Mierda, eso me suena muy familiar —digo.

—No digas mierda así se jode tu educación —cita esta vez Luis con acierto. Es muy listo. Me alegro porque es inteligente y porque ha vuelto entre los vivos.

—Voy a la habitación de Tami —dice y se escabulle entre las piernas de Simón sin mirarme.

—Sólo por hoy —me susurra Simón—. Sólo esta vez. Tengo el escritorio lleno y apenas puedo trabajar con un solo niño. No puedo ni pensar en el hecho de que ahora son dos.

—¡Luis es un niño bien portado! Te lo agradezco.

Desaparezco de la escena con la misma rapidez que mi hijo y prefiero no volverme tampoco. Así es mejor.

Simón

Atónito, miro fijamente a mi vecina. Tiene tanta prisa que tropieza en la escalera, lanza un pequeño grito y se agarra a la barandilla en el último momento, evitando una dolorosa caída. Involuntariamente, sonrío ante su incidente y luego me doy cuenta de que me ha tomado desprevenido.

Me gustaría correr tras ella para decirle que he cambiado de opinión. ¿No fue ella quien me echó en cara que supuestamente lo tengo muy fácil como independiente que trabaja desde casa? Y es precisamente esta circunstancia de la que se aprovecha descaradamente.

Cada segundo que pienso en esta impertinencia, me enfado más. Hacía mucho tiempo que no veía algo tan desvergonzado.

—Vi... —grito, pero es demasiado tarde. La puerta principal se cierra con un sonoro portazo.

¡Estupendo! Burlado por una mujer. No es la primera vez en mi vida.

Mientras tanto, la puerta del apartamento de al lado se abre. Levanto las cejas con asombro.

—Hola, vecino —me saluda Uta.

Pero no son sus palabras anhelantes las que me irritan tanto; me sorprende mucho más su atuendo. Lleva un kimono negro corto y medias negras a la rodilla.

—Hola —respondo.

—¿Puedes ayudarme? —pregunta, con un tono todavía más lascivo.

—¿Con qué? —pregunto por precaución antes de hacer promesas de las que podría arrepentirme.

—Kai está en asamblea toda la semana. En realidad, quería que colocáramos una estantería en el dormitorio desde antes, pero supongo que se le olvidó. Me gustaría aprovechar su ausencia y trabajar un poco en la habitación.

¿Estoy paranoico o realmente se acaba de levantar el kimono a propósito para que pudiera ver sus diminutas bragas?

—Lo siento. Ahora mismo tengo mucho entre manos —le hago saber—. La guardería está cerrada por una huelga y tengo que cuidar no sólo de mi hija, sino también del hijo de Victoria —frunzo la boca con fastidio.

Al menos el nombre de nuestra vecina tiene el efecto de una ducha helada en Uta.

—Oh —dice, cruzando de repente los brazos delante del pecho—, así que dejas que controle —El tono de su voz ha pasado de deliberadamente erótico a fríamente despectivo.

—Al parecer.

—Pues bien —se da la vuelta y vuelve a su apartamento. Cierra la puerta un poco demasiado fuerte, lo que probablemente no le agradará mucho al Sr. Müller.

¡Súper!

No quiero decir que Uta no sea atractiva. Al contrario. Pero preferiría prescindir de discusiones con maridos celosos. De algún modo, debo evitarla en el futuro próximo hasta que se le pase el entusiasmo por mí.

—¡Luis! —grita enfadada Tami—. ¡Eres malo!

Me desplomo interiormente. ¿Por qué precisamente hoy?

—Devuélveme eso.

Corro hacia los dos peleones en la habitación de juegos. Luis sostiene una de las muñecas favoritas de Tami. Mi dulce hija es un poco más alta que el niño a su lado, pero sigue sin poder alcanzar la muñeca.

Como ninguno de los dos se ha fijado en mí, me acerco sigilosamente por detrás y le arrebato la Barbie a Luis.

—Eh —protesta—. Injusto.

—Exacto —confirmo—. Lo que le hiciste a Tami fue muy injusto. Me alegro de que lo reconozcas.

—Mi culo —responde y me mira desafiante.

Tami se tapa la boca con una mano, horrorizada, pero no puede reprimir una risita. Las palabrotas están estrictamente prohibidas en nuestra casa, y la verdad es que me las arreglo bastante bien para ser un modelo para ella en este sentido. Me sorprende aún más que mi vecina parezca estar más relajada al respecto. Porque debió de aprender esas expresiones de su madre. Hoy ya ha dicho dos. Y si no me equivoco, Victoria le miró orgullosa la primera vez.

—Luis, aquí no usamos esas palabras —le amonesto—. Si no, me enfadaré.

—Tú no eres mi padre —dice con desafío.

—Afortunadamente, no.

—La polla de papá tiene más buevos.

—¿Qué? —respondo, estupefacta.

—La polla de papá tiene más buevos —Y habla tan despacio, como si yo fuera lento para entender.

Realmente espero que su padre tenga una granja de pollos.

Por encima de la cabeza de Luis, le devuelvo a Tami su muñeca, que inmediatamente se aprieta contra el corazón.

—Las muñecas son estúpidas —refunfuña ahora Luis.

—No lo son —contradice Tami.

—¿Por qué no juegas a otra cosa? —pregunto—. Por ejemplo...

—Bip —dice mi hija con entusiasmo—. Vamos a jugar Bip.

—¿Qué es? —quiere saber Luis.

—Te lo puede explicar ella misma. Ahora tengo que trabajar.

Salgo rápidamente de la habitación de juegos. Estoy seguro de que Tami será capaz de hacerle entender sin mi ayuda que quiere jugar a ir de compras. Le llama "Bip" al proceso de escaneado, por eso le llama "Bip" al juego.

De vuelta a mi escritorio, respiro hondo. Frustrado, miro el dibujo que está ahí, que debería haber terminado hace tiempo.

Hace unos meses tuve el loco deseo de dejar de ser "sólo" arquitecto. Aunque me da satisfacción trabajar con otras personas para hacer realidad sus sueños, el disgusto con los contratistas que a menudo arruinan mis planes me han hecho perder la paciencia durante muchos años. Por eso me imaginé haciéndolo todo yo solo. Adquirir un terreno, diseñar la casa que se va a construir en él, hacer que la construyan a mi gusto y, finalmente, venderla con una gran ganancia. Por supuesto, no era más que una bonita idea, porque yo nunca me habría atrevido a correr semejante riesgo financiero. Hasta que la comunidad vecina estaba buscando a alguien que manejara un proyecto como este en nombre de la ciudad. El riesgo de pérdida económica total es menor porque la ciudad ofrece ciertas garantías. Sin embargo, tendría que invertir mucho dinero si ganara la licitación. Para el miércoles y el jueves he concertado citas con los responsables, que decidirán si les gustan mis propuestas. Si me dan luz verde, el viernes tengo que convencer al banco para que me conceda un préstamo de medio millón de euros. De cualquier forma, como de costumbre, alejo de mí el

pensamiento de esta gigantesca suma antes de echarme atrás por pura cobardía.

Por desgracia, los dibujos aún no son tan perfectos como tenía en mente. Tomo el lápiz y empiezo a corregir una parte. Espero que los niños me dejen en paz durante dos horas.

—Bip.

Me sobresalto. Mi mano resbala sobre el papel, dejando una larga raya.

—¡Mierda! —maldigo en voz alta.

—No digas eso —me dice Luis.

Tami suelta una risita.

El niño corre hacia mi estantería, sostiene el escáner de juguete frente a él y repite su "bip".

—Diez dillones —menciona el precio de la obra.

—Quiero tenerlo —dice Tami—. Papá, ¿tienes diez dillones?

Horrorizado, miro fijamente la línea que arruina toda una hora de trabajo.

—¿Por qué no juegan en la habitación? —Me cuesta no gritar, pero uno de mis principios de crianza es nunca levantar la voz.

—Ya hicimos "Bip" a todo allá —explica Luis—. Quiero el dillón ahora —Desafiante, se acerca a mi mesa y espera. Mira los documentos con fascinación.

—¿Tú dibujaste eso? —pregunta.

—Sí, yo lo dibujé. Y les agradecería poder seguir dibujando en paz.

Luis rodea la mesa para verlo más de cerca.

—Está precioso —me elogia.

—Gracias.

—También me gusta dibujar —menciona Tami.

—¡Es una gran idea! ¿Por qué no dibujan un rato?

—Aburrido —se queja Luis—. Quiero correr.

—Pero no se puede correr en apartamento —le respondo.

—Afuera entonces.

—Eso no es posible ahora mismo —contradigo.

No puedo dejar que dos niños de cinco años jueguen solos afuera. Victoria me reprocharía si pasara algo, y por una vez tendría razón.

—¿Cuándo? —quiere saber.

Miro el reloj. Ya son las diez y media y todavía no he hecho gran cosa.

—En una hora, siempre que pueda seguir trabajando sin ser molestado hasta entonces.

—De acuerdo —dice Luis.

—Eres genial, papi —me anima Tami.

Antes de que pueda devolverle el cumplido, ya se ha ido corriendo.

Ya que ellos cumplen su promesa, yo a mi vez dejo el lápiz a un lado a la hora acordada, me estiro y voy a la habitación de los niños. Para mi gran sorpresa, los dos están recostados pacíficamente en la cama escuchando un programa de radio.

—¿Quieren salir ahora? —pregunto.

—Quiero escuchar hasta el final —refunfuña Luis, a quien la historia parece haber cautivado poderosamente.

Como es el programa de radio favorito de Tami, que hemos puesto innumerables veces en el carro, puedo calcular por el pasaje que estarán ocupados otros treinta minutos más o menos.

—¿Qué hay para comer? —pregunta Tami en voz baja, para no distraer a su invitado.

—Luis, ¿te gustan los espaguetis con salsa de tomate? —Asiente con la cabeza. ¿Sabrá Vicky que su hijo puede ser tranquilizado con programas de radio? Y si no tiene ni idea: ¿Cuánto me pagaría por esta información privilegiada?

Como el almuerzo transcurre sin ningún inconveniente, decido darle un capricho a Luis.

—¿Todavía quieres salir? —pregunto.

—¡Sí! —gritan los niños con entusiasmo.

—De acuerdo. Hmm, ¿qué podrían llevar afuera? —murmuro como para mí mismo.

—¡Una pelota! —sugiere el chico.

—No es mala idea. Pero quizá pueda ofrecerte algo mejor.

—¿Más cool que una pelota? —Hay escepticismo en su voz.

—Espera y verás.

Abro el armario de juguetes de Tami. Su primo de Baviera, seis años mayor que ella, había traído dos cañones de agua cuando mi hermano vino de visita con su familia, y se quedaron en nuestra casa. Tomo uno del

estante superior, me doy la vuelta y se lo doy a Luis como si fuera un preciado tesoro.

La expresión de su cara no tiene precio. Sus ojos se agrandan y la sonrisa se extiende de oreja a oreja. Un explorador que por fin encuentra el Santo Grial tras toda una vida de búsqueda difícilmente podría parecer más alegre.

—¡Brutal! —dice.

¿Por qué su madre le permite usar esas expresiones? Decido pasarlo por alto, le doy el juguete y saco también el segundo ejemplar.

—Si se moja tu camiseta, la meteré luego en la secadora —le informo—. Pero tendrás que usar una de las de Tami por unos minutos.

Asiente con la cabeza. En ese momento, probablemente pagaría cualquier precio, aunque fuera ponerse una camiseta rosa de niña.

Verlos perseguirse y salpicarse mutuamente me distrae un poco de mis aburridos pensamientos. Mi rendimiento laboral hoy ha sido desastroso hasta ahora. Será mejor que compre bebidas energéticas y chocolate para poder trabajar hasta tarde.

—¡Tiro al blanco! —ruge entusiasmado Luis mientras golpea el cuello de Tami.

—¡Taramposo! —grita mi hija.

Sonrío, porque sé que en realidad quería llamarle tramposo.

La campana de la iglesia cercana repica una vez, y justo después de que se detiene, alguien abre de un tirón la puerta principal.

El Sr. Müller.

Indignado, sale.

—¿Qué es este ruido en el...

Hasta ahí llega.

Antes de que pueda reaccionar, Luis se ha vuelto hacia el hombre que gritaba y le ha disparado una gran cantidad de agua en la boca sin fallar. Con gran dificultad logro reprimir un ataque de risa. Mientras tanto, el Sr. Müller tose, se limpia la cara frenéticamente y se acerca a Luis dando pisotones.

—¡Mocoso malcriada! —enfurece—. Pondría a alguien como tú en un internado. Todavía tengo...

El estallido de rabia asusta tanto al pobre chico que se esconde detrás de mí. Esto me convierte en el blanco de la ira de Müller.

—Y tu hija no es mejor —me aclara enfurecido—. Ella corre por la escalera como un torpe animal y...

—Ya basta —le interrumpo al mirar a Tami y ver que está a punto de llorar—. ¿Tiene problemas de corazón? Tal vez sea porque siempre está muy alterado. ¿Nunca fue niño? ¿Nunca jugó con amigos y olvidó ser considerado?

Müller retrocede. Su postura defensiva me indica que está muy sorprendido de ser refutado. Esto me anima a continuar.

—Y si tanto insiste en la ley y el orden, ¿por qué no lee los términos sobre lo que tienen que soportar los vecinos de un edificio de apartamentos por el ruido de los niños? En realidad, lo tiene bastante bien aquí. Para ser sincero, creo que los niños de nuestro edificio se portan muy bien.

Suenan aplausos durante unos segundos desde una ventana abierta del piso de la familia Nguyen. Después, la ventana se cierra rápidamente, como si la persona se sintiera avergonzada por el arrebato emocional.

—Eso es, bueno, lo que tú... —tartamudea Müller—. Qué impertinencia. Imprudencia absoluta. No lo toleraré. No de alguien como tú. Escucharás de mí.

Se agarra el pecho y temo que le dé un infarto en el acto. Entonces veo que sólo saca la llave de la puerta principal del bolsillo del pecho. Se da la vuelta, pero le cuesta introducir la llave en la cerradura. Estoy tentado de lanzarle un gran chorro de agua con el cañón, pero apenas puedo reprimir el impulso.

Apenas se ha cerrado la puerta cuando Luis se atreve a salir de su escondite.

—Brutal, la forma en que lo regañaste.

Vicky

El goteo de la fuente de mesa Feng Shui me arrulla y mantengo el dedo índice bajo el agua que fluye lentamente. Tenemos media hora de descanso en nuestra capacitación, pero mientras los demás pasan el tiempo juntos en la sala de descanso con café y pastel, yo me fui a mi oficina. Aunque en realidad creo que las fuentes de mesa son estúpidas y esta sólo está aquí porque mi jefe me la regaló por Navidad, me he acostumbrado a ella. Es una maravillosa distracción del trabajo. Miro fijamente el agua y pienso en Luis.

Me pregunto cómo estará. Debí haberle dicho a Simón que mi hijo sigue olvidándose de beber suficiente agua. Espero que no jugueteo tanto tiempo afuera y se deshidrate. Quizá no se encuentra bien y me echa mucho de menos. Dejé a mi hijo con un extraño sin pestañear. Este hombre ni siquiera sabe dónde trabajo o cómo localizarme en mi celular. Si Luis se ha roto un brazo o se ha atragantado con un trozo de manzana demasiado grande... ¡eso pasa de verdad! Solo tendría a Simón Decker a su lado y no a su propia madre. Pero Simón también tiene que cuidar de Tami, que puede estar desbocada en el hospital, y probablemente por eso prefiere cuidar de su hija que del de la vecina mala madre. ¡Quiero irme a casa!

Estoy enloqueciendo otra vez, pero no encuentro el interruptor para apagarlo. Los pensamientos de preocupación pasan imparables por mi mente, y me devano los sesos incluso a mitad de la noche pensando si Luis tiene todas las vacunas importantes y si su camiseta de fútbol aún le queda bien. Soy la reina sin corona de la auto tortura. No sé cómo voy a aguantar una hora más sin Luis; no puedo abandonar la capacitación. Que ni siquiera va tan bien. En realidad, podría decirse que va muy mal.

Estoy desconcentrada y no me apetece escuchar durante dos horas una conferencia sobre regalos promocionales para el sector de la construcción. Me doy cuenta de que la lluvia de ideas sobre empresas de techado y fontanería está pensada para sacarnos sugerencias especialmente creativas. Pero no se me ocurre nada, y además, no quiero tener nada que ver con la

mierda de tuberías-gas-agua, quiero dedicarme al sector de la belleza y el bienestar. Al menos eso es con lo que estoy familiarizada.

La puerta se abre y me siento erguida en mi silla como un rayo. Discretamente seco mi dedo mojado en la silla y dirijo mi mirada al escritorio como si estuviera haciendo un análisis exhaustivos de las necesidades publicitarias de los fontaneros.

—¿Está progresando, Sra. Mahler?

—Sí, claro, gracias —miento a mi jefe, asintiendo—. Es bastante información, pero muy interesante.

¿Cuántas veces al día miente una persona a otra? No creo que pase un minuto sin que diga una mentira.

—No tienes que terminarlo hoy. Recuerda que el Consejo de Supervisión quiere estar muy pendiente de las ideas de cada uno. Pero estás bien de salud, ¿verdad?

Mi jefe no soporta a los enfermos. Ni siquiera ha visitado a su propia esposa en el hospital tras una operación importante. Si cae gravemente enfermo, como suele decir, seguramente preferiría ponerse una soga. No es el peor escenario.

—Estoy en plena forma, por mi parte todo va bien. Estoy entusiasmada con lo que nos espera hoy y en los próximos días. Es realmente emocionante.

Si ahora también halago a mis compañeros, quizá sea demasiado. Lo dejo en una amplia sonrisa y mi jefe desaparece de nuevo. Creo que eso salió bien en el último minuto. Tengo que aguantar hasta el miércoles, ¡por supuesto! Hay mucho en juego, y quiero este maldito trabajo.

Por fin, es el final del día. Manejo a casa como una loca y freno el carro con los neumáticos chirriando en mi plaza de estacionamiento, que afortunadamente no está ocupada por el amigo médico de Simón, lo que significa que no hay ningún niño herido en el sofá del arquitecto. De todos modos, ese fue un aporte completamente innecesario de Simón en la reunión de vecinos. ¿A quién le importa su círculo de amigos? Bueno, no importa, ahora voy a tocar el timbre y darle las gracias muy amablemente. Me tranquilizo infinitamente cuando oigo voces de niños felices desde dentro. Mi hijo está muy bien y yo tengo buenos vecinos. La vida es bella.

Simón abre la puerta de un tirón y se planta delante de mí en pantalón jeans y una camiseta blanca empapada. Parece un poco cansado. Tiene el

pelo revuelto y tiene una barba densa. Me pregunto si tiene que afeitarse dos veces al día. Es claramente un hombre muy atractivo. De alguna manera me gusta mucho más imperfecto como está ahora que con su aspecto pulcro. Sin embargo, su mirada de disgusto no deja lugar a dudas de que no está precisamente contento.

—Por fin —me saluda, sin molestarse en esbozar una sonrisa.

—Sí, lo siento, no pude salir antes, lo siento mucho. Muchas gracias por cuidar a Luis. Realmente te debo una. ¿Ha ido todo bien con los niños?

Echo un vistazo y veo las paredes azul claro y los muebles blancos del pasillo. Se ve bien, muy bien.

—Aquí todo bien, Luis está muy bien, y Tami y él se llevan muy bien. Ese fue el lado positivo.

—No creo que quiera oír el lado negativo —intento bromear, pero Simón no se ríe. Oh-oh.

—Lástima para ti, porque te lo voy a contar igual.

Podría invitarme a pasar, pero en lugar de eso cierra la puerta casi por completo tras de sí, presumiblemente para que los niños no oigan lo que quiere decirme. Es un viejo amargado, por el amor de Dios.

—¿Sabes cuánto de lo que quería hacer he conseguido hacer hoy? ¿Tienes idea de lo difícil que es cuidar a dos niños pequeños cuando uno de ellos es tu hijo? Espera, aún no he terminado. La verdad es que mi hija tampoco es ningún angelito, pero como dije el otro día: Luis es bastante inquieto. Es un chico muy dulce, si no tenemos en cuenta su considerable repertorio de palabrotas. ¿No te molesta en absoluto? No te ofendas, sólo estoy interesado.

Me mira con un poco más de neutralidad que antes, casi con lástima. Estoy terriblemente avergonzada y me siento como una madre incompetente del programa de la tarde en el canal nacional. Por otro lado, Simón parece ser todo un burgués que aún no se ha dado cuenta de que los chicos sólo quieren distraerse de sus inseguridades con palabras inapropiadas. Posiblemente. O tal vez sólo tienen malos modelos de conducta.

—Sí, a mí también me molesta —admito—, siempre sucede esto cuando pasa el fin de semana con su padre. El hecho de que incluso extraños lo noten ahora es realmente inaceptable. Le llamaré la atención. Bueno, no solo a Luis, sino mi exmarido.

—Tus problemas de pareja no son de mi incumbencia.

Podría darle un puñetazo en toda la cara por ese comentario, pero el hecho de que Luis aún no haya corrido a mis brazos, aunque ya debe de haberme oído, es una clara señal de que le gusta estar aquí. Mantén la calma, Vicky, y no respondas a las provocaciones. Probaré mostrarme indefensa, los hombres prefieren eso. Instinto protector y esas cosas.

—¿Cómo ves la situación para los próximos días? Hemos resuelto nuestro problema de cuidar a los niños por hoy, pero cuando pienso en el resto de la semana...

Ja, eso fue bueno. Inteligentemente lo involucro y creo una sensación de "nosotros". Esto se llama guerra psicológica. Pero sólo funciona moderadamente con Simón.

—Nosotros no hemos resuelto nada, yo sí —dice Simón—. Puedo decirte exactamente cómo serán las cosas para mí en los próximos días: oscuras, muy, muy oscuras. Todo lo que tenía en el bloc de notas... Eso me recuerda: Pude notar que Luis habla bastante claro para su edad. Supongo que no aprendió eso de su padre, ¿verdad?

Tengo que sonreír. Eso fue dulce. Por desgracia, el buen humor no dura, porque continúa:

—El miércoles, por ejemplo, no estaré disponible en absoluto. Podrías cuidar de los niños y pagarme por hoy.

—De ninguna manera —digo negando con la cabeza—, eso no es posible. Mi capacitación será hasta el miércoles, y a no ser que se acabe el mundo, no estaré disponible para cuidar a uno, y mucho menos dos, niños ese día. Lo siento.

—No lo sientes en absoluto. Eres egoísta, ¿lo sabías? En lugar de importarte cómo me va aquí, sólo piensas en tu propio problema. ¡Pero yo también tengo uno! ¿Te has dado cuenta?

—¿Perdón? ¡Debes estar loco! Te pregunté específicamente cómo te había ido. No soy nada egoísta, al contrario. Todo el día me preocupo por Dios y por el mundo.

—Ahora también se compara con Dios —refunfuña, volviendo a poner los ojos en blanco tan estúpidamente como el otro día en el patio.

—No hables de mí en tercera persona cuando estoy delante de ti.

—Ah, de ahí sacó Luis lo del lenguaje. Eres una maniática de la gramática, tss.

¿Cómo se supone que voy a tener una conversación sensata con Simón si siempre está buscando pelea? Tengo que pensar dónde voy a dejar a Luis

los próximos días en vez de seguir discutiendo con Simón en el pasillo.

—Así que estarás aquí mañana y aun así no cuidarás a mi hijo, ¿verdad?

—Correcto.

—Bueno, gracias de todos modos. ¿Puedes llamar a Luis, por favor?

—Luis —grita por encima del hombro—, tu mamá está aquí, ¿puedes venir?

Luis y Tami vienen corriendo y están radiantes. Se me hincha el corazón al verlo y tomo a mi hijo en brazos.

—Bueno, ustedes dos, ¿Tuvieron un buen día? —pregunto a los niños.

—Sí —dicen ambos como si saliera de la misma boca—. ¿Podemos volver a jugar mañana?

—Ya veremos —respondemos Simón y yo también al unísono.

Hace un fresco agradable en nuestro hogar a pesar del calor que hace fuera. Me encantaría pasar el resto del día con Luis en el sofá con un DVD de Astrid Lindgren y pedir una pizza. Pero primero tengo que encontrar una guardería para mañana. ¿A quién puedo preguntar? Mis padres. Llamo a mis padres, aunque sospecho que ya tienen preparada una excusa para explicar por qué no es un buen momento ahora.

—Luis, querido, me contarás tu día dentro de un minuto, ¿verdad? Pediré una pizza y luego me cuentas a qué has jugado con Tami. Sólo tengo que llamar para ver quién puede cuidarte los próximos días.

—Puedo volver a casa de Tami mañana ¿verdad?

—Desgraciadamente, eso no es posible porque su padre también tiene que trabajar. Ahora les preguntaré a los abuelos. ¿Puedes elegir una película? Hoy vamos a comer pizza delante de la tele.

—¡Yuupii!

Odio pedirles cualquier cosa a mis padres. Aunque deberían tener suficiente tiempo libre como jubilados, rara vez han acudido en mi ayuda de improviso. Por eso nuestra niñera Larissa es tan sagrada para mí. Debería prohibirle que se vaya de vacaciones en el futuro, siempre pasa algo cuando está fuera, siempre. Lamentarme no ayuda, llamaré a mi madre ahora.

—Victoria hija —me saluda riendo a carcajadas.

—Mamá, no puedo ver lo que hay en tu pantalla, por favor, entiéndelo ya.

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes que ver mi pantalla?

—No —le explico, utilizando el mismo tono de voz que uso con mi hijo de cinco años, aunque mi madre no está senil ni demente—, pero cuando dices Victoria hija porque es lo lees en tu teléfono, entonces te hace gracia a ti y no a mí. ¿Entiendes?

—No lo entiendo.

No tiene sentido explicárselo otra vez. Debería alegrarme de que me tenga guardad con ese nombre. Mi tía lo tiene peor. Cuando llama a casa de mis padres, escucha Matilde mi Hermana en Duisburgo, y los antiguos vecinos escuchaban primer piso de Starnberg..

—Como sea, no importa. Mamá, no es por eso que te llamo... ¿Podrías cuidar de Luis los próximos días? Ha habido un gran caos aquí porque hay huelga en la guardería.

—¿Y Thomas?

—Oh, mamá, ni siquiera quiero preguntarle. Luis estuvo con él el fin de semana y aprendió tantas palabrotas nuevas que los vecinos se quejaron. Prefiero que Luis no se quede allí mientras ese antisocial de Rocky siga rondándole. Bueno, yo acabo de llegar y tengo una pizz... cena que hacer. ¿están libres? Lo llevaría esta noche y estaría contigo en unas tres horas.

Por dentro me quejo. Va a ser un largo viaje, pero no tengo otra opción. Mis padres viven a una buena hora de nosotros y si ya van a cuidar de Luis, tengo que ser sumisa y no puedo exigirles que lo recojan también.

—Espera, Victoria —dice mi madre—, no podemos mañana. Tienes que avisarnos con tiempo para que podamos prepararnos para algo así.

Estupendo. No podía esperar otra cosa. Ya no escucho lo que dice mi madre en su defensa.

—... y además mañana es el setenta y cinco cumpleaños de Heinz, tenemos que ir. Es el marido de Renate. Heinz y Renate también vienen siempre a nuestras fiestas, no podemos rechazarlos. Y papá se va pasado mañana a las montañas de Harz con los jugadores de cartas. Él aún no conoce el Harz Oriental, pero yo sí; estuve allí el año pasado con las mujeres del club de costu...

—Bueno, supongo que no se va a poder entonces, me tengo que ir. Adiós, mamá.

Sin esperar respuesta, doy por terminada la conversación. No llores. Mi preocupación sobre a quién preguntarle ahora se mezcla con la decepción por la falta de voluntad de ayuda de mis padres. ¿Por qué sólo se llevan a

sus nietos cuando no hay cumpleaños ni paseos? Otras abuelas y abuelos se alegran de ver a sus pequeños, pero ese no parece ser nuestro caso.

Tengo que proceder usando la razón y desconectar las emociones molestas. Quizá puedo preguntar a los demás vecinos, menos a Gloria, claro. Tampoco a los Müller. Seguro que a los Laurenz les gustaría tener hijos propios algún día. Podrían empezar a practicar con mi hijo. Es una idea brillante.

—Luis —llamo a mi hijo que está en su habitación—. Saldré un momento, al piso de abajo en casa de Uta y Kai. ¿Quieres venir conmigo o esperar aquí?

—Esperar.

Me asomo a su habitación y veo a Luis con un rodillo quita pelusas en la mano, acercándolo a sus juguetes.

—Bip —dice y pasa al siguiente juguete—. Bip.

—¿Qué haces? —pregunto—. Ese un rodillo quita pelusas que elimina las pelusas de la ropa.

—No, es un cánér, pero sólo de juego. Quiero un cánér de verdad para mi cumpleaños, como el que tiene Tami.

—Bueno, vamos a ver qué podemos hacer. Ya me explicarás cómo es el escáner de Tami mientras nos comemos nuestra pizza. Primero iré donde Uta y Kai.

¿Por qué no me di cuenta antes de que Uta Laurenz es una ninfómana? No sólo se la ve regularmente besándose con su marido en público como si no tuvieran casa... no, también se pasea a plena luz del día en lencería cuestionable. Vestida sólo con una bata corta y unas extrañas medias por encima de la rodilla, se para frente a mí en la puerta de su apartamento y me mira con hostilidad. Tal vez he interrumpido una aventura con Kai, ¿o por qué está tan enfadada? Quizás es por eso que no me funcionan mis intentos con los hombres porque tengo una comprensión diferente de la lencería sexy que Uta y Kai. El conjunto de mi vecina me da que pensar, porque cuando quiero seducir a un hombre, me compro otra tanga brasileña con un sujetador push-up a juego. Creo que estoy atrasado. O Uta no está del todo cuerda.

—Ups, siento molestarlos a ti y a Kai, ya me voy.

—Kai no está aquí, está en un trabajo. Siento que tengas que prescindir de mi marido. Puedes recurrir a Simón.

¿Eh? ¿De qué está hablando? Estoy empezando a ver la luz... Tal vez ella está teniendo una aventura con Simón, y él no tuvo tiempo para ella hoy a causa de los niños. Y por eso ahora me ataca. No sé por quién debería horrorizarme más: por el atrevimiento de Uta o por el hecho de que Simón Decker no se detenga ni siquiera ante una mujer casada. Parece que tiene muchas cosas entre manos; parecía estar muy ocupado en el City-Fest. Oh, no podría importarme menos todo eso.

—Olvídalo, Uta, estoy aquí para otra cosa completamente distinta. Fue bastante estúpido de mi parte pensar en ti de todas formas. Adiós.

Ahora sólo quedan los Nguyen. Sus hijos ya son adolescentes, pero saben cómo tratar a los niños. No sé mucho de la familia vietnamita, salvo que el Sr. y la Sra. Nguyen son siempre amables y serviciales. Seguro que los niños también son considerados y educados. Justo lo que estoy buscando. Mi hijo se beneficiará de las experiencias multiculturales que vivirá aquí. Puede que incluso sea capaz de comer con palillos después de unos días. Oh, de repente me gustan los asiáticos.

Ding Dong.

La hija de unos quince años abre la puerta. Tiene un piercing en el labio superior y las puntas del pelo teñidas de azul. No habría pensado que sus padres permitieran algo así, pero es agradable que sean tan tolerantes. Oriente y Occidente, viejos y jóvenes, Yin y Yang: todos somos hermanos y hermanas.

—Hola —dice, mascando chicle con la boca abierta.

—Hola, sabes quién soy, ¿verdad? Victoria Mahler del piso de arriba. Vivo con mi hijo, se llama Luis. Qué vergüenza, olvidé tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Vanessa.

Oh. Bueno, no podría haber pronunciado un nombre vietnamita de todos modos.

—Vanessa, ¿están tus padres? Me gustaría preguntarles algo. Quería preguntarles a ellos, es decir, a ti, si podrías cuidar de mi hijo.

Vanessa sigue masticando y no se mueve del sitio. Su rostro está completamente inexpresivo y me pregunto si todos los adolescentes son así. No sería una buena perspectiva.

Como no dice nada, prosigo:

—¿Podrías llamar a tu mamá o papá a la puerta?

—No están aquí. Tengo que trabajar. ¿Necesita algo más?

—Eh, no, muchas gracias por hablar conmigo. Adiós.

Decir adiós probablemente habría sido demasiado abrumador para la mocosa. Sin hacer ningún comentario, empuja la puerta con el pie y me deja allí parada.

Subo lentamente las escaleras. Este día parece no terminar nunca, y la montaña de problemas se hace más alta e invencible a medida que pasa el tiempo. Tengo que pensar en algo, pero por ahora me concentraré sólo en Luis durante una hora.

—Vamos, cariño, ahora pediremos una pizza —lo traigo desde su habitación hasta nuestro acogedor sofá gigante. Se acurruca en mi brazo y yo huelo su suave cabello. Cómo lo quiero, más que a nada en el mundo. Es desagradable que lleve horas intentando deshacerme de él en lugar de abrazarlo con fuerza porque le quiero muchísimo.

—Mamá, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—El padre de Tami tiene libros para escuchar. Me parecen geniales.

¿Audiolibros quiere decir? Tengo uno en el auto, pero es para adultos. ¿Le gustaría tener un audiolibro para niños?.

—Oh, ¿sabes mamá?

—¿Sí?

—También tiene un cañón de agua. Y pinta en el trabajo.

—En el trabajo, claro que sí. Ese es su trabajo, dibuja casas para que te imagines cómo serán después cuando estén construidas. Em, ¿compró el cañón de agua especialmente para ti?

Mejor que no le haya llamado bebé. Si no, lo mataré.

—No, estaba en el armario del Bayern de Múnich.

—Ah, Ok. Y a ti, Luis, ¿te gustó mucho pasar el día donde Tami? ¿Su padre fue muy amable contigo?

Luis me mira con los ojos muy abiertos y asiente enérgicamente. No hay duda de que lo dice en serio.

—¡Por supuesto, es muy amable! No quiero ir a casa de los abuelos. Preferiría volver con Tami. No es tan malo que su padre refunfuñe cuando digo mierda. Es de mala educación.

—¿Sabes qué, Luis? Tengo una buena idea. Haremos un pastel rápido e invitaremos a Tami y a su padre a comer postre. Tal vez puedas quedarte con ellos mañana después de todo, y entonces Tami se quedará a nosotros en otra ocasión.

—¿Cuándo? ¿Ya? Bru... ¡Genial!

—Sí, ya, sinvergüenza. Vamos, puedes romper los huevos.

OceanofPDF.com

Simón

Mi hija se está comportando como un ángel. Para ser sincero, nunca se ha portado realmente mal. Tami se sienta en su habitación y juega a la hora del té con las muñecas. Mientras tanto, yo intento recuperar parte del tiempo perdido.

Pero hasta ahora no he conseguido nada, porque estoy mirando mi dibujo y mi mente está en otra parte.

Para ser precisos: en el piso de arriba.

Hay algo en esa mujer que me enfurece. Parece que siempre terminamos discutiendo, a pesar de que soy un hombre que suele buscar la armonía. Si creyera en las tonterías de la astrología, adivinaría que somos completamente incompatibles en ese sentido. Probablemente nuestros rectángulos formen un ángulo diagonal entre sí, o como sea esa tontería.

¿Por qué estoy perdiendo el tiempo que no tengo en pensar en lo que está mal entre Vicky y yo?

¡Simón, concéntrate!

Consigo trabajar en mi dibujo durante unos minutos hasta que me sorprende mirando por la ventana y pensando de nuevo en esa persona.

¿Fui muy malo con ella?

Repaso mentalmente nuestra conversación y descubro que ella fue tan odiosa conmigo como yo con ella. Así que no hay razón para sentirme culpable.

¡Vamos, Simón! Continúa con el proyecto

Un rato después, dejo el lápiz a un lado. ¿A quién estoy engañando? En este momento no estoy en condiciones de desarrollar el proyecto con sensatez.

Para no dejar pasar las horas inútilmente, decido buscar a alguien cuide a Tami mañana.

Desgraciadamente, mi familia se ha ido perdiendo desde que mi hermano tuvo la idea de comprar un enorme terreno en Baviera para construir un complejo de viviendas multigeneracional hace cuatro años. En aquel momento, le ayudé con mi trabajo gratuitamente, sin saber que mis padres también decidirían mudarse allí. Esto no me lo comunicaron hasta cuando ya habían encargado el camión de mudanzas, exactamente en el momento en que me separé de Marián. He tenido días más felices en la vida.

Nos separan varios cientos de kilómetros y tendría que llevarles a Tami, cosa que no puedo permitirme por falta de tiempo.

Pero no tampoco tengo muchas alternativas. Marián se divierte en el Hotel Wellness; Tobías y Simón me ayudarían como mejores amigos, pero también tienen que trabajar.

¿Y quién más?

Tami no tiene una niñera regular de confianza, ya que rara vez necesito a alguien que la cuide por las tardes. Todos los demás amigos o conocidos trabajan, y a la mayoría prefiero no preguntarles de todos modos.

¿Podría un vecino encargarse de Tami durante unas horas?

Estoy seguro de que los Müller estarían encantados de poder por fin imponer sus directrices de conducta, pero tras una estancia en su reformatorio educativo, probablemente mi niña dejaría de ser ella misma y sólo daría respuestas monosilábicas.

Uta también está descartada tras su aparición de hoy; no estoy preparado para concederle el favor que sin duda me pediría a cambio.

Victoria ha dejado claro que no me devolverá el favor.

Quedan los Nguyens y Gloria Hofer. Si yo fuera Victoria, probaría con la anciana amable. Viven en el mismo piso y es probable que Gloria esté contenta de ayudar, ya que habló tanto de amor y comprensión en la reunión de propietarios.

Entro en la habitación de Tami y observo a mi cielo absorta en sus juegos. Es increíblemente tierno verla comer un pastel invisible y beber un té invisible. Si no hubiera dedicado ya tanto tiempo a mi proyecto, me tomaría mañana libre y la disfrutaría con ella.

—Cielo —digo finalmente.

Se vuelve hacia mí y me sonrío.

—¿Sí, papá?

—Preguntaré a los vecinos si pueden cuidarte mañana por la mañana.
¿De acuerdo?

—¿Luis va a volver?

—No. No se puede.

—Lástima —Aunque veo su decepción, me sonrío.

—Te gustó que Luis estuviera aquí, ¿verdad?

—Sí, fue genial.

—Podemos repetirlo otro día.

Ahora asiente con entusiasmo. Por suerte para mí, no me pregunta si podemos convertir "otro día" en "mañana", porque sé cuál sería mi reacción. En vez de eso, bajo corriendo a la planta baja y toco el timbre de los Nguyen. Al cabo de unos segundos, la adolescente rebelde abre y se me queda mirando.

—Hola —la saludo de manera decididamente informal.

Su respuesta consiste en una impresionante burbuja de chicle, que luego estalla. Debo confesar que me irritan los restos de chicle en las comisuras de sus labios.

—¿Están tus padres? —tartamudeo.

—No.

—¿Cuándo crees que lleguen?

—No lo sé —Su lengua recoge el chicle.

—¿Podrían tus padres o tú vigilar a mi hijita mañana? Cuatro o cinco horas como mucho, y también te pagaría por eso.

Sin duda puedo sobornar a una adolescente con ese argumento. Me quedo esperando a que me pregunte la tarifa por hora, pero en vez de eso pasa a mi lado y mira al timbre.

—¿Qué haces? —pregunto asombrado.

En lugar de responderme, sale corriendo un momento. A través del cristal de la entrada de la casa, veo que también echa un vistazo a los nombres en el timbre que hay allí.

—Curioso —dice cuando vuelve.

—¿Qué?

—Por lo que veo, dice "Nguyen" en el timbre.

—¿Y bien?

—Si dijera "Guardería" Ok. Pero como no es así. No me interesa.

Antes de que pueda responderle, ya ha cerrado la puerta. Pero al menos he aprendido la lección. La típica amabilidad asiática parece no tener

ninguna posibilidad ante la rebeldía adolescente. Sus padres probablemente se avergonzarían.

Gloria Hofer abre la puerta y las nubes de humo que hay tras ella me hacen temer lo peor.

—¡Oh, Dios! ¿Hay un incendio?

Sin embargo, no huele a humo, sino más bien a hierba.

—No —me tranquiliza—. Estoy exorcizando espíritus malignos, querido. Me alegro de que hayas venido. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Tenemos que hablar? —me pregunto.

—¡Absolutamente! ¡Entra!

Apenas he dado dos pasos por el pasillo cuando me sacude un ataque de tos.

—¡Oh, no! —grita—. ¡No dejes que los espíritus entren en ti!

—Es el humo lo que me da problemas —jadeo.

—Nunca subestimes a las fuerzas del mal.

Mi ataque de tos está empeorando, para colmo mis ojos lagrimean como locos.

—Lo siento —digo con dificultad—. Continuemos esta conversación en otro momento.

Preso del pánico, abandono su apartamento. De ninguna manera voy a confiarle a Tami. Definitivamente, no quiero tener que recoger a mi hija del hospital intoxicada por el humo.

Al menos la tos se alivia de camino a mi apartamento. Pero no estoy más cerca de encontrar una solución a mi problema.

—Ya volví, cariño —le digo a Tami.

—Estupendo —responde ella.

Mi teléfono suena y la pantalla transmite un número que no conozco.

—¿Hola? —digo, con cautela. Si un centro de llamadas intenta venderme una gran oportunidad de ganar la lotería u otra tontería, cuelgo sin hacer comentarios.

—Hola, Simón —dice una voz insegura que, sin embargo, reconozco de inmediato.

—¡Vicky!

—Em, bueno, ¿Te gustaría, quiero decir, a ti y a Tami les gustaría venir un rato con nosotros? Estoy haciendo un pastel y a Luis le encantaría ver a Tami. A mí también, por supuesto.

Sospecho por qué hace esta invitación. En lugar de amonestar, respiro hondo.

—Espera, le preguntaré.

Entro en la habitación de los niños y aprieto el auricular del móvil contra mi muslo.

—La madre de Luis quiere saber si nos apetece ir a su casa. Victoria está horneando un pastel.

—¡Sí! —exclama entusiasmada.

Por supuesto. Ahora no tengo otra opción, aunque se me acaba el tiempo. Pero de repente me doy cuenta de cómo puedo darle la vuelta a la tortilla.

—A Tami y a mí también nos encantaría —contesto con buen humor—. Estaremos con ustedes en unos minutos.

—Bien —responde sorprendida—. Los esperamos.

Mi plan es sencillo pero ingenioso: subo con mi hija, me como un trozo de lo que debe de ser un pastel muy mediocre y vuelvo a desaparecer rápidamente... sin Tami. Victoria es más que bienvenida a devolverme el favor de inmediato.

Simón, ¡eres tan inteligente!

Por desgracia, mi buen humor tiene una vida particularmente corta. Cuando Tami llama al timbre de los Mahler, me enfado mucho. ¿De verdad cree Victoria que no me he dado cuenta de su plan? Estoy seguro de que espera que quede comiendo de palma de su mano con pasteles y un poco de falsa simpatía.

Ya me conocerás, Victoria Mahler. Tus trucos desagradables no funcionarán conmigo, porque después de todo, me casé con la reina de la desagradabilidad.

La puerta está abierta.

—¡Tami! —exclama Luis encantado—. Tengo algo que enseñarte, ven a mi habitación —La agarra del brazo y tira de ella.

—Estoy en la cocina —suena al mismo tiempo la voz de Victoria.

Como los apartamentos están diseñados exactamente igual, no tengo problemas para orientarme. Victoria aprovecha muy bien el espacio del pasillo. Frente a la gran pared que da al salón con el salón hay un espacioso armario de color claro. Entro en el salón y veo una enorme estantería a mi izquierda. Los libros que contiene parecen estar ordenados según un sistema

de colores. Pero antes de que pueda examinarlos más de cerca, otra percepción sensorial se roba mi atención.

—Dios mío —exclamo—. Huele muy bien.

Mis receptores olfativos saltan alegremente ahora mismo. Principalmente domina un olor a chocolate dulce, pero a la vez percibo otros matices que no consigo clasificar del todo.

—¡Vaya!

Vicky sale de la cocina. Lleva puesto un delantal blanco en el que noto manchas marrones. Lleva el pelo recogido en una coleta y en la comisura de los labios veo algo que podría ser pasta.

—Espero que el sabor sea aún mejor —dice con una sonrisa.

—Si el sabor supera al olor, te llevaría directamente a...

Consigo detener mi flujo de palabras justo a tiempo. Me aclaro la garganta y termino la frase casualmente—. Traería a Tami más a menudo.

—Cuando quieras —responde con una sonrisa.

¡Simón!, me amonesto interiormente. Concéntrate en tu plan. No caigas en sus redes.

—El pastel estará listo pronto. Siéntate. Hay una vasija de agua en la mesa. ¿O prefieres café?

—No, gracias. El agua está bien.

Cuando Victoria vuelve a la cocina, me paseo alrededor de la enorme mesa de madera sobre la que descansa un mantel de encaje amarillo. Ya hay cuatro vasos colocados en posavasos de papel. En lugar de servirme un vaso, echo un vistazo a la estantería. Arriba a la izquierda sólo hay ejemplares de lomo blanco, abajo a la derecha los de lomo negro. De algún modo, ha conseguido colocar los demás libros en una perfecta degradación de colores. En realidad, debería parecerme exagerado, pero me gusta cómo se ve.

Sigo mirando a mi alrededor, queriendo encontrar algo que confirme mis prejuicios. En un aparador observo un marco digital que muestra varias fotos de Luis. Algunas de las imágenes muestran a Victoria al lado de su hijo. Una madre sonriente y feliz. El amor que siente por su hijo es evidente en las fotografías.

—Uf —suspiro, tratando de apartar el pensamiento de la falta de instinto maternal de Marián.

Suena un temporizador en la cocina. Oigo a Victoria abriendo el horno. El impresionante olor se intensifica y mi estómago rugiente me recuerda

que no he comido nada desde los espaguetis.

—Sí, creo que salió bastante bien —se elogia a sí misma—. ¿Puedes traer a los niños?

—Lo haré.

Voy a la habitación de los niños, llamo y espero.

No pasa nada. Abro la puerta con cuidado y miro dentro de la habitación. Luis está sentado en un sofá junto a Tami con un álbum de figuritas en el regazo y le enseña las pegatinas individuales.

—Tu madre dice que el pastel está listo —le informo.

—¿Seguimos viéndolo ahora? —pregunta.

—Por supuesto —responde Tami.

Casi con reverencia, Luis deja el álbum a un lado antes de saltar del sofá. Mi hija le sigue y me siento un poco ignorado cuando pasan a mi lado, lo que me produce una pequeña punzada.

Como si lo intuyera, Tami se gira en el umbral de la sala de estar.

—Vamos, papi.

Bueno, era mi imaginación.

En la sala, el olor se ha intensificado porque el pastel de chocolate está ahora sobre la mesa. A estas alturas no me extrañaría que hilos de saliva corrieran por las comisuras de mis labios.

¡Huele delicioso!

Vicky se ha quitado el delantal. Lleva jeans y una blusa entallada que realza su buena figura. Saca cuatro platos del aparador color arce.

—Siéntate. La mitad izquierda del pastel es para los niños, la derecha para los adultos.

—¿Por qué esa división? —pregunto con curiosidad.

—Algunos de los ingredientes de la mitad derecha no tendrían buen sabor para los niños —explica.

Espero una explicación más detallada, pero no dice nada más, sino que coloca platos de diferentes colores frente a cada uno de nosotros. El mío es azul oscuro. ¿Eso significará algo? Por desgracia, mis conocimientos sobre la simbología de los colores están aún menos desarrollados que los de astrología.

—Tami, ¿te gusta la leche con chocolate?

—¡Oh, sí! —exclama mi hija con entusiasmo.

—¿Prefieres la leche tibia o fría?

Tami me mira sorprendida.

—¿Cómo lo haces tú, papi?

Sonríó porque se ve tan linda con el signo de interrogación en la cara.

—Caliento la leche brevemente, la dejo enfriar un poco y la vierto...

—Perfecto —dice Vicky.

—¡No! —contradigo en voz alta—. No tienes que...

Pero ya ha desaparecido en la cocina.

—Tu madre le ha puesto mucho empeño —le aclaro a Luis.

Se encoge de hombros.

—A ella no le molesta

Pero quizá a mí sí, porque no quiero sentirme obligado con ella. Así que voy tras ella.

—Vicky, no tienes que hacer todo esto. Tami puede beber el chocolate igual que Luis.

Para entonces ya ha vertido leche en una olla y enciende la estufa. Mira por encima del hombro.

—Quiero que la nena se sienta cómoda aquí —me dice, sin parecer en absoluto estresada.

Fragmentos de mi pasado vuelven a surgir en mi mente.

—De acuerdo —murmuro—. ¿Puedo ayudarte?

—No te molestes. Siéntate con los niños.

Confundido por mi caos emocional, vuelvo a la sala. Tami fue un accidente; Marián siempre tomó la píldora, pero su eficacia probablemente se vio afectada por un antibiótico en ese momento. A pesar de que me alegré por el inesperado giro del destino, después del parto todo se volvió demasiado abrumante para Marián. Y mi hija y yo fuimos sufrimos las consecuencias, hasta que Marián y yo nos separamos. Como independiente, afortunadamente ya trabajaba desde casa en aquella época y pude compensar su falta de cariño, pero me temo que dejó huella en Tami. ¿Y ahora mi estúpida vecina de entre todas las personas cumple mi ideal de madre cariñosa? ¡Oh, no!

—¿Quieres repartir el pastel en los platos, Simón? —pide Vicky.

—Puedo hacerlo.

—No lo dudaba —responde riendo.

Cuando vuelve hacia nosotros, trae dos tazas de cacao, que pone delante de los niños. Luego, de repente, se inclina hacia Luis y resopla contra su

cuello. El niño ríe alegremente, pero al mismo tiempo intenta luchar contra su madre.

—¡Mamá! —protesta.

—Lo siento. Pero eres tan lindo que podría comerte.

Vicky se da cuenta de que la miro y me sonrío.

—Disfrútenlo.

Bajo los ojos a mi plato. ¿Qué me está pasando ahora? ¿Será que Gloria le dio una poción mágica y la usó para hornear?

—No está envenenado —me dice divertida.

Levanto la vista y veo que los demás ya están comiendo. ¿Cuánto tiempo estuve sumido en mis pensamientos?

—Estaba disfrutando del aroma —intento explicar mi ausencia mental—. El pastel huele fantástico.

—Espero que a ti también te guste.

—Tengo curiosidad.

Agarro el tenedor y tomo un trozo. No está demasiado grumoso ni demasiado firme. Pero su excelente consistencia no es nada comparado con el sabor. Cuando pruebo el primer bocado, experimento una revelación. Un placer indescriptible recorre mi lengua. La dulzura del chocolate, con un sutil toque de menta, un poco de canela y dos o tres ingredientes más que no logro identificar. ¿Crema? ¿Vainilla? ¿O estoy completamente equivocado?

—Vaya —digo—. Increíble.

Vicky sonrío satisfecha.

—Mi mamá es la mejor repostera —elogia Luis.

—Creo que tienes razón —respondo tras el segundo bocado.

Después de comer, recogemos los cuatro.

—¿Has podido resolver tu problema de mañana? —le pregunto a Vicky mientras meto mi plato en el lavavajillas.

—Voy a llamar a unos amigos ahora mismo. Quizá alguno tenga tiempo.

—Puedes dejarlo conmigo —digo antes de pensar en las consecuencias de mis palabras.

—¿En serio?

—Sí.

Me sonrío.

—Gracias, eres un... —Avergonzada, se aclara la garganta y saca una barra de jabón lavaplatos de una gaveta—. Te devolveré el favor —me prometo—. Mi capacitación es hasta el miércoles. El jueves y el viernes Tami puede quedarse con nosotros todo el día.

—¿A qué hora sales el miércoles?

—A las cuatro como muy pronto.

—Estoy jodido. Tengo una cita importantísima el miércoles a las dos y media. Necesito que alguien cuide de Tami.

—De acuerdo. Conseguiré a alguien que venga unas horas y cuide de nuestros angelitos.

—¿Garantizado?

—Cien por ciento.

—Trato hecho.

Le tiendo la mano y me doy cuenta divertido de que primero se limpia con el pantalón antes de extender la suya. Su piel se siente agradable.

—¡Luis! ¿Quieres ir a casa de Tami otra vez mañana?

Como no hay respuesta desde la sala, buscamos a los niños, que ya se han acomodado en el sofá de la habitación de Luis. Los dos son un solo corazón y una sola alma. Por tanto, no me sorprende su alegría ante nuestro anuncio.

Vicky

Mi compañero de asiento Florian es muy gracioso. Me gustaría encontrarlo antipático, después de todo es mi competidor y podría arrebatarme el puesto. Pero también soy su competidora, así que aprovechamos al máximo el segundo día de capacitación y tonteamos susurrando como adolescentes en aburridas clases de matemáticas durante toda la mañana. Al menos hoy puedo estar más tranquila que ayer, que mis pensamientos no dejaban de vagar hacia Luis. Sé que está en buenas manos con Simón, aunque todavía no puedo juzgarlo realmente. ¿Es realmente tan simpático como parece ser... o es sólo utiliza la fachada padre soltero perfecto como engaño? Algunos tipos incluso toman prestados perros del refugio de animales para impresionar a las solitarias dueñas de perros en el parque de la ciudad y así acercarse a ellas. Tal vez Simón está usando el truco del padre perfecto. No me extrañaría.

Florian y yo nos sentamos en la última fila de cinco, de modo que el orador austriaco que está al frente no pueda ver nuestros garabatos. Hemos llegado al interesantísimo tema de *"Estrategias de marketing innovadoras en el comercio sanitario"*. Florian está dibujando una mano que se mete en un inodoro y yo no puedo contenerme más y empiezo a reírme:

—¡No meterás la mano en el retrete con nosotros!

¿Soy yo antes había más ruido en la sala de seminarios? Ahora, en cualquier caso, todo el ruido ha cesado y todos los ojos están puestos en mí. Siento que el rubor me sube por la cara y me abstengo de decir "mierda".

—Es culpa mía —dice Florian—, distraje a la señora Mahler. Le pido disculpas.

—No, no —explica el responsable del seminario, a quien de repente se le ilumina el rostro—, ¡es una idea excelente! ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Umm, ¿Yo?

Este es mi fin, mi jefe me va a matar.

—Sí, ¿cómo se llama, por favor?

—Victoria Mahler. Escuche, lo siento mucho, no quería interrumpir su interesante conferencia.

—Al contrario, Sra. Mahler, por fin alguien se atreve a hacer una propuesta valiente y apuesta a la originalidad y jocosidad en lugar de utilizar una formula ya existente. Con nosotros, ¡no meterás la mano en el retrete! ¡Qué bien! Bravo, estoy realmente encantado. Por favor, póngase en contacto conmigo más tarde para que podamos crear un borrador. Esto se enviará de inmediato a algunos clientes; apuesto a que habrá varios interesados. Por supuesto obtendrá el crédito que se merece.

Mierda, ahora me siento mal por Florian; después de todo, es su retrete. Pero él es un verdadero amigo, y dibuja una carita sonriente con un globo de diálogo que dice: "¡Qué idea tan tonta!" Le doy un golpe en el costado y le sonrío agradecida.

El día no puede mejorar, porque mi ascenso profesional es cada vez más probable. A la pregunta de con qué artículo de oficina podríamos hacer felices a los carpinteros, sólo tengo que pensar en el maletín de herramientas de juguete de Luis y ya tengo la solución: un sacapuntas con forma de taladro, ya está. Mi jefe, la junta directiva y el director del seminario parecen muy impresionados y me siento como una estrella. ¡Estoy en racha!

Ojalá pudiera decir que tengo el mismo éxito con los hombres. Con ellos, sin embargo, en realidad sólo meto la mano en el inodoro. No quiero que me decepcionen una y otra vez. Desde que me enteré de los innumerables encuentros con mujeres de Thomas, no he podido confiar en nadie. Es posible que haya chicos que no sean como mi ex, pero ¿cómo reconocerlos? Al fin y al cabo, no lo llevan escrito en la frente.

No entiendo a los hombres. ¿Qué quieren realmente? En primer lugar, van a por ella cuando una mujer se ajusta a su criterio superficial: buena figura, carisma sexy y segura de sí misma. Si las cualidades de ama de casa también son correctas, creen que es la compañera perfecta. Puta y santa en una, ese es el sueño de todos los hombres. Pero si una mujer no se desenvuelve tan bien en uno de los dos papeles, la admiración se acaba rápidamente.

Por eso no caigo en el truco de Simón. La forma en que me adoraba por un pastel era casi conmovedora. ¿No tiene nada más para comer? ¿Su mamá nunca le cocinó nada? No, no, creo que quiso ser amable, y estoy segura de que es mejor padre que Thomas, pero no soy tan estúpida como para dejarme embobar con un par de cumplidos.

—Los veré después de comer —les digo a Florian y a los demás, metiéndome en mi oficina. Tengo que hacer una llamada rápida y encontrar a alguien que pueda cuidar a los niños mañana entre las tres y las siete. Puede que sea una hora menos, pero Simón y yo necesitamos que alguien se quede con Luis y Tami en mi departamento durante ese periodo de tiempo.

Simón seguirá haciendo la comida y luego me los traerá a los dos. Le di una llave, lo que me pareció extraño. El otro día nos odiábamos, y ahora somos... Sí, ¿qué somos? Amigos, apenas. Vecinos, por supuesto, somos vecinos que nos ayudamos en caso de emergencia; ni más ni menos. No importa cuánto lo piense, sólo se me ocurre una persona que podría estar libre el miércoles: mi prima Pamela. Tiene veinticinco años y trabaja en la recepción de un consultorio de medicina general a dos calles de mi edificio. Sé que los miércoles termina su jornada a las tres en punto. Encajaría perfectamente y, además, Luis la conoce. Pamela no es exactamente la niñera soñada, pero al menos es mejor que ninguna. Intento no pensar en cómo coqueteó con mi novio en mi propia boda y casi logra seducirlo en la barra de champán si mi padre no hubiera intervenido. También aparto el pensamiento de su curvilínea figura. No podría importarme menos si Simón piensa que está buena o no cuando la deje a cargo del apartamento y los niños. Todos los tíos piensan que Pamela está buena, ¿y qué? No me molesta. Sólo quiero que cuide a los niños. Además, me debe una, porque ya le he prestado mi carro al menos diez veces, en las que ha usado hasta la última gota de combustible y, por supuesto, no repuso.

Respiro hondo antes de marcar su número de móvil.

—¿Ho-Hola? —balbucea, como si no reconociera mi número. Supongo que no puede evitarlo. Pamela es una coqueta eterna.

—Hola. Tú, estoy planeando interferir en tu vida. ¿Por casualidad estarás libre unas horas mañana justo después del trabajo para vigilar a Luis?

Mi estrategia es empezar siempre por lo pequeño. Pamela duda. Es una buena señal. Significa que piensa en una excusa, pero básicamente no tiene nada más planeado. Podría recitar de memoria sus citas de peluquería y estética, y las citas con sugar daddies casados no suelen ser por la tarde. A menos, claro, que sean médicos.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Puedes o no puedes? Es realmente importante y te estaría muy agradecida si pudieras hacerlo.

—Sí, sí, puedo hacerlo. Es que estoy esperando una llamada importante, pero por tu bien renunciaré a una oportunidad única en la vida si hace falta.

Por supuesto, Pamela. Probablemente estés esperando una llamada de una agencia internacional de modelos que te libere de tu monótona vida de recepcionista y te catapulte directamente a las capitales mundiales de la moda.

¡Ella y su manera de salirse con la suya! Una vez me contó que accidentalmente se comprometió con un noble tras una noche loca de discoteca, pero que no lo amaba en absoluto. No era que él quisiera deshacerse de la rubia burguesa; no, ella no se habría atrevido a decirle la verdad con delicadeza. Todo era una sarta de mentiras. Incluso de niña, la honestidad no era una de las mejores cualidades de Pamela y aun así se salía con la suya. Si era necesario, dejaba que unas lágrimas salieran de sus ojos azul claro y todos se derretían.

De todos modos, no es mala persona. O quizá eso quiero creer porque es mi prima. ¡Y tiene que ayudarme ahora, si no, no le volveré a prestar mi carro!

—Podrías solamente dejarle tu número a quien está en la otra línea —sugiero, intentando mantener un tono neutro. Después de todo, aún tengo que decirle que no solo tiene que cuidar a un niño, si no a dos.

—Bueno —continúa, riendo amargamente—, si fuera tan fácil, Vicky, si fuera tan fácil. Muy bien, lo haré. ¿Qué tengo que hacer?

—Bueno, la guardería está cerrada, ese es el principal problema. Un vecino puede cuidar de Luis hasta poco después de la una, pero luego tiene que ir a una cita de negocios. Yo no puedo salir de la oficina hasta las cuatro como muy pronto. Eso significa que tendrías que ir directamente a mi casa a las tres y recoger a los niños. Mi vecino los dejará contigo. Ah, me olvidé de una cosita...

Sí, yo también puedo ser tonta. Me parezco más a Pamela de lo que pensaba.

—¿Los niños? —pregunta inmediatamente mi prima, acentuando las dos últimas letras como si fueran leprosos.

—Exacto, porque son dos. Luis, por supuesto, y su amiga de la guardería Tami. Tiene la misma edad y es muy dulce. Ni siquiera notarás que está ahí. Es la hija de mi vecino, por eso ha estado cuidando de Luis en primer lugar. Es difícil de creer, pero realmente hay hombres útiles. En cualquier caso,

Luis y Tami se entretienen muy bien juntos. En realidad, tienes suerte de que no estarás sola con Luis —digo y suelto una carcajada tras ella.

—¿No tiene tu increíble vecino una esposa que cuide a su hija? Ahí hay gato encerrado.

—¿Que un hombre no tenga mujer es un problema para ti?

—se me escapa.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Te haré un favor como super niñera y tú insinúas que voy tras padres de familia?

Espera, Pamela, se te devolverá, el doble y el triple. Pero sólo después de haber cuidado a los niños.

—Oh, no seas así, sólo estaba bromeando. Es sólo un hombre; conoces a uno, los conoces a todos, lo sabemos. Él es agradable, pero aún no sé mucho de él. Ahora, esto es puramente una unión de conveniencia, porque ambos tenemos el problema de no poder llevar a nuestros hijos a la guardería. A partir del jueves será más fácil. Sólo tengo que cubrir el miércoles. Entonces... ¿Puedo contar contigo? ¡Por favor, por favor!

—Espero acordarme. Entonces lo haré.

—Eh, lo siento, tienes que acordarte. No puedes lo puedes olvidar, ¿entiendes? Simón no puede dejar solos a dos niños de cinco años. Por favor, apúntalo. O programa un recordatorio en tu celular.

—Sí, sí, tranquila Vicky, puedo manejarlo. No sé por qué soy tan bondadosa, pero no puedo decir que no.

Sí, claro. Me trago mi insolente respuesta y deseo por primera vez en mi vida que Luis haga realmente haga travesuras mañana para sacar de quicio a Pamela.

—Gracias, eres muy amable. Hasta mañana entonces. Por cierto, mi vecino se llama Simón Decker y vive en el piso de abajo. Por si no está arriba cuando llegues.

—Ok.

Uf, no ha sido una hora de almuerzo relajante, pero al menos ahora tengo un problema menos. Estoy segura de que Simón también se alegrará de que Tami y Luis ya tengan niñera para mañana. Aún tengo cinco minutos para comer unas galletas y pasar la mano por el agua de la fuente de mi escritorio.

Simón... mmm. Para ser honesta, hay algo en él que me gusta. Al fin y al cabo, soy humana y tengo mis necesidades. Sin embargo, sería bueno que

no relacionara automáticamente estas necesidades con estar enamorada. En realidad, me encantaría enamorarme de un hombre, y solo pensar en cómo se sentiría acurrucarme con él en el sofá y que nos vean en público. Pero no, inmediatamente tengo que imaginarme todo el gran programa: candados de amor en los puentes, anillos de compromiso y tener un hijo juntos.

Tal vez intente algo nuevo para variar: coquetear sin el objetivo oculto de una relación seria. El hecho de que Simón sea un buen padre no tiene que significar nada. Probablemente sea incapaz de tener una relación, como la mayoría de los hombres. Pero tal vez sea un as en la cama. Tal vez.

Simón

Me doy una palmadita en la espalda al darme cuenta de que mi plan funcionó. Bueno, normalmente el soborno no es uno de mis métodos de crianza, pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Después de ver lo absortos que estaban ayer con el álbum de figuritas, corrí rápidamente al quiosco de la esquina y compré un álbum nuevo. Más cien bolsitas con seis figuritas en cada una. El dueño turco de la tienda me miró con algo de recelo cuando le entregué el billete de cien euros, pero mi tranquilidad mereció la inversión. En cuanto Vicky trajo a Luis, sorprendí a los niños con eso, y el brillo de sus ojos fue realmente genial.

He avanzado bastante en mi trabajo, y si sigo preparándome esta noche, podré presentarme allí sin problemas.

El gruñido de mi estómago a la hora de comer me recuerda que no he comido desde el desayuno. Quiero servirle unos bocadillos a Vicky para compensar el delicioso pastel. No obstante, los niños y yo tendremos que comer al menos algo antes.

Me dirijo al pasillo y sonrío porque son realmente silenciosos como ratones. Me pregunto si ya habrán puesto todas las pegatinas. La puerta de la habitación de los niños está entreabierta. Pero ahora me sorprende que puedan ser tan silenciosos. Es increíble lo fácil que resulta mantener ocupados a los pequeños.

—¿Tami? ¿Luis? ¿Tienen hambre?

No hay respuesta.

Empujo la puerta y la información llega a mi cerebro a cuentagotas. El álbum está doblado en el suelo, junto a él unas cuantas bolsas abiertas y muchas sin abrir. No hay rastro de los niños.

—¿Tami? ¿Luis? ¿Dónde están? —grito.

De nuevo no hay respuesta.

La tranquilidad que acababa de se esfuma de mi cuerpo antes de que el modo pánico se apodere de mí. Sí, había cerrado la puerta de mi oficina

para poder pulir la presentación en paz. Aun así, debí haberme dado cuenta cuando los dos salieron del piso.

Agarro la llave y salgo corriendo. Vicky me matará si le pasa algo a Luis. Y yo tampoco podría perdonármelo nunca.

¿Dónde podrían estar? Primero compruebo en el apartamento de Vicky. Subo corriendo de dos en dos las escaleras y llamo frenéticamente a la puerta del piso.

—¿Están ahí? ¿Tami? ¿Luis?

Si Müller se queja de mi volumen, me conocerá. Es mejor no interponerse en el camino de un padre en pánico. De repente recuerdo que esta mañana Vicky me confió una llave. ¡Qué tonto soy! Antes de que pueda tomarlas, una puerta se abre detrás de mí.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunta Gloria con voz suave.

—Los niños se escaparon —le explico y me vuelvo hacia ella—. Deben haberse escabullido por el edificio. ¿Quizás los viste?

—Cálmate. Echemos un vistazo a través de la ventana mágica.

¿Ventana mágica? ¿Estamos en Narnia o qué? Pero antes de que pueda reaccionar a su sugerencia, me toma del brazo y me lleva a su apartamento.

—Gloria, yo realmente...

—Confía en mí esta vez.

Tropiezo con ella por el pasillo y me lleva a la sala. Atónito, me fijo en un enorme búho disecado sobre una mesa alta, cubierto de una gruesa capa de polvo. Estoy seguro de que este lugar no ha sido limpiado en años. Ya me pica la nariz. Los ojos rojos de cristal del pájaro parecen mirarme fijamente y amenazarme: "¡No te atrevas a estornudar!"

—Gloria, realmente tengo que... —intento zafarme de la situación.

—Shh —dice con un índice en los labios. Mira pensativa por la ventana del salón—. Es maravilloso poder verlo.

¿Piensa que allí se encuentra la entrada a otro mundo?

—¡Ven aquí!

Accedo a la petición y la sigo sin más discusión.

—¡Gracias a Dios! —susurro aliviado tras asomarme.

Los niños se divierten en el parque infantil: Tami está sentada en el columpio mientras Luis la empuja.

—Llevo quince minutos viéndolos —confiesa Gloria—. Van a ser una gran familia.

—¿Qué?

Ahora se vuelve hacia mí.

—Sin embargo, debes tener cuidado, de lo contrario tu felicidad estará en peligro.

—Sí, de acuerdo. Lo haré. Ahora tengo que ir a buscar a los traviesos. Me dieron un buen susto.

Mi regaño es bastante flojo, porque aún prevalece el alivio de que no les haya pasado nada.

—Tienen que avisarme —le explico—. Casi se me sale el corazón de preocupación.

—Lo siento, Papi.

Tami viene hacia mí y me abraza las piernas. Le acaricio la cabeza.

—No queríamos molestar —añade Luis.

La mirada traviesa de sus ojos revela quién tuvo la idea de salir sin permiso.

—No se lo diremos a tu madre, ¿Ok?

—No —confirma—. Si no, me va a putear.

Me temo que a mí también.

—¿Tu madre se enoja a menudo contigo? —pregunto inocentemente.

—No conmigo. Solo cuando se trata de Papi y Rocky.

¿Rocky? Veo a Sylvester Stallone delante de mí. Pero ese es probablemente el nombre de su novio. ¿Me he topado alguna vez por el pasillo a un tipo que encaje con ese nombre? No recuerdo.

—¿Tienen hambre?

Los niños asienten.

—¿Tienes papas fritas? —quiere saber Luis.

—¡Oh, sí! Papas fritas —Tami apoya su deseo—. Bueno, lo que sea.

Juntos caminamos hasta la entrada de la casa.

—¿Quién es ese Rocky? —pregunto—. Debe ser el novio de tu madre, ¿verdad?

—Mamá lo detesta —responde Luis y suelta una risita—. Rocky y papá son amigos. Y los amigos son lo más importante para un hombre, lo sé por papá.

—Ah, sí.

Espero más información, pero obviamente Luis sólo da lo mínimo.

—¿Tu mamá sale con alguien? —me atrevo a preguntar por fin cuando estamos de vuelta en casa.

—Bastantes —dice Luis.

—Oooh.

—A veces se reúnen cuatro en nuestra casa.

—¿Cuatro? —me pregunto.

—Sí. Mamá es muy popular.

Hago una mueca. No habría pensado que fuera posible que ella tuviera esta preferencia. Un gangbang en el piso de arriba. ¡Increíble!

—Mi favorita es Carolina. Siempre me trae algo —continúa el chico—. Angélica también es simpática. Silvia no me agrada. Es muy estricta.

Por dentro respiro aliviado.

—¿Es visitada por un hombre de vez en cuando?

—Mamá dice: Los hombres son tuercos.

—¿Tuercos?

—Lo canta mucho. Sobre todo, cuando está enfadada con papá.

Me pregunto si lo canta así a propósito para no herir los sentimientos del hombrecito.

Por la tarde, miro mi trabajo con satisfacción. Horneé dos barras de baguette, las corté en rodajas y las cubrí con diferentes tipos de salchicha y queso. También dejé algunas separadas para los niños. También he conseguido hacer una deliciosa salsa para acompañar las rodajas de pepino y pimienta.

El timbre suena a la hora esperada

—¡Yo voy! —grita Luis.

Lo cual me parece bien, así puedo terminar de poner la mesa.

—¡Mamá! —saluda alegremente a Vicky.

—¡Mi amor!

—¿Quieren pasar a la sala? —pregunto a mis invitados.

Poco después se encuentran dentro.

—¡Vaya! —dice Vicky—. No tenías que hacer eso.

—Una pequeña venganza por lo de ayer.

Me mira con una expresión que me inquieta. Como si estuviera sopesando algo.

Me aclaro la garganta con timidez y desaparezco rápidamente en la cocina.

—¿Qué quieres beber?

—¡Jugo! —suena la voz de Luis.

—Yo también quiero —decide Tami.

—¿Tienes jugo de naranja o de manzana? —pregunta Vicky.

—Ambos.

—Entonces tomaré de naranja. Por cierto, ya me encargué de conseguir a alguien para cuidar a los niños mañana. Mi prima Pamela vendrá aquí a las tres. Le dije que la esperarías en mi apartamento.

—Has hecho un gran trabajo —la elogio mientras llevo las bebidas al salón—. Siéntate.

—Pero no te sorprendas. Pamela es todo un personaje. Probablemente te gustará.

—¿Por qué? —Voy por más servilletas y también tomo asiento.

—Sólo una suposición —responde evasiva. Suspira y echa la cabeza hacia atrás—. Qué daría ahora por un masaje en el cuello. O mejor: un masaje de pies. Estar en estas cosas todo el día me está matando.

Mis ojos se desvían automáticamente hacia sus pies. En efecto, los tacones son relativamente altos y sus zapatos no parecen realmente cómodos. Pero me contengo con las ofertas de masajes, después de todo, nuestros hijos están sentados a la mesa.

—¿Has tenido un buen día? —pregunto.

—Sí, todo ha ido perfectamente —dice radiante. Antes de continuar, coge un trozo de baguette con queso, le pone dos rodajas de pepino, añade un poco de salsa y lo muerde con avidez.

—Qué rico —murmura con la boca llena.

—Creo que la salsa combina bien con el queso salado.

—En efecto. ¿Qué clase de salsa es?

—Una creación propia. Sólo revelaré los ingredientes bajo tortura o si vuelves a hornear para mí.

—Podemos hablar de eso. Sobre la tortura, quiero decir —Me guiña un ojo.

Vicky

¿Acaso estábamos coqueteando? No, probablemente me lo estoy imaginando. Simón debe fijarse en mujeres sexys, no en mujeres como yo. Para él, no soy más que la madre de Luis.

—Luis, ¿quieres lavarte los dientes, por favor? —le pregunto a mi hijo mientras me quito la falda y la blusa y me deshago por fin de mis zapatos de tacón. Un masaje de pies habría estado bien ahora. Todo esto es una tontería. Han sido un par de horas amenas con mi vecino y ya está. Me tranquiliza poder desaparecer entre mis cuatro paredes durante unas horas con Luis.

—Tami tiene un cepillo de dientes electrodoméstico, mamá. ¿Es caro? A mí también me gustaría tener uno, porque cepilla solo. Y me hace cosquillas en los labios —balbucea Luis para sí mismo en el baño mientras yo le observo desde la puerta. Es increíblemente dulce y amable. La compañía de Tami le hace mucho bien, y no está tan inquieto como después de jugar con chicos.

—¿Estás seguro de que Tami tiene un cepillo de dientes sónico?

—Hmm —Piensa mucho y yo le ayudo.

—Creo que te refieres a un cepillo de dientes eléctrico. No es caro. Si sigues portándote bien esta semana, te compraré uno el sábado, ¿Ok? Porque hasta el momento se han estado portando muy bien tú y Tami. Si no fueran tan dulces, su padre y yo tendríamos muchos problemas.

Luis se lava las manos y parece estar pensando en algo.

—¿Simón no dijo nada sobre el columpio?

—Sobre el columpio. No, no dijo nada, Luis. ¿A qué te refieres? ¿Hay algo que deba saber?

—No —Pasa corriendo a mi lado y salta al sofá a toda velocidad—. ¿Puedo jugar a la PlayStation?

Aja, una táctica de distracción. Lo heredó de mí; su padre no se comportaría tan inteligentemente en su vida.

—Hoy ya no, Luis. También te he preguntado algo.

—Ay mami, siempre quieres saberlo todo. El papá de Tami también hizo muchas preguntas.

—¿Qué preguntó?

—No recuerdo bien. Cuántos amigos tienes.

Ya veo. Simón Decker preguntó por mí. Eso de alguna manera me hace un poco feliz.

Cuando Luis por fin se ha dormido, echo agua en la bañera. Ahora pongo música suave me doy un baño relajante, y luego me voy a la cama. Pero por desgracia suena el timbre. Maldita sea. Espero que Luis no se despierte, porque entonces me volveré loca. Envío una rápida plegaria al cielo esperando que Simón no sea quien está tras la puerta, porque acabo de desmaquillarme y exprimirme un grano, lo que me ha provocado una fea mancha roja en la barbilla.

Cuando abro la puerta, no es Simón, sino Gloria quien está delante de mí. Siento brevemente algo parecido a una oleada de decepción. Esto es ridículo. Voy a dejar de pensar en Simón ahora mismo.

—Gloria, ¿qué pasa? —digo, mirando fascinada los labios rojo oscuro de mi vecina. Pensaría que los contornos han sido trazados con maquillaje permanente, están tan perfectamente maquillados.

—Querida, la oscuridad se extiende. ¿Puedo entrar un momento y mostrarte el camino hacia la luz?

Sin esperar respuesta, pasa corriendo a mi lado y se dirige a la sala. Su determinación me recuerda a mi hijo. Espero que no quiera jugar al Gameboy. Su atuendo rojo vino es ceñido. Juraría que debajo no lleva ropa interior de abuela, sino un sujetador de encaje.

—Siéntate, Gloria, y luego me cuentas de qué va la oscuridad.

Los curidad, dice siempre Luis, lo que me parece increíblemente gracioso.

Pero mi vecina Gloria no tiene nada gracioso que decir, sino algo amenazador. Dramáticamente, deja que su mirada recorra lentamente mi sala antes de mirarme urgentemente a los ojos. Mientras tanto, he tomado asiento frente a ella en mi sillón reclinable. Menos mal que ayer no dejé a Luis con ella. Si ella tiene este efecto en mí, ¿cómo será para un niño?

—Querida mía —comienza Gloria—, ten cuidado con una persona que traerá sombras a tu vida. Esta figura puede brillar como la luz, pero en realidad puedes salir herida.

—Eso rima —le digo, pero a ella no le impresiona mi comentario deliberadamente frívolo. Y tengo que admitir que cada segundo que pasa me siento más insegura.

—Lo siento —me aclaro la garganta y pongo cara seria—. ¿Puedes decirme quién es esta siniestra figura? Así estaré preparada.

—No, Vicky, tienes que averiguarlo por tu cuenta, de lo contrario habrá una gran desgracia. Pero si tomas el destino entre tus manos y disipas la oscuridad, nada se interpondrá en tu camino hacia la felicidad. Sólo puedo decir esto: el ser está cerca.

No me lo creo. Se trata de Simón Decker, el estúpido bastardo. ¿Quién más? Lo sabía y mantendré mis manos alejadas de ese tipo. Si hasta la abuelita de enfrente se da cuenta de que algo no cuadra del todo, debe ser verdad. Me invade una rabia incontenible que, mezclada con el perfume empalagoso de mi vecina, me da náuseas.

—No te enfades conmigo, pero se me ha revuelto el estómago y me gustaría acostarme. Mil gracias por tu advertencia. Me lo tomaré muy en serio.

—Pero cuidado con sacar conclusiones precipitadas, querida —menciona Gloria, agitando las manos salvajemente.

No, no, no te preocupes. Sé exactamente qué hacer. Estuve a punto de meterme mentalmente con mi vecino y me garantizaron que me estallarían en la cara de nuevo. Eso pasa con los hombres. Es una bendición que me avisaran a tiempo.

—Buenas noches y muchas gracias. Puede que me hayas salvado de hacer algo muy estúpido.

Sacudiendo la cabeza, Gloria murmura algo para sí misma mientras se escabulle por el pasillo hacia su puerta. Pero no puedo prestar más atención a eso. Ya he oído bastante.

Miércoles por la mañana. Voces alegres zumban en mi oído desde mi radio despertador. Todo el mundo está contento con las temperaturas veraniegas, pero a mí me fastidian. No dormí bien y soñé con el Príncipe Siniestro y otras tonterías. Qué semana más agotadora. Y estoy a punto de encontrarme con la oscuridad en la forma de Simón, pero fingiendo que todo está bien... para que pueda cuidar a mi hijo.

Dios mío, me alegraré cuando acabe esta semana. No quiero ni pensar en lo que voy a hacer si los profesores hacen huelga la semana que viene. No

puedo soportar otra semana con mi vecino auestas. No puedo creer cómo este tipo me tiene estresada. ¿Por qué me hago esto? Realmente necesito calmarme y aprender a distinguir a los buenos de los malos sin la ayuda de una espiritista chiflada. ¿Serán tonterías lo que me dijo anoche? Emm. En fin. En cualquier caso, mentalmente volveré a poner a Simón en su lugar: en el piso de abajo.

—Luis —despierto a mi cielo, que obviamente se ha quedado dormido con pegatinas de fútbol en la mano. Tiene pegatinas por toda la almohada y las sábanas. Tiene el pelo rubio sudoroso y los bracitos extendidos. Me gustaría dejarlo dormir, pero hoy quiero llegar a tiempo para demostrar a todos en la empresa que estoy hecha para el nuevo trabajo.

—Luis, tienes que despertarte ya. Tengo que ir a trabajar y puedes jugar con Tami ahora mismo.

Sus ojos se abren como los de una muñeca.

—¿Todavía hay huelga? —pregunta emocionado.

Me río.

—Sí, todavía hay huelga en la guardería. Hoy pasarás la mañana en casa de Tami primero y luego vendrán aquí. Primero te cuida Simón, luego Pamela, y antes de que te des cuenta estaré de vuelta. Mañana y pasado mañana no iré a trabajar y Tami se quedará con nosotros.

—Oh, genial, voy a desayunar con ella.

—Bien, entonces por favor báñate y ponte la ropa. Están en el baño.

Diez minutos más tarde estamos delante de la puerta de Simón y Tami. A pesar de la modestia, creo que no me veo nada mal, ese fue mi pensamiento al dar una última mirada al espejo. Si yo fuera Simón, me molestaría bastante que mi vecina se enterara de mi oscuro secreto. Luis llama al timbre; menos de treinta segundos después, Tami abre la puerta de un tirón y lo lleva con ella. Los dos son realmente inseparables, ¡es maravilloso!

—Hasta luego, cariño —pronuncio en el apartamento azul claro, pero no responde. En cambio, veo a Simón. Luce como un ser místico, su aftershave casi me roba los sentidos. Casi. Me sonrío y parece encantado de verme.

—Oye, ¿dormiste bien? Hoy es tu gran día, ¿no? Tengo los dedos cruzados por ti. Estoy seguro de que saldrá bien.

—Buenos días —digo fríamente y evito su mirada. Ayer fue ayer, hoy es hoy. No quiero un hombre guapo, porque nunca tienes tipos así para ti sola. Además, no debo olvidar la oscuridad. Con un tono formal continuo—. Sí, gracias, me viene bien. Mi prima llegará más tarde. ¿Hay algo más de lo que tengamos que hablar?

Simón parece confundido.

—¿Estás bien? ¿A Luis no le gustó ayer o hay algo que te moleste?

—No, no, tonterías, todo está bien. Ahora tengo que ir a trabajar. Hasta luego.

Le miro de refilón y no hago ninguna mueca. Hay que tener treinta y cuatro años para ser tan genial. Me gusta. A Simón obviamente no le gusta. Su respuesta me recuerda la brusquedad que mostraba al principio. Así que Gloria tenía razón. Debo tener cuidado.

—Bueno, no quiero entrometerme más en tu carrera. Adiós.

Boom. Me cierra la puerta en las narices y por fin vuelvo a tener tiempo para ocuparme de mi propia vida. De todas formas, no estoy de humor para tanto drama.

Mi miedo a los exámenes casi me cuesta mi diploma de escuela secundaria. Me dan tanto miedo las situaciones de examen que cuando era alumna prefería aceptar las hojas rosas por ausencias injustificadas a los exámenes antes que enfrentarme a las terribles horas delante de una hoja y un profesor. De alguna manera me abrí camino con toneladas de valeriana y me juré a mí misma justo después de graduarme que nunca tomaría otro examen excepto el de mi licencia de conducir. No hace falta decir que me tomó un año finalmente sacar la licencia.

Odio los exámenes. Pero me veo obligada a aceptar esta tontería, aunque las preguntas no tengan ningún sentido. Si no hago este examen, puedo olvidarme de mi nuevo trabajo.

—Toma, cópialo —me susurra Florian y empuja su papel en mi dirección. El responsable del seminario no parece ver nada detrás de su periódico; a menos que le haya hecho un agujero. Confío en quienes cuidan los exámenes, son malvados.

—Gracias —le susurro y compruebo nuestras respuestas. Parecen idénticos, y aún no he copiado.

Me salen manchas de sudor bajo las axilas de los nervios. Eso también. Mi desodorante está en mi bolso, que está en mi oficina. Me pregunto si

debería entregar la hoja. De todas formas, no se me ocurre nada que añadir. La mayoría de las preguntas son de opción múltiple y el resto las expliqué lo mejor que pude con mis propias palabras. De todos modos, me importa un carajo el porcentaje de ganancia que le quede a la empresa por la venta de diez mil fichas del carrito de compra. Sólo me importa mi propia comisión, y por eso no vendo esa basura. Si mi ascenso no se da por culpa de este estúpido examen, me haré vendedora de carros.

—Bingo —digo en voz alta y me levanto. El único que se ríe es Florian.

El responsable del seminario, el consejo de supervisión y el jefe me miran confundidos, cosa que ahora no me importa. Quiero salir de aquí, lejos del examen y hacia el desodorante. Dejo mi hoja en el escritorio del cuidador y salgo rápidamente de la sala. Este fue realmente mi último día como estudiante.

Sobre mi escritorio, mi precioso bolso Michael Kors azul claro se sacude porque mi móvil vibra en el compartimento lateral. Me apresuro a tomar el teléfono; espero que no sea Simón con malas noticias. Hace horas que no pienso en Luis, así que debe ser un mal presagio.

Pero la cosa empeora. Pamela contesta con su tono de perra.

—¿Acaso no escuchas tu celular? —abre la conversación con impaciencia. Qué encantador.

—Estaba en un examen y no me dejaban llevarlo. ¿Pasó algo?

—Podría decirse que sí.

Estoy a punto de explotar. Busco el desodorante con la mano izquierda mientras me acerco el teléfono a la oreja con la derecha.

—¿Y qué pasó, querida Pamela? ¿No puedes salir del trabajo a tiempo porque una víctima de accidente ensangrentada está esperando a que escanees su tarjeta del seguro? ¿O te has roto una uña? Bueno, ¿qué excusa vas a darme hoy?

Pamela resopla de rabia, pero yo también. ¡Esa estúpida vaca probablemente podrá hacer algo por mí algún día!

—No tengo ninguna excusa, querida Vicky, al contrario, por supuesto que cumplo mi promesa y cuido de los mocosos.

—La palabra mocosos me parece aborrecible, por favor, no la uses cerca de Luis y Tami.

—No te preocupes —responde Pamela—, sólo se me escapa cuando Luis utiliza palabras como crack, mierda o joder —De todos modos, me

pregunto de dónde lo saca. Bueno, probablemente no de ti, sino más bien de Thomas. Que es mucho más relajado que tú.

—¿Ya terminaste o sólo llamabas para instruirme sobre el vocabulario de mi hijo?

—No, quería decirte que los niños tienen que venir acá. No puedo cuidarlos en tu casa porque estoy esperando esta llamada. Te lo dije ayer, pero me tomaste completamente por sorpresa. Tu increíble superpapá tiene que traerme a los niños y tú los recogerás después. Fin del comunicado. Adiós.

Cuelga sin darme la oportunidad de responder. Es increíble. Increíblemente descarada. Antes de perder los nervios, finalmente me pongo desodorante bajo los brazos y marco el número de Simón con dedos temblorosos. Seguro estará encantado, en este caso hasta le comprendo. Tiene que entregar a su hija a una completa desconocida con aspecto de prostituta, que sólo conocerá en la puerta de su casa.

—Victoria, ¿estás bien? —responde. El hecho de que no diga Vicky probablemente es para fastidiarme. Y lo consigue. Oigo voces de niños de fondo y mi pulso se calma un poco.

—Simón, me siento terriblemente mal por esto, y yo misma estoy cabreada —digo demasiado deprisa, casi se me quiebra la voz—. Pamela, mi prima, acaba de llamarme y me ha dicho que sólo podrá cuidar de los niños en su casa. No vendrá a nuestra casa, pero quiere que traigas a Tami y a Luis. Cielos, lo siento mucho, quería decirle que eso es imposible, pero me ha colgado. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Estoy a punto de echarme a llorar. Esto me pasa a menudo y lo odio. En cuanto me desespero, se me quiebra la voz, se me enrojece la nariz y empiezan los lloriqueos. No delante de Simón Decker. Me contengo y espero la reacción de Simón.

—Pues así tendrá que ser —dice. Su voz no revela el grado de su enfado, pero se nota que no está contento.

—¿Dónde vive? Y por si acaso, dame su número de celular. Probablemente no necesito explicar de dónde saqué esa información, ¿verdad?.

—No, no hace falta —respondo mansamente y le doy la dirección de Pamela.

OceanofPDF.com

Simón

Nunca entenderé a las mujeres, así que ni siquiera debería intentándolo.

Anoche, tontamente, pensé que mi vecina y yo habíamos puesto nuestra, bueno, relación sobre una nueva base. Si los niños no hubieran estado allí, probablemente le habría ofrecido un masaje. Lo que hubiese pasado después, prefiero no saberlo. Después de despertarme, tenía muchas ganas de volver a verla. Pero entonces, debido a su comportamiento indiferente y malhumorado de esta mañana, me sentí como si me hubieran echado. Es increíble cómo puedes equivocarte sobre una persona.

Y ahora esta dificultad inesperada. Miro el reloj. Al menos me avisó a tiempo. Si salimos inmediatamente, tendré tiempo de sobra para llegar a tiempo a la cita.

—¡Luis! ¡Tami! —grito—. Cambio de planes.

Luis asoma la cabeza por la guardería.

—Tengo que llevarlos con Pamela; no puede venir.

En lugar de responder, se limitan a cerrar la puerta de un empujón. No parece entusiasmados, pero no puedo complacerlos.

Cuando entro en la habitación, ambos están sentados en la cama de Tami con los brazos demostrativamente cruzados delante del pecho. Sospecho que Luis ha convencido a mi nena de hacer esto.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Estúpidos cambios de planes —dice Luis.

Reprimo una sonrisa y me abstengo de corregirlo. Esta es una de las peculiaridades de Victoria que me resulta extremadamente molesta.

—¿Por qué? —pregunto.

—Pamela apesta —explica Luis. Se queda pensativo un momento—. El apartamento de Pamela apesta —se corrige.

—¿Por qué?

—Ciguillos.

Puedo adivinar lo que está tratando de decirme. ¡Estupendo! Así que mi súper vecino ha contratado a una fumadora empedernida. Si pudiera elegir, llevaría a Luis allí y encontraría algo mejor para Tami. Por desgracia, la vida no es una granja de ponis.

—Quizás los lleve a jugar afuera —intento cambiar el humor negativo—. Tenemos que irnos ya, si no llegaré tarde al trabajo.

—¡No! —contradice Luis.

Empuja el labio inferior hacia delante y se ve un poco tierno. Sin embargo, tengo que mantenerme estricto.

—Tami, por favor, ponte los zapatos.

—De acuerdo.

Oh, mi niña. Estoy muy orgulloso de ti.

Luis, por su parte, se queja molesto. Podría decirle que en el futuro descubrirá lo rápido que cambian de opinión las mujeres. Pero esta lección no es responsabilidad mía. Ese debería ser el trabajo de su padre.

Doce minutos después llamo al timbre de la mujer. Mi preocupación de que nadie me abra la puerta enseguida resulta ser innecesaria.

—Segundo piso —susurra una voz por el pasillo.

Yo voy delante y los niños me siguen a regañadientes. Olfateo lo más discretamente posible, pero el único olor que detecto al enfrentarme a Pamela es el de un agradable perfume floral.

—¡Hola! ¿A quién tenemos aquí?

La prima de Victoria es casi tan alta como yo, pero eso es sólo por los zapatos negros de tacón asesino que lleva. Su pelo rubio cae hacia delante sobre sus hombros y cubre parte de su escote. Pero no es hasta que se aparta los mechones de pelo y deja al descubierto su considerable talla de copa.

—Simón Decker —me presento—. Vecino de Victoria.

Le ofrezco mi mano, que ella pasa por alto. En cambio, me saluda con un beso en la mejilla y me pone la mano derecha en la cadera.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —respondo, sorprendido.

—Adelante.

Un rápido vistazo a mi reloj de pulsera me indica que dispongo de tres minutos. ¿Y por qué no?

—¡Hola, Luis! —le dice ahora a su sobrino de segundo grado.

—Hola —responde malhumorado.

—Esta es mi hija Tami —me hago cargo de la presentación.

—Vaya, qué nombre más bonito. Lo habrás elegido tú.

—Adivina.

Asiento con la cabeza, pero no tengo tiempo ni para la versión corta de la historia sobre la elección nombre. Tami le da la mano a la desconocida; mientras tanto, me doy cuenta de que el apartamento no huele en absoluto a humo de cigarrillo. ¿Sería una mentira blanca de Luis para salirse con la suya? Probablemente sacó eso de su madre.

—¿Quieres un espresso? —me pregunta Pamela.

—En teoría, me encantaría, pero...

—Tómame unos segundos.

Se da la vuelta y camina elegantemente como una modelo hacia la cocina. Su vestido realza su trasero de forma discreta pero muy eficaz. De acuerdo, si realmente es tan rápido, un poco de cafeína podría incluso ayudarme a tener más energía en la reunión.

—Tengo peces nuevos en el acuario, Luis —dice—, puedes echarles un vistazo.

Ahora Luis sonríe y lleva a mi hija a otra habitación. Sigo a la prima de Victoria. Los sonidos típicos de un molinillo de café proceden de la cocina.

—No tienes que molestarte por mí —le digo.

—No es ninguna molestia —replica.

Pulsa dos botones de la cafetera y en un santiamén el líquido negro fluye en dos tazas de café expreso.

—Aquí tienes.

Me da la copa y brinda por mí.

—¿Hay algo que necesite saber sobre tu hija? ¿Alguna intolerancia alimentaria? ¿O alguna otra alergia?

¡Vaya! Ahora me sorprenden positivamente sus cuidados. Tras la llamada de Victoria, no esperaba un cuidador fiable.

Le sonrío agradecido.

—No, no tiene ninguna alergia de la que preocuparse.

—Deben ser los buenos genes del padre —responde con un guiño.

Mientras tanto, lamento tener que ir a la importante reunión. Soplo en la taza y pruebo un pequeño sorbo. Como hombre, siento que estoy en buenas manos aquí. Victoria podría seguir el ejemplo de su prima en cuanto a cómo tratar a los hombres.

—¡Maravilloso! —alabo.

—Puedo más cosas maravillosas.

—Estoy convencido de ello.

—¡Eres encantador! —se ríe.

Tras el segundo sorbo, dejo la taza de porcelana vacía junto al fregadero y me acerco tanto a Pamela que el agradable aroma de su perfume me llega de nuevo a la nariz. Es hora de irse. Me despido de los niños, que están en cuclillas frente a un acuario de dos metros de ancho en el desordenado salón, mirando los peces de colores.

—Mira, papá, ahí está Nemo nadando.

Vimos la película la semana pasada y estoy segura de que los peces payaso los mantendrán ocupados al menos media hora.

—Nos vemos esta noche, cariño.

—Sí.

Le doy un beso en la frente y luego acaricio el pelo de Luis.

—¡Pórtense bien! —les amonesto.

Pamela nos observa desde la puerta.

—Realmente eres un superpapá —dice—. Aún tienes que darme tu número de celular. Por si pasa algo con tu pequeña, o por si acaso.

—Victoria me dio el tuyo —respondo—. Te llamaré cuando salga. ¿De acuerdo?

—¡Pero no lo olvides!

—No te preocupes.

—Nos vemos.

No te preocupes, pienso mientras saco mi celular y camino hacia la escalera.

Durante un descanso, enciendo el teléfono. La reunión ha ido bastante bien hasta ahora, pero mis posibles socios comerciales me han señalado un error por descuido que probablemente no habría cometido si hubiera descansado más en los últimos días.

El smartphone me muestra que he recibido un mensaje de WhatsApp de Victoria. Inmediatamente temo que le haya pasado algo a Tami.

[¡Hola Simón! Sólo quería decirte que recogí a nuestros niños de casa de mi prima. Siento no haber podido encontrar un mejor cuidador. Terrible persona. Al menos los niños están bien. Por cierto, Tami puede quedarse con nosotros todo el tiempo que quieras. Hasta luego. V.]

Varios refranes pasan por mi mente, todos ellos poco favorecedores para Victoria.

El que vive en una casa de cristal...

Siempre es más fácil ver la paja en el ojo ajeno...

No sé por qué encuentra defectos en Pamela, al menos yo no tengo motivos para quejarme.

Me pican los dedos por escribirle exactamente eso, pero no puedo porque estoy recibiendo un mensaje de texto.

[Hola Simón Decker. He dejado a Tami con Vicky sana y salva. Si ahora le pasa algo, no es culpa mía ;-) Creo que merezco una recompensa por cuidar a tu hija como a la niña de mis ojos. Esta noche a las 8:00 P.M. Hay un fantástico sitio portugués a la vuelta de la esquina. Me encantaría verte allí. Tuya, Pamela.]

Llaman a la puerta del salón.

—Señor Decker, ya retomaremos la reunión—me informa el director gerente de la empresa municipal.

—De acuerdo.

Antes de volver y apagar el teléfono, escribo rápidamente una respuesta.

[Nos vemos a las 8:00 P.M. Simón]

La reacción de mi hija cuando, a eso de las 7 P.M. le pregunto si quiere pasar la noche en casa de Luis desencadena en mí sentimientos encontrados. Después de no haberla visto en toda la tarde, habría esperado una leve protesta, pero enseguida se emociona.

Así que todo lo que tengo que hacer es convencer a Victoria de estar en deuda conmigo. Le preparamos una pequeña mochila con cepillo de dientes, pijama y peluche antes de llevarla arriba.

Victoria abre la puerta y parece sorprendida. Pero quizá su mirada también irradie hostilidad; después de todo, ayer demostró que puedo equivocarme con ella.

—Hola —me dice—. ¿Olvidaste algo?

—¡Puedo dormir contigo! —exclama Tami.

Como la puerta de la habitación infantil está abierta, Luis se ha dado cuenta de todo y sale corriendo de su reino.

—Sí mamá, dile que... —empieza, pero se tapa la boca con la mano a tiempo para no enfadar a su madre.

Quien, por cierto, parece bastante molesta.

Su hijo y mi hija corren juntos a la habitación.

—¿Qué haces? —me pregunta Victoria con reproche.

—Después de estos tres días, ¿no crees que podrías hacerme un favor?

—Habría estado bien avisar antes —contesta con insolencia.

—Algo surgió espontáneamente —afirmo.

—Probablemente la pirata borracha del festival —murmura.

—¿Eh? —me hago el tonto. Así que me estaba observando—. ¿Enserio, te hice algo? Además de sacarte de un gran apuro... —Paso al modo de ataque. Al mismo tiempo, decido no decirle con quién voy a salir. Sobre todo, porque no es asunto suyo.

—No. No pasa nada. Pásatelo bien. Tami es bienvenida a pasar la noche con nosotros. De todos modos, la cuidaré por la mañana.

—Exactamente. Y para tu información, me acaban de invitar a una cena de negocios y no tengo ni idea de cuándo volveré. No tengo nada con la pirata borracha.

—De todas formas, no me interesa —explica.

—Bien. Gracias por dejar que Tami se quede aquí. La recogeré mañana por la tarde.

—Bien.

Cierra la puerta sin desearme buena suerte ni nada parecido.

¡Bruja!

Con su prima, en cambio, incluso el saludo es mucho más relajado.

—¡Adelante! Estaré lista en un minuto.

Con el vestido negro Pamela ya parece lista para salir, pero con las mujeres nunca se sabe cuándo están satisfechas con su aspecto.

—¿Está bien que no lleve chaqueta? —le digo después de que haya desaparecido en el baño. De hecho, he optado por una camisa informal de manga corta y unos pantalones blancos de tela.

—¡Tu atuendo está perfecto! —responde a través de la puerta cerrada del baño—. ¿Quieres abrir una botella de champán? Está en la nevera.

Unos minutos más tarde se reúne conmigo en la cocina, pero aparte de un olor a perfume más intenso no detecto ningún cambio.

—¡Chin-chin! —dice mientras brindamos.

—A tu salud.

—Por una noche inolvidable.

Vaciamos las copas de champán, que ella rellena inmediatamente después. Luego coge su teléfono móvil.

—Selfiiiiieee —se ríe.

—¿Qué?

Pamela se coloca a mi lado, sujeta el teléfono móvil con el brazo extendido en el centro, delante de nuestros cuerpos, me da un beso en la mejilla y me hace una foto.

—Oh, hacemos una bonita pareja.

Me muestra con entusiasmo la foto. Me encantaría pedirle que la borrara, porque la expresión de estupefacción de mi cara me hace parecer un poco imbécil, pero lo importante es que se está divirtiendo.

Terminamos la botella de champán antes de dirigirnos al lugar portugués. Al salir de la casa, se engancha conmigo.

—Debes hacer pesas con regularidad —adivina.

—Unas cuantas flexiones y dominadas. Nada especial.

—Se nota —Su mano libre me acaricia el brazo y me siento halagada.

Por el camino charlamos sobre trivialidades y llegamos rápidamente al restaurante, bien lleno.

—Pamela —la saluda efusivamente uno de los camareros.

Los dos intercambian besos al aire y luego este me hace un gesto amistoso con la cabeza.

—Paulo, este es Simón. He reservado una mesa para nosotros.

—En el rincón más tranquilo. Tu casa de siempre —responde el hombre.

De hecho, nos conduce a una habitación lateral donde reina un agradable silencio.

—Tenemos un nuevo vino blanco fantástico. ¿Te traigo una botella?

Como ella asiente, acepto la recomendación. Cuando Paulo se ha ido, echo un vistazo al interior. Innumerables banderines y fotos del Benfica de Lisboa cuelgan de los paneles de madera de las paredes. Junto a ellas hay unas tarjetas con autógrafos de un jugador de fútbol.

Pamela nota mi mirada.

—Es el hijo del dueño —me aclara—. Lo contrataron en el equipo hace unos años.

—¡Vaya! —murmuro agradecido, aunque el fútbol es un deporte que sólo me interesa cuando Tobías y Silvio me invitan a ver la tele juntos o vienen a casa.

—¿De verdad tienes pareja? —cambia bruscamente de tema.

—Eh, no —balbuceo, desconcertado.

De repente, sonrío victoriosa.

—Por un lado bien, por otro una pena.

—¿Por qué?

—Afrontémoslo, un hombre comprometido es el mayor desafío. Si quieres excitar a una mujer, dile que eres padre soltero...

—Soy padre soltero.

—Cuya novia sólo está libre los fines de semana. A las chicas les va a encantar.

—En ese caso, supongo que tendré que recordar ese truco.

Me alivia mucho el regreso de Paulo a nuestra mesa, porque la mirada de Pamela era, bueno, insaciable. Que te miren como a un trozo de carne jugosa no es muy atractivo.

Después de un buen kebab de pescado, voy brevemente al baño. A diferencia de Pamela, me he contenido con el vino y me siento razonablemente en forma. Y lo mejor es mantenerme así pues tengo otra reunión mañana.

Cuando vuelvo, me mira con lujuria. Nada más sentarme, veo un papel doblado en mi lado de la mesa.

—¿Qué pasa?

—¡Lee! —me incita.

Con una sensación premonitoria, despliego el papel.

O nunca aprendió a escribir con pulcritud o el alcohol le ha hecho temblar la mano. Sin embargo, puedo descifrar las palabras.

—No te imaginas cómo te voy a follar.

Atónito, la miro.

—Esto va a ser muy caliente —susurra.

—No lo creo —respondo secamente.

—¿Eh?

Me meto la mano en el bolsillo y saco de la cartera dinero suficiente para pagar la factura completa.

—Gracias por cuidar de Tami y Luis. Ha sido un placer conocerte.

—¿Estás loco?

Puse el dinero entre nosotros.

—Yo invito.

—¿Estás intentando salir de aquí?

—Tengo que irme a casa. Mañana tengo una importante reunión de negocios.

—¿Vas a dejarme así? —Después de cada frase, su voz se vuelve más chillona.

—Esto no está funcionando. Lo siento.

Me levanto, alzo la mano en señal de despedida y me doy la vuelta.

—¡Oh! Te vas a arrepentir —me dice.

Paulo me mira estupefacto mientras salgo corriendo.

En casa, me planteo brevemente tocar el timbre de Victoria y llevar a mi princesa a su cama. Pero, por supuesto, ya es demasiado tarde para eso. En lugar de eso, aprovecho la cálida noche y me siento en mi balcón. No hay ni rastro de luna y recuerdo las palabras de Gloria en la reunión de propietarios: *En luna nueva, las cartas de la vida siempre se barajan de nuevo.*

Bueno, si es así, el destino parece haber encontrado placer en verme luchar con mujeres extrañas. Primero la pirata masoquista, ahora la rubia calenturienta. Además de Victoria, con la que me equivoqué totalmente.

Dios mío, ¿por qué no puedo conocer a una mujer encantadora y normal para variar? ¿Qué he hecho mal?

Al menos me reconfortan mis progresos en el proyecto actual. Después del primer día, tengo la sensación de que me darán el visto bueno. Salvo catástrofe imprevista mañana, todo dependerá entonces de la cita del viernes en el banco. Espero tener suerte al menos en ese aspecto.

De repente oigo abrirse la puerta del balcón del piso de arriba.

¡Mierda!

Bajo ninguna circunstancia quiero tener que hablar con ella. De la manera más silenciosa posible, me dirijo hacia la puerta.

—¡Por supuesto! Eso quisieras —dice en tono cortante.

¡Mierda! Antes de que pueda pensar qué responder, ella ya continúa.

—También crees que puedes salirte con la tuya en todo.

¿Está loca? ¿Sólo porque no tengo ganas de hablar?

—Eres un completo idiota.

Vamos. ¿Por qué me insulta?

—Mi madre siempre me advirtió sobre ti.

¿Tu madre me conoce?

—Thomas, no estoy para esta discusión.

Por fin lo entiendo. Aparentemente está al teléfono con su exmarido. Como está distraída, aprovecho la oportunidad y desaparezco en mi apartamento.

OceanofPDF.com

Vicky

Un día lo mataré. ¿Por qué elegí a la persona más irresponsable para traer un hijo al mundo? Lo estúpido es: No puedo demonizar del todo a Thomas porque me hizo el mayor regalo de mi vida: mi hijo. Tras nuestra separación, a veces temía que Luis mostrara rasgos físicos o de carácter muy similares a los de su padre. ¿Podría entonces seguir queriéndole tanto? Pero sí, afortunadamente puedo. Es evidente que Luis sólo ha heredado las cosas positivas de Thomas.

Los bonitos hoyuelos y el espeso pelo rubio. Su risa contagiosa y su actitud positiva. Y cuando se enfadada, nunca dura mucho, igual que con Thomas, con quien no podía discutir. Pero quizá también porque siempre se iba en cuanto las cosas se ponían feas. En aquel momento, me pareció encantador y despreocupado cómo Thomas vivía al día y no se preocupaba por nada.

—Nena, yo me encargo, tú no preocupes tu linda cabecita, deja que yo me encargue.

Era una de sus frases habituales, y yo casi estallaba de alegría por mi chico surfero tan genial. Por desgracia, me di cuenta demasiado tarde de que no era genial en absoluto, sino un vago del carajo. Para entonces ya había dejado nuestra cuenta común en números rojos, porque las visitas al casino y las aventuras cuestan dinero.

Me dejo caer exhausta en mi gigantesco sillón, que he sacado al balcón, dejo el teléfono a un lado y miro el cielo estrellado. Hace un momento le grité a Thomas de tal manera que probablemente todos en el edificio escucharon algo de ello. De hecho, mi ex quiere dejar de pagar la pensión alimenticia durante medio año porque piensa tomarse unos meses de permiso sin sueldo y recorrer Sudamérica en moto con Rocky. ¡Es un lunático! Necesitamos el dinero y Luis tiene derecho recibirlo. Además, ¿ni siquiera le importa que su hijo le eche mucho de menos? ¿Cómo explicar a un niño que su padre es un cerdo egoísta? Odio tener que aguantar que le

haga daño a mi amorcito, y voy a llamar a mi abogado la semana que viene por si acaso. ¿Quién sabe qué otras ideas estúpidas se le ocurrirán?

Simón es ciertamente diferente, haría cualquier cosa por Tami. Uy. ¿De verdad acabo de pensar eso? Ahora ya estoy proyectando mis deseos insatisfechos en el tipo del piso de abajo; eso no es realmente posible. No sé por qué las advertencias de Gloria me parecen de repente ridículas e increíbles, pero ¿realmente puede una persona malvada engendrar algo tan dulce como Tami? Por otro lado, Thomas también engendró a Luis. Hmm. Aun así... Algo en Simón me da motivos para esperar que, después de todo, pueda ser diferente a todos estos completos idiotas.

Vuelvo adentro y me asomo por la puerta entreabierta a la habitación de los niños, donde los pequeños están profundamente dormidos. Tami está tumbada en la cama de Luis con un enorme peluche de perro, completamente estirada. Su largo pelo cubre la almohada. Simón estallará de celos más adelante, cuando su querida se vea rodeada de chicos. Por ahora, su corazón pertenece obviamente a mi hijo, que está tumbado en su saco de dormir sobre su colchoneta justo delante de la cama.

—Papá dice que los hombres de verdad no necesitan colchones —me hizo saber Luis cuando intenté inflarle un colchón de aire. A ambos les había parecido tan absurda la idea de dormir juntos en una cama que lo dejé en una sugerencia.

—¿En una cama? ¿Con una chica? No soy gay —dijo Luis.

Tami estuvo de acuerdo:

—No somos gays. Yo duermo en su cama y él... en otra parte.

Me abstuve de explicarles el significado de la palabra "gay". En realidad, sólo cabe esperar que mi hijo siga siendo tan caballeroso. Y que Tami siga siendo así de determinada.

Cierro en silencio la puerta de la habitación de los niños y espero que me dejen dormir hasta las ocho de la mañana. Yo misma tengo que sacudir la cabeza ante este absurdo deseo.

—¡Vicky! ¡Vicky!

—¿Eh? Oh, Tami, ¿estás bien? —pregunto, enderezándome en la cama.

Al menos ya hay luz fuera, lo cual es buena señal. Un vistazo a mi despertador revela: 5:30 A.M. Pero no es una buena señal.

—Luis está roncando —explica Tami, pero su atención hace tiempo que se ha desviado hacia mis joyas sobre la cómoda.

—Caramba. ¿Ya le has dado un codazo para que deje de roncar?

Nunca es demasiado pronto para empezar a educarse sobre como interactuar con un hombre.

—No, claro que no —dice. Casi tengo la impresión de que está poniendo un poco los ojos en blanco. Lo heredó de su padre, esa tendencia a la ligera arrogancia—. Si le doy un codazo, se despertará. Vicky, ¿cuántos collares tienes?

Desde la cama observo su mirada reverente mientras desliza cuidadosamente mis joyas entre sus dedos.

—No lo sé. Tal vez... ¿treinta? Escucha, cariño, podemos contarlos más tarde durante el día. Luego te enseñaré mis pendientes y mis pulseras. Pero ahora es demasiado temprano. ¿Te parece si dormimos un poco más?

—Ya no puedo dormir. Luis está roncando. Vicky, ¿cuántos anillos tienes? Yo tengo tres. Uno con una mariquita, que es de bebé, Uno de mamá y otro, pero creo que ese está feo. Creo que las joyas son preciosas. Cuando sea mayor, quiero tener tantas joyas como tú. Mi madre tiene menos, pero se maquilla más.

Estupendo. Tami está bien despierta. Mientras el hombrecito de al lado ronca, aquí estamos teniendo una charla de chicas: no me había dado cuenta de que el clásico reparto de papeles ya se hacía notar en la edad preescolar. Me rindo y me balanceo fuera de la cama.

—Ven aquí, cariño —la invito, empujo una silla de mimbre hacia la cómoda y la subo a mi regazo. Se acurruca de buena gana y deja que le explique cada joya.

—Este es un auténtico anillo de esmeralda de mi abuela —le digo y se lo pongo a Tami en el pulgar. Se ríe.

—Demasiado grande para mí, pero muy precioso —es su veredicto.

—Así es, vale mucho, sobre todo sentimentalmente. ¿Sabes lo que es un valor sentimental?

—Sí, por supuesto —dice. Por supuesto. Es una jovencita inteligente, como su padre. Pero ya le tengo un cariño terrible y sé perfectamente por qué Luis está tan ilusionado con ella. En realidad, podría interrogarla un poco sobre su padre. Después de todo, aparentemente hizo lo mismo con Luis sobre mí.

—Tami, tu papá...

—¿Eh? —murmura, poniéndose una pulsera tras otra, evaluando cada una con los labios fruncidos y una mirada de fascinación.

—Tu padre, bueno, ¿tiene novia?

—¿Quieres decir si está enamorado?

—Sí, por ejemplo. ¿O si de vez en cuando lo visita alguna mujer agradable?

—¿Por qué? Me queda bien —dice Tami, y creo que tiene razón. Se ve encantadora con mi cadena de filigrana de oro rosa al cuello. Dios sabe que Simón no necesita a nadie más al lado de su princesita.

—Bueno, sólo pensé... —Es de mala educación cuestionar a un niño pequeño. Es absolutamente inapropiado. Es deshonesto e insidioso.

—Papá tuvo una novia una vez, pero me parecía tonta. Las mujeres se ríen tontamente. Jajajaja. Así. Y luego se echan el pelo hacia atrás con las manos. Solo quieren intrometerse.

—Impresionar querrás decir.

—Tú eres diferente, dice Luis, y papá también lo dice.

—¿Eso es lo que dice? ¿Qué más dice tu papá de mí?

—Nada. Despertaré a Luis ahora para que podamos desayunar.

Tami salta de mi regazo y corre a la . Tiene que preocuparse de sacar por fin al vago de la cama. Lo comprendo.

La plastilina siempre es buena. Tras seis horas de diversión ininterrumpida, que incluyeron hornear waffles, limpiar juntos; lo que, por supuesto, acabó conmigo haciéndolo todo y los niños sin hacer nada, y un juego educativo de rompecabezas con dibujos, los llevé a la mesa de la cocina y les puse delante la caja de plastilina.

—Échate para allá —le dice Luis a Tami, que lo encuentra muy gracioso y suelta una risita mientras la empuja a un lado en el banco con todas sus fuerzas. Ella lo aguanta sin resistencia e incluso parece hacerle gracia.

—No quiero que le hables así a Tami —intento sacarle pronto a mi hijo el hábito del comportamiento machista. Por otro lado, tengo que admitirlo: Me causa algo de ternura. ¿Hasta qué punto se le permite a un niño ser un niño, y en qué momento se vuelve un sinvergüenza?

—Así hablo con todo el mundo —me informa Luis.

Por desgracia, no se me ocurre nada más que decir, y por el momento renuncio a mi faceta de modelo políticamente correcta.

—Ahora sigan jugando por una hora y, por favor, déjenme trabajar un poco —miento.

Pero no voy a trabajar, quiero navegar por Internet. Necesito urgentemente un par de zapatos nuevos. Tal vez incluso dos. Las rebajas de verano ya comenzaron, y el verano acaba de empezar. Zapatos de tacón nude o sandalias, ésa es la cuestión... Estoy sentada en el balcón con la laptop en el regazo, entregándome al paraíso de los zapatos, cuando suena mi celular. Mi jefe. ¡Oh!

—Victoria Mahler, hola Sr. Stolzenberg.

—Buenas tardes, Sra. Mahler, espero no molestarla.

—No, no, en absoluto. Quería darle las gracias de todos modos por darme el tiempo libre. Esta terrible huelga de guarderías...

—Sí, sí, ni lo menciones. Por eso te llamo: La dirección y la junta piensan que tu asistencia al seminario fue bastante buena.

Eso es buena señal. Mi jefe puede ser maravilloso motivando. Intento mantener la calma y concentrarme en el mensaje positivo de su llamada. Que espero que esté a punto de llegar.

—¿Qué significa? —digo con toda la tranquilidad que puedo.

—Tendrías que dejar libres dos o tres horas laborales para la semana que viene, por favor, para dar tiempo a entrevistas con recursos humanos. Creo que la situación es bastante prometedora para el puesto al que aspira, Sra. Mahler. Pero no he dicho nada, ¿verdad?

—¡Yuuupi! Gracias. Gracias, Sr. Stolzenberg. Oh wow, eso es genial, super, estoy totalmente emocionada por el nuevo trabajo. No lo defraudaré, se lo prometo —grito al teléfono.

Aunque él diga otra cosa, yo lo tengo claro: El puesto es mío. Mi jefe nunca se dejaría llevar por tal afirmación a menos que ya hubiera indicios claros de que pronto se daría el ascenso.

—Sí, ahora cálmate un poco, si no tendrán que darte un certificado de incapacidad laboral por problemas cardíacos.

—No se preocupe. Gracias por llamar, Sr. Stolzenberg.

—Adiós. Y recuerda registrar correctamente tus horas de trabajo.

Pero por supuesto, jefe, no lo olvidaría. ¡Hoy es mi día de suerte!

Simón

—Sr. Decker, ¿realmente está seguro de querer aceptar este proyecto?

El hombre de unos cincuenta años me mira amablemente. ¿O es lástima lo que leo en sus ojos?

—Por supuesto, de lo contrario no me habría tomado tantas molestias — respondo.

No tiene por qué enterarse de mis dudas, que llevan semanas atormentándome antes de irme a dormir.

—Hm —reflexiona el funcionario llamado Kötter.

Vuelve a hojear los documentos y asiente.

—En principio, hemos revisado todos los datos y previsiones. Bien, entonces nos retiraremos a nuestras deliberaciones. Por favor, espere en la sala. Mi secretaria le llamará. No debería tomar más de media hora.

—Bien. Hasta pronto.

Sonriendo, me despido de Kötter y de los otros dos hombres, que ahora decidirán juntos mi futuro profesional. Mientras tanto, la sala de espera ya se me hace familiar, porque la he visitado varias veces desde ayer. Está maravillosamente equipada. Tiene una máquina expendedora de bebidas frías, una máquina de snacks y una cafetera de última generación para la que puedes comprar cápsulas y obtener un café de gran sabor en cuestión de segundos. Pero ahora necesito alimentarme, así que voy a la máquina de snacks, meto un euro y elijo un chocolate. Luego me siento en uno de los cómodos sillones e intento repasar las últimas siete horas. El día tuvo altibajos. Por desgracia, tengo muy presentes los momentos negativos cuando estaba desconcentrado o no encontraba inmediatamente respuestas adecuadas a preguntas inesperadas.

El chocolate no me ayuda a mantener los nervios calmados. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que me rechazarán. Eso no me afectaría económicamente, pero habría pasado meses de trabajo extra para nada. Por no hablar del estrés de los últimos días.

Cada pocos segundos miro el reloj y pienso en lo lento que pasa el tiempo. Einstein era un tipo muy inteligente. El tiempo es relativo. Antes de

volverme loco, me obligo a pensar en otras cosas. El comportamiento de Pamela ayer surge e involuntariamente tengo que sacudir la cabeza. ¿De verdad las mujeres tienen tanto éxito con los hombres con semejante artimaña? Por supuesto, ella me lo puso muy fácil, y si yo hubiera tenido ganas de jugar a ese juego, quizá habría reaccionado de otra manera. Pero mi autoestima habría quedado destrozada a más tardar a la mañana siguiente. Y de todos modos. Aunque suene cursi, quiero conquistar a una mujer y no que me la pongan en bandeja de plata. Y menos en una tienda de baratijas. Por supuesto, vivo en un mundo en el que las mujeres tienen derecho a dar el primer paso; sin embargo, me gusta más cuando la iniciativa parte de mí.

Mis pensamientos vagan hacia Vicky. Me pregunto de qué discutía anoche por teléfono con ese tal Thomas. Por otro lado, ¿qué me importa? A estas alturas ya me he dado cuenta de que no está interesada en mí. Su comportamiento desdeñoso no permite otra interpretación. Sin embargo, imagino por un momento que podría conquistarla. Eso sí que sería un reto.

Antes de que pueda permitirme más ilusiones irreales, se abre la puerta del salón. La comprensiva secretaria de Kötter, que ayer me habló de su próxima jubilación en menos de seis meses, se asoma.

—Sr. Decker, los caballeros están listos.

De repente me siento transportado a mis días de universidad. Antes de que se anunciara la nota del diploma, no estaba menos emocionado que ahora.

La Sra. Rosenthal me sonrío alentadora. Con las piernas tambaleantes me levanto y la sigo. Por el camino, me digo que un rechazo no sería un desastre. Por desgracia, esta forma de autoengaño nunca me ha funcionado. Si no funciona, estaré de mal humor durante semanas.

Los tres empleados municipales a los que he presentado mis diseños en detalle durante los dos últimos días ya han tomado asiento en la espaciosa sala de reuniones. Kötter es su portavoz. Me agradece el tiempo que he invertido y mi interés por trabajar con él. Mi confianza se hunde hacia cero.

—Hemos decidido por unanimidad trabajar contigo en este proyecto y avalar las garantías exigidas por el banco.

—¿Qué? —respondo sorprendido.

Kötter sonrío.

—Sí, Sr. Decker, no ha oído mal. Por supuesto, su banco tiene la última palabra. No funcionará sin la concesión del préstamo. Por lo que soy bastante optimista de que su institución financiera cooperará.

—Eso espero.

El resto son bromas amistosas y asegurarse mutuamente lo mucho que uno espera los próximos meses.

Cuando me siento en mi auto es que realmente me vuelvo consiente de lo que acaba de pasar.

Yo, Simón Decker, he dado un gran paso el día de hoy.

—¡Sí! —grito con entusiasmo y aprieto el puño. Exuberante, golpeo tres veces el panel del techo de mi auto. Me encantaría marcharme tocando el claxon, pero consigo reprimir este impulso. En lugar de eso, canto la canción que suena en la radio y arranco con una amplia sonrisa.

A la canción le siguen unos minutos de anuncios hasta que un lector de noticias me informa de las últimas novedades del día.

—En una reunión entre el más alto nivel del sindicato Verdi y representantes municipales celebrada esta tarde, se ha acordado iniciar una nueva ronda de negociaciones la próxima semana. Las huelgas en las guarderías continuarán mañana, pero el sindicato asegura que todos los educadores reanudarán el trabajo el lunes.

—Por fin —comento ante esta buena noticia. Así ya no tengo que depender de mi vecina.

Cuando llego a casa, la agotadora semana me pasa factura. Bostezo con ganas mientras apago el motor. Ahora me encantaría tumbarme una o dos horas. Pero eso no es posible, ya que Vicky ha estado cuidando de mi pequeña sin parar desde anoche.

—¡Gol! —oigo de repente la voz familiar de Tami.

—¡No es cierto en absoluto! —contradice Luis—. Eso fue poste.

—No, gol.

—Poste.

—Gol.

Los veo en el césped adyacente al parque infantil y, al parecer, Luis está cuidando la portería marcada por dos montones de arena.

—Luis, creo que el balón estaba dentro —grita Vicky.

—Tú no eres árbitro —protesta su chico contra la interferencia—. De todos modos, las mujeres no saben jugar al fútbol. Ellas nacieron con dos pies izquierdos, dice papá.

—¿Puedo ver una repetición? —llamo la atención, ahorrándole a Vicky un comentario sobre las extrañas declaraciones de su exmarido.

Mi hija se vuelve al instante y corre a mis brazos. La abrazo, la levanto y la hago girar en el aire.

—¿Cómo estuvo tu día, mi cielo?

Vicky me sonríe y nos observa.

—Totalmente genial —informa Tami—. Luis ronca; al principio era gracioso, luego se volvió molesto —Imita el sonido de unos ronquidos bastante fuertes—. Así que fui a la habitación de Vicky, y la desperté. Ella quería que asustara a Luis.

—¿Mamá? —pregunta Luis en tono de reproche.

—Nunca he dicho eso. Se suponía que debía darte un codazo. Muy suavemente.

—Como no podía dormir más, Vicky me enseñó sus joyas. Tiene un montón.

Tami extiende los brazos y yo puedo apartar la cabeza en el último momento para evitar que me golpee en la barbilla.

—También me regaló...

—Ahora va a pensar que soy rica —se apresura a decir Vicky.

Noto sus mejillas enrojecidas.

—Bueno, quien tiene tantas joyas sólo puede ser rico —comento.

—¿Seguimos jugando? —quiere saber Luis.

—Sólo si admites el gol —le chantajea Tami.

—Como sea.

Lanza el balón lejos y Tami se agita salvajemente en mi brazo. Obviamente quiere seguir. Pero primero le doy un beso antes de bajarla con cuidado.

Mientras tanto, Vicky se desliza hacia un lado en el banco y yo me siento a su lado. Parece completamente relajada y de buen humor.

—¿Tami fue muy agotadora? —pregunto de todos modos, por si acaso.

—¿Tu dulce hija? Tonterías. El niño inquieto es el mío, después de todo. Afortunadamente, me has ilustrado al respecto.

De repente, me golpea ligeramente con el codo en las costillas.

—Sólo bromeaba. Sé que a veces tiene unas ganas locas de moverse — agrega.

—Así son los niños —siento la necesidad de mencionar.

—¿Qué tal el día? —pregunta—. ¿Y tu cena de negocios de ayer? No te oí llegar a casa.

Tengo en la punta de la lengua la respuesta de que yo sí la oí anoche. Pero después de que Tami le haya robado parte de su sueño, me parece inapropiado señalárselo.

—Estuvo bastante bien —digo—. Ahora mismo estoy intentando conseguir un gran proyecto. Se realizará en la ciudad vecina. Los responsables me han dado hoy luz verde. Si el banco también lo aprueba mañana, mis esfuerzos habrán valido la pena.

—Cruzo los dedos por ti —dice, y de hecho suena sincero.

—Merci.

—Chérie.

La miro sorprendido.

—Lo siento —responde ella, riéndose—. Estoy de un humor espléndido.

Por primera vez, noto pequeñas líneas de expresión en las comisuras de sus labios. Le dan a su cara una expresión totalmente simpática y me gustaría que se riera mucho más a menudo. Especialmente en mi presencia.

—Cuéntame un poco más —quiero saber.

—¿De verdad te importa? ¿O sólo estás fingiendo?

Como su voz vuelve a carecer de cualquier matiz sarcástico, decido agregarlo yo.

—No, en realidad no me interesa en absoluto. Y por favor, no esperes que te escuche de verdad.

—Me entra por un oído y me sale por el otro. Así es como las mujeres os conocemos a los hombres.

—Es una consecuencia de la evolución. La capacidad de no prestar atención a los discursos de las mujeres es algo que hemos adquirido a lo largo de millones de años.

—¡Aleluya, qué suerte tengo de vivir en una época en la que las criaturas con cromosoma Y han perfeccionado el talento!

—No en vano se nos llama la corona de la creación.

—¿Estás seguro? Porque no hace mucho leí que Dios sólo practicaba contigo. Sólo entonces nos creó.

No puedo evitarlo y tengo que sonreír.

—Te lo diré de todos modos —decide—, no me importa si me escuchas.

Se pone a charlar y empieza con la historia de la creación. Bueno, estoy exagerando, pero en realidad empieza contándome qué tipo de trabajo tiene, que realmente brilla en él, pero que a veces por las tardes está demasiado agotada para jugar con Luis.

—Así que por eso está tan inquieto —intervengo para demostrarle lo atento que estoy al asunto que nos ocupa.

Me saca la lengua en señal de agradecimiento.

Al parecer, en ese mismo momento Luis nos mira.

—Mamá, no enseñes la lengua —exclama asombrado.

—Tenía que quitarme un mal sabor de boca —explica.

El razonamiento le basta, porque lanza el balón a Tami.

—¿Por qué siempre te pillan en momentos incorrectos? —pregunta Vicky, divertida.

—¿Te ha pasado alguna vez? —quiero saber antes de darme cuenta de lo íntima que es la pregunta.

—Al menos algo bueno ha salido de estos años de soltería. Es casi imposible que te pillen. No todo el mundo tiene tanta suerte como tú.

Ahora la miro irritado.

—¿Cómo...

—Casualmente, en la fiesta del pueblo, te vi salir tambaleándote con una tipa... perdón, mujer no del todo sobria a tu lado.

—No pasó nada.

—Está claro. No tienes que justificarte. Los hombres solteros pueden hacer lo que quieran. Sólo si están comprometidos sería mal visto.

—Sí, vino conmigo —admito—. Y quería que le pusiera pinzas en los pezones.

—¡Auch! —jadea Vicky.

—Exactamente. No estoy para esa mierda.

—Debes ser un fanático del sexo con flores.

—Puede ser un poco más salvaje.

Vicky me mira desafiante. Reprimo con éxito el primer impulso de apartar inmediatamente la mirada, avergonzado. ¿Espera más declaraciones?

Antes de que pueda encontrarle sentido, continúa con la descripción de su trabajo diario y saca a colación la oportunidad de un ascenso

—Estoy seguro de que mi jefe ya sabe más. Si eso funciona, espero estar menos agotada por las tardes. A Luis le vendría muy bien. También tendría un salario fijo más alto. Recibir comisiones está muy bien, y a veces puedes permitirte buenos extras, pero un salario estable te da mayor seguridad.

—Mi cita en el banco de mañana es por medio millón de euros —informo.

—¿En serio? —pregunta impresionada.

Ahora le cuento mis planes.

—Vaya, no puedo creer que hicieras eso. Yo sería demasiado cobarde para hacerlo.

—A veces pienso que estoy loco —confieso.

—Si necesita confirmación de su diagnóstico, hágamelo saber.

Su risa casi malvada me hace sonreír.

Un rato después entramos juntos en casa. Nada más entrar en el pasillo, se abre la puerta del piso de los Müller .

Vicky y yo nos miramos, y su gesto me impide mantener la seriedad. Pero en lugar del hombre siempre gruñón que esperaba, la mujer se acerca a nosotros. Sigilosamente, entrega a los niños dos huevos sorpresa.

—Tomen, para ustedes, porque se portan muy bien juntos —Luego se lleva un dedo a los labios—. Mi marido no debe saberlo.

Nuestros pequeños están demasiado perplejos para decir nada. Yo también me he quedado sin palabras. Sólo Vicky reacciona con ánimo.

—Gracias —susurra.

—¿Estás hablando con alguien? —se oye amortiguado desde dentro del apartamento.

—No —responde la Sra. Müller. Nos sonríe amablemente y se retira. Casi en silencio, cierra la puerta.

—Genial —dice Luis. Inmediatamente sacude el huevo y comprueba el sonido.

Vicky se inclina hacia mí y su pelo me hace cosquillas en la cara.

—¿Están envenenados? —susurra.

—Si él se los hubiera dado a los niños, apostararía por ello. No creo que debamos preocuparnos por ella.

Vicky se lo piensa un momento y asiente.

—Quiero saber qué hay en el huevo de Tami —exige Luis cuando llegamos a la puerta de nuestro apartamento.

—Chocolate —digo.

—Muy inteligente, ¿eh? —me informa de su opinión sobre mi sentido del humor.

—Luis, no seas descarado con el papá de Tami.

—Él empezó.

Antes de que la hermosa tarde se vea arruinada por semejante nimiedad, abro la puerta.

—Tami, trae dos platos de la cocina y se comen el chocolate en la mesa.

Los dos corren delante de nosotros.

—Lo siento —se disculpa Vicky.

—No pasa nada.

Seguimos a los niños y vemos cómo primero examinan los juguetes; a Luis le tocó un coche de carreras, a Tami un rompecabezas, y luego devoran el chocolate con leche.

—Tienes buen gusto para el mobiliario —me elogia Vicky.

—Gracias. Yo también lo encuentro muy acogedor en tu casa.

Su reverencia implícita parece perfectamente formada.

Los niños se despiden poco después y acordamos la hora a la que subiré a Tami mañana. Me detengo en la puerta. Antes de desaparecer de mi vista, Vicky se despide con una sonrisa.

—Voy a cambiarme, cariño —anuncio—, y a hacer un poco de ejercicios. Sólo quince minutos. ¿Te parece bien?

—Claro, Papi.

Estoy a punto de darme la vuelta, pero sus siguientes palabras me hacen detenerme bruscamente.

—Vicky piensa que tus brazos son fuertes.

—¿Ella dijo eso? —pregunto.

—Sí.

Tami tiene delante un libro para colorear y toma un lápiz rojo.

—¿Qué más dijo?

—No mucho.

¡Mierda!

—Solo algunas preguntas —añade Tami.

—¿En serio? ¿Qué preguntó?

—Si a veces recibes visitas de mujeres agradables y esas cosas.

—¿Y qué dijiste a eso?

—No necesitas una mujer, me tienes a mí.

Pues claro que es verdad. No obstante, habría preferido una respuesta ligeramente diferente de alguna manera.

—Y que di...

—¡Papi! —se queja Tami—. Estoy pintando.

—Lo siento.

Pensativo, voy al dormitorio, me cambio y empiezo mi entrenamiento con veinte flexiones. Pero mi mente está en otra parte. Finalmente, me levanto de un salto y vuelvo a la habitación de Tami.

—Una última cosa —ruego formalmente—. ¿Qué más quería saber?

Tami, que ahora está coloreando las hojas de un árbol, ni siquiera levanta la vista.

—Lo olvidé.

—No te creo.

—De verdad.

Me planteo utilizar mi autoridad paterna, pero sospecho que el intento podría resultar contraproducente.

—No te preocupes —murmura Tami mientras traza el borde de una hoja muy concienzudamente—. Le gustas.

Vicky

No puedo dormir. Hacia medianoche me dormí brevemente durante un episodio de "Outlander", pero a las cuatro ya estaba despierta de nuevo. Y no era por el Highlander Jamie con falda escocesa, sino por el hombre que estaba durmiendo un piso más abajo. Me pregunto si Simón sólo se acuesta en calzoncillos o se pone camiseta. Desgraciadamente, no puedo mentirme a mí misma, aunque me gustaría mucho, pero de repente mi vecino me parece bastante sexy. Su seductor aroma... Podría haberme vuelto loca ayer cuando de repente se sentó a mi lado y nos quedamos mirando a los niños. Dicen que los olores propios del cuerpo son los responsables de la atracción mágica entre algunas personas. Si eso es cierto, pienso que Simón Decker bastante bien. Me pregunto si ocurre lo mismo al revés.

Estaba coqueteando conmigo, estoy segura. No me lo estoy inventando. Estoy un poco avergonzado de haberle seguido el juego de inmediato. Puede que incluso lo haya empezado yo. Probablemente se deba a mi larga pausa. La última vez que tuve relaciones sexuales fue hace casi dos años, y resultó ser el fracaso del siglo. Un colega con el que llevaba años compitiendo por el mayor volumen de negocio ya llevaba tiempo dándome la lata. Aunque hasta entonces siempre había sido fiel al principio de "no involucrarse con colega", en algún momento pensé que no debía ser la última imbécil en romper esa cuestionable regla cuestionable. Y lo hice una vez. En una animada fiesta de Navidad, emborraché tanto a Sascha que lo arrastré detrás de mí por la corbata para experimentar la clásica de todas las variantes del sexo de oficina.

Por desgracia, en nuestra empresa la fotocopidora no está en un pasillo oscuro, sino en la cocina de té, entre el microondas y la tostadora de bocadillos. Sascha jugueteaba con mi blusa y me apretaba contra tarros de Nutella y latas de café mientras yo intentaba laboriosamente levantar el culo de algún modo para subirlo a la fotocopidora.

—¿Qué haces? —jadeó Sascha, que ni siquiera podía besar bien. Sin embargo, los besos son, con diferencia, lo más importante.

—Súbeme a la fotocopidora —le pedí. Era degradante. ¿Ya los hombres no saben tener buen sexo en la oficina? Yo no lo he experimentado, pero lo he visto en películas.

—Si hago eso vas a estar muy alta y no podré alcanzarte, muñeca.

¿Muñeca? ¿Me había llamado Muñeca? Desconecté la mente, intenté convencerme de que Florian David Fitz me había llamado así y no Sascha Krumbiegel, el de las camisas mal ajustadas. No sirvió de nada, me agitaba más y más a cada segundo. Accioné la fotocopidora para que al menos el sonido y la iluminación fueran como en las películas y lo hicimos en el suelo de la cocina de té. Lo que resultaba especialmente molesto de todo el asunto era que tanto Sascha como yo habíamos conseguido peores ventas que nunca en el siguiente cierre mensual. Ese fue definitivamente mi primera y última aventura en el trabajo.

A pesar de todo, no pierdo la esperanza. Quizá algún día encuentre a un hombre que no sólo sea adecuado para una relación, sino también un buen amante. Supuestamente, como soltero, te vuelves más exigente con el tiempo, pero no creo que eso sea cierto en mi caso. Realmente estoy reduciendo mis expectativas. Debería ser más alto que yo. El color del pelo y de los ojos no me importa, ni siquiera la nacionalidad. Nadie tiene nada en contra de un potente finlandés, ¿verdad? La fidelidad, la lealtad y el sentido del humor son, por supuesto, requisitos básicos, pero ahí es donde la cosa se complica. Muchos hombres ni siquiera saben deletrear lealtad.

Bueno, y también estaría bien que tengamos buena química en la cama. Por desgracia, Thomas se acercó bastante al ideal. En cualquier caso, nos llevábamos muy bien durante el sexo. No tenía preferencias extrañas y nunca era aburrido. Al menos no para mí. Seguro que para él sí, si no, ¿por qué me engañó antes de que naciera Luis? Al principio, al menos se molestaba en ocultarme sus aventuras de una noche; con el tiempo, se volvió cada vez más descarado. Poco antes del primer cumpleaños de Luis, alcanzó el tope del descaro: el burdel de lujo de la ciudad vecina envió su factura a nuestra dirección por correo postal. Cuatrocientos setenta y cinco euros, lo recuerdo exactamente. Especialmente la sensación humillante de aquel momento ha permanecido en mi memoria. Cuando tienes claro que tu marido te ha perdido hasta el último vestigio de respeto, tienes que poner fin al matrimonio, porque de lo contrario te pierdes el respeto a ti misma.

Es demasiado pronto para levantarse, aún no son las seis. Simón traerá a Tami a las ocho; eso significa que me meteré en la ducha en una hora y me pondré un maquillaje invisible perfecto. No quiero parecer pintada y arreglada porque eso sería vergonzoso en una mañana libre. Pero si Simón aún me encontrara atractiva en un día de ama de casa sin peinar, no estaría mal. No tiene por qué saber que el aspecto original es un poco diferente de la versión pulida.

¿Qué me pongo? A mi parecer, no es muy fan de los joggers, así que los pantalones anchos están descartados. Ayer ya me puse jeans y camisa, hm, quizá debería pensar primero en el pelo...

Rrrrrriing. Tardo tres segundos en darme cuenta de que han tocado el timbre. Mierda. Volví a acostarme y me quedé dormida. Esto no puede estar pasando.

—Yo voy —dice Luis, y le oigo abrir la puerta de un tirón.

—¡Hola Luis! Bueno, ¿te acabas de despertar? —Oigo la voz de Simón.

—¡Hola! No, hace tres o cuatro minutos. Pasa.

La puerta se cierra de golpe.

—Tami, ¿saco los Legos o no?

—No lo hagas —ordena Tami—. Hoy vamos a jugar a la escuela. Vamos a tu habitación.

Una vez más se cierra una puerta, pero no se abre ninguna. Así que Simón está adentro. Y yo parezco un zombi. Me rindo brevemente a mi somnolencia, porque la cuestión de qué parte de mi cuerpo arreglo primero me supera. Oh, Dios, quiero morir. ¿Por qué mi camión corto con tirantes está en la lavadora precisamente hoy? En su lugar, llevo una camiseta negra de Breaking Bad con Yo Mr. White escrito en ella. Eso no es nada sexy, y menos cuando lo acompañas con unos shorts azul claro sin forma y unos calcetines rosados de peluche. Mi ropa es una gran locura hoy.

—Buenos días —Simón llama amablemente desde el pasillo—. ¡Somos nosotros! No quiero molestarte, Vicky, dejaré a Tami aquí, ¿sí?

—No, no, no hay problema, espera un momento —digo pasándome frenéticamente las manos por el pelo y arreglándome la cara. Sin embargo, una mirada al espejo me demuestra que se trata de que será un trabajo inútil. Estoy segura de que a la mañana siguiente acabaré en una de las listas de los diez rostros femeninos más espeluznantes de Simón. Aunque no hubiera

una noche antes, aparte de mis fantasías eróticas de hace unas horas. Pero me las guardaré para mí.

Olvidalo, Vicky, perdiste antes de empezar.

—Hola, buenos días —digo y salgo al pasillo, donde Simón está de pie un poco tenso. Le sonrío y me muestro muy confiada. Así es como me veo ahora.

Eso es lo que parece. Fantástico. Dios, lleva el impresionante traje de Boss que admiré a un cliente el otro día. Color carbón, muy ligeramente brillante, y una camisa negra. No blanca. Creo que es genial, de la misma forma en que sólo puedes pensar que un hombre es genial cuando estás delante de él con una camiseta unisex sin forma.

—Estoy muy apenada —tartamudeo—. Normalmente nunca me quedo dormida. Hace un par de horas miré el reloj y pensé que era demasiado temprano para levantarme. Bueno, y ahora esto. Mm, ¿los niños ya se fueron a la habitación de Luis?

—Sí, eso parece —dice Simón con una sonrisa.

Mientras yo miro tímidamente hacia la puerta cerrada de la habitación del bebé, como si allí hubiera algo muy emocionante que descubrir, él me examina tranquilamente de arriba abajo. Ahora me gustaría que me tragara la tierra, por favor.

—¿Eres fan de Breaking Bad? Me parece una serie genial y tu camiseta bonita.

—Sí. Gracias —no puedo mirarlo, imposible. Él, en cambio, parece estar disfrutando con esto.

—¿Son tus medias de dormir?

—Mm —digo y miro al suelo avergonzada. Simón lleva elegantes zapatos de negocios y yo parezco una empleada—. Tengo los pies fríos incluso en pleno verano.

—Entonces alguien tendrá que calentártelos.

Transpórtame, Scotty, me gustaría salir de aquí, por favor. Esto es muy vergonzoso. Como nadie me detiene, me atrevo a mirarlo a los ojos. ¡Dios, es guapísimo! Me gusta incluso sin traje, pero me gustaría más arrancarle esta ropa ya, me excita mucho.

—O puedes darme un masaje en los pies, es lo más maravilloso que se me ocurre.

—De todas formas tomé nota cuando lo mencionaste el otro día.

Da un paso hacia mí y temo que mi corazón esté a punto de detenerse. Es imposible que me vaya a tocar con esta ropa puesta. Además, aún no me he cepillado los dientes.

—¿Tienes tiempo? Podría poner un café para los dos rápido, ¿quieres?

—Me encantaría, pero tengo que irme. Ya sabes, por mi futuro como millonario.

—Entiendo, no hay problema. Iré a preparar el desayuno para los niños y para mí. Y después de eso probablemente debería arreglarme un poco.

—Me gusta cómo te ves —dice Simón, y pone un brillo en sus ojos que amenaza con hacerme salir volando de mis calcetines de peluche—. Regreso al mediodía, y entonces habremos derrotado por fin esta insostenible huelga. Hasta luego. Adiós, niños —grita a la puerta del cuarto de Luis, pero no hay más reacción que risitas.

Me encojo de hombros y balanceo mi trasero en shorts delante de Simón para abrirle la puerta. Esto es muy triste. Dos cajones llenos de ropa de interior de encaje y, a la hora de la verdad, llevo un pantalón gigante.

Simón

El asesor financiero del banco me da la mano y me conduce a su despacho.

—¿Le apetece algo de beber, Sr. Decker? ¿Café? ¿Agua? ¿Jugo?

—Un café habría estado bien —respondo.

—¿Habría estado? —se pregunta Lessing.

Lo miro igual de desconcertado. Probablemente mi mente seguía en el piso de Vicky.

Las mujeres pierden tanto tiempo en su apariencia. Se pasean sobre tacones de lujo, realzan su busto con la ropa interior adecuada y, gracias al maquillaje, consiguen un estilo por el que un maquillista de Hollywood recibiría una nominación al Oscar. Y, por supuesto, los hombres nos sentimos halagados cuando el esfuerzo se hace por nuestro bien. Pero para mí, personalmente, es mucho más importante el aspecto real de una mujer cuando se levanta por la mañana. La verdad está en el pelo despeinado y la cara sin maquillaje.

—¿Le apetece un café? —se asegura Lessing.

El hecho de que me ofrezca una bebida es sin duda una buena señal, porque si me hubiera clasificado como indigno, probablemente no habría ninguna razón para tratarme con cortesía. ¿O el Sr. Lessing simplemente está siendo amistoso?

—Sí, disculpe. Estoy un poco nervioso —me convenzo a mí mismo.

—No hace falta —me tranquiliza—. Por cierto, sus socios comerciales enviaron ayer por fax todos los documentos necesarios.

—Perfecto.

Señala una silla.

—Siéntate. Traeré dos tazas de café.

El despacho de Lessing es pequeño. La mesa de reuniones redonda, con capacidad para tres personas, llena la mitad de la sala. En un rincón frente a la puerta está su escritorio con computadora, impresora, fax y teléfono. ¿Aquí es donde se ha decidido mi futuro empresarial?

En vez de preocuparme por eso, vuelvo a pensar en Vicky. Por regla general, a un hombre sólo se le permite mirar la verdadera cara desnuda de una mujer cuando han ocurrido otras cosas antes. El destino me dio una oportunidad inesperada con mi vecina. Como se había quedado dormida, pude disfrutar de eso sin pretextos.

Que lo disfruté enormemente.

De acuerdo, *Breaking Bad* es una gran serie, especialmente las dos últimas temporadas, pero aun así no me pondría una camiseta de eso, ni siquiera por la noche. Un camisón con tirantes de espagueti me habría parecido elegante, sobre todo porque favorecería su cuerpo. El hecho de que tenga una figura atractiva no pasó desapercibido para mí, a pesar de la camiseta bastante grande que traía puesta. En cambio, las medias rosadas para dormir que traía puestas me siguen provocando una sonrisa divertida. Las mujeres y su problema de pies fríos. Sin duda se sentiría cómoda a mi lado. Una ex me describió una vez como un “calefactor viviente”. En invierno, le gustaba acurrucarse contra mí; en verano, prefería alejarse de mí cuando dormía.

—Entonces, Sr. Decker, ¿le gusta con leche o con azúcar?

Lessing lleva una bandeja azul oscuro sobre la que están dos tazas llenas, algunos sobres de azúcar y porciones individuales de crema de café.

—Lo prefiero negro —respondo.

—Los banqueros tenemos un dicho, “más vale un café negro que un cero negro en el balance” —se ríe de buena gana y se sienta.

Para ser decente, me río con él. Después de darme una taza, coge un montón de papeles que tiene detrás. Tranquilamente, toma un sorbo de café, hojea los papeles y murmura para sí.

—Sí, sí.

¿Estoy malinterpretando el comportamiento de Vicky otra vez? En realidad, tuve la impresión de que de repente estaba teniendo un poco más de confianza conmigo. Al menos hasta el momento en que di un paso hacia ella. Ahí estaba otra vez... la vecina que se preocupa avergonzada de mantener sus distancias conmigo.

Con lo cual me pregunto seriamente qué pretendía yo en primer lugar. ¿Darle un beso? ¿Un masaje rápido de pies? ¿Cinco segundos del calor corporal de Simón? No lo sé.

—¿Señor Decker? —oigo una voz.

—No lo sé —respondo encogiéndome de hombros. Probablemente sea una combinación de todo.

—¿No lo sabe? —pregunta Lessing con incredulidad.

Su tono escéptico me devuelve a la realidad.

—Eh, ¿qué?

—Pregunté por la fecha de finalización prevista. No lo encuentro en los documentos.

¡Maldición! Llevo meses trabajando duro para tener esta oportunidad, ¿y ahora la desperdicio no concentrándome?

—Lo siento, mi hija está enferma —ahora intento otra excusa—. Mi vecina la está cuidando, pero estoy seguro de que usted entiende...

Unos golpes bastante fuertes en la puerta del despacho me interrumpen.

Antes de que Lessing pueda gritar adelante, la puerta ya está abierta de par en par.

Un hombre de aspecto agresivo vestido de cuero irrumpe en la habitación.

—Así que aquí es donde trabaja el buen señor Lessing —dice el hombre, con la ira resonando en cada palabra que dice, aunque habla con total tranquilidad.

—Señor Mahler, ¿qué cree que está haciendo? —le responde indignado mi asesor bancario.

¿Mahler?

¿Como Vicky Mahler?

Echo un vistazo más de cerca al tipo. ¿Es sólo mi imaginación o realmente reconozco cierto parecido con Luis?

—No puede irrumpir así por así cuando estoy en reunión con un cliente.

El hombre de la chaqueta de cuero me mira despectivamente.

—Sí, está claro que probablemente le concederás a este mono de traje vanidoso todo el crédito que desee. Y yo, en cambio... —el resto no se dice.

—Consiga una cita y estaré encantado de explicarle en detalle...

—Lo solucionaremos enseguida. No te librarás de mí tan rápido —el tipo se sienta en la tercera silla.

Lessing me mira con una mirada que pide perdón. Se siente notablemente incómodo con la situación, pero obviamente sospecha que el otro cliente no abandonará el despacho voluntariamente. Asiento ligeramente con la cabeza.

—Quieres veinte mil euros para un viaje en moto a Sudamérica con tu amigo Rambo —resume Lessing de memoria la petición de financiación del cliente de la chaqueta de cuero.

—Rocky —le corrige, haciendo que mi atención se eleve.

¿Estoy realmente sentado al lado del padre de Luis?

—Ni tú ni Ram... Rocky pueden ofrecer ninguna seguridad. Rocky está en el paro y tiene previsto tomarse seis meses de permiso sin sueldo. ¿Cómo pagarás las cuotas?

—Lo resolveremos.

—Tus ingresos apenas cubren tus gastos en este momento. No veo ninguna posibilidad de que puedas pagar un préstamo.

—Dejaré de pagar la manutención de mi hijo. Esto ya se ha acordado con mi ex. A ella no le importa.

¿En serio Vicky está renunciando a la cantidad que le corresponde para que su ex pueda irse de ruta en moto? ¿Qué tan cercanos son todavía?

—Puede ser que se lleguen a estos acuerdos internamente en una relación cercana —menciona Lessing—. Pero yo tengo que atenerme a mis directrices, según las cuales usted, como padre de un hijo menor, está legalmente obligado a pagar la pensión alimenticia.

¿Relación cercana? No seas tan pretencioso.

—Aunque dedujera los pagos —continúa Lessing sin impresionarse— no veo ninguna garantía para su solicitud de préstamo. Por eso el rechazo. Ahorre durante tres o cuatro años para conseguir su objetivo, y entonces estaré encantado de comprobarlo por segunda vez.

—¿Tres, cuatro años? ¿Eres tonto? Ahora estoy vivo. Queremos ir allí en otoño. Rocky y yo juramos que lo haríamos.

Hace énfasis en juramos como si Lessing no tuviera más remedio que aceptar el préstamo. Pero no se le puede hacer cambiar de opinión.

—Por favor, retírate. Si no, llamaré a seguridad.

Por un momento temo que Mahler se ponga violento, parece muy enfadado. Entonces se levanta bruscamente.

—Voy a cancelar mis cuentas —advierte—. También hay otros bancos.

—Es un país libre —responde Lessing.

—¡Claro que sí!

—Adiós.

Mahler saca el dedo del medio en dirección a Lessing antes de salir de la oficina dando un portazo.

—¡Vaya! —digo—. ¿Recibes una indemnización por riesgo de clientes así?

Lessing lo ignora.

—Oh, ese Thomas, lo conozco desde que era así de alto —Sostiene la mano justo por encima de la altura del escritorio—, por aquel entonces yo estaba aquí como practicante y él quería que le prestara dinero para comprar chicles. Supongo que nada ha cambiado en todos estos años.

—Sólo que sus deseos han cambiado.

Lessing sonríe.

—Eso parece —mira su reloj en su muñeca—. ¡Maldición! Ahora tendremos que apurarnos un poco. Tengo que presentar su propuesta de financiación hoy al consejo para que el dinero pueda transferirse la semana que viene. Lo necesitas lo más rápido posible, ¿no?

—Sí —confirmo.

—Bueno, podemos hacerlo.

—¿Así que me financia el proyecto? —me aseguro.

—¿Crees que te habría ofrecido un café si no fuera así? —se ríe.

Media hora más tarde estoy sentado en mi auto disfrutando del momento.

¡Lo hemos conseguido! El trabajo duro de los últimos meses ha dado sus frutos y pronto podré ver los beneficios de mi trabajo, o perecer sin piedad.

Me gustaría compartir este momento con alguien y, por supuesto, y tengo en mente a esa alguien. ¿Cómo voy a conseguir que siga saliendo conmigo cuando acabe la huelga de la guardería?

Me pregunto si realmente está de acuerdo con que su ex quiera dejar de pagar la pensión alimenticia de Luis. Realmente tengo que hablar con ella sobre eso. Será mejor que Luis no esté.

Pensativo, arranco el auto.

Vicky

—Mamá, ¿por qué no usas el paquete amarillo?—pregunta Luis mientras estoy inclinada sobre una olla de intento de salsa de tomate, con la cara roja, maldiciendo en voz baja. No puedo hacerlo. ¿Por qué soy tan estúpida que no puedo hacer una simple salsa de espaguetis? Espero que Tami no entienda lo que Luis quiere decir con el paquete amarillo... Demasiado tarde.

—¿Un paquete para salsa de tomate? Se hace con tomate y aceite y cebolla y... —dice Tami. Vergonzoso.

—No —interrumpe Luis y corre hacia el armario de suministros—. Toma. Esta es nuestra salsa de tomate, siempre la comemos. ¿Cuándo estarán listos los espaguetis, mamá?

—En diez minutos, sólo tengo que hacer bien la... salsa; probablemente sólo le falte un poco de ajo. Sí, exacto, eso será.

—O azúcar —explica Tami.

Ahora una niña de cinco años me enseña a cocinar. Y más tarde se lo contará a Simón, aunque después del vergonzoso numerito de esta mañana en ropa de dormir, la verdad es que no me importa. Al menos ahora parezco apta para la vida cotidiana, pero es cuestionable si eso sirve de algo.

—Niños, por favor, pongan ya la mesa. Comeremos en la mesa del salón, así que recoja los juguetes de la mesa, ¿sí? Y cuando esté listo, la comida también lo estará.

Ja, una buena jugada. Los dos desaparecen de la cocina y yo tiro la bazofia viscosa por el desagüe. Entonces pongo rápidamente el contenido del paquete amarillo en la olla añadiendo un poco de orégano, champiñones en conserva y nata, listo... Nadie se da cuenta, al menos ninguno de los presentes.

—Disfruten de la comida —deseo mientras nos sentamos juntos un rato más tarde y el vapor se escapa de los espaguetis frente a nosotros.

—Métele el diente, cerdo —dice Luis y levanta su vaso de soda de manzana en el aire. Antes de que pueda amonestarle, Tami se une con un resoplido.

—¡Traga, cerdo!

Realmente es su mayor fan. Suspiro y estoy a punto de meterme la primera carga en la boca cuando suena el timbre.

—¡Papi!

—¡El primero en la puerta!

Luis y Tami salen corriendo y yo camino despacio detrás. Estoy deseando ver a Simón, ¿te lo puedes creer? El hormigueo en la zona del estómago es innegable, y es una buena sensación. A veces tenía miedo de que nunca volviera, y solía estar enamorada de alguien todo el tiempo. Con el tiempo, perdí esa capacidad.

—¡Hola niños! Bueno, Luis, ¿has pasado una buena mañana?

—Sí papá, fuimos a ver los caballos y Vicky me enseñó a darles de comer. Incluso los acaricié.

—De verdad, eso es genial —dice Simón, que tiene un niño en cada pie y viene hacia mí con las piernas rígidas.

—Hola, ¿cómo te fue? —suspiro con un tono demasiado afectivo. Me avergüenzo en el acto, pero el hombre sexy de traje con los niños en las piernas me sonríe y me mira directamente a los ojos.

—Fantástico. el trato está firmado y sellado. Me están financiando el proyecto y ya puedo ponerme en marcha. Oh, ¿están comiendo?

—Estábamos a punto de empezar —digo—. ¡Caramba, qué bien, justo a tiempo! Entonces ahora ambos merecemos una celebración, ¿no? Tú por tu financiamiento, yo por el nuevo trabajo... ¿Quieres un vino blanco? ¿Y cenar con nosotros? No es nada especial, pero si tienes hambre, hay de sobra.

—Hay espaguetis con salsa de tomate —explica Luis y, de hecho, trae un plato y cubiertos sin que nadie se lo pida. Vaya.

Me hago cargo del vino y de un abridor y le pido a Simón que venga junto a los niños. Si ahora me quita la botella y la abre, habrá un punto extra.

—Espera, abriré la botella.

Me están empezando a gustar estas cosas. Muchísimo. Mientras los niños se concentran plenamente en la comida, Simón y yo intercambiamos miradas que seguramente harán que manche mi vestido de lino blanco con salsa roja. Esto me pone nerviosa, preferiría no comer nada. Por un lado, me gustan mucho las miradas sexys, pero por otro lado no las soporto, así que miro hacia abajo tímidamente.

—Mmm, la salsa está deliciosa —dice Simón—, me encanta el orégano.

—Sí, está muy bueno —es el veredicto de Tami. Aliviada, tomo mi vaso en la mano, pero ella aún no ha terminado—. La salsa de tomate de papá siempre lleva dos horas. Hay que dejarla cocer a fuego lento durante mucho tiempo para que salga bien.

—Dejarla cocer a fuego lento. Oh, no tiene nada que ver, seguro que Vicky también tuvo su salsa en la olla durante horas.

Me sonrío y yo bajo la mirada.

—Bueno... Bueno, yo no soy exactamente masterchef, para ser honesta.

—¡Lo hacen con paquetes! —Tami come espagueti con gusto mientras mira triunfante a su alrededor. ¿Me equivoco o sabe que me está avergonzando? Lo que es seguro es que Luis es el más ingenuo de todos.

—Con paquetes amarillos, porque saben mejor. Qué rico —dice mi amorcito. Me quiere, aunque no sepa cocinar. Un gran niño.

—Ya veo, aquí lo hacen con paquetes. No lo habría pensado. Personalmente, no me gustan los productos precocinados, pero siempre hay una primera vez para todo. Me gusta mucho la comida. Y el vino también. Salud.

—¿Sabes hornear? —pregunta Luis, mirando de Tami a Simón.

—¡Luis, no seas descarado!

—¿Por qué? Hornear no es una mala palabra.

Pienso mi respuesta.

—No, no, no hay problema —Simón viene a mi rescate—. No sé hornear muy bien, pero creo que cocino bastante bien.

—Papá es un gran cocinero. También sabe hacer filete y croquetas, pero caseras. Y salteado de verduras y risotto, pero eso es demasiado baboso para mí, y también hace...

—Está bien, Tami, ahora come o los espaguetis se enfriarán —Puedo ver a Simón en mi mente, de pie junto a la cocina con un delantal, cortando ajos. Una imagen preciosa.

—Tenemos un robot de cocina rosa para eso, y más tarde tendremos pasteles de mantequilla hechos con levadura, tu padre no puede hacer eso. Además, me gusta mucho más nuestra salsa de tomate —dice Luis, que obviamente quiere defenderme. Tiene razón, porque realmente sé hornear. No quiero ser el ama de casa incompetente, así que por una vez no amonesto a mi hijo ahora.

—Obviamente nos complementamos. Tú sabes hornear, yo sé cocinar... quizá deberíamos aprovecharlo de alguna manera. ¿Qué te parece? —pregunta Simón. Sus ojos son castaño oscuro y tiene unas pestañas por las que la mayoría de las mujeres matarían. Gruesas, largas y negras.

—Sí, por qué no —digo y enderezo la espalda. No pierdas la compostura. No tengo por qué desmayarme sólo porque mi atractivo vecino coquettee un poco conmigo—. ¿Qué tienes en la agenda mañana? —Vaya, ¿de verdad he sugerido eso? Simón me sonríe entusiasmado, y casi se diría que está a punto de levantar el puño.

—No tenemos nada pendiente. Tenemos tiempo de sobra. Cuando terminen de comer, pueden ir a jugar —toma el mando paternal.

Me he olvidado completamente de los niños en los últimos minutos. Simón y yo nos sentamos uno frente al otro y coqueteamos tanto que saltan chispas. No me atrevo a levantarme, para mantener la magia.

—Hecho —dice Luis—. ¿Podemos tomar leche con pajilla?

—Recuerda la palabra —le recuerdo, pero sigo mirando a Simón.

—¿Eh?

—Oh, nada. Sí, tomas las pajillas largas y bébanse la leche en la cocina, por favor. Vayan, ustedes dos.

Los niños han desaparecido y nos sentamos un poco más relajados. Simón parece estar pensando en algo, como si no estuviera seguro de si las siguientes palabras son apropiadas.

—Habla, ¿qué pasa? —le pregunto. Me gusta el hecho de que a veces también dude; eso le hace más humano.

—Creo que acabo de conocer a tu ex en el banco.

—¿Qué, Thomas? ¿En serio?

Oh Dios, hasta ahora pensaba que mi salsa de tomate instantánea era vergonzosa, pero Thomas en el banco es más vergonzoso que un paquete entero de salsa. Simón asiente.

—Hm, creo que sí. Thomas Mahler, un tipo bastante informal en general, chaqueta de cuero, muy seguro de sí mismo.

—Sí, es una forma de decirlo. ¿Qué hacía en tu reunión bancaria? Creo que estoy a punto de hundirme en el suelo... Sospecho lo que quería. Dinero, por supuesto.

—Realmente no es asunto mío, Vicky, sólo dime cuándo quieres que pare. Pero que no quiera pagar la manutención de Luis es despreciable. No

lo permitas. ¿Sabes algo de esto? Soy un imbécil, lo siento.

Se pasa las manos nerviosamente por la cara y el pelo, y yo tampoco puedo seguir manteniendo una calma seductora. Me levanto de la silla y se lo cuento todo. Sobre los estúpidos planes de Thomas de abandonar el país con Rocky, a quien Simón llama riendo Rambo. Sobre mi fracaso matrimonial y los esfuerzos para que Thomas quede bien como padre por culpa de Luis... aunque este intento está resultando cada vez más fallido. Y sobre mi miedo a no poder arreglármelas económicamente para criar sola a un hijo. Me escucha atentamente y no parece juzgarme. Cada vez me gusta más porque sabe escuchar y hace las preguntas adecuadas en el momento oportuno. Se muestra serio y no juguetea.

—No es para tanto —me dice cuando he terminado después de un cuarto de hora—. Pero también hay buenas noticias: no estás sola. Mi ex está al menos tan loca como tu ex. Más aún, de hecho. Y aun así conseguimos niños maravillosos de ellos. Deberíamos brindar por ello.

Qué dulce de su parte. Se me calienta el estómago y me siento un poco liberada del espectáculo constante que llevo días dando. No quiero estar constantemente a la defensiva contra los ataques verbales, sino simplemente ser yo de una manera normal.

—Salud. Gracias por escucharme.

—Con mucho gusto. Así que creo que ahora me llevaré a mi pequeña y me tomaré un momento para reposar. ¿Hacemos algo juntos con los niños mañana? ¿Quizá puedan salir a correr con sus patines en línea o montar en patineta, y antes podemos cocinar algo rico? Y hornear, por supuesto.

Vaya, parece una cita de verdad. Una cita con niños, pero aún mejor. Apenas puedo ocultar mi alegría.

—Excelente idea, hagámoslo. Supongo que a Tami y Luis no les importará, no les preguntaremos.

—Estupendo —dice Simón—, entonces iré a comprar mañana por la mañana, porque realmente necesito llenar la nevera. ¿Y tú podrías bajar sobre las doce? ¿Lo hacemos así?

—De acuerdo.

Y ahora debería irse, porque tengo que pensar qué ponerme mañana.

Simón

—Cariño, olvidé revisar el correo antes —le informo a Tami.

—Voy a mi habitación a escuchar un cuento.

—Hazlo.

Se detiene en el umbral de su puerta y se vuelve hacia mí.

—¿Sabes qué? —pregunta.

—No sé nada. Tu padre es totalmente bobo.

Tami suelta una risita.

—No lo eres —Entonces se pone seria—. Me agradan Vicky y Luis.

—A mí también, cariño.

—Pero tú me agradas aún más —Extiende los brazos—. De aquí al sol.

—Y vuelta a empezar —completo nuestro ritual. Le doy un beso al aire antes de bajar corriendo.

Hacía tiempo que no me sentía tan equilibrado. Tami y yo formamos un gran equipo, mis planes de trabajo parecen funcionar y, por primera vez en mucho tiempo, siento verdaderas mariposas en el estómago.

Cómo he echado de menos esta sensación.

Veo a Vicky en mi mente mientras abro el buzón. Espero que una carta de Hacienda no me dañe el buen humor.

Segundos después, sin embargo, desearía que Hacienda hubiera nuevos sobres para autónomos. En la caja hay un solo sobre y reconozco inmediatamente la letra. Aunque la envoltura es de Hotel Wellness.

¿Por qué me envía Marián una carta? Inquieto, recuerdo sus palabras de que quiere discutir algo conmigo. A menudo abro sobres mientras subo, pero este lo alejo mí como si estuviera envenenada.

—Regresé —murmuro, y puede que Tami no me haya oído, porque no contesta.

Mi buen humor ha desaparecido de manera abrupta e instintivamente siento que unas estúpidas nubes negras de tormenta acaban de ponerse sobre mí. Me siento a la mesa de la sala, rasgo el sobre y saco un papel escrito por una cara.

¡Hola S!

Su costumbre de acortar así mi nombre lleva años marcándome arrugas en la cara. ¿Es mucho pedir que escriba cinco cartas? ¿En cartas o mensajes digitales?

Pronto lo verás en mi cara de todos modos, pero me gustaría decírtelo por adelantado. ¡Estoy embarazada! Tami va a tener un hermanito. Cuando ella nació, no estaba preparada para ser una madre cariñosa con ella, pero eso ha cambiado radicalmente. Por eso es importante que hable contigo para cambiar la situación de vida de Tami. Ser hermana mayor formará su carácter más de lo que podría hacerlo vivir contigo. Yo también soy hermana mayor. Aprendes responsabilidad, consideración, a compartir y muchas otras cosas que un hijo único no necesita.

En este sentido, sería apropiado que Tami se mudara conmigo. Por supuesto que no voy a impedir que la veas, pero en mi opinión ella debería mudarse con nosotros lo más pronto posible. Tengo en mente el final del verano, entonces ella tiene un año para hacer nuevos amigos antes de empezar la escuela.

Estoy segura de que al principio te costará aceptar la decisión, pero en cuanto lo pienses con calma, te darás cuenta de que tengo razón.

Nos mantenemos en contacto.

Marián]

Leo la carta por segunda vez antes de arrugarla con rabia y tirarla sobre la mesa.

¿Realmente piensa que yo estaría de acuerdo con eso?

Para no entrar en cortocircuito, respiro hondo. Una vez. Dos veces. Tres veces. De alguna manera tengo que asegurarme de que Tami no escuche la llamada que haré. Nunca he hablado mal de Marián en su presencia, algo que me gustaría mantener a pesar de todo.

En el pasillo, los zapatos de Tami me llaman la atención. Me detengo un momento y me fijo conscientemente en las cosas que son suyas: una chaqueta en el perchero, una foto enmarcada que me regaló por el Día del Padre, un hombre de peluche que hace guardia frente a su puerta. ¿De verdad cree Marián que voy a dejar que me arranque el corazón sin luchar?

Mi pequeña se acuesta boca abajo en la cama y balancea las piernas hacia delante y hacia atrás. Escucha con devoción una de sus obras de radio favoritas.

—Cariño, tengo que hacer una llamada muy urgente. ¿Podrías por favor no entrar en el estudio?

—No. Ocupado.

Me siento con ella e inmediatamente me da un codazo en el brazo con la cabeza.

—¡Squeak!

—¿Eres un conejillo de indias?

—¡Squeak! ¡Squeak!

Tami tiene muchas ganas de tener una mascota, un deseo que no he cumplido hasta ahora, en parte por la alergia de Marián al pelo de los animales. Pero las posibilidades de mi hija han aumentado de repente. En esta lucha, cualquier medio es bueno. Le doy un beso en la mejilla y salgo rápidamente de su habitación.

¡Marián! Ahora me conocerás.

—¿Recibiste mi carta? —me pregunta mi adorable ex en lugar de saludarme.

—Puedes olvidarte de eso —respondo con la misma sequedad—. Nunca estaría de acuerdo.

—Lo sabía. Eres un egoísta.

—¿Qué?

—Va a ser una hermana mayor. No hay nada mejor para las niñas —afirma Marián.

—Se me ocurren algunas cosas. Por ejemplo, una madre cariñosa que no sea impaciente y no le grite todo el tiempo —miro por la ventana y veo a Vicky tirando la basura con su hijo. Él lleva una bolsa pequeña, ella una caja llena de papel usado.

—Sí, sácame mi pasado en cara. Aunque no te guste, he cambiado y estoy mucho más tranquila.

—Entonces es Tami la que dice cosas completamente diferentes.

—Sólo intentas provocarme —grita sin previo aviso, contradiciéndose a sí misma.

Probablemente ni se dé cuenta. Nunca ha sido una persona autocrítica.

—Pero sabía que nos pondrías obstáculos. Por eso ya me estoy asesorando con un abogado. Que confirma mi posición, por cierto. Si no cedes voluntariamente, llevaré el derecho de residencia a los tribunales.

—Gracias por el aviso. Es normal en ti que no te importen los intereses de Tami. Tiene a sus amigos aquí. Su casa. Y tú quieres apartarla —me

siento en mi escritorio y enciendo la computadora. Parece que debería encontrar un buen abogado de familia lo antes posible.

—¡Mentira! A diferencia de ti, pronto podré ofrecerle una familia completa.

—De todas maneras, todo lo que tengas en tus manos nunca permanecerá completo.

—Estúpido...

Qué insulto considera apropiado en este momento seguirá siendo un secreto de estado, porque bruscamente doy por terminada la conversación.

Media hora más tarde, concerté una cita con un abogado para el lunes. Hasta entonces, quiero olvidar la desagradable discusión si es posible, pero no lo consigo. Así que en un momento cojo el celular y abro mi mensajes.

[¡Hola Vicky! Realmente necesito hablar con alguien. Pero no hasta que Tami esté dormida. ¿Tienes tiempo para hablar conmigo por teléfono esta noche?]

Veo que rápidamente que ha leído el mensaje. No demora nada en responderme.

[Sí, claro. Suelo acostar a Luis alrededor de las siete. Podemos hablar a partir de las 7:30.]

Me conmueve que no me pregunte para qué necesito hablar.

[Gracias. Me pondré en contacto a más tardar a las ocho].

Justo cuando dejo el celular a un lado, un pitido señala la llegada de un nuevo mensaje.

[También podrías subir. Seguro que tu monitor para bebés funciona en un piso, ¿no?]

Me lo pienso un momento, pero creo que sería un error ir con ella en mi estado actual.

[Eres muy amable, pero me temo que no quieres que esté contigo tan disgustado como lo estoy ahora. Será mejor que te llame.]

Su nueva respuesta consiste en una sola palabra.

[Ok.]

Vicky

—Está totalmente enamorado de ti —responde Carolina y se mete una bola de bizcocho en la boca.

—¡Eh, no hagas eso! Y si lo haces, toma un poco de la mezcla cruda.

Las bolas de bizcocho son para las rosas —regaña, riéndome y dándole una palmada en los dedos a mi amiga—. Además, no está enamorado de mí. Está en otra liga, créeme.

—Oh, tú otra vez con tus complejos, Vicky, eso es completamente innecesario. Simón no será tan genial como para no interesarse por ti. Y de todos modos, ¿quién es mejor que nosotras, por favor? Una liga diferente, muy divertida. ¿O acaso es... Ryan Gosling?

Pienso un momento. No le falta mucho para convertirse en una superestrella, al menos no visualmente. Me vuelve loco que Simón sea tan atractivo. Preferiría que fuera un poco más normal, para no estar constantemente preocupada por mis propias insuficiencias en cuanto estuviera cerca de mí.

—No, no es tan genial —miento—. Y yo me pregunto todo el tiempo: ¿Dónde está el truco? Debe tener algún tipo de truco, ¿verdad?

Echo el chocolate en mi nueva batidora eléctrica y disfruto de la vista de mi robot de cocina más pequeño. Ahora hay siete en total. Sí, podría decirse que soy adicta a los procesadores de alimentos. Todos los electrodomésticos de alta tecnología de colores pastel perfeccionan el aspecto retro de mi cocina, hasta el último rincón de la encimera. Y son prácticos. Realmente los necesito. Bueno, al menos algunos de ellos. De acuerdo. Dos exprimidores son una basura, lo admito.

—Todos los hombres lo tienen —dice Carolina. Siempre va perfectamente al grano y es la única mujer que conozco capaz de separar realmente sexo y amor. Por lo general, sólo se centra en los aspectos positivos de sus chicos, o simplemente rompe con ellos—. No importa si son guapos o no: hay que tener en cuenta un poco de daño en el techo por cuestión de principios. Así que la cuestión no es *si* tiene un truco, sino que tan grave es. ¿Qué pasa ahora con su ex? No lo entiendo.

—Eso es bastante complicado. Anoche me habló de ella durante casi dos horas por teléfono, y le creo. Nadie puede inventarse algo así. Basta pensar en Thomas... No, nadie quiere tener un hijo con alguien como Thomas o Marián, estoy firmemente convencida de ello. Confío plenamente en Simón en ese aspecto.

Carolina da un paso atrás y se apoya en la pared. Me mira mientras corto la base de bizcocho y así obtengo dos bases. Eso me pone nerviosa.

—¿Qué? —pregunto, girándome un momento hacia ella.

—A ti también te gusta mucho.

—Tonterías. Simplemente... es agradable. Se ve bien, es sexy, y nuestros hijos se llevan bien. Eso es todo. Sólo compartimos problemas, eso es lo que nos hace interesantes el uno para el otro en este momento. La semana que viene, en cuanto acabe la huelga de guarderías, se irá a la cama con alguna mujer y yo me olvidaré del asunto.

—¿Segura? Cuéntame más, Vicky.

—Es solo que no sé si quiero irme a la cama con él o no. O si debería darle algún consejo sobre su estúpida ex. Porque no tengo ningún deseo de acostarme con alguien y correr el riesgo de enamorarme de él en el proceso. No, gracias. No soy como tú. No soy como tú, me temo.

—¡Pero cuando estás cansado, tienes que dormir! —exclama de repente Luis a mi lado. Dios, espero que no haya oído demasiado. Pensé que todavía estaba en su habitación. Carolina suelta una risita y busca en el armario una olla para calentar un baño maría.

—Mi amor —le digo. Trato de que hacer que olvide inmediatamente lo que acaba de oír—. ¿Qué tal la cosechadora de Carolina?

—¡Genial! ¿Tú cuándo vuelves Carolina?

—¿Cuándo quieres que vuelva, Luis? —pregunta mi amiga con una sonrisa. Ella sabe exactamente por qué pregunta. Nadie trae regalos tan grandes como ella. Esa es la ventaja de las amigas sin hijos, aunque regularmente intento hacerle entender que al menos no debería comprar cosas tan caras. Hoy ha traído una cosechadora para la granja de Luis. No es de extrañar que a mi hijo le encanten. Pero yo también la quiero, sin recibir de ella ningún juguete de granja.

—Cuando quieras —responde con cierta timidez—. Ya tengo casi todo para la granja. ¿Quieres jugar conmigo?

—Por supuesto, cariño. Así podrás decirme qué falta en tu colección para que no te traiga nada repetido.

Un resplandor se extiende por su rostro y corre de vuelta a su habitación. Uf, estuvo cerca. Habría sido muy embarazoso que les contara a Simón y a Tami lo de enamorarse, dormir y acostarse.

—De todos modos, creo que sería una verdadera lástima para Luis que Tami se fuera a vivir con su madre. Quiero decir, ella no puede hacer eso... quitarle la niña a su ex, ¿verdad? Como hombre y padre, ¿no tiene exactamente los mismos derechos que yo como mujer y madre? —digo, mientras mi sueño pastelero de coco, chocolate negro, turrón y bizcocho entra en la fase de cocción. Simón se sorprenderá, le gustan mucho mis pasteles. Aún podría hornear algunas canastitas de frutas con pasta choux.

—Bueno, los padres suelen ser más a menudo los irresponsables, ¿no? —pregunta Carolina, que entretanto se ha acomodado en la mesa y está lamiendo un bowl para mezclar. Se encoge de hombros disculpándose—. De todas formas, no sirvo para hornear. Sólo sé de hombres.

—Es poco común, de verdad. Y... ¿cómo puedo ayudarle?

—Podrías casarte con él. Y quedar embarazada de él. ¡Exacto, eso es! Si Simón y tú tienen un hijo, todos los tribunales del mundo dictaminarán que la niña debe quedarse en su entorno familiar, donde también tiene a su madrastra Vicky y a su hermanastro Luis. Y el nuevo bebé. ¡Oh, va a ser genial! ¿Puedo ser madrina?

—Muy útil, Carolina. Lo digo en serio. Es preocupante. Si me imagino que a Tomás de repente se le ocurriera llevarse a Luis de mi lado... me volvería completamente loca.

—Si de verdad quieres ayudarle, quédate a su lado. Escúchale y apóyale moralmente. Y si fuera yo, aun así me iría a la cama con él, porque los hombres suelen estar de mejor humor entonces. Así que no sólo estarías haciendo algo por tu propia satisfacción, sino también algo bueno a favor Simón. ¿Sabías, por ejemplo, que en las grandes granjas contratan a unas cuantas putas especialmente para los trabajadores polacos y rumanos de la cosecha?

—Por favor, ¿qué? Pásame un momento el molino de azúcar glas.

—Aquí tienes —Ahora está totalmente en su elemento—. Es cierto. El otro día estuve en el baile agrícola hablando con el dueño de una granja agrícola. Y entonces me enteré. Si los trabajadores no pueden follar durante meses, se vuelven locos de remate. No pueden terminar su trabajo, y después del trabajo pelean en los campamentos. Por eso ahora los granjeros no sólo les dan alojamiento y comida gratis, sino también unas cuantas

putas. Por prescripción facultativa, por así decirlo. Puedo entenderlo. Es una necesidad básica.

Mi primer pastel está listo. Contemplamos la obra con asombro. Puede que no me parezca a Eva Mendes, pero desde luego sé hornear mejor que ella.

—Entonces sólo tengo necesidades básicas raras. Puedo aguantar unos meses sin ello —digo tercamente. Pero eso sólo es cierto en parte. Hace menos de quince días me pasé horas buscando un viejo DVD de Sex and the City en el que aparecía un fabuloso vibrador. Aunque en un principio la buena de Charlotte negó el uso de tal cosa, después de la primera vez con el semental se volvió realmente adicta. Por desgracia, aún no he podido averiguar la marca. Supongo que tendré que recurrir a un hombre de verdad después de todo.

—Unos meses, tal vez. Unos años es demasiado, Vicky. Ahora me voy con Luis y su granja.

—Si es posible, no le hables de las necesidades básicas de los recolectores —le pido a mi amiga mientras desaparece de la cocina.

Quizá tenga razón. Me estoy complicando la vida innecesariamente y debería adoptar una actitud más relajada. Pero siento que Simón es cada vez más importante para mí. Es tan dulce con su hija que me cuesta imaginar cómo pudo convertirse en un auténtico idiota con las mujeres. Quizá la madre de Tami le ha decepcionado mucho y por eso a veces parece arrogante e inaccesible.

Anoche por teléfono, a veces sonaba como si estuviera casi llorando. No podría soportarlo en absoluto. Nunca he visto llorar a un hombre a menos que estuviera borracho o fuera un pelele. O era una estrategia de pura autocompasión y lastima para ablandarme. No quiero que mi vecino juegue con mis sentimientos y nunca me perdonaría caer en un truco tan barato. Pero no, no era una actuación. Era el miedo a perder a Tami. Si tan sólo pudiera ayudarlo de alguna manera...

Maldita sea, no quiero enamorarme de él. Pero sé exactamente que ya es muy tarde.

Simón

—¿Crees que pechuga de pollo en salsa de curry con pasta y una buena ensalada fresca serán del agrado de nuestros invitados? —le pregunto a Tami.

Mi hija es admirable en muchos aspectos; yo tengo especial suerte en lo que respecta a la comida. Lo prueba todo y casi todo le parece delicioso. Por los suspiros que se oyen de otros padres cuando hablan de los hábitos alimentarios de sus hijos, sé que ésta no es la norma.

Nos sentamos juntos en la cocina, donde llevo unos minutos escribiendo la lista de la compra mientras ella hojea un libro ilustrado. Probablemente algún día se convertirá en un auténtico cerebritito. Los libros ya son sus compañeros constantes y apenas pasa una noche sin que le lea antes de irse a dormir.

—Claro. ¿Cómo no les va a gustar? —dice Tami con convicción.

Sin embargo, no comparto su opinión, porque me di cuenta de la poca salsa de tomate que comía Luis cuando comíamos espaguetis.

¿Debería cocinar algo más sencillo para ir a lo seguro?

Pero, por otro lado, puedo contar con Vicky para preparar otro pastel fantástico. Así que no quiero servirle un plato demasiado sencillo. Oh, Luis tendrá que conformarse. Que se coma la tarta después. Lo principal es que Vicky está impresionada por mi cocina.

—¿Quieres vestirme, cariño? —le pregunto a Tami—. Tenemos que ir al supermercado.

—De acuerdo.

Dobla el libro y se levanta de la mesa. Veo a Tami salir de la cocina y, de repente, la amenaza de Marián se cierne ominosamente sobre mí.

¡No! No lo permitiré. Quiero seguir siendo una parte importante de la vida de mi hija. Y lucharé como un león por ello.

Suelo evitar las compras de fin de semana los sábados por la mañana. Mi trabajo como autónomo me da la oportunidad de hacer la compra mientras la mayoría de la gente está trabajando. Me gustan las cajas vacías y las

estanterías bien surtidas. Cuanto menos tiempo tenga que pasar en el supermercado, mejor. Cuando tengo que dar dos vueltas en un estacionamiento abarrotado para dejar mi carro, recuerdo por qué lo hago así, porque tanta gente es totalmente abrumadora.

Después de quitarle los cinturones a Tami y sacarla del asiento infantil, caminamos de la mano hacia los carritos de la compra.

—¿Quieres sentarte? —pregunto.

—No, eso son cosas de bebés —responde precozmente.

—Tienes razón, mi niña grande —respondo, reprimiendo con dificultad una sonrisa. La última vez que fuimos de compras juntos, hace unas semanas, se había mostrado muy dispuesta a ir en el carrito por la tienda.

—¡Ahí está Dora! —grita Tami con fuerza cuando ya hemos cruzado la entrada y pasamos por el pasillo de las frutas. Se escapa de mis manos y corre hacia su profesora.

—Hola, Tami —la saluda amistosamente—. ¿Estás bien?

—Yeah-ah. Pero te echo un poco de menos.

Dora acaricia la cabeza de mi hija.

—Volveremos el lunes —Entonces Dora se vuelve hacia mí—. Buenos días, Sr. Decker. Me sonrío cálidamente.

En ese momento, me doy cuenta de que, en un juicio con Marián, podría hacer que los empleados de la guardería testificaran a mi favor. En este sentido, no está de más ser especialmente amable con ella.

—Hola, Dora. Espero que hayas podido superar bien esta la semana de huelga. ¿De verdad tuviste que quedarte fuera de la guardería toda la semana?

Ella rechaza la compasión.

—Seré honesta. Prefiero cuidar a un montón de niños salvajes. Aunque tu pequeña no es nada salvaje —Se quita un pelo rubio de su vestido de lana azul oscuro y me mira con una expresión que sólo admite una explicación: está coqueteando.

¡Es perfecto! Por suerte, tiene más o menos mi edad, así que no me parece ridículo corresponderle discretamente.

—Gracias. Sí, no creo que esté haciendo un mal trabajo como padre.

—¡Cuanta modestia! Si todos los padres cuidaran de sus hijos como tú, la generación venidera tendría menos problemas.

—¿Puedo tenerlo por escrito?

Se ríe mucho, como si yo hubiera hecho un gran chiste. Pero lo decía en serio. Bueno, tendré que pedir el testimonio de un experto sobre mis habilidades en otra ocasión.

—Todas las mañanas, por cierto, venían madres desesperadas a ver si seguíamos en huelga.

—¡Qué innecesario! Se anunció claramente que la huelga duraría una semana.

—Bueno, algunas madres no tienen donde dejar a sus hijos, por desgracia.

—Papá, ¿me compras fresas? —interrumpe Tami, a quien probablemente nuestra conversación le parece aburrida.

—Adelante, toma dos envases —le respondo.

Juntos observamos cómo mi hija salta entusiasmada hacia su fruta favorita. Al mismo tiempo, Dora se inclina confiada hacia mí.

—Pero la Sra. Mahler las superó a todas. La madre de Luis —me susurra.

—¿Qué hizo?

—Intentó sobornarme. Para hacerme cuidar de su inquieto hijo. Porque supuestamente tenía una cita de trabajo increíblemente importante. Debe haber sido una excusa barata. Es terrible cómo ciertas personas se creen el centro del mundo.

Demostrativamente, doy un paso atrás. Ok, hubiera estado bien tener a las maestras de mi lado en un posible juicio, pero no a este precio. ¿Cómo se atreve a juzgar así a Vicky?

—Sólo para tu información —digo con voz fría—. En realidad, la Sra. Mahler tenía una obligación profesional inaplazable. Por eso apeló a tu voluntad de ayudar. El jueves y el viernes cuidó fantásticamente de Tami y Luis mientras yo estaba ocupado. Eso también les pasa a los superpapás. Buen fin de semana —y con eso dejo a la estúpida atrevida allí de pie, completamente desconcertada.

Nuestro carrito de la compra se va llenando poco a poco, y Tami se divierte mucho sacando cosas de las estanterías para ponerlas en el carrito. Mientras tanto, mi estado de ánimo es cada vez más sombrío. El miedo a perder una batalla legal contra Marián me paraliza. Si el abogado no consigue calmarme el lunes, no podré dormir por la noche. Intento convencerme de que los padres tienen derechos en este país. Al mismo

tiempo, no puedo deshacerme del hecho de que solía leer historias sobre padres desamparados en Internet. Artículos que me hicieron alegrarme de que Marián no estuviera interesada en ser madre.

¿Seré el próximo entrevistado? Puedo ver literalmente el titular delante de mí: *Lo dio todo durante cinco años hasta que la madre de su hija le arrancó el corazón*. Junto al título, una foto mía mirando a la cámara con ojos tristes de cachorrito.

Llegamos al área de cajas, donde se han formado largas filas.

—¿Quieres un huevo sorpresa? —le pregunto a Tami.

—¿En serio? —responde asombrada.

Por una cuestión de principios, nunca compro golosinas en las cajas registradoras, cosa que Tami aceptó sin oponerse tras una charla de principios cuando tenía cuatro años.

Asiento con la cabeza.

—Hoy es una excepción. Elige uno para Luis también.

—¡Yupi!

Corre entusiasmada entre la gente que espera en la fila y se detiene ante una estantería de huevos de chocolate apilados unos sobre otros. Sin embargo, los rosas para niñas no le interesan. Uno tras otro, se acerca al oído al menos diez de ellos y los agita, hasta que encuentra dos que la convencen sonoramente. Me los lleva con orgullo, pero no los pone en el carrito. Unos minutos después, los coloca en la cinta de la caja como los primeros artículos.

Una hora antes de que lleguen nuestros invitados, empiezo con los preparativos. Después de preparar un aderezo afrutado para la ensalada, corto el filete de pechuga de pollo en trozos del tamaño de un bocado, corto dos cebollas y saco medio litro de caldo de pollo transparente del congelador, que preparo regularmente para ésta y otras dos recetas y congelo en porciones. Poco a poco dejo que el trozo de hielo se descongele. Mientras tanto, sofrío los trozos de pollo en mantequilla, añado las cebollas antes de sazonar con pimienta y sal. Luego añado harina, pasta de tomate y mucho curry. Por último, lo glaseo todo con el caldo, que se ha calentado mientras tanto. Mientras hierve a fuego lento durante diez minutos, corto pepinos, zanahorias, tomates, rábanos, pimientos y lechuga iceberg. Sirvo la ensalada artísticamente en cuatro platos. A continuación, mezclo la crème fraîche con el pollo al curry y lo llevo todo a ebullición.

—Huele muy bien —dice Tami cuando se reúne conmigo en la cocina.
—Espero que sepa igual.
—Claro. Nunca sabe mal.
—¿Quieres spaetzle o tallarines con eso?
—Spaetzle —responde rápidamente.
—Esa también habría sido mi elección —como el agua de la pasta ya está hirviendo, echo en la olla una bolsa entera de la especialidad del sur de Alemania. Estoy un poco enfadado por no haberme tomado el tiempo de hacer yo mismo el spaetzle, pero ya no puedo hacer nada.
—¿Me ayudas a poner la mesa?
—Quiero sentarme al lado de Luis —decide.
Demostrativamente hago un puchero.
—¿No junto a mí?
—Oh, Papi. No estés triste —Confiada, me pone una mano en el estómago—. Si no, Luis nunca viene a cenar.
—Muy bien, princesa. Tus deseos son órdenes.
Llevo cuatro platos al salón y le doy a Tami dos vasos de plástico del armario.
¿Qué me habría gustado más? ¿Tener a Vicky cerca o habría sido mejor poder mirarla a los ojos mientras comía?
Pero como mi hija me ha quitado esta decisión de las manos, espero que se resuelva a mi favor.
Apenas hemos puesto la mesa, suena el timbre. ¡Eso es lo que yo llamo sincronización perfecta!
Antes de que pueda abrir, Tami ya está corriendo por el pasillo.
—¡Yo voy!
—¡No tardes mucho! —respondo con una sonrisa.

Vicky

Mmm, ¡qué bien huele! Con el pastel en brazos y Luis y su postre de frutas a mi lado, espero a que se abra la puerta de Simón. Siento debilidad por los hombres que saben cocinar, aunque hoy en día ya no sea tan raro. Algunos hombres me han cocinado bien y el truco de elogiarles por ello ha funcionado bastante bien. Eso sí, que no sepan que, en contra de lo que ellos mismos afirman, no son los únicos que pueden hacerlo. Los hombres quieren ser adorados. Pero las mujeres también. Mi teoría es que siempre es como el punto de venta único, igual que mis productos publicitarios. Mientras que a un hombre le gusta ser el único cocinero masculino en kilómetros a la redonda, a una mujer le gusta ser simplemente la única. Ya sea en la cocina, en la cama o en el bar.

Tami abre la puerta de un tirón y agarra a Luis por el cuello de una forma ya conocida. Es tan dulce cómo se llevan los dos. Sin patalear, como es usual, se deja arrastrar por su amiguita hasta el salón.

—Pasen, los dos —me llama Simón, y sigo el tentador olor hasta la cocina mientras oigo a los niños platicar al lado.

—Tú te sientas aquí a mi lado, mi papi se sienta ahí, y a su lado se sienta tu mami.

—¿Tenemos que sentarnos o quieres que te enseñe algo? —pregunta Luis.

—¿Mostrar qué? —responde Tami, y decido dirigir mi atención al apuesto chef, que abre los brazos y parece querer saludarme con besos. Uf.

Dejo el postre y rezo para que Luis trate la pasta choux con el mismo cuidado; luego doy un paso hacia Simón. Nos abrazamos brevemente y me da un besito en la mejilla. No a izquierda y derecha. Bien, los besos formales no son lo mío, y me gusta el hecho de que obviamente él piensa igual. Además, nunca sé cuándo dar dos o tres besos en cada mejilla.

—Eso huele sensacional —admiro a Simón, en parte sinceramente, en parte por estrategia. Sé lo que viene después.

—Gracias, creo que también sabe decente. Es nuestra comida favorita y he preparado el plato varias veces. Creo que mi cocina es bastante pasable.

Espero que a Luis le guste un poco la comida exótica. No es necesariamente el caso de todos los niños.

—Bueno, tendría que mentir si dijera que come de todo. Pero la pasta y la carne siempre son buena idea —digo y le echo una miradita a Simón. Porque ya está coqueteando conmigo otra vez, entonces yo también me uno al juego.

—Es pollo al curry con champiñones y pasta, he servido la ensalada en platos pequeños detrás de ti. Puedes ir al salón y sentarte. Traeré la comida en un minuto.

—No hay problema, te ayudaré por supuesto. ¿Puedo poner los pasteles en otro sitio? En algún lugar fresco, no tiene que ser necesariamente en la nevera.

—¿Plural? —pregunta, y sus cejas se alzan encantadas. Yo también estoy encantada. Un hombre que pone atención a los detalles me tiene casi asegurada—. Dígame, ¿ha traído algo más que este manjar? ¿Quizá podríamos comer primero un postre y luego el plato principal?

—Absolutamente no caballero. Y sí, hay dos dulces tentaciones. Luis tiene el otro, y espero que no lo haya desaparecido ya. Iré a buscarlos.

Simón me guiña un ojo, lo que me hace sonrojar de inmediato. Maldita sea, ya no tengo quince años, ¿por qué tengo que sonrojarme todo el tiempo?

—Aquí hay al menos tres dulces tentaciones —Pausa—. De todas formas, hay sitio de sobra en la nevera, mételo ahí.

Encendida por dentro, como antes de la primera clase de baile, pero fría por fuera, vuelvo al salón. Siento sus ojos en mi espalda y tengo que deshacerme cuanto antes de este maldito rubor. Ahora puedo ver más de cerca los muebles y no sé dónde mirar primero. La puerta del balcón está abierta y los niños están en cuclillas en el suelo.

—¿Estás bien? Luis, ¿dónde has puesto las canastitas?

—Bien —responde Tami en lugar de mi hijo—. Los pasteles están en la mesita. Encontramos una hormiga. Se llama Blicki.

—Ok, jueguen con Blicki un ratito. La cena estará lista en un minuto.

Simón colocó los muebles de forma diferente a la mía; a mí no se me habría ocurrido diseñarlo así. Él es el arquitecto y, obviamente, tiene las mejores ideas. Aunque la mesa del comedor está en el centro de la habitación, no interfiere con la visión del televisor ni bloquea el paso al sofá. Me gusta tanto que puede que lo copie. Ha puesto la mesa de forma

encantadora: me gusta que se haya prescindido de las obligatorias velas, porque de todos modos eso siempre es molesto con los niños, y en su lugar hay muchas flores del jardín. Posiblemente Tami lo hizo, pero no importa. Lo que cuenta es la intención. No veo quién debe sentarse dónde. Estaría bien que volviéramos a sentarnos frente a frente, pero a juzgar por las explicaciones iniciales de Tami estamos sentados uno al lado del otro. Lástima.

Mientras observo los detalles de la habitación, no me doy cuenta de que Simón se ha parado detrás de mí. Lo siento muy cerca y tengo que tragar saliva. Espero que él también sienta esta atracción; me avergonzaría de mí misma si en realidad todo estuviera en mi imaginación. ¿Quién soy yo para imaginar que este gran hombre está interesado en mí?

—Pásamelos, los pondré en la nevera —dice señalando los postres.

Dios mío, nunca dejaré de sonrojarme. Coquetear no, Vicky, no, eso es totalmente inapropiado. Me quita el plato de pastel y me toca las manos. Bien, no es inapropiado después de todo. Miro hacia abajo porque no puedo mirarle a los ojos, estoy tan nerviosa.

—Dios, Vicky, ¡qué delicioso se ve eso! ¿Por casualidad no fuiste pastelera en tu vida pasada? O, me estoy volviendo loco, de verdad, ya soy adicto a tus habilidades reposteras.

Yo también estoy a punto de volverme loca, estoy segura.

—Por cierto, Tami se encargó de la disposición de los asientos. Traeré los platos en un momento, y ustedes tres siéntense ya, por favor. Sin discusión —exige el amo de la casa.

Excelente, ser algo dominante nunca hace daño a un hombre.

—Sí —digo y llamo a los niños.

La mirada de Luis lo dice todo. No es Simón quien está sentado frente a mí, sino mi hijo, que mira asombrado el plato que tiene delante como si hubiera un montón de...

—¡Es amarillo! —interrumpe mis pensamientos.

Por favor, no sigas hablando, hijo, ya sé a qué te recuerda el color. No lo digas, hazlo por la patética vida amorosa de tu madre. Lo miro, intento suplicar con la mirada como si toda nuestra vida dependiera de ello. Pero se queda mirando la salsa de curry y no presta atención a nada más.

—Lo que no te gusta, lo dejas —Simón salva el incómodo momento. Le sonrío agradecida.

—Está muy rico, papá, yo me lo como todo —dice Tami.

Sonríe a su padre y ojalá yo hubiera tenido esa sensación de princesa en mi vida. ¿No les gustaría a todas las chicas estar en el lugar de Tami? Simón tiene la suficiente sensibilidad como para no dejar que Luis sienta lo infantil de su comportamiento en estos momentos. Sin embargo, sigue siendo un niño.

—Me parece estupendo, mi cielo —dice Simón—, pero no pasa nada si la comida le parece demasiado amarilla a Luis.

—De verdad que esto no me lo puedo comer porque soy alérgico —explica Luis, separando los trozos de pollo y la salsa con precisión casi quirúrgica. Pone cara de estar diseccionando una asquerosa araña.

—Se dice alérgico, y nadie es alérgico a eso, no existe —le corrige Tami, aunque ese sería mi trabajo.

De repente jugamos chicos contra chicas, porque Simón defiende a Luis y yo a Tami.

—Cariño, ahora que cada uno coma lo que quiera, está bien —dice Simón.

—Tami tiene razón, la elergia no existe —digo en voz baja y en realidad sólo para contradecir a Simón. De todas formas, Luis no se da cuenta de nada; está demasiado ocupado buscando componentes comestibles para su comida.

Uy, ¿de dónde ha salido de repente la pierna de Simón tan cerca de la mía? Por cierto, ha apretado su pierna izquierda contra mi derecha y, al parecer, no piensa volver a quitármela. Yo tampoco. Me muerdo un poco el labio inferior antes de tomar un bocado del delicioso pollo. Pienso brevemente en burlarme de él porque el spaetzle no es casero, pero decido no hacerlo y disfruto del calor a través de dos pares de jeans.

El cielo está nublado y el verano parece tomarse un descanso. Es muy agradable, porque ahora podemos dar un paseo normal y a nadie se le ocurre ir al lago a nadar. No quiero tener que pasearme en bikini en mi primera cita real con Simón; esas cosas me dan vergüenza, aunque el agua sea mi elemento. Pero no cuando acabo de conocer a alguien. ¿Le gustaría a Simón verme en bikini? ¿O incluso desnuda? Probablemente sí, porque es un hombre, y supuestamente los hombres piensan tanto en mujeres desnudas como en sexo varias veces al día. Tendré que buscar en Google en qué piensan más a menudo, aunque podría preguntárselo directamente a

Simón. Ahora mismo no encaja, porque camina a mi lado, sumido en sus pensamientos, mientras los niños se han detenido en sus patinetas en el ancho camino de grava que conduce primero a través de un bosque y luego al parque infantil acuático. Tami y Luis están muy por delante de nosotros, así que podemos hablar sin ser molestados.

—¿Has sabido algo nuevo de tu exmujer? —le pregunto.

—No, pero supongo que se le ocurrirán todo tipo de maldades para conseguir su objetivo. Esta estupidez... Lo siento, me vuelve loco. Marián es increíblemente egoísta. No le preocupan las necesidades de Tami, sino las suyas propias. Los padres normales no pueden ni imaginar eso. Quieres lo mejor para tus hijos, ¿verdad?

Ahí está de nuevo, ese tono preocupado que Simón también tenía en el teléfono. Me gustaría cogerle en brazos, me da tanta pena.

—Absolutamente, te entiendo perfectamente —digo en su lugar y cruzo los brazos delante del pecho—. No creo que Marián tenga ninguna posibilidad con su pésima artimaña. Tienes que conseguir testigos para ti desde todos los rincones y direcciones posibles. Por supuesto que te ayudaré en lo que pueda, si tengo que testificar. No conozco un padre mejor que tú.

—Y no conozco una madre mejor que tú. Gracias, eres muy amable, Vicky. De hecho, ya estoy pensando en algunos posibles testigos. Sin embargo... Oh, no importa. Cambiemos de tema, ahora no me apetece hablar de esa estúpida. ¿Así que te van a ascender la semana que viene y luego te vas a tomar una gran copa con tus colegas?

—¡Oh, sí, ese es mi tema favorito actualmente! Por supuesto, si sale como creo que saldrá, por ahora tomaré tiempo libre de mi departamento actual. Porque nunca pierdo la oportunidad de encontrar buenas razones para hornear.

—Buena idea —dice Simón.

—Sí, y después debutaré en el nuevo departamento. Con un poco de suerte conseguiré una oficina en el piso de arriba, justo al lado de nuestra azotea. Es maravilloso. Una vista de ensueño, que de momento no tengo en el segundo piso. Y olvidaré por accidente la fea fuente de interior que mi jefe me regaló una vez en mi antigua oficina. Bueno, y entonces probablemente tendré que trabajar; pero por fin no estaré en el campo todo el tiempo, podré participar en la planificación.

Es evidente que Simón se interesa de verdad por mi trabajo y me permite contarle con detalle mis tareas actuales y futuras. Hablo y hablo, y en algún momento tengo miedo de hablarle más de lo necesario. Espero que esto no le moleste. Cuando llego al parque infantil, pongo fin bruscamente a mi torrente de palabras.

—Lo siento, no quería aburrirte. Luis, Tami, vamos a sentarnos allí —digo primero a Simón y luego en voz alta en dirección a los niños, que están a punto de quitarse los zapatos y los calcetines para seguir un estrecho camino de agua.

Voy regularmente con Luis a este parque infantil, que hace justicia a su tema mojado de todas las formas imaginables. No hace falta decir que de aquí no sales limpio y seco.

—No me aburres en absoluto —responde Simón—. ¿No te preocupa que Luis pueda resfriarse? Hoy hace bastante algo de frío, y los dos descalzos en el barro... no sé. Espero que Tami se resfríe.

Qué dulce es. Un papá sobreprotector, no me lo creo. En lugar de molestarme, estoy encantada, pero no dejo que se me note.

—Estoy segura de que no le pasará nada. Comprobé el termómetro en casa y estaba a 37.5° grados, así que no hay por qué preocuparse. Déjalos jugar en paz, y ahora cómete un postre. ¿Qué te gustaría? ¿Fresa, cereza o kiwi?

—Exactamente en ese orden —explica Simón, sonriéndome de nuevo de una forma increíblemente seductora. Definitivamente lo conquistaré pasteles, eso es seguro.

Simón

Siento su mirada divertida mientras me chupo los dedos.

—¿Necesitas una servilleta? —pregunta Vicky con una risita.

—¿Estás loco? No quiero desperdiciar ni una migaja.

—Ahora estás exagerando.

—De verdad, no —contradigo—. Eres... Quiero decir... Estos son los mejores postres que he comido nunca. Excepto por tu tarta de chocolate.

—No tienes que adularme más. La huelga de guarderías ha terminado. La semana que viene, la encantadora Dora volverá a cuidar de nuestros pequeños. Así que ya no dependes de mi voluntad.

Por segunda vez, estoy a punto de volver a contar el episodio del supermercado. Pero temo que la historia pueda herirla o al menos avergonzarla, así que me la ahorro.

—Hablo totalmente en serio. Si fuera tu pareja, probablemente pesaría veinte kilos más en unos meses porque no dejaría de pedirte que me hornearas algo.

—Sería una pena perder la figura de ensueño.

Nos miramos y, de alguna manera, ambos nos damos cuenta en el mismo momento de lo que acabamos de decir. Vicky rebusca en su bolso y yo me aclaro la garganta tímidamente.

El coqueteo discreto no parece ser nuestro punto fuerte. Espero no haberla ofendido. Pero en realidad, yo sólo alabé sus dotes para la repostería; ella, en cambio, comentó sobre mi cuerpo. Para un hombre, algo así se interpretaría como sexista. ¿O fui yo el sexista? ¿La ofendí con un viejo cliché sobre el papel de la mujer? ¿Qué la mujer tiene que estar al lado de la cocina o, en este caso, del horno?

¡Es todo tan complicado! ¿Realmente me sorprende que lleve soltero bastante tiempo?

Durante un rato observamos en silencio cómo se divierten nuestros hijos. Es evidente que a Tami le gusta saltar en el barro con los pies descalzos. ¿O principalmente disfruta imitando a Luis?

—Tu chico es genial —digo finalmente para cortar el silencio.

—Inquieto —responde ella, divertida.

—Con eso me refería a que él...

—No pasa nada —me tranquiliza—. Tienes razón. Por cierto, Tami es preciosa. Cuando le estaba enseñando las joyas el jueves por la mañana, me arrepentí de no haber tenido una hija.

—¿Quieres tener más hijos?

—Con el hombre adecuado: me encantaría.

—Tener tus propios hijos es el mayor regalo de todos.

—Cierto.

—Si Marián sigue adelante con sus planes, me moriré por dentro —confieso en un susurro.

Me pone una mano suavemente en el muslo.

—Si puedo apoyarte, házmelo saber.

—Gracias. Durante unos segundos me planteo poner mi mano sobre la suya. Sin embargo, cuando por fin me decido a hacerlo, ella retira la suya.

Como tantas veces en la vida, perdí una oportunidad. ¡Mierda!

—¿Tú quieres tener más hijos? —pregunta unos instantes después.

—Siempre quise tener cuatro hijos —confieso con una sonrisa—. Dos niños, dos niñas.

—Si los ven, cualquiera diría que sólo faltan dos —observa acertadamente.

—Son casi como hermanos, ¿no?

—Mejor. Es decir, no tengo hermanos, pero no me tocó la lotería con mis primos. ¿Qué te pareció Pamela?

Uh-oh.

Terreno minado.

Como es evidente que Vicky espera una respuesta, al menos así interpreto yo su mirada, primero gano un poco de tiempo con una contrapregunta.

—¿Puedo ser honesto?

—Es lo que espero.

—Ella es... bueno... muy especial.

—¿Es decir? —repite Vicky, su tono revela fastidio.

—La primera impresión: Es una mujer atractiva.

—M-hm.

—Vamos, no puedes negarlo.

—Continúa.

—Si la miras de cerca, enseguida te das cuenta de que se viste a lo grande para dar esa impresión. Los tacones altos, el escote, el perfume, el pelo cuidadosamente peinado. Es demasiado para mí.

—¿Seguro?

—Vicky, en una competencia entre tú y ella sobre quién está más guapa, saldrías ganadora con tu look del viernes por la mañana.

—¿Tienes que recordármelo? Me dio mucha vergüenza —Pero como su tono vuelve a ser cálido de repente, sospecho que por una vez no me he equivocado—. Es decir, llega un hombre con un traje sexy a mi casa y yo llevo esta ropa de vagabundo. Terrible.

—¿Traje sexy?

—Te quedaba muy bien. Y luego la camisa negra por dentro. Simplemente perfecto.

—No me gusta para nada usar traje —le digo.

—¿Por qué?

—Odio los uniformes de cualquier tipo. Y los trajes no son más que eso. Un uniforme.

—Lamentable —responde—, porque a las mujeres nos encanta. ¿Sabes lo que Pamela hizo en mi boda?

—¿Derribó a otras diez chicas para agarrar el ramo de la novia? —sospecho.

—Coqueteó con el novio y casi lo engatusa en la barra de champán si mi padre no hubiera intervenido. Entonces tenía diecinueve años.

—Qué horror —Me pregunto si también le escribió una nota. Mejor no pregunto para no tener que explicar cómo conozco sus trucos.

—Bueno, desde entonces no soporto a los hombres que se dejan enroscar en su dedo. Menos mal que no eres ese tipo de hombre.

A medida que nos acercamos a casa tras una larga estancia en el parque infantil, busco desesperadamente una forma de prolongar nuestro tiempo juntos.

—Creo que meteré a Tami en la bañera por ahora —digo—. Después de eso aún no tenemos planes. ¿Tienes algún plan?

—Bañarse suena razonable —confirma Vicky.

—Oh, no —contradice Luis—. ¿Tenemos que hacerlo?

—Al cien por ciento. Fin de la discusión —su madre le muestra límites claros.

—Bañarse es estúpido y huele a pis —murmura.

Sólo con dificultad reprimo una sonrisa. Mi hija, en cambio, se ríe alegremente.

—Eres muy gracioso —le adora.

Los Müller salen de la casa y vienen hacia nosotros. Ambos asienten sin decir palabra.

—Los Müller... —empieza Luis, mientras la pareja sigue al alcance del oído.

Al parecer quiere impresionar a Tami, y adivinamos cómo acabará la frase.

—Sí, así es, cariño —le interrumpe Vicky—. Es la familia Müller . Hiciste un gran trabajo recordando el nombre.

—¿Y después del baño? —intento conectar en el punto abierto.

—No sé —responde ella—. Sugíereme algo que no requiera que encienda el horno.

—¡No se vale! ¿Tan fácil es ver a través de mí?

—Incluso para un ciego. ¿Qué sugieres?

—¿Terminamos el día con una bonita película? Tenemos una buena colección de películas de Astrid Lindgren.

—¿En serio? Nosotros también.

—¿En mi casa en una hora? —pregunto.

—De acuerdo.

A la hora acordada, llegan nuestros invitados. He servido dos tazones de papas fritas, una bolsa de malvaviscos y bebidas. Jugo de naranja para los niños, una botella de vino para los adultos.

—Hola —dice Vicky con entusiasmo—. Esto se ve muy acogedor.

—¿Te gustaría acompañarme con vino blanco?

—Absolutamente.

Descorcho el vino y sirvo nuestras copas medio llenas.

—¿Dónde nos sentamos? —quiere saber Luis.

—O nos apretamos los cuatro en el sofá, o ustedes dos buscan unas almohadas de la habitación de Tami y sientan en el suelo delante de nosotros.

—¡Almohadas! —gritan los niños al mismo tiempo y empiezan a correr.

Me encanta cuando los planes funcionan.

—¿Puedo sentarme contigo entonces?

Hasta ahora me doy cuenta de que Vicky se ha cambiado de ropa mientras tanto. Lleva un fantástico vestido de verano verde oscuro que le ciñe el cuerpo. ¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Y por qué no me pongo un traje para ella?

—Sería un honor tener a mi lado a una dama tan exquisitamente vestida.

—Por fin te das cuenta —responde, sacándome la lengua juguetonamente.

—¡Mamá! —se indigna Luis al volver con una almohada bajo el brazo —. Estás enseñando la lengua otra vez.

—Simón se lo buscó —se disculpa Vicky.

—¿Qué? Claro que no.

—¡Oh, sí!

La película de Pippi Calzas largas lleva sonando media hora, pero yo sólo tengo ojos para la mano de Vicky colocada sin apretar junto a su muslo. Los niños se ríen a menudo divertidos e incluso Vicky se ríe divertida; yo, en cambio, imagino los pros y los contras. No quiero hacer nada malo. Por otro lado, sus señales parecen claras.

Finalmente me atrevo y pongo mi mano sobre la suya. Gira ligeramente la cabeza. La sonrisa que me dedica no tiene precio. Llena de calidez y afecto. Aliviado, exhalo el aire que retenía instintivamente.

Después de unos segundos nos acariciamos delicadamente Su pulgar mi meñique y viceversa. La sensación es indescriptiblemente bella, aunque sólo sea un toque mínimo.

Mientras tanto, en la televisión, los atracadores del banco que quieren robar el tesoro de oro de Pippi tienen un absurdo percance. Tami y Luis se ríen a carcajadas, y Luis mira por encima del hombro a su madre, que retira rápidamente la mano.

—¿Viste eso? —dice Luis

—Sí, querido. Fue gracioso.

Inmediatamente un bonito rubor se dispara en su cara, que noto por primera vez. ¡Oh dios, tengo un terrible enamoramiento! De alguna manera me gusta todo de ella en este momento.

Cuando cree que está a salvo, pone su mano sobre la mía. Entrelazamos nuestros dedos y disfruto de este suave acercamiento, que tiene una magia inesperada. ¡Cómo he echado de menos estos sentimientos!

OceanofPDF.com

Vicky

De niña soñaba con casarme con un granjero americano. Las otras niñas querían una vida en un castillo, con hermosos vestidos e imponentes salones de baile, pero yo quería una casa de madera con un porche y un columpio chirriante. Junto con mi gran marido, que sólo se quita el sombrero de vaquero para dormir, y nuestro rebaño de niños, sentarme en la silla de montar al atardecer y arrear nuestro rebaño de ganado. Tuve visiones reales, que indicaban claramente que había visto *"El hombre que susurraba a los caballos"* al menos cincuenta veces de más. Quería llevar camisas de algodón a cuadros y sentarme en el ancho lomo de un caballo Cuarto de Milla americano, pero en lugar de montar un caballo del Oeste, lo único que podía permitirme era una cuota para montar una yegua poni alemana de casi treinta años de la que nadie se apiadaba. Quería mucho a Lady, pero a día de hoy mi sueño de tener un caballo no se ha hecho realidad.

Y no sólo eso. Ya que tampoco pude encontrar un granjero, al menos podría haber sido una pequeña granja con perros, gatos, algunos ponis y cabras al lado. Si de algo me arrepiento en mi vida es de que Luis sea hijo único y no tenga mascotas propias. Sencillamente, no puedo imaginarme una vida sin animales, y no quiero que un día mi hijo me acuse de que de pequeño se sentía solo. Ni siquiera tiene peces todavía... Grr, el pensamiento de Pamela aparece en mi mente y echarla de mi cerebro.

—¡Mamá, hoy es domingo! ¿Cuándo vamos a donde Jimbo? Seguro que nos está esperando.

Luis se ha puesto los pantalones para visitar al perro y está esperando a que termine por fin mi primer café del día. Tengo que sonreír. Estos pantalones ya le quedan demasiado cortos en las piernas, pero probablemente sólo podré separarlo a la fuerza de la prenda que significa para él el domingo, el refugio de animales y el mestizo border collie, Jimbo.

—Estaré lista en un minuto, déjame leer el periódico y luego iremos a casa de Jimbo. Estará encantado, ¿verdad, cariño?

—Sí —me sonrío mi hijo. Está tan loco por los animales como yo y me encanta este vínculo tan especial que nos une.

—Tenemos que llevarnos el neumático y también el túnel, mamá. ¿Tienes las galletitas? A Jimbo sólo le gustan las pequeñas, no las grandes, me dijo —se me hincha el corazón en cuanto Luis habla con los animales. Espero que siga así para siempre. Si no soy una mamá con granja, quizá más adelante sea una abuela que haga sus travesuras allí. Quizá dentro de veinte años me siente por fin en un tractor y lleve un overol de trabajo.

Es una pena que Simón sea arquitecto y no susurrador de caballos. No creo que tenga nada que ver con los animales, cosa que lamento mucho. Supongo que hay que recortar por algún lado, no se puede tenerlo todo.

Las últimas páginas del periódico se desdibujan ante mis ojos y ya ni siquiera leo bien, sino que pienso en la noche anterior. Fue increíblemente hermoso cuando me acarició la mano en el sillón. Dejarlo en ese toque y no ir más allá le da inmediatamente algunos puntos extra en mi lista secreta de hombre ideal. Como despedida en la puerta de su apartamento, sólo me acarició brevemente la mejilla, nada más. Pero aun así fue suficiente para mantenerme despierta toda la noche.

Tengo una idea... Rápidamente meto los platos del desayuno en el lavavajillas y limpio la mesa, luego voy corriendo al dormitorio y cambio mi camiseta para ir al refugio por una blusa ajustada. Luis entra por la puerta y pone cara de decepción.

—¿Por qué te cambias? Tenemos que irnos ya.

—Sí, estamos a punto de irnos, pero acabo de regar café sobre la camiseta. Hoy me pondré otra cosa.

—A Jimbo no le importa si nuestra ropa está sucia.

—Eso es verdad, pero a mí sí. Dime... ¿Sabes si a Tami le gustan los perros? Le gustó acariciar al caballo el otro día, ¿verdad?

—Sí, eso le gusta mucho. Y también le gustan mucho los perros, incluso tiene un peluche de perro. Como un bebé. Es sólo una niña.

Mierda. No se da cuenta de lo que quiero de él. Tendré que ser más clara.

—Tal vez a Tami le gustaría venir al refugio de animales. Si eso es lo que quieres. Usualmente solo vamos tú y yo. Puede ser sólo como una excepción... Tal vez a su padre le gustaría venir también. Podríamos enseñarles a amaestrar perros; seguro que les encantará ver como guías a Jimbo por el túnel.

Los ojos de Luis se abren de emoción. Me encanta cuando los planes funcionan.

—Buscaré a Tami y le preguntaré. ¿Puedo?

Sin esperar respuesta, salió corriendo del piso. Espero que funcione. Sería maravilloso pasar otro día con ellos dos. Y esperemos que Simón no piense que soy una intensa que ahora tiene pisándole los talones todos los días. Cada segundo que pasa sin que Luis vuelva, mi miedo al rechazo crece. ¿Por qué soy siempre tan impaciente? El hombre debe ser quien espera, no la mujer. Si quieres hacerte notar, sé diferente, eso dicen. Un lema que suena muy plausible y al que, una vez más, no me adhiero en absoluto.

—¡Sí quieren! —exclama Luis, que aparece de la nada en el pasillo, con las mejillas rojas de emoción—. Simón dijo que era una gran idea mía. Y dije que fue idea de mamá.

Respira hondo. Respira hondo. No está tan mal. Lo importante es que vengan con nosotros.

—¿Y dijo algo más? —intento presionar más a mi hijo. Tal vez algo como: *Mi mayor sueño se está haciendo realidad: siempre he querido pasear a tu madre porque es guapa, sexy y la mujer de mis sueños.*

—Hm —piensa—. Sí. Le ha dicho a Tami que se dé prisa porque están a punto de salir. ¡Vamos, mamá, muévete!

Simón ya está junto a los carros con Tami cuando Luis y yo bajamos.

—¿Volaste? —pregunto riendo.

—Claro, así no nos dejas y no tenemos que pasar un día aburrido solos.

Tras un breve intercambio de palabras, acordamos ir en mi carro porque ya tengo las cosas del perro en el maletero. Los niños se abrochan el cinturón en el asiento trasero y Simón pone brevemente su mano sobre la mía mientras pongo la marcha atrás. Me adora, lo que me hace sentir muy bien.

—Vamos —digo y arranco.

El camino hasta el refugio municipal de animales no tan largo; sólo hay que salir un poco de la ciudad y seguir un camino de tierra. Ni quince minutos y estaremos allí. Lo que más me sorprende es que Simón no tenga ni idea de adónde tenemos que ir.

—Conduces bien —me elogia—. Pero ahora podrías llevarme a la vuelta de la esquina y nadie encontraría mis restos. Estoy completamente a tu

merced. ¿Dónde demonios estamos?

Le dirijo una sonrisa diabólica y compruebo por el retrovisor que los niños no notan nada. Estamos libres: los dos se dedican a repartir las golosinas equitativamente.

—¿Tienes algún problema por estar a mi merced? —pregunto.

—No, la verdad es que no. Sólo me pregunto qué tan seguro es andes por aquí. ¿No tienes miedo como mujer, conduciendo por aquí sola con Luis? Después de todo, estamos en medio de la nada.

Simón mira por la ventanilla asombrado, como si estuviéramos en un terreno escabroso de los Everglades de Florida y no en las afueras de una pequeña ciudad del centro de Alemania.

—¿De qué se supone que debo que tener miedo aquí? ¿Ves cocodrilos en algún sitio? Aquí ni siquiera hay baches. Desgraciadamente. Me gustaría mucho hacer un recorrido todoterreno de verdad, con barro y sin asfalto.

Sí, me estoy asustando un poco ahora mismo, pero, por otro lado, es verdad. Hay un buscador de peligros en mí; y un poco de gallina también. Me mira de reojo.

—Me gusta —dice—. Inusual, pero bueno. Mi anterior esposa se preocupaba demasiado de que no se le ensuciara la ropa y de que no se le rompieran las uñas. Supongo que no siempre es así.

No contesto y pienso para mis adentros. Obviamente ya nos ve como una pareja, lo que me hace bastante feliz. Pero sigo sin querer ponérselo tan fácil. Todavía puede cortejarme un poco, ¿o eso ya pasó de moda? No importa, quiero que me conquisten. Ya he hecho muchas veces compromisos a medias. Siempre que un chico no se esforzaba al principio, luego resultaba ser un pelele. En relaciones anteriores, solía darme cuenta enseguida de que alguien no estaba haciendo un esfuerzo razonable, pero me convencía a mí misma. Ya no quiero ser tan estúpida. Haz un esfuerzo, Simón Decker.

—¡Ahí está! —grita Luis.

—No es bonito —comenta Tami. Por el retrovisor veo a Luis dirigiendo una mirada amarga a su amiga. Apresuradamente añade—. Seguro que la perrera de Jimbo sí es bonita.

—Jimbo tiene una caseta de perro en el refugio, eso no es una perrera —imita Luis a Tami. Está claro que se siente ofendido porque ella ha hablado mal del refugio.

—¿Vamos a verlo ahora? —pregunta mansamente.

—Claro que sí —interrumpo—. Final de recorrido, todo el mundo fuera, por favor. Pero cuidado, ¡pueden salir cocodrilos de los arbustos!

Los niños y Simón se ríen.

Un boletín de notas diría: *Simón se esforzó*. Es curioso cómo intenta encubrir su respeto por Jimbo. Luis ha sacado a nuestro perro de los domingos de su caseta y este nos saluda. Jimbo salta alternativamente sobre mí y sobre Luis, nos lame las manos y ladra exuberantemente. Desde hace más de un año, no pasa un domingo sin que hagamos feliz a este tesoro durante unas horas los fines de semana juntos; o él nos hace felices a nosotros, todo depende de la perspectiva. No puedo contar las veces que Luis me ha suplicado que nos llevemos a Jimbo a casa. Me rompe el corazón, pero no puedo hacerlo; trabajo y perro no pueden conciliarse en absoluto en mi caso.

—Está muy feliz —se maravilla Tami, de pie junto a nosotros con Simón a una distancia prudencial de unos dos metros. Fascinados, los dos observan lo que ocurre en los adoquines frente al edificio principal del refugio de animales.

—Siempre se pone muy contento cuando vengo —presume Luis—. Jimbo es mi mejor amigo —Vacila—. Y tú eres mi mejor amiga.

A Tami se le iluminan los ojos. En realidad, ella es como yo: si alguien masculino dice algo bueno, nos alegramos.

—¿Cuándo dejará de ladrar para que pueda acariciarlo? —pregunta.

—Cuando yo le diga —Mi hijo es un poco fanfarrón. Simón y yo nos sonreímos—. Siéntate, Jimbo.

Inmediatamente, nuestro amigo blanco y negro hasta las rodillas se detiene y se sienta obedientemente. Mira feliz a su amo. Luis es el jefe de la manada.

—Ahora puedes acariciarlo —explica—. Vamos, no está haciendo nada, sólo tienes que acariciarlo aquí y aquí y aquí... Eso le gusta mucho.

Puedes ver lo emocionada que está Tami. El otro día en casa de los caballos también respiraba profundo por el temor, pero es una chica valiente y confía en Luis. Con cuidado, su mano se desliza sobre el pelaje semilargo de Jimbo, que está feliz de recibirlo. Es una pena que un perro de trabajo inteligente tenga que esperar la mayor parte de su vida a que alguien se ocupe de él.

Simón también se acerca y acaricia a Jimbo. Ya está. No es Robert Redford, pero eso no importa. Al menos está haciendo un esfuerzo. La familia Decker está muy orgullosa de sí misma, y Luis y yo les elogiamos.

—Le gustas a Jimbo —dice Luis.

—Mucho —añado.

Si un equipo de televisión viniera enseguida, podríamos hacer un gran anuncio como una familia de ensueño. Sin embargo, primero habría que cambiar los pantalones cortos de Luis.

Los niños se turnan para caminar delante de nosotros con Jimbo a la cabeza. Luis se las arregla para llevar al perro más a menudo, pero le dejo salirse con la suya. Tiene que esperar dos semanas para este momento cada vez, así que no necesita ser interrumpido ahora. Tami y él están ocupados intentando robarse el perro el uno al otro. Se las arreglan bastante bien solos, sobre todo desde que Tami es cada vez menos tímida.

—Es genial la naturalidad con la que Luis maneja a Jimbo —dice Simón. Podría acostumbrarme a la sensación de caminar con él—. Puedes estar orgullosa de cómo le has enseñado a hacerlo. Y ustedes dos parecen haber contagiado a Tami ahora, también. Tal vez mañana me pida que le compre un hámster.

—Necesitas una excusa adecuada para peticiones de ese tipo enseguida —le explico—. Lo mejor es sugerirle que venga al refugio con nosotros los domingos. Si somos tres, también podríamos llevar dos perros. Pero no se lo diría enseguida, sino más adelante. Todos los paseadores son bienvenidos. Entonces Tami tendría su propio perro en el refugio, como Luis.

—¿Tres? —Simón nota inmediatamente—. ¿No se me permite venir?

— Por supuesto que puedes. ¿Quieres venir tú también? No tienes que hacerlo, entiendo si todo esto es demasiado desconocido para ti.

—Claro que quiero, Vicky. Tengo que admitir que es un territorio desconocido para mí, pero eso no significa que sea algo malo. Al contrario, me sorprende lo mucho que Tami disfruta con todo ello. Aun así, me pregunto: ¿por qué haces todo este trabajo? ¿No te alegrarías los domingos de no tener que cuidar del perro?

—No, sinceramente no. Me gustaría tener mi propio perro. Y un caballo. Y gatos. Oh ... Echo de menos todo eso terriblemente, ¿sabes? Para mí, la

vida familiar no significa realmente un apartamento con un niño, sino una granja y varios niños. Y un hombre, supongo, además de eso.

Okay. Eso fue algo arriesgado, pero ya lo he dicho. Y es verdad. No soy infeliz; solo me falta un poquito de felicidad.

—Vaya... —dice Simón.

Seguro que ya lo asusté. Rompí burbuja. Bang. Es tu culpa, Vicky, lo arruinaste.

—Sé que es relativamente pronto, pero: sobre lo del hombre... bueno, se me ocurre una solución.

Para que no vea cómo tengo el corazón a punto de salirse mi pecho de la emoción, me abrocho tímidamente los botones superiores de la blusa. No se me ocurre nada que responder, pero no importa, porque sigue hablando.

—Tantos animales, Vicky, ¿en serio? ¿No podríamos quizás ponernos de acuerdo en.... hm... peces por el momento? Un acuario con muchos peces bonitos a los que amar; ¿no es una gran idea?

Peces. De todas las cosas. Una sugerencia realmente mala, pero él no puede saberlo.

—En realidad tuve esa idea hace dos años. Luis realmente quería tener una mascota, y como he dicho, de todos modos, yo también quiero eso. Pero no sabría cómo manejarlo. Siempre estoy fuera durante horas. Y mantener a un animal encerrado todo el día sólo para satisfacer tus propias necesidades está fuera de lugar. Bueno, de todos modos, la idea de los peces fue descartada.

—¿Por qué? —pregunta Simón—. ¿Luis tuvo una reacción alérgica a los peces?

Tengo que reírme. Es divertido. Gracias a Dios, porque un hombre sin sentido del humor tampoco funcionaría para mí.

—No, eso no, pero la querida Pamela me robó la idea.

—Realmente no tienen la mejor relación, tú y tu prima, ¿verdad?

—Se podría decir que sí. ¡Esa estúpida egocéntrica! Ya había elegido un bonito acuario en la tienda de animales, Luis también estaba allí y se había enamorado de unos cuantos peces. Sólo quería esperar hasta final de mes para recibir mi sueldo y la manutención de Luis. Por alguna razón se lo conté entonces a Pamela de forma bastante casual. ¿Y qué hizo ella? Inmediatamente fue y se compró el acuario y los peces.

Casi tropiezo con mis propios pies de la rabia. Realmente me he puesto furiosa. Siempre que lo recuerdo me enfado de nuevo por esa tontería; poco a poco va adquiriendo rasgos patológicos.

—Estúpida Pamela —dice Simón.

Ok, creo que ya es momento de admitirme a mí misma que estoy enamorada de él.

Nuestro paseo perruno ha terminado y hemos llegado de vuelta al estacionamiento.

—Ahora Jimbo hace *Agility* —dice Luis con orgullo.

—¿Eh? —dicen Tami y Simón al mismo tiempo.

—Es deporte para perros —le explico—. Luis, tú y Tami lleven las cosas del maletero al área de entrenamiento y les mostraremos lo que Jimbo y tú pueden hacer. Les sorprenderá.

Con un túnel rojo de Ikea, como los que usan los niños pequeños para gatear, y unos cuantos aros hula hula, vamos juntos al parque para perros. El resto ya está ahí: un gran balancín, bastones de slalom y un rocódromo para escalar. El perro apenas puede aguantarse las ganas de entrenar, así que espera ansioso la mejor hora de su semana. Hasta ahora les he enseñado a Luis y Jimbo a hacer algunos ejercicios, pero en poco tiempo ya no podré darles clases de entrenamiento profesional. Son demasiado fuertes juntos, y mis conocimientos de aficionado ya no bastan. Tami y Simón observan entusiasmados cómo mi hijo corre junto a Jimbo, persiguiéndole por el túnel dándole órdenes, haciéndole pasar por los pequeños postes de slalom en el suelo y sosteniéndole aros delante de la nariz, por los que luego salta el perro. Después de diez minutos terminan con el primer set y no sé quién está más orgulloso ahora mismo: Jimbo, Luis o yo.

Tami corre hacia su héroe y admira a su vez al chico y al perro. Mientras Luis le muestra pacientemente las órdenes que da en cada una de las fases del circuito, Simón y yo nos acucillamos sobre un barril de lluvia volcado.

—Estoy totalmente impresionado, Vicky, sinceramente no habría pensado que Luis fuera capaz de eso. Esta tarea parece ser increíblemente buena para él y realmente le gusta. De alguna manera estoy muy orgulloso de él en este momento. Tonto, ¿no?

Simón me mira profundamente a los ojos y por fin consigo resistir su mirada.

—No, no es para nada tonto, me alegro de que te guste.

—No es sólo porque seas genial con los perros, pero también acabo de tener una idea bastante descabellada... —dice Simón. Confiesa un poco y parece buscar las palabras adecuadas.

—¿Qué? —pregunto—. Dilo.

—Mi ex tiene alergia al pelo de perro, y es severa. Dificultad para respirar, nariz que moquea, erupción cutánea. Qué te parece la idea de que me compre un perro: entonces Tami tendría que ocuparse de él, y en los tribunales tendría otro argumento para quedarme con la pequeña, porque de lo contrario no sólo perdería a su padre, sino también a su perro. El perro no podía ir a casa de Marián por la alergia.

Hm. Lo pensaré un momento. ¿Se sostendría realmente en los tribunales? No lo creo, después de todo, Tami aún es demasiado pequeña para cuidar de un perro responsablemente. De hecho, se podría interpretar la adquisición de la mascota por parte de Simón como un cálculo malicioso. Que lo sería.

—No sé, yo que tú me lo pensaría con calma. No es fácil imaginar trabajar con un perro. Por supuesto que me encantaría ayudarte con ello, de todas formas, a Luis y a mí nos encantaría. Pero eso podría convertirse rápidamente en lo contrario si el abogado de tu ex se entera de por qué tienes el perro.

—¿Cómo se supone que va a enterar?

—Bueno, por una parte. No son estúpidos y pueden darse cuenta de por qué estás comprando un perro para Tami en este momento.

Asiente pensativo. Estoy tan perpleja como él sobre qué hacer con la estúpida Marián.

Simón

Como acordamos anoche al despedirnos, queremos llevar juntos a nuestros hijos a la guardería. El timbre del apartamento suena justo a tiempo mientras estoy metiendo los platos usados en el lavavajillas de la cocina.

—¡Yo voy! —grita Tami.

—Buenos días, Tami —suena la voz de Vicky—. ¿Están listos?

—¡Sí! —respondo.

Metó rápidamente el último tazón de cereal en la máquina, me seco las manos en el paño de cocina y me apresuro a salir al pasillo. La visión de Vicky hace que mi corazón lata más rápido.

—¡Vaya! Te mereces el ascenso sólo por tu atuendo —Lleva un vestido negro de negocios que le llega hasta las rodillas, sin mangas con escote redondo. El vestido acentúa perfectamente su cintura; también lleva medias transparentes y zapatos de plataforma.

—Oh, por Dios —digo de repente tras echarle un vistazo a las piernas.

—¿Qué? —pregunta ella.

—¿Son ideas mías o eso es un hoyito?

—¡No! —se queja—. ¿Dónde? —Frenéticamente, busca el maldito lugar.

—¡Es broma! —respondo con una sonrisa.

—¡Eres malo! Nunca debes bromear sobre eso con las mujeres.

—Como hombre, esos problemas me son ajenos.

Durante un breve instante le tapa los ojos a su hijo y me saca la lengua.

—Oye —se queja Luis—. ¿Qué estás haciendo?

Cuando ella retira de nuevo la mano, Luis niega con la cabeza.

—Mamá, a veces eres graciosa.

—Mejor graciosa que mala —Vicky me mira los pies.

—Ni siquiera estás listo todavía. Si quieres, puedo llevarme a Tami y tú puedes quedarte aquí.

—Debe darte vergüenza que te vean a mi lado —Saco un par de mocasines del pequeño zapatero y me los calzo en segundos—. ¡Estoy listo!

—Bueno —dice ella—, si mantengo un poco de distancia, seguro que no tiene nada que ver contigo.

Como Vicky va directamente de la guardería al trabajo, llevamos a nuestros hijos en dos coches. Por el camino, hablamos entre nosotros con los dispositivos manos libres de nuestros celulares.

—En el futuro, podemos turnarnos para dejarlos y recogerlos —sugiere.

—De acuerdo —respondo. Sin embargo, oculto que me gusta especialmente la palabra *futuro*—. Sólo tenemos que decírselo a las maestras. Si no, no podré llevarme a Luis y tú no podrás llevarte a Tami.

—¿Le preguntamos a Dora rápidamente?

—Conociendo sus normas, seguro que lo necesitarán por escrito —respondo. No me gusta la idea de cómo reaccionará Dora ante la cercanía entre Vicky y yo. Además, no quiero que Vicky se vaya distraída a su entrevista de trabajo.

—Bueno, puedo redactar dos cartas y puedes firmar tu copia esta noche.

—¿Te veré esta noche?

—Me encantaría. Así podrías contarme sobre tu reunión y yo la mía.

—De acuerdo. Tu cita es a las once de la mañana, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué cita tienes, papá? —pregunta Tami.

Por supuesto, no quiero que sepa todavía lo que planea su madre, y menos qué contramedidas pienso tomar.

—Una cita de trabajo, cariño —miento forzosamente.

Por el retrovisor la veo asentir satisfecha y probablemente olvidar el tema en el segundo siguiente.

—¿Por qué hay un carro de radio aquí? —pregunta Vicky mientras dirige su coche hacia el estacionamiento.

De hecho, una gran furgoneta blanca está bloqueando dos plazas del estacionamiento. El número de la emisora está pegado en letras negras en la puerta corrediza del vehículo.

—¿Seguirán con la huelga después de todo? —especula Vicky con incertidumbre.

—No lo sé. Esta mañana no escuché la radio —confieso—. Pero incluso si es así. Tengo tiempo y podría ocuparme de los pequeños.

—Eso me tranquiliza.

Salimos casi simultáneamente, levantamos a los niños de sus asientos y paseamos tranquilamente hacia la entrada mientras nuestros retoños corren hacia delante. En la plaza, frente a la puerta de entrada, hay un hombre de unos veinte años que sostiene un micrófono cerca de la boca de una madre.

—En consecuencia, ¿está aliviada por el fin de la huelga?

—Por supuesto —confirma—. ¡Fue una semana difícil!

—Gracias.

El hombre de la radio se da cuenta de nosotros. Luis ya ha llegado a la entrada mientras tanto.

—Adiós, mamá. Hasta luego.

—Adiós, papá. Te quiero —se une Tami.

Sin despedirse con un abrazo como de costumbre, los dos desaparecen en el interior.

—Adiós niños —les decimos desconcertados.

—Así se siente cuando las crías salen del nido —dice Vicky, sonando un poco triste.

—Ha pasado muy pronto ¿no crees? —pregunto.

Antes de que pueda responder, el hombre de la radio se acerca a nosotros.

—Ken Müller de Radio 99.9. Estamos recopilando opiniones originales sobre el fin de la huelga de guarderías. ¿Le gustaría compartir su experiencia?

—Si no tarda mucho —dice Vicky.

—Un minuto como mucho —promete—. Lo mejor es que se paren frente a frente, así podré colocarme entre ustedes y sujetar el micrófono en el centro.

Nos coloca de forma que sólo nos separe medio metro y nos miremos a los ojos.

—Aquí tengo a otras dos personas afectadas por la huelga de guarderías de la semana anterior. Señora... —Asiente a Vicky.

—Victoria Mahler.

—Y el señor...

—Simón Decker.

—Sra. Mahler, Sr. Decker, como padres se vieron afectados por el paro de los profesores durante una semana. ¿Le pareció justa la acción del sindicato?

—Por supuesto —digo sin apartar los ojos de Vicky—. Al fin y al cabo, el derecho de huelga está consagrado en la Ley. Y no sólo se aplica a industrias en las que no perjudica a nadie.

—Ah, ya veo —balbucea el hombre de la radio. Obviamente esperaba una declaración diferente—. Pero 'perjudicar' es quizás una buena palabra clave. El cambio brusco de la vida cotidiana sin duda perjudicó a los niños. Con respecto a esto, se plantea la cuestión de la proporcionalidad...

—Más bien tengo la impresión de que a nuestros hijos les gustó el cambio —le interrumpe Vicky.

¿Es mi imaginación o me acaba de guiñar un ojo?

—Para nosotros fue... —quiero añadir, pero el hombre me corta.

—Definitivamente es difícil encontrar alternativas para el cuidado de los niños.

—Tonterías —le contradice Vicky—. Hay que organizarse un poco diferente de lo habitual. Por ejemplo, nos ayudamos mutuamente. A veces el Sr. Decker cuidaba de mi hijo y luego yo cuidaba de su hija. Ese sería también mi consejo a los padres si la huelga llegara a continuar: que se ayuden mutuamente y se turnen para cuidar de los niños. Se pueden llevar una positiva sorpresa de la situación.

Su cálida sonrisa provoca una inevitable liberación de hormonas de la felicidad en mi torrente sanguíneo.

El empleado de la radio baja el micrófono.

—¿No son pareja? —se pregunta.

Ahora le miramos con asombro.

—¿De dónde sacas esa idea? —preguntamos al unísono, sonriendo divertidos.

Nos despedimos en la puerta del conductor de Vicky.

—Ahora tengo que darme prisa —explica.

Cualquier idea de darle un primer beso aquí estalla como una pompa de jabón. Parece el momento equivocado. Aunque no me parecería mal sitio.

—Buena suerte, buena suerte —deseo—. Puedes hacerlo. Tengo los dedos cruzados.

—Esperemos que ambos tengamos cosas positivas que contarnos más tarde —Me dedica una última sonrisa antes de entrar en su coche.

Tres horas después, temo que sus palabras de despedida no se hagan realidad.

Estoy sentado en el amplio, pero bastante vacío despacho de la abogada de familia y he descrito la situación con todo detalle. La carta arrugada de Marián, que entretanto se ha alisado un poco, reposa sobre su escritorio.

La mujer, de unos cincuenta años, gira las comisuras de los labios hacia abajo.

—Difícil —admite.

—¿Qué tiene de difícil? —quiero saber—. Tami vive conmigo desde hace tres años y medio. Mi ex estuvo de acuerdo.

—Este es, por supuesto, un punto al que se dará importancia en los tribunales. Sin embargo, cometió el error en su momento de no dejar que los tribunales determinaran esta normativa.

—No había razón para ello —contradigo.

—Su exmujer podría argumentar que para ella este acuerdo siempre fue temporal, hasta que entrara en una etapa más estable de su vida. Que probablemente ya ha alcanzado.

—Conozco a Marián. Probablemente no dure ni dos años.

—Es probable que un juez no acepte su pronóstico.

—¿Los últimos años no cuentan para nada?

—Por supuesto —me tranquiliza—. Sin embargo, veo un peligro en que la madre de Tami forme una nueva familia y cree así un entorno social deseable. Usted, en cambio, vive solo. ¿O tiene una pareja estable y simplemente no se ha mudado con su pareja?

—No —respondo—. Estoy soltero.

—Lástima. Tenemos que encontrar la estrategia adecuada para que el asunto no adquiera demasiada relevancia ante los tribunales. Hay precedentes que podrían ayudarnos...

Pero ya no estoy escuchando, porque mi mente divaga hacia Vicky. ¿Tendría más posibilidades si fuéramos pareja? ¿O al menos pretendiendo serlo?

Pasé dos días sopesando la idea y considerando los puntos negativos. Vicky vino a vernos brevemente el lunes por la tarde y nos contó sus buenas sensaciones sobre la entrevista de trabajo. Por desgracia, el martes no tuvo mucho tiempo, así que sólo tomamos un café juntos. Hoy he estado ocupado durante el día y ni siquiera he podido ir media hora al parque con

Tami, Luis y Vicky. Durante nuestro paseo del domingo y también durante la entrevista de radio a la salida de la guardería, había estado bastante seguro de que Vicky y yo seríamos pareja. Esa certeza se ha desvanecido en los últimos días. Para tomar precauciones en caso de que la relación siga enfriándose, probablemente tendría sentido hacerle la propuesta lo antes posible.

Camino inquieto de un lado a otro del apartamento. Afuera llueve a cántaros desde hace unos minutos; pero, según las previsiones meteorológicas, el chaparrón sólo será una interrupción temporal al buen tiempo. A más tardar el fin de semana, se prevén de nuevo temperaturas veraniegas de ensueño.

Tami está tumbada en la cama y no la despertaría ni una tormenta. Hace falta que un niño ronque tumbado a su lado para privarla del sueño.

Me pregunto qué estará haciendo Vicky ahora mismo. ¿La molestaría?

Echo un vistazo atento a la habitación de Tami y me convengo de que está dormida. Ya está medio fuera de las sábanas, con una pierna colgando sobre el borde de la cama. Así que todo sigue como siempre. Es sobre todo esta imagen la que me asegura que estoy dispuesto a correr el riesgo y posiblemente hacer el ridículo.

Agarro el monitor de bebés del salón, agarro la llave del apartamento y subo corriendo las escaleras. Como Luis también debe estar en el país de los sueños, sólo pulso brevemente el timbre para no despertarlo. Por suerte para mí, Vicky lo escucha de todos modos y abre la puerta segundos después.

—Hola —le digo—. ¿Sabía usted ... —Sólo entonces me fijo en el teléfono que lleva en la mano derecha—. ¿Mal momento? —susurro ahora.

Ve el monitor de bebés, sacude la cabeza y me invita a pasar con un gesto de la mano.

—Sí, Martin, es una gran idea.

¿Martin? Oh, mierda. ¿Será esta la razón nuestro contacto poco frecuente en los últimos días?

Vicky señala un enchufe libre. Con dedos temblorosos conecto el aparato. Mientras tanto, ella se ríe divertida. Obviamente ella está bien entretenida con el tipo.

—¡Eres encantador! —confirma mi suposición.

Me arrastro hasta el sofá. ¿Cómo la he fastidiado? ¿Qué le hizo perder el interés? Me viene a la mente el domingo. El viaje juntos al refugio.

Me pregunto si pensó que era estúpido por ser tan precavido en algunos aspectos. Desde que nació Tami, ¡perdí toda mi valentía! Ojalá no le hubiera preguntado si no tenía miedo de manejar por las afueras de la ciudad. Tengo miedo de todo. ¡Qué estupidez! Dios mío, estábamos en las afueras de nuestra ciudad y no en la selva. De repente me acuerdo de su ex Thomas. Señor Ropa de Cuero. Que planea un viaje en moto por Sudamérica. Bueno, si a ella le gustan los tipos tan atrevidos, tal vez yo no sea el adecuado.

Pero eso no cambia el hecho de que podría ayudarme con mi problema con Marián.

—Martin, tienes mi apoyo en cualquier caso. Y si los demás se ríen o chismean sobre nosotros, no me importa.

Eso suena muy bien. Para ese tipo Martin. Para mí no. ¿De qué estarán hablando? Martin debe ser un susurrador de animales. Yo también fui un poco cauteloso con Jimbo. Respeto mucho a los perros que superan cierto tamaño. Me temo que no puedo evitarlo. Si tuviera que comprarle un perro a Tami, como mucho sería un poodle. O un beagle. Uno pequeño. Un beagle estaría bien. Uno que se parezca a Snoopy.

—Está bien —dice Vicky—. Tendremos que investigarlo pronto. Acabo de recibir una visita —Escucha a su interlocutor un momento—. ¡Tonterías! Sólo mi vecino.

Oh. Ahora he sido degradado a *sólo-mi-vecino*. ¡Estupendo!

Vicky termina la llamada y deja el celular en la mesa del salón.

—Hola. ¿A qué debo el honor?

Antes de que pueda responder, ya ha vuelto a desaparecer.

—¡Un momento! —llama desde el pasillo—. En realidad, es bastante indecoroso de tu parte visitar a una dama sin previo aviso,

Cierra la puerta del baño y me deja confundido. No puedo entender su reacción. Si a estas alturas le parezco poco interesante, no hay razón para que se arregle. Sobre todo, porque no lo necesita.

No tarda en regresar. Su pelo, que antes estaba recogido en una coleta, ahora cae suelto sobre sus hombros.

—¿Te lo imaginas? Estamos planeando nuestra fiesta de 15 años de graduación. Estoy vieja. Es terrible.

—¿Quiénes? —pregunto tajantemente.

—Todos los que se graduaron de la escuela secundaria en ese entonces. ¿Quieres beber algo? Podría servirnos vino blanco.

¿Por qué parece tan emocionada?

—Tomaré un vaso.

Inmediatamente desaparece en la cocina.

—Ese Martin del teléfono, era un antiguo compañero de colegio. Me convenció para unirme al comité de planificación. Nos reuniremos el mes que viene. No sé cómo voy a abarcarlo todo. No lo sé. En fin. No es tu problema.

Vuelve de la cocina, pone los vasos en la mesa y se sienta conmigo.

—Por cierto, mañana sabré si me dan el trabajo. Me alegraré cuando acabe la incertidumbre. Mientras tanto, podría vivir sin que me ascendieran. Aunque sería genial, por supuesto. ¡Es sólo esta incertidumbre! Me está volviendo loca.

Vicky toma su copa de vino y brinda por mí. Cuando por fin le da un sorbo, frunce el ceño.

—¿Ya me dijiste por qué estás aquí?

—No —respondo con una sonrisa—. Aún no me he puesto en eso.

—Lo siento, estoy totalmente descontrolada. Todo esto, me refiero a esta situación con ... Bueno, ya sabes. Es demasiado para mis nervios ahora mismo —se ríe tímidamente. Luego respira hondo y vuelve a exhalar—. Ya está, así está mejor. ¿A qué debo el honor?

—Se trata de Marián y de lo que puede suceder.

—Oh cielos. ¿Su abogado se puso en contacto contigo?

—No. Desde mi conversación con mi abogada he estado pensando en cómo puedo frustrar sus planes. Y tengo una idea.

—Suená bien. Cuéntamela.

—¿Te dije que el abogado me preguntó si estaba en una relación comprometida?

—No me habías dicho.

—Al parecer mis posibilidades en un juicio aumentarían si tuviera una pareja estable.

—M-hm.

—Bueno. Y entonces tuve ... una idea ciertamente descabellada.

Vicky no dice nada más, pero me mira con gran interés.

Tomo rápidamente un sorbo de vino. Tan deprisa que casi me atraganto.

—Tú y yo nos llevamos muy bien —continúo después de toser.

—Desde hace poco —enfatisa—. Solía pensar que eras bastante tonto.

—Igualmente —digo, sin pensar en las consecuencias—. A estas alturas nos damos cuenta de que nos equivocamos, ¿no?

—No estoy en desacuerdo por el momento.

—Y fue entonces cuando se me ocurrió, quiero decir, ¿podrías, eh —tartamudeo—, cómo decirlo, actuar como mi pareja durante el proceso del juicio? citasiones

—¿Durante el proceso del juicio? —repite.

—Sí. Realmente sólo entonces. En los tribunales, por ejemplo. O con mi abogada. Principalmente tendrás que acompañarme. Claro, quizá sea necesario besarme de vez en cuando para completar la actuación. Solo eso. Te lo garantizo.

—¿Besarte?

—Sí, suena grosero, lo sé, pero puedes estar tranquila. Las mujeres me han dicho a menudo que tengo unas habilidades fantásticas para besar. Sin rodeos. Lo juro.

—¿Lo tienes por escrito?

—¿Qué?

—Las mujeres hablamos mucho cuando el día es largo. Y no serías el primero en hacer promesas infundadas. Uff, no estoy segura de si...

De repente me pasan dos cosas. Por un lado, siento que mi honor está siendo atacado y, por otro, quiero demostrarle a Vicky que tengo un temerario escondido en lo más profundo de mí. Le pongo un dedo en los labios, interrumpiendo su discurso. Sus ojos se abren mínimamente. Mientras tanto, me inclino hacia ella, retiro el dedo índice y a cambio le agarro ligeramente la nuca para que no tenga ninguna posibilidad de eludirme. Una pequeña fracción de segundo antes de que nuestros labios se toquen, cierro los ojos.

Es como una revelación. Como volver a encontrar algo después de años que parecía perdido.

Sabe muy bien. Un poco como el vino y el chapstick, al mismo tiempo sus labios se sienten suaves. Nos separamos el uno del otro, sólo para volver a unirnos al momento siguiente. Mi mano baja desde su nuca, acaricia su cuello, nuestras bocas se abren y nuestras lenguas juegan suavemente entre sí.

Oh Dios, esto es hermoso.

Me deslizo un poco más cerca de ella, nuestras rodillas chocan entre sí, ella pone una mano en mi muslo....

—¿Papi? —suena desde el monitor del bebé—. Me duele la barriga.
Instintivamente me separo de Vicky y me levanto de un salto.

—Lo siento —susurro.

—No hace falta —responde ella—. Ve con tu niña.

Desconecto rápidamente el aparato y salgo corriendo. Me detengo en el umbral del pasillo. El beso que me lanza compensa tanto que apenas me importa bajar corriendo a consolar a mi hija.

Vicky

Estoy progresando. Hace menos de una semana pasé noches en vela preocupada por si Luis se congelaría bajo el edredón de verano y por quién cuidaría de él si me atropellaba un autobús. Mis pensamientos giraban constantemente en torno al niño, el trabajo y el hogar. De acuerdo, los zapatos y los cosméticos también eran una parte importante de mi monólogo interior.

Pero ahora todo es diferente. Sólo pienso en Simón. Simón, Simón, Simón. Todo se intensificó hace unas horas con un beso que no duró más de cinco minutos, pero que arde en mi interior como si hubiéramos estado cinco horas teniendo sexo ardiente. Fue un beso, Vicky, sólo un beso. Pero lo tenía todo. Dios mío, cómo besa ese hombre. El hecho de que me pusiera la mano en la cabeza podría ser práctica o rutina. La mayoría de los hombres no se dan cuenta de lo importante que puede ser este sencillo acto.

Hay fotos de besos de boda que supuestamente simbolizan la intimidad, aunque el hombre ni siquiera toma la cara o la cabeza de la mujer con la mano. Reconozco inmediatamente en estas imágenes: este matrimonio saldrá mal; él no la quiere. En realidad, toda novia debería tener derecho a anular su firma de recién casada si el imbécil no sabe besar como es debido. Ojalá hubiera tenido esta sabiduría cuando me casé con Thomas.

Quizá Simón sólo besa tan bien porque su exmujer le enseñó a hacerlo bien. Entonces ahora soy yo la beneficiaria de la habilidad adquirida. Cada mujer entrena a unos cuantos hombres para sus sucesoras injusto por un lado, pero ahora es mi turno. ¡Gracias, Marián!

Incluso antes de despertar a Luis para prepararlo para la guardería, estoy sentada en la mesa de la cocina, duchada, secada y maquillada. Soy un manojo de nervios porque no sé qué pensar primero. ¿Qué pasa con la propuesta de Simón de fingir ser pareja? Por supuesto, estoy encantada de hacerlo si eso lo ayuda en la batalla por el cuidado de Tami; pero de alguna manera, me sigue pareciendo un poco decepcionante que sólo quiera fingir

que tenemos una relación, pero que en realidad no quiera tenerla. ¿Qué me pasa? O está tratando de llegar a una relación seria fingiendo... No lo sé.

Todo lo que sé es que deseo desesperadamente volver a besarlo. Y preferiblemente más. Cielos, estoy completamente fuera de práctica; quién sabe a qué ritmo seguirá esto. Ni siquiera tengo preferencias sexuales extraordinarias. Probablemente sería la amante menos interesante de los tiempos modernos. Me temo que soy totalmente estándar. Es terrible que me preocupen estas cosas, porque en realidad todos mis compañeros en la cama cama hasta ahora han estado de buen humor, y ha sido divertido. Aunque también me han tocado algunos hombres que se jactaban de sus habilidades, como si fueran a hacerme quién sabe qué. Podría apostar a que Thomas también está buscando experiencias más salvajes hoy, aunque no necesita hacerlo en absoluto. Mi ex era un amante excelente. De hecho, hacer el amor era lo único en lo que destacaba.

Tengo que llamar a Carolina, seguro que puede ayudarme. Esperemos que esté despierta.

—Cariño, soy Vicky. Necesito tu ayuda. ¿Tienes un minuto? Tengo que despertar a Luis de todos modos, pero hay algo de lo que he estado queriendo hablar.

—Buenos días primero —bosteza Carolina—. ¿Qué pasa?

—Se trata de sexo. ¿Qué necesito saber para no quedar como una completa idiota delante de Simón?

Inmediatamente Carolina es tan despierta como una avispa.

—¡Eso fue rápido! ¡Dímelo! ¿Ya lo hicieron?

—No, tonterías, claro que no —respondo en un segundo—. Ayer sólo nos besamos brevemente. Pero estuvo bien. Muy bien. Excelente . Casi inmejorable, en mi opinión. Y quiero estar preparada, por si en unas semanas tal vez...

—¡En unas semanas, jaja! Por muy enamorada que estés, no tardarás ni dos días. Seguro que será genial. Me encantaría estar allí.

—¡Carolina!

—Sí, sí, está bien. Entonces, dime, ¿qué quieres saber? Pregúntale a Doña Carolina.

—Bueno —digo avergonzada, sintiéndome estúpida de repente porque no sé si alguna vez pasará algo entre Simón y yo. Parece que lo necesito bastante si ya me estoy calentando después de un besito—. En qué debería

pensar, por ejemplo. Ahora, aparte del cuerpo ¿Qué más necesito? ¿Debería ponerme algo más? ¿Hay algo nuevo en el mercado?

Carolina se ríe asombrada.

—No que yo sepa. Y yo debería saberlo, eso seguro. Estuve en la cama con un neozelandés la semana pasada, aún no te lo he contado.

—En efecto, no me lo habías contado. ¿Dónde encuentras siempre a todos estos tipos?

—Oh, no importa, en realidad no valía la pena mencionarlo. Supuestamente conocen todas las tendencias en Nueva Zelanda, pero todo el mundo hierve sólo con agua, Vicky, no te preocupes.

—No estoy muy convencida.

—Actúas como si fuera tu primera vez —dice mi amiga.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—Oh, no lo sé... Probablemente sea una estupidez de todos modos, e iré al monasterio en su lugar.

—No si puedo evitarlo.

—Gracias. Me has calmado un poco. Yo también voy a olvidarlo por hoy. Luis tiene que ir a la guardería y yo tengo que darme prisa para ir a trabajar. Hoy sabré con seguridad si me darán el ascenso o no.

—¡Oh, buena suerte entonces! Escríbeme en cuanto lo sepas. Cruzaré los dedos por ti.

Antes de ir a la oficina, donde espero que me den una buena noticia sobre mi futuro profesional, tengo que ir a una reunión con un cliente, lo cual es superfluo. Pero mi jefe es amigo del cliente. Van a navegar juntos una vez al año y festejan mientras el personal respectivo se dedica a la pesca.

Oh, realmente espero que funcione lo el nuevo trabajo. Este trabajo de campo constante es molesto y a veces me cuesta soportar las esperas en salas de reuniones desordenadas. Especialmente cuando estoy tan nerviosa como hoy. Estaciono mi auto en la única plaza libre que hay al frente. No me importa que diga *Reservado para la Administración* por el momento, a menos que el Sr. Márquez llegue tarde y quiera estacionarse exactamente en este espacio; pero si eso sucede puedo moverme. Me apresuro a entrar en el edificio con una caja promocional y un maletín en las manos para hacer una oferta sensacional a la empresa informática más tacaña de Alemania.

—Señora Mahler, hola, sólo tengo un poco de tiempo para usted —me saluda el cliente, al que de todos modos no voy a vender nada. Lo percibo incluso antes de una cita. El año pasado vendí aquí bolígrafos, blocs de escritorio y stickers con gran dificultad. La tienda de segunda mano no aceptará nada caro, eso lo sé de seguro. Lo intentaré de todos modos.

—Hola Sr. Márquez, no hay problema. Por lo que a mí respecta, podemos empezar ya. He traído buenas noticias que deberían complacer a sus clientes.

—¿Por qué no te sientas en la sala de reuniones? Vuelvo enseguida con café. Con leche o con azúcar, ¿qué te pongo?

—Negro, por favor —respondo.

Media hora más tarde, me he tomado dos tazas de café y aún no he sacado una sonrisa al Sr. Márquez.

—¿No hay nada más barato? No sé, no sé... No hay forma de recuperar eso si damos a nuestros clientes cosas tan caras —se lamenta.

—No piense en ello como un regalo, sino como una inversión a futuro, señor Márquez. Aquí, mire, estos limpiadores de pantalla, por ejemplo, son baratos y realmente muy populares, por supuesto especialmente entre los aficionados a la informática. Y soy fan de estos marcos digitales de aquí, creo que son geniales...

—¿Marcos digitales? Eso es una tontería, Sra. Mahler, no tentará a ninguno de nuestros clientes con eso. Además, se supone que la gente nos compra esos productos, no que se los regalamos. O que invertimos en ellos.

Sí, lo entiendo, imbécil. Pero pongo mi cara de vendedora amable. Como siempre. Lo que yo quiero es que me abracen. Quiero ir a ver a Simón, que me dé un beso y no pensar en comisiones ni en cerrar ventas.

—No hay ningún problema, Sr. Márquez, lo entiendo perfectamente. No quiero tomar mucho de su tiempo. Si tiene alguna idea o deseo en particular, póngase en contacto con nosotros: se lo haremos realidad. Me retiro para dejarle volver a sus labores.

En la oficina, el agua de mi fuente de mesa burbujea tranquilamente. Quizá me la lleve conmigo si consigo el nuevo trabajo; de algún modo, le tengo cariño. Tengo los dedos arrugados de tanto tenerlos bajo el agua y esperar al Sr. Stolzenberg. Me dijo por teléfono que tenía una cita importante y que vendría a verme enseguida. Conozco a este tipo de citas: o

va a la peluquería, al urólogo o come en secreto papas fritas con salchichas al curry en el puestito más grasiento de la ciudad para que su mujer no se dé cuenta. Si tiene citas reales, da los nombres. Si no es así, es porque sale a hacer cosas por las que los empleados tenemos que poner horas de descanso o pedir permisos.

Estoy pensando si debería pintarme las uñas por primera vez en la oficina o si eso arruinaría automáticamente cualquier posibilidad de ascenso cuando mi jefe abre la puerta y viene acompañado del señor Wieter. Me llevo rápidamente la mano al cuerpo y me levanto. El Sr. Wieter sería mi nuevo jefe: el hecho de que se presente en mi oficina es, con suerte, una muy buena señal.

—Buenas tardes —digo cortésmente y me aliso la falda y la blusa.

—Buenos días —responde alegremente el Sr. Wieter y asiente brevemente con la cabeza. Mi corazón da un vuelco. La inclinación de cabeza es claramente una señal. De todos modos, el Sr. Wieter es mucho más simpático que el Sr. Stolzenberg, cuyos modales rígidos pueden volverle a uno loco.

—Hola —dice mi jefe. Los tres nos damos la mano, algo que sólo suelo hacer con el Sr. Stolzenberg en los cumpleaños. Y cuando me regalan fuentes de mesa.

—Sí, Sra. Mahler, estoy seguro de que puede adivinar lo que viene a continuación.

—¿Me despiden inmediatamente? —pregunto, sin esperar que el Sr. Stolzenberg se ría. No lo hace. El Sr. Wieter sonrío.

—Desgraciadamente, no podemos ayudarle con eso. Tendría que avisarnos usted misma, pero lo lamentaría mucho —afirma. Ya pienso que mi nuevo jefe es genial—. En su lugar, nos gustaría pedirle que se despida de su bonita oficina brevemente y se sienta como en casa unos pisos más arriba. La necesitamos urgentemente; sobre todo en el área de contenidos, necesitamos definitivamente a alguien inteligente con muchos conocimientos técnicos. Usted conoce las costumbres de la empresa y será un enlace importante entre la oficina y el campo. El Consejo de Supervisión y el Consejo Ejecutivo han decidido por unanimidad que usted sea la nueva asistente de mi departamento. Felicidades.

—Muchas gracias. Me hace mucha ilusión este nuevo reto —digo feliz y me gustaría abrazarlos a los dos, pero prefiero reservar esas muestras de

cariño para Luis.

Y para Simón. En cuanto termino de trabajar y me siento en el auto, ya no aguanto más. Necesito llamarle y contarle mi logro.

—Hey, soy yo.

—¡Vicky! ¿Cómo te fue?

—¿En la cita con el cliente? —pregunto sarcásticamente para aumentar la tensión.

—No o sí, eso también, por lo que a mí respecta. Pero me refiero a la conversación con tu jefe. ¿Qué te dijo?

—Bueno... —continúo, alargando las palabras con fruición—. Estas hablando con la mujer que tiene la oficina más nueva en todo el complejo de la empresa. La mujer que ya no tiene que ir todos los días a estúpidas reuniones con clientes y que ahora cuenta con unos euros de aumento de sueldo.

—¡Vicky, eso es genial! Felicidades, me alegro mucho por ti. Genial, ¿y cuándo empiezas allí? ¿Ahora mismo?

—No lo dijeron exactamente. Ambos jefes se presentaron en mi oficina. Tanto mi jefe actual como mi futuro jefe. Creo que está bastante bien, al menos eso es lo que he oído decir a los colegas. Dijo que me necesitaban urgentemente como refuerzo. Así que supongo que sólo puede ser cuestión de unos días o semanas más como mucho. Estoy muy contenta.

—Realmente debes estarlo. Te lo mereces.

Su voz acaricia mis sentidos cálida y suavemente. Tengo un buen presentimiento. ¿Por qué si no mi primer impulso habría sido llamarle?

Simón

¡Vaya! ¡Vicky realmente lo hizo! Y lo más absurdo de todo: estoy totalmente orgulloso de ella.

Como si yo hubiera hecho parte de ello. Aunque se podría decir que... algo así. Si no hubiera cuidado de Luis...

Me alegro por ellos.

Probablemente esté recogiendo a Luis de la guardería ahora mismo.

Por un momento, mi espléndido humor se atenúa. El martes le dijimos a Dora por escrito que Vicky podía recoger a Tami y yo a Luis. Pero la estúpida imbécil no lo aceptó de inmediato. Quiere hacernos saber a principios de la semana que viene si esto se ajusta a los procedimientos operativos de la guardería.

¡Loca frustrada!

Afortunadamente, mis pensamientos se desvían rápidamente hacia algo más hermoso.

¡Qué besos tan sensacionales!

Me encanta besar apasionadamente, pero no todas las mujeres son igual de buenas. Sin embargo, hay una regla que ha demostrado ser una ley de la naturaleza: Una mujer que no armoniza conmigo en términos de besos no es una pareja potencial para una relación a largo plazo.

Si Tami no se hubiera despertado por los estúpidos dolores de estómago, podría haberme quedado con Vicky mucho más tiempo. Quién sabe lo que habría ocurrido entonces. Porque una vez que me he puesto en marcha, me cuesta poner el freno de mano.

Al menos Tami estaba bien hoy. Anoche calenté una bolsa térmica y lo coloqué con cuidado sobre su vientre. Cuando cinco minutos más tarde fui a verla, se había vuelto a quedar dormida.

Mañana Marián la recogerá de la guardería. Y a Luis lo recogerá su padre.

Eso significa que Vicky y yo tenemos por delante un fin de semana sin niños. Me pregunto si Vicky tiene algún plan. Quizá quiera encontrarse con amigos. Yo, al menos, no tengo planes. Silvio está de vacaciones, Tobías

está en un festival de jazz. De alguna manera esto sería una oportunidad para que los dos...

—¿Tami? —llamo en voz alta.

—Ven a mi habitación.

Se sienta en su mesa y pinta un cuadro. Miro por encima de su hombro.

—Se lo daré a mamá —me informa.

—Estará encantada. ¿Puedes parar un momento? Quiero ir al pequeño centro comercial.

—¿Podemos ir a la heladería? —pregunta esperanzada.

—A mí me parece bien —respondo con una sonrisa—. Pero principalmente quiero comprarle a Vicky una tarjeta de felicitación.

—¿Es su cumpleaños?

—Mejor —respondo.

—Papá, no hay nada mejor que un cumpleaños.

—Los viejos como tu padre lo ven de otra manera.

—No eres nada viejo —dice.

Siempre es agradable recibir cumplidos suyos y temo el día en que deje de contradecirme.

—Vicky va a conseguir un nuevo trabajo que realmente quería —le explico.

—¡Genial! Seguro que estará encantada. Y Luis.

—¿Quieres ir en tu scooter?

—Ay, sí.

45 minutos más tarde estoy sentado en mi escritorio pensando en las palabras adecuadas. Junto con Tami, elegí la tarjeta en la papelería e incluso encontré algo adecuado para un ascenso. Tami no entendía por qué no me había decantado ni por la tarjeta musical ni por la tarjeta de felicitación de colores chillones, pero yo seguía guardándome para mí el miedo a no espantar a una mujer como Vicky con gustos infantiles.

Querida Vicky,

Me alegro mucho por ti. Y estoy convencido de que dominarás este apasionante reto profesional.

Para celebrar tu éxito, me gustaría invitarte a un buen restaurante el viernes por la noche. No te diré cuál por adelantado. Pero te daré una pista: llevaré traje, no para impresionarte, sino porque es apropiado para el restaurante elegido.

Tampoco tengo nada más planeado para el sábado y el domingo. Así que podrías tenerme a tu disposición, si no tienes otros planes.

Si no puedes, mi invitación es válida en la próxima oportunidad, por supuesto.

Házmelo saber.

Simón

Leo el texto dos veces y, afortunadamente, no descubro ningún error, así que escondo la tarjeta de repuesto que compré por precaución en uno de mis cajones, debajo de varios papeles.

Como Vicky aún no ha llegado a casa, agarro un rollo de cinta adhesiva y subo corriendo. Pego la tarjeta en un sobre al pomo de la puerta. En cuanto termino, se abre una puerta tras de mí.

—Querido, tenemos que hablar urgentemente —dice Gloria en lugar de saludar—. Las cartas del destino acaban de pronosticarme un profundo desplome tras un hermoso vuelo de fantasía.

Me cuesta no poner los ojos en blanco.

—También creo que los precios de las acciones están completamente sobrevalorados en este momento —replico—. Comparto la opinión de los expertos al respecto. No puedo recomendar la compra en este momento.

—¿De qué estás hablando? —pregunta confundida. Aparentemente, la desconcentré.

—¿Oíste eso? —añado.

De hecho, parece aún más confundida.

—¿Qué?

—Tami me llama. Adiós, Gloria. Nos vemos —Bajo rápidamente, porque, aunque me cae bien la vieja, no quiero que me cuente su pesimista fortuna.

Cuando por fin suena mi teléfono y el nombre de Vicky aparece en la pantalla, intento actuar con la mayor frialdad posible. Si me rechaza, no dejaré que se note mi decepción.

—¡Hola, mujer profesional!

—Hola, encanto —responde ella—, me ha encantado recibir tu tarjeta.

¡Mierda! De alguna manera percibo, un "pero" implícito en su frase.

—¿Tienes alguna hora en mente? —pregunta, sin embargo.

—¿Te parece a las 7:30? Llegaríamos allí en unos veinte minutos. Entonces podría reservar para ocho.

—Sí, puedo estar lista para esa hora. ¿Llevas el traje de tu cita con el banco?

—Si eso es lo que quieres.

—Absolutamente.

—Tus deseos son órdenes.

—Genial. Lo estoy deseando.

Yo también, es lo que pienso después de haber dejado el celular a un lado.

Vicky

No tengo nada que ponerme. Por supuesto, me doy cuenta de que esto es lo que piensan todas las mujeres que se paran delante de su armario con ganas de vestirse, pero que luego se horrorizan al darse cuenta de lo urgente que es ir de compras. Pero realmente no tengo nada que ponerme. Nada, al menos para una cita en un restaurante elegante. Simón ya ha visto toda mi ropa de trabajo más bonita y, además, no quiero parecer una secretaria cuando salgamos a una cena romántica. En realidad, me encantaría parecerme a Julia Roberts en *"Pretty Woman"* con su precioso vestido de noche rojo. Creo que eso sería demasiado. Además, no soy prostituta, aunque me gustaría serlo un poquito... Reprimo mis temores de haber perdido mis capacidades en la cama y me concentro en la pregunta central del día: ¿Qué me pongo?

No me queda tiempo para ir de compras. No pude terminar mi última cita de la semana con un cliente en una tienda de alimentos saludables hasta las últimas horas de la tarde. Hace rato que Thomas recogió a Luis de la guardería, y yo pienso brevemente y con nostalgia en mi pequeño. Esperemos que pase un buen fin de semana con su papá, y sobre todo sin ese vago de Rocky. Pero sí, disfrutará como siempre. Su padre es su héroe, y debe seguir siéndolo. El lunes puedo volver a enfadarme por las palabrotas.

No tengo más remedio que ponerme el vestido color crema sin tirantes. Me parece un poco demasiado atrevido en el escote y, sobre todo: obvio, pero esta es una noche obvia. También es problemático el hecho de que no puedo llevar un sujetador normal debajo, sólo un sujetador strapless. O poner cinta adhesiva en los pezones. Eso es imposible. Simón se espantaría si viera eso cuando me desnude. No tengo otra opción, sólo puedo llevar el strapless del mismo color debajo del vestido y me lo quitaré lo antes posible en el peor de los casos.

Menos mal que pedí los zapatos geniales el otro día. Ha sido una decisión muy acertada y me felicito por esta sabia compra. Los estoy estrenando en casa porque los tacones altos requieren mucha concentración,

pero espero que no vayamos a dar un paseo por el bosque, sólo del auto al restaurante.

Miro mi reflejo en el espejo con entusiasmo tras decidir llevar el pelo suelto y un maquillaje sutil. No hay nada más vergonzoso que tener toneladas de rímel corrido en la cara después de cinco minutos de besuqueo. Vamos a ello, me animo. Todo irá bien.

Simón y yo sin Tami y Luis. Eso es inusual. No llevamos un monitor de bebes ni las mochilas de los niños, no tenemos que preocuparnos de quién está con los niños y cuándo, ni de cuánto tiempo tenemos antes de la guardería. De hecho, tenemos todo el fin de semana por delante. Esperemos no aburrirnos tras unas horas juntos sin el parloteo de nuestros pequeños.

Sin embargo, no parece vayamos a aburrirnos. Me mira en silencio y casi con seriedad cuando le abro la puerta a las siete y media en punto. Me dio el gusto de volver a ponerse el saco negro pero esta vez sin pantalones de vestir, sino con jeans negros y camisa blanca. Inmediatamente me siento demasiado vestida. Simón tiene un aspecto fantástico, pero quizás me pasé un poco. Inquieta, cojo mi collar favorito de infinito.

—Estás impresionante, Vicky —adivina mis pensamientos—. Espero combinar contigo.

—¿No es demasiado? —pregunto—. Dímelo sinceramente.

—No, en absoluto, así está bien. Personalmente, creo que podrías llevar incluso menos tela. Soy más bien minimalista.

—Menos mal. Bueno, veamos qué podemos hacer al respecto.

Para variar, se avergüenza y, si no me equivoco, unas gotas de sudor aparecen en su frente. Me coge de la mano, me acerca y me da un beso sincero. Um, ¿realmente tenemos que salir a cenar? Me gustaría preguntarle. ¿Pasamos directamente a...? Bueno, prefiero aguantarme. Una dama no hace eso.

Me tranquiliza un poco que no nos encontremos con nadie en la escalera, porque parece que no podemos decidir si caminar o no tomados de la mano hasta el estacionamiento. Todo sigue siendo un poco incómodo y nervioso. Nos sonreímos. ¿Es posible enamorarse más el uno del otro cada hora que pasa?

—No me lo creo —me regaña mi atractiva conductora. Conduce bastante rápido, lo que no me gusta como pasajera. En realidad, me alivia

saber que es más intrépido de lo que se podría pensar. Cualquiera que se asuste de camino al refugio parece sospechoso, pero si es así todo va bien. Simón está a punto de perder la calma porque el estacionamiento frente al restaurante está en construcción.

—¿Y dónde se supone que nos estacionamos ahora? ¿Son estúpidos o qué? Pagas un montón de dinero por una comida y tienes que caminar un largo tramo de césped con tu ropa elegante; no puedo creerlo.

Sonriendo, le miro de reojo. Un poco de impaciencia también le sienta bien; de alguna manera le hace varonil.

—No me molesta, si es necesario me llevaré los zapatos en la mano. Estoy segura de que me las arreglaré —le tranquilizo—. ¿Por qué no te estacionas ahí enfrente y así no tendremos problemas para salir más tarde?

Señalo un prado abierto enmarcado por tres robles. Desde allí se tiene una vista al campo, porque la carretera va cuesta abajo directamente detrás de la vegetación. Nadie se atreve a estacionar su auto allí, la gente tiene inhibiciones ante tales acciones. Yo no.

—Lo que tú digas. Solo espero que nos vayan a remolcar —dice Simón, pero al mismo tiempo hace lo que le digo.

—Realmente eres mi miedoso favorito —le digo, lo que él agradece con un pellizco en el dorso de mi mano.

Por primera vez en años, estoy en un restaurante italiano elegante donde nos sientan en la mejor mesa con la mejor vista. Me siento un poco como *Pretty Woman* ahora mismo; no debería pedir una langosta, estoy muy nerviosa.

—¿Nerviosa? —pregunta Simón, a quien constantemente siento la necesidad de apartarle el pelo de la frente. Seguro que es un reflejo maternal, pero tengo unas ganas terribles de tocarle.

—Un poco —admito—, no es tan malo. ¿Todo salió bien con Tami? No he sabido nada de Luis, lo que siempre es buena señal.

—Todo parece haber salido bien para nosotros también. ¿No te pasa que, por un lado, te alegras de un fin de semana sin niños y, por otro, el apartamento se siente totalmente vacío en cuanto el niño no está? Quiero decir no me siento así precisamente hoy, pero a veces caigo en un profundo agujero sin Tami los viernes —dice Simón mientras miramos el menú. El restaurante tiene tanta clase que los precios ni siquiera se muestran en el menú. Esperemos que pague.

—Me pasa con regularidad en cuanto se va Luis. Primero estoy feliz como una loca por unos días libres en los que puedo dormir hasta tarde, salir y no tener que cocinar. Pero un rato después lo extraño terriblemente.

—Entonces es bueno que pasemos el tiempo juntos para no sentirnos solos —dice, sonriendo un poco sugestivamente. Pero me gusta porque así no me siento tan sinvergüenza. Porque yo he estado pensando todo tipo de cosas sucias durante horas. Vicky, debería darte vergüenza.

Se está bien con él, muy bien. Nos contamos nuestras historias. Me encanta escuchar historias de vida; es lo mejor cuando llegas a conocer mejor a alguien. Y Simón sabe contar historias ingeniosas, podría escucharle durante horas y aún mejor escuchar anécdotas de su infancia y experiencias divertidas de su época escolar, entre un exquisito caldo, un filete de ternera con puré de zanahoria y jengibre y un sorbete que casi me hace gemir de placer.

Entre medias, nuestros dedos juegan entre sí y la sensación placentera se hace cada vez más fuerte. No creo que él se sienta diferente. Sus ojos se vuelven más exigentes y tengo que intentar no mirarle los brazos y las manos todo el rato, porque mientras tanto se ha quitado el saco y se ha remangado la camisa hasta los codos. Me gusta cuando no se contiene. Y me gustan aún más los brazos y las manos de los hombres. Roza el fetichismo. ¡Hurra, tal vez esa sea mi preferencia sexual especial!

Está oscuro cuando volvemos al carro. Llenos de comida, vino y romance. Como era de esperar, el auto deportivo oscuro de Simón está solo en campo abierto. La vista del paisaje a la luz de la luna es mística y seductora. No sé qué me pasa; quizás sea el vino, quizá no, pero no quiero esperar hasta que lleguemos a casa.

—Ven —digo y tiro de Simón hacia mí, apoyándome hacia atrás en la puerta trasera izquierda y tensando el cuerpo. Se inclina hacia mí y me besa, primero pasando sus manos por mi espalda y luego dejándolas vagar por mis pechos. Está bien, absolutamente bien, y no queda ni rastro de cobardía. Su excitación es claramente perceptible, pero la mía también. Echo una mano hacia atrás e intento abrir la puerta, pero no lo consigo.

—Espera, te ayudaré —susurra entre mi cuello y mi omóplato. Al escuchar su voz que se ha vuelto áspera, podría volverme loca.

Me empuja al asiento trasero y milagrosamente consigue no aplastarme. Ya había olvidado lo incómodo que es en el auto. La última vez que hice algo así, aún no era mayor de edad y me enamoré de verdad por primera vez. Eso es exactamente lo que se siente ahora. Quizá incluso mejor, porque estoy en el ayer y en el hoy al mismo tiempo. Me abro paso entre las capas de tela hasta llegar a su espalda y, efectivamente: su suave piel me recuerda a la de mi primer gran amor. Sólo lo pienso un momento. Los pensamientos son libres; quién sabe de quién o de qué se acordará Simón en una fracción de segundo. Ni siquiera quiero saberlo, sólo quiero disfrutar de lo que está haciendo aquí conmigo.

Las palabras tiernas y apasionadas, que salen de sus labios entre besos y caricias, se mezclan en un mar de emociones que me hacen gemir y suplicar.

—Por favor, no pares, Simón —le ruego mientras está tan cerca de mí como se puede estar físicamente. Me tumbo debajo de él, con la espalda medio erguida, medio arqueada, y aunque estoy totalmente apretada y mi sujetador strapless cuelga en algún lugar entre mi abdomen y mis muslos, me muevo como una serpiente debajo de él, enlazándome con él mientras se mueve sobre mí, haciéndome el amor.

—Vicky, esto es tan bonito... —Habla mucho, como yo. Mi necesidad de comunicación es bastante alta, incluso en este estado de vida, y no soporto que un hombre esté mudo durante el sexo. Mientras nos rozamos, nos calentamos y la lujuria crece imparablemente, tiendo a cerrar los ojos. Pero en cuanto los abro, me sumerjo en la mirada de Simón. Por no hablar de la vista de la parte superior de sus brazos. Pierdo todas las inhibiciones y me entrego a él por completo, no importa cómo me retuerza.

Las ventanas ya están empañadas; huele a sudor, sexo y perfume. A medida que nos acercamos más y más al clímax, recuerdo que ahora mismo estoy viviendo mi sueño de Titanic. Sí, estoy un poco averiada por el cine y la televisión, pero ¿hay un momento cinematográfico más erótico que Rose y Jack haciendo el amor en el carro? *Tócame, Jack...* Estoy tentada de decirlo. Sólo que con un nombre diferente; de lo contrario, podría acarrear problemas. Pero Simón ya me está tocando, ¡y de qué manera! Seguro que Kate Winslet y Leonardo DiCaprio no se lo pasaron mejor rodando que nosotros ahora mismo.

El momento es oportuno. Simón está a punto de explotar y de placer y yo tampoco puedo aguantar mucho más. Al igual que en la película, quiero

presionar mi mano extendida contra el cristal empañado de la ventana, lujuriosa, extasiada y descontroladamente. Si tenemos público afuera, seguro que sería una vista increíble. Echo el brazo hacia atrás y... ¡Ay! Maldición, eso no sirvió de nada; Golpeo el portavasos de la puerta con toda mi fuerza. Pero eso no cambia el fabuloso resultado.

—¿En tu casa o en la mía? —pregunta cuando entramos por la puerta principal de nuestra casa en mitad de la noche—. Mi casa está más cerca.

—Un piso, para ser exactos. Podremos aguantar. En la mía —decido.

Quiero tener a mano mis cosméticos. Perder la cabeza por completo no es una opción. De todos modos, ahora mismo me pregunto si eso es lo que quiero: pasar toda la noche con él. No porque tenga miedo de la mañana y de cómo nos veremos al despertar; Simón siempre tiene buen aspecto de todos modos, y él ya me ha visto con una camiseta de Breaking Bad y pantalones de dormir. ¿Por qué iba a escandalizarse? Pero es muy íntimo tener a un hombre contigo al amanecer. Oh, no importa, no quiero estar sola ahora y no tengo nada que perder excepto mi corazón. Me temo que mi vecino ya me lo ha robado.

Entramos en mi apartamento y, aunque en realidad mi intención era preparar un café y mantener una conversación semi-intelectual con mi nuevo novio para que no se llevara la impresión de que soy una fácil, vuelvo a caer rendida ante él. Simón siente tal atracción por mí que no puedo quitarle las manos de encima. De todas formas, hablar está totalmente sobrevalorado. Y sí hablamos, de cierta forma.

—Ven al dormitorio —por ejemplo.

Y —eres increíblemente sexy.

O —Por favor, quítate ese maldito vestido ahora mismo o te lo arrancaré.

Eso también cuenta como conversación, ¿no?

Hace tiempo que se ha dormido mientras yo me acurruco en sus brazos al amanecer, soñando con castillos en el aire. ¿Cuándo fue la última vez que fui tan feliz como ahora? ¿He encontrado por fin a un hombre que me conviene y que también cree que yo le convengo? ¿Se ha detenido finalmente el carrusel del amor? Me gustaría mucho detenerme con Simón.

OceanofPDF.com

Simón

Al amanecer me despierto con un hormigueo en la mano. Vicky yace acurrucada sobre mi hombro, mi brazo obviamente se ha quedado dormido bajo su torso.

Al principio intento ignorar la desagradable sensación y recordar todo lo que pasó anoche.

Todo fue muy hermoso. La conversación en el restaurante, el sexo impresionante en el asiento trasero del coche, el viaje de vuelta a casa, la segunda vez aquí en su cama.

En cuanto a nuestras preferencias, parece que encajamos a la perfección. ¿Por fin he vuelto a conocer a una mujer sensata con deseos normales? ¿Una mujer que disfruta del sexo cotidiano y no cree que debemos recrear el Kama Sutra o escenas de 50 Sombras de Grey?

Presiono suavemente mi nariz contra su pelo. Me gusta su olor, podría hundirme en él.

Por supuesto, no quiero hacerme demasiadas ilusiones, pero si funcionara entre nosotros, sería estupendo. A Tami le agrada, y tengo la impresión de que yo le agrado a Luis. Vivimos en el mismo edificio, somos independientes económicamente hasta cierto punto, y en el juicio contra Marián, esta unión también me ayudaría.

Pero lo más importante: estoy enamorado. Después de sólo una noche, tengo sentimientos por Vicky que, de otro modo, sólo se desarrollarían con el tiempo.

Sin embargo, me empieza a doler el brazo. Con mucho cuidado decido sacarlo de debajo de su cuerpo. En el mejor de los casos, seguirá durmiendo y ni siquiera se dará cuenta de que me he despertado.

Después de lo que me pareció una eternidad, lo logré. Hace sonidos de protesta, pero no se despierta, sólo se gira hacia el otro lado.

Estiro en el aire el brazo que se ha dormido, la cierro en un puño, la abro... una y otra vez hasta que el hormigueo desaparece.

Y estoy bien despierto.

Bueno. Puedo aprovechar para ir al baño. Afortunadamente, gracias a la distribución básica exactamente idéntica de todos los apartamentos de aquí, me sé el camino y no acabo en un armario.

Cuando vuelvo, me detengo en el umbral y la miro. Ayer no se nos ocurrió bajar las persianas, así que la luz del amanecer es suficiente para disfrutar ampliamente de su vista. Está acostada de espaldas a la puerta. Vicky ha bajado las sábanas azul claro hasta sus rodillas mientras dormía, por lo que ahora puedo disfrutar admirando su trasero perfectamente formado.

Me pregunto qué le parecería un mañanero.

Me tumbo de espaldas a ella y le doy un beso en el omóplato izquierdo. Al mismo tiempo, mi mano acaricia su muslo.

Por su reacción, me doy cuenta de que se ha despertado. Hace algo que me recuerda al ronroneo de un gato.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días.

Mi mano acaricia su vientre, sube hasta sus pechos y luego baja. Pero antes de llegar a mi destino, ella me detiene.

—Primero tengo que ir al baño.

—De acuerdo.

Antes de levantarse, se vuelve hacia mí y nos besamos tiernamente. Mi excitación crece a cada segundo. Me gustaría hacerla mía inmediatamente, pero ella se aparta de mí a tiempo para evitar que actúe precipitadamente.

Mientras Vicky desaparece en el baño, mi mirada se posa en el exterior. En consonancia con mi estado de ánimo, parece ser un día fantástico.

De repente se me ocurre cómo aprovechar la combinación de despertar temprano, buen tiempo y un fin de semana sin niños. Me levanto rápidamente, me echo la colcha al hombro y salgo a la sala, donde abro la puerta del balcón. El aire es refrescante. ¿O ya hará demasiado frío para Vicky? Conozco los muebles de su balcón por la última vez que estuve aquí, y las sillas parecen perfectamente capaces de soportar un poco de acción. Además, son lo suficientemente espaciales como para movernos libremente.

Pongo la colcha en una de las sillas del balcón y me siento en ella. El vidrio esmerilado de la baranda del balcón nos da cierta intimidad, y estamos en el último piso de un pequeño condominio. Así que lo más que

podríamos hacer es molestar a los pájaros o ardillas que pudieran estar observándonos desde los árboles circundantes. Gloria, la vecina más cercana, probablemente siga durmiendo.

—Estoy afuera —digo al oír abrirse la puerta del baño.

Ella viene hacia mí y se ve impresionante. La mezcla del pelo despeinado, el cuerpo desnudo y su sonrisa lasciva al comprender lo que propongo es increíblemente atractiva.

—Espero que no haga demasiado frío para que te congeles —susurro.

—Espero que tu amiguito no pase mucho frío —responde con picardía—. Pero puedo darle calor corporal en caso de que eso pase.

—Estaría muy contento dentro de un lugar cálido y húmedo.

Se acerca seductoramente a mí, me acaricia la cara y me besa suavemente. Mis manos tocan su trasero, se deslizan por sus maravillosas curvas.

—No podemos hacer demasiado ruido —me advierte—. De lo contrario, los Müller tendrán otro motivo para quejarse.

—Me importa más que tú no tengas motivos para quejarte.

—Todavía no —responde, poniendo tanta insinuación en las dos palabras que me vuelvo loco de deseo.

Vicky se sienta y acomoda las piernas para tener suficiente libertad de movimiento. Me rodea con sus brazos, nos besamos apasionadamente, dejo que sea ella quien marque el ritmo. Al principio se balancea lentamente, pero cuanto más se acerca al clímax, sus movimientos se vuelven más rápidos. Intento recomponerme hasta que no puedo más, clavo los dedos en su pelo y me rindo a la sensación de estar a merced de sus movimientos.

—¿Qué te parece ir al cine esta noche? —pregunto. Por la mañana tomamos un gran desayuno, fuimos juntos de compras y luego le dimos uso a mi colchón. Podría imaginarme pasando el resto del día en la cama con ella; por otro lado, quiero dejarle claro que no sólo busco en ella una aventura.

—Hace siglos que no voy al cine —explica—, me gustaría. Comer palomitas...

—O podrían ser nachos —la interrumpo—, con salsa de queso, sin jalapeño.

—A mí me parece bien. ¿No te gustan las palomitas?

—En absoluto.

—Lástima. Afortunadamente, tampoco son mi pasión

—¿Hay alguna película buena en cartelera? Aunque no me apetecería uno de esos enormes cines. Los sábados están demasiado llenos para mí.

En nuestra pequeña ciudad no hay cine, pero en la comunidad vecina hay un cine independiente que, con un total de tres salas, es una alternativa a los cines de las grandes ciudades. Y aunque la cartelera es proporcionalmente más reducida, enseguida encontramos una película que nos interesa a los dos.

Así que a las ocho estamos sentados en una sala de cine en la que caben básicamente unas cien personas, pero hay como mucho una docena de cinéfilos. Obviamente, la mayoría de la gente está disfrutando del tiempo veraniego de este sábado por la tarde. Me gusta el hecho de que tenemos la última fila completamente para nosotros. Compartimos una gran ración de nachos; sostengo el recipiente de plástico con la mano derecha. Vicky lleva pantalones blancos de algodón y limpia cuidadosamente cada uno de los nachos en el borde después de mojarlos en la salsa de queso.

—No quiero mancharme los pantalones —se defiende después de que le pregunte al respecto—. Tengo mucho talento para eso. Más que Luis.

Sin embargo, conseguimos comernos la ración sin ningún accidente. De su bolso saca unos paños húmedos para limpiar gafas empacados individualmente.

—¿Qué haces? —me pregunto—. No usas gafas.

—Puedes limpiarte los dedos maravillosamente con esto, aún mejor que con una servilleta. Cuando tienes un hijo como Luis, aprendes esos trucos.

—Es comparable a las toallitas refrescantes que dan en los puestos de comida —observo después de usarlas.

—No conozco hábitos alimenticios tan poco saludables —responde con una sonrisa.

Empiezan los avances y, mientras nos exponemos a la sobrecarga sensorial de los anuncios, ella me acaricia el dorso de la mano.

—Me gustan tus manos —me susurra al oído—. Y tus musculosos brazos. Te ves tan fuerte. Como un buen protector.

Los siguientes avances solo nos llegan acústicamente, porque pasamos el tiempo besándonos intensamente.

—Me gusta besarte —confieso finalmente.

—Oh, sí —responde ella—, me encanta. Me encantó desde el miércoles. Tu primer beso me dejó boquiabierto. Si no hubiera sido por el dolor de barriga de Tami, creo que habría estado dispuesta a hacerlo enseguida. O al menos me habría costado mantener la cordura.

—Te dije que otras mujeres me han dicho que tengo cualidades fantásticas.

—Bah. Los hombres prometen muchas cosas que no cumplen.

Mientras comienzan los trailers de los próximos estrenos cinematográficos, seguimos sentados solos en la fila. Le pongo la mano en el muslo y se lo acaricio lentamente. Nada más iniciar la película, ella abre un poco las piernas. Mis dedos suben más, se deslizan hasta el cierre de sus pantalones y desabrochan el botón.

—¿Crees poder mantenerte en silencio? —le susurro al oído mientras le bajo la cremallera.

—Lo intentaré —respira.

Eso es suficiente para mí. Mi mano desaparece en su entrepierna, con la mirada fija hacia delante. Pero la acción que comienza ya no llega a mi mente, pues estoy concentrado en darle placer.

Lo que sin duda consigo.

Casi soy yo quien deja escapar un gemido delator después de que sus uñas se claven en mi brazo. Ella, en cambio, disfruta del momento lo más silenciosamente posible. Sólo su respiración acelerada delata su lujuria.

Regresamos a casa a última hora de la tarde del domingo tras un fin de semana maravilloso. Marián debería traer a Tami dentro de quince minutos; Según Vicky, es una incógnita el cuándo traerá Thomas a Luis.

—Fuiste muy valiente con Jimbo —me elogia mientras salimos—. ¿Por qué les tienes tanto respeto a los perros?

—No lo sé —confieso—. Seguro tuve una experiencia traumática en la infancia que he reprimido.

—Mi pobre muchachito valiente.

De la mano nos dirigimos a la entrada del condominio. Ambos hemos decidido no ocultar nuestros sentimientos a los vecinos ni a los niños.

—A Jimbo le agradaste —apunta Vicky.

—Yo también tuve esa impresión. Cuando llevábamos media hora caminando, no se separaba de mí e incluso obedecía mis órdenes.

—Es tu carisma natural —ríe—. Eres bastante aceptable como líder de la manada.

Su tono divertido hace dudar de que hable en serio. Pero luego se pone seria.

—Aunque habría preferido no encontrarnos con Pamela.

—Al menos no habló con nosotros —confirmo—. Al contrario, más bien tuve la impresión de que huía de nosotros.

—¡Papi! Vicky! —suena de repente una voz brillante justo antes de llegar a la puerta principal.

Juntos nos damos la vuelta. Tami corre hacia nosotros. Marián la sigue con unos pasos.

—Normalmente llegan un poco más tarde —susurro.

—¿Te importa que nos adelantemos?

—Todo lo contrario —Extiendo los brazos—. Tami, mi cielo, por fin estás aquí.

Salta hacia mí, la atrapo y la hago girar en el aire. Risueña, disfruta de la vuelta. Cuando bajo, Marián nos ha alcanzado.

—Hola —dice con frialdad.

Mira a Vicky con desdén, pero sin hacer muecas. Pero es precisamente esta reacción poco amistosa la que me hace sentir un placer malicioso al presentarlas.

—Vicky, esta es la madre de Tami, Marián. Marián, esta es mi vecina Vicky.

—Buenas noches —le saluda Vicky.

Mientras tanto, mi mirada se desliza inconscientemente hacia su vientre, pero no detecto ningún bulto revelador.

—Bueno, cariño —Marián se vuelve hacia su hija—. La pasé muy bien contigo. Estoy deseando que llegue la próxima vez.

—Yo también.

Se abrazan y Marián emprende el camino de vuelta.

—¿Está Luis? —quiere saber Tami mientras subimos las escaleras.

—No. No sé cuándo lo traerá su papá, por desgracia es muy poco fiable.

Vicky

—Lo siento, estábamos en la pista de karts y se nos olvidó por completo la hora —dice Thomas cuando aparece con Luis poco después de las siete.

Me trago los comentarios desagradables. Luis necesita urgentemente ir a la cama para estar en forma en la mañana para el comienzo de la semana. Cada vez es más difícil bajarle las revoluciones a un nivel normal después de un fin de semana intenso con su padre, aunque probablemente yo tampoco habría entrado más temprano con él ni le habría dejado seguir jugando con Tami. Así que no quiero mostrarme malhumorada, sino conciliadora. No quiero discutir, estoy demasiado feliz para eso.

—No pasa nada. ¿Te lo has pasado bien, cariño? —me dirijo a nuestro hijo. Porque eso es lo que es: *nuestro* hijo, no importa lo pésimo marido que fuera Thomas. Parece que Thomas también quiere a Luis. De alguna manera, en los últimos meses, he perdido completamente de vista el hecho de que también tiene sus lados agradables. Bueno, al menos algunos.

—Estuvo brutal —responde Luis. ¿Qué era eso de los lados agradables? Lanzo una mirada de advertencia a Thomas. Se encoge de hombros disculpándose.

—Estoy trabajando en ello —dice en voz baja. Al menos ha interpretado correctamente mi mirada.

—Me dejaron dar tres vueltas en el kart con papá, es muy divertido, mamá. Papá, volvamos a los karts la próxima vez. ¡Por favor!

—Veremos si se puede, ¿Ok? Es bastante caro, ya te lo he dicho. Por favor, ve a lavarte los dientes... necesito hablar un momento con mamá.

¿Qué le pasa? Luis desaparece en el baño, protestando en voz baja; mi ex y yo entramos en la cocina y nos detenemos en medio de la habitación. No tengo ganas de ofrecerle un café. Sobre todo, porque, de todos modos, preferiría tomarse una cerveza.

—¿Pasa algo? —le pregunto. Si piensa venir a decirme que quiere recortar la manutención, le retorceré el cuello ahora mismo, cortaré en pedacitos y lo congelaré. De todos modos, finalmente tendría una razón

para estrenar mi nueva adquisición: una máquina de última generación para sellar al vacío.

—No, ¿tiene que pasar algo necesariamente? Necesitas relajarte, Vicky. Iba a sugerir que volviéramos a ser un poco más amables.

Uh-oh. ¿Va a ligar conmigo o qué? Demasiado tarde, Thomas, demasiado, demasiado tarde. Incluso los años de abstinencia han terminado, porque en los últimos días he estado disfrutando gloriosamente de... Um, sí.

—Define más amables —digo.

—Con eso quiero decir que deberíamos dejar de tener estas peleas innecesarias. Me estresa. Y tampoco es bueno para el pequeño; seguro que en algún momento se da cuenta y se entristece.

—Thomas, sinceramente, me alegro mucho de que lo veas así, porque claro que es verdad. Tienes razón. A partir de ahora estaremos en tregua, ¿sí? Sin duda es mucho más agradable si no nos peleamos todo el tiempo, solo por el bien de Luis. Estoy harta de este constante pleito entre nosotros. Si algo te molesta, por favor dímelo y no me exaltaré inmediatamente. Y yo también te diré algunas cosas para que al menos lo pienses un poco. ¿De acuerdo?

Hago un esfuerzo y sonrío a mi exmarido. Después de todo, yo le quería y sé qué tipo de sonrisa le gusta.

—De acuerdo. Por cierto, estás muy guapa. ¿Estás enamorada?

Hm. ¿Es de su incumbencia? Sí, claro que le incumbe, porque ahora estoy con Simón, lo cual no es ningún secreto. Tengo que admitir que los celos evidentes de su ex me molestaron por un lado, pero por otro lado me agradaron un poco. Simón es parte de mi vida ahora, sí.

—Como ahora somos amigos, supongo que puedo decírtelo —confieso con un guiño. Ignoro deliberadamente el hecho de que saca una basura de chicle del bolsillo de su pantalón y lo tira sobre la mesa de mi cocina. Supongo que algunas cosas nunca cambian—. Sí, estoy enamorada. Conocí a alguien y creo que podría ir en serio. Todavía es reciente, pero... sí, sí, me gusta mucho. Vive aquí en el edificio, un piso más abajo. Su hija es Tami, la amiga de Luis; seguro que te ha hablado de ella.

Thomas baja la mirada un momento. ¿Fue demasiada información? Cuando vuelve a levantar la vista, su expresión es muy suave. Ése es su verdadero yo. Desgraciadamente, rara vez sale a la luz y, por desgracia, no pude conservarlo para mí. Se acabó, pero de repente me pongo sentimental y podría echarme a llorar.

—Me alegro por ti, Vicky. Sé que metí la pata. Y yo mismo sé la mierda de marido que fui y que probablemente volvería a ser en el futuro. Esperemos que esta vez tengas más suerte con tu elección. ¿Cómo se llama? Por si algún día tengo que darle un puñetazo en la cara, jaja.

—Simón —digo y sigo riendo.

Una semana más y ya estaré sentada arriba en mi nueva oficina. Acabo de enterarme por mi jefe y no puedo creer lo rápido que va a suceder.

—Sra. Mahler, ya sabe que no me gustan los discursos, pero ha hecho un buen trabajo. Procure que haya un pequeño brindis aquí el viernes, de lo contrario tendré que volver a escuchar a sus colegas quejarse durante días. Y vaya a la oficina del dentista y véndale algunos artículos. Espero al menos dos ventas en su última semana. Ah, sí, y luego puede cerrar el trato de la oferta de verano con esa loca profesora de yoga —ordenó el Sr. Stolzenberg por llamada telefónica.

—Está bien, Sr. Stolzenberg —le dije. Puedo conseguir dos ventas. Quiero una calificación perfecta del viejo amargado, cuya rareza quizá eche un poco de menos. A cambio, pronto tendré al Sr. Wieter como jefe. Esperemos que siga siendo tan simpático como parece hasta ahora. Nunca se sabe. A veces los más amables resultan ser los peores.

Estoy preparando un presupuesto para la cita con el dentista cuando llaman a la puerta de mi oficina. Incluso antes de que diga "*Pase*", Rebecca Maier, "*con a-i*", entra dando fuertes pasos con sus botas extravagantes

—Hola, necesito hablar contigo —dice sin un atisbo de sonrisa en la cara. Lo cual no es de extrañar, porque Rebecca rara vez o nunca sonríe. Por eso, tras unos meses en la empresa, la sacaron del equipo de ventas y la pusieron al teléfono, donde ahora tiene que hacer y recibir llamadas.

—Sí, por favor, date prisa —le respondo—, tengo una cita dentro de un momento y probablemente me tome una hora llegar en el auto.

—Bueno, tendrás que manejar rápido —se burla Rebecca. Uy. ¿Qué le pasa otra vez? Sé que aún a día de hoy está celosa de mí porque me dieron su puesto de trabajo, pero ¿qué puedo hacer al respecto? Me contrataron cuando la obligaron a irse. No le quité nada, fue una decisión de la dirección.

—Rebecca, por favor, ¿no podemos dejarlo ya? —pregunto—. Y si es por este trabajo... me iré pronto. Créeme, el trabajo de campo también

apesta. Lo sé, las llamadas aún más. Rebecca, siento mucho cómo fueron las cosas entonces.

—Pfft —dice desdeñosamente—. No te creas tan importante, no se trata de eso. No quiero tu trabajo de mierda. ¿Cómo te atreves a decir semejantes estupideces en la radio sobre cómo hay que *organizarse mejor? Ayúdense mutuamente y túrnense para cuidar a los niños* —me imita—. ¿Cómo te atreves, Victoria! ¿En qué clase de mundo de fantasía vives? ¿Te das cuenta de que no todo el mundo tiene un entorno tan estupendo como tú? Tu entrevista fue una bofetada a todos los padres solteros.

Dios mío. Oh no, que buen momento para esto.

—Yo también soy madre soltera, por si lo has olvidado, Rebecca. Eso está completamente fuera de contexto ahora. La gente de la radio se me acercó de golpe con su micrófono. Se supone que dices algo espontáneo en una situación como esa —respondo.

—Bien por ti. Porque yo no he encontrado a nadie que cuide a mis hijos durante una semana. Y tengo dos. Organizarse para cuidar a un niño puede ser posible, pero ¿qué pasa con la gente como yo? Además, podías tomarte dos días libres. Como por si ya no estaba claro. A la fina Sra. Mahler le besan el culo mientras a mí me mandan por un tubo. Mi semana fue un horror total, ¡por si quieres saberlo!

Ahora está a punto de perder la cabeza. Arde de ira y todo su cuerpo está en movimiento. Toda su rabia por la huelga de profesores se descarga aquí, en mi oficina. Es francamente grotesco.

—Rebecca —intento con voz de psicóloga. ¿Para qué he pasado por innumerables cursos de formación en ventas, en los que se me certificaba con un alto grado de empatía?—. Te entiendo. Estoy de tu lado, ¿hola? ¡Tierra a Rebecca! —Sonrío, pero a ella no le hace gracia. Pues no me importa. bruja estúpida—. Por favor, no juzgues demasiado la entrevista. Sólo quería decir que algunas situaciones parecen completamente desesperadas a primera vista y pueden resultar no ser tan malas después de todo. Ese fue mi caso. Siento que no fuera tu caso.

—Ahórrate tus tonterías, Victoria. Siempre eres dulce y agradable por fuera, pero eres una auténtica serpiente por dentro.

—¿Perdón? Me estás confundiendo, ¿verdad? ¿Cuál es exactamente tu problema conmigo?

Ahora también empiezo a perder la paciencia. ¿Quién se cree que es?

—Tú eres el problema, Victoria Mahler. Cometiste un grave error al hacerte la super heroína. La mujer que todo lo puede, jaja, ¡me parto de risa! Lamentarás amargamente tu posición. Espero que te diviertas en tu nuevo departamento. He hablado con algunas personas de allí y les he contado cómo eres. Sólo para avisarles. ¿Y ahora qué piensas? ¿Todavía quieres hacerte la dura? Puedes despedirte de eso.

Me he quedado con la boca abierta. No se me ocurre nada más que decir. ¿Rebecca Maier acaba de amenazarme con intimidarme? Creo que esto ya es acoso. Los pensamientos se arremolinan en mi cabeza y simplemente no tengo ni idea de lo que podría decir para calmar a mi colega. Todo lo que he dicho hasta ahora sólo lo ha empeorado. Sale corriendo de mi oficina y da un portazo. Perpleja, me quedo atrás y me pongo a llorar. Mierda, ¿qué voy a hacer ahora? Esta maldita zorra probablemente va a arruinar toda mi carrera por una estúpida entrevista de radio.

Tengo que hablar con mi jefe, no hay otra manera. Quién sabe lo que Rebecca se inventará para hundirme. Le escribo unas líneas a través del chat interno de la empresa.

Hola Sr. Stolzenberg, ¿podría hablar con usted hoy, unos 15 min? Hay problemas de comunicación interna que no puedo resolver sola. También puede ser después de su cita en la administración municipal. Me quedaré más tiempo. Gracias, Saludos V. Mahler

Rara vez hago algo así, y mi todavía jefe lo sabe. Su respuesta es rápida.

5:30 P.M. en mi oficina. S.

Oh, vaya. Pero al menos hoy me da cita y no lo deja para más tarde. Si no, esta noche no pegaría ojo por miedo a mi nuevo trabajo. Llamo a la guardería y le digo a Dora que hoy no podré recoger a Luis hasta mucho más tarde de lo habitual, después de cenar. El cargo de conciencia hacia mi hijo es comparable a la presión de tiempo que tengo ahora por la cita en la oficina del dentista. Cojo el maletín promocional y corro hacia mi carro, estresada.

Simón

¿Debería enviarle un mensaje? ¿Un pequeño mensaje de "*Estoy pensando en ti*"? ¿Quizás un emoji de beso?

Por otro lado, no quiero molestarla. Pero el largo beso de esta mañana frente a la guardería me hizo desear más inmediatamente. Agarro el celular, pero lo vuelvo a guardar indeciso. Un estúpido dicho pasa por mi cabeza. Para ser diferente, hazte notar. ¿O era al revés? Para hacerte notar, sé diferente.

No importa, el mensaje es el mismo.

No sé lo ocupada que esté en sus últimos días en el actual puesto de trabajo. Probablemente tiene mucho por terminar. Tal vez incluso formar a su sucesor. Estoy seguro de que le encantaría recibir un breve mensaje de texto para hacerle saber que pienso en ella. Sin embargo, probablemente se sentiría obligada a responderme. Y no sé si tiene tiempo.

Por supuesto, puedo escribir debajo que no es necesario que responda. Pero eso podría malinterpretarse. Algo así como: Él no quiere un beso de mi parte.

¡Complicado!

Lo mejor es dejarlo pasar y concentrarme en mi trabajo. No es que no tenga nada que hacer hasta que pueda recoger a Tami de la guardería.

Sólo que a Luis no me dejan llevármelo, lo que me parece completamente ridículo.

Dora nos ha informado hoy de que su jefa tendría que decidir sobre nuestra petición. Supuestamente, podemos esperar una decisión final para el miércoles.

Podría apostar que lo hace a propósito. Cuando inscribí a Tami en el centro, no hubo ningún problema en nombrar a Marián como una persona autorizada para recoger a mi cielo. ¿Por qué una segunda persona, que incluso es miembro del grupo de padres, representaría un problema para los procedimientos de la guardería?

No lo creo.

Por un momento me planteo la idea de escribir una carta de queja. Pero en realidad estoy de demasiado buen humor como para formular siquiera una palabra desagradable.

Oh, la vida es bella.

Como para confirmarlo, suena de repente el timbre de la puerta.

Me pregunto si será Vicky. ¿Habrà venido por un momento rápido y apasionado porque también ha estado pensando en mí todo el tiempo?

Las entregas de correo ya pasaron por aquí, no espero ningún paquete.

Debe ser Vicky.

Corro hacia el pasillo. Para no hacerme demasiadas ilusiones, primero veo por la mirilla, porque claro, podría ser un vecino. Sería una decepción tener la esperanza de ver a tu guapa novia y en su lugar ver la cara malhumorada del señor Müller. Pero no hay nadie en la puerta, lo que aumenta inmensamente mi expectación. A nivel emocional y al mismo tiempo en una parte muy concreta de mi cuerpo. Pulso el botón y abro la puerta.

Escucho unos pasos de mujer que se acercan hacia mí.

—¿Vicky? —llamo impaciente.

Por desgracia, nadie responde. ¿No me escuchó? Antes de hacer el ridículo repitiendo su nombre impacientemente, me doy cuenta de quién me hace el honor. Muy a mi pesar, no es mi vecina.

—¿Qué fue ese ridículo espectáculo? —pregunta Marián enfadada.

Se detiene dos pasos delante de mí. Normalmente ahora me haría a un lado para invitarla a pasar, pero su aspecto me parece tan extraño que no le permito entrar.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cuánto tiempo esperaron ayer afuera para pavonearse convenientemente delante de nosotras tomados de la mano?

—Ah, ¿te refieres a Vicky y a mí? —pregunto, deliberadamente despreocupado.

—A Vicky y a mí —me imita—. Es sólo un montaje.

—El amor es...

—Oh, ahora hablas de amor. Eres tan ridículo.

—¿En qué sentido?

—¡Escucha, Simón! ¿Crees que no me di cuenta? Llevas años soltero, sin dejar que ninguna mujer se te acerque. Justo cuando te digo que estoy embarazada y expreso mi deseo de que Tami viva conmigo, consigues

pareja en un abrir y cerrar de ojos. Sí, claro. ¿Qué tan estúpida crees que soy?

Interiormente, admito haberla subestimado. Si mi vecina y yo no nos hubiéramos puesto serios inesperadamente, probablemente habría derrumbado mi plan original. Y dado a un tribunal razones suficientes para dudar de mi credibilidad básica.

Pero como ya he dicho: la vida es bella. Al menos a veces. En lugar de utilizar a Vicky para hacer un montaje, ella asumió el papel principal en mi vida junto a Tami. Un gran giro a la trama

—¿Así que tu amenaza de quitarme a Tami es lo que llamas *expresar un deseo*? —compruebo.

—¡Tú me quitaste a Tami! —grita.

El inesperado arrebató de ira me aturde y doy un paso atrás.

—¿Cómo?

—Papi hizo esto, Papi hizo aquello. La veo cada dos fines de semana, y en esas preciosas ocasiones lo único que hace es hablar maravillas de ti. Cada maldito minuto. ¿Sabes cuánto me cabrea eso? Afortunadamente, todo acabará pronto.

Esa es mi niña, pienso satisfecho.

—¡Olvídalo, Marián! Has fracasado completamente como madre de Tami, y vivir contigo sería perjudicial para su desarrollo. Ambos sabemos que es gracias a mí lo espléndida que se ha vuelto.

—¡Hijo de puta! —regaña—. No vas a destruir mi sueño de tener una familia sana.

—Así es. Porque lo hiciste tú sola. Yo te quería, y tú nos veías a los dos, a mí y a Tami, como una carga. La fuente de tu infelicidad.

—He cambiado. Soy un diferente...

—¡Desgraciadamente no para mejor! Si no, entenderías que quitarme a Tami le haría daño.

—¡Eres un idiota arrogante! Mi abogado acabará contigo.

—Mi abogada no piensa lo mismo.

—¡Vete a la mierda!

—No me interesa.

Me lanza una última mirada de enfado, gira sobre sus talones y baja las escaleras. Se abre una puerta en la planta baja.

—Escuche, señorita —suenan la voz molesta de Müller—. Por favor, absténgase de hacer ese ruido en la escalera. En Alemania existe un

periodo de descanso a mediodía regulado por ley, que incluso...

—Cállese, nazi frustrado.

—Qu-Qué...

Antes de que Müller pueda recomponerse de su sorpresa, la puerta principal ya se ha cerrado de golpe.

Bien, tengo que darle crédito a Marián por una cosa. Sería estupenda como adversaria de Müller. Seguro que sería divertido que ambos se enfrentaran en una reunión de vecinos.

Me presento en la guardería a la hora habitual para recoger a Tami. Vicky también había dicho esta mañana que terminaría de trabajar sobre las tres y media. Sin embargo, no veo su auto en el estacionamiento. Me siento en mi vehículo durante cinco minutos antes de darme cuenta de que puedo estar perdiendo un tiempo valioso. A lo mejor nos está esperando en casa con Luis mientras tanto y simplemente no nos hemos cruzado.

Pero esta ilusión me es robada, porque Tami y Luis están jugando juntos en el arenero.

—Hola, cariño —le digo.

Inmediatamente mira por encima del hombro, se levanta de un salto y corre hacia mí.

—¡Por fin estás aquí! —me saluda.

—Yo también me alegro de verte —Me agacho y abrazo a mi niña.

Mientras tanto, Luis ha ido a por Tami. Pero parece totalmente infeliz y hace un puchero.

—¡Hola Luis! ¿Qué pasa?

—¿Puedes llevarme? —pregunta—. No quiero quedarme sin Tami.

—¿Y tu madre?

—Tiene que trabajar. Llegará tarde. Es una estupidez.

—¿A qué hora pasará por ti? —pregunto.

—No lo sé, pero más tarde —refunfuña.

Como no consigo nada con esta afirmación, busco a Dora, a quien veo en el columpio.

—Espera. Le preguntaré a Dora.

En cuanto la maestra me ve, cruza los brazos a la defensiva delante del pecho. ¿Y todo esto porque coqueteó conmigo sin éxito en el supermercado? ¿O porque defendí a Vicky?

—Dora, siento molestarte. Luis Mahler me dice que hoy su madre lo recogerá más tarde de lo habitual. ¿Es eso cierto?

—En realidad, no es asunto tuyo.

Me quejo dramáticamente.

—¿En serio tengo que llamar a la Sra. Mahler para obtener esta información?

—Se puso en contacto conmigo este mediodía y me pidió que cuidáramos a Luis un tiempo más como excepción. Tenía una cita de trabajo que se interpuso. Con nosotros, puede hacer esos aplazamientos. Somos flexibles.

—Podría llevármelo conmigo —sugiero.

—Eso es imposible sin el permiso de la Sra. Mahler.

—Le hemos dado permiso por escrito.

—Mi jefa aún no lo ha decidido.

—¿Está tu jefa? —quiero saber—. Me gustaría discutir esto.

—Ella ya salió del trabajo.

—¿Y si la Sra. Mahler le confirma ahora por teléfono que estoy autorizado?

Dora pone los ojos en blanco, molesta.

—Como sea.

Inmediatamente busco mi teléfono móvil y marco el número de Vicky. Pero me redirige directamente al buzón de voz.

—Me manda a buzón de voz. ¡Qué estupidez! Dora, tienes nuestro consentimiento por escrito. Muestra tu buen corazón.

—¡Señor Decker! Me parece bien. Pero tendrá que ser a partir mañana. No puedo dejar que se lleve a Luis hoy. Le hemos asegurado a su madre que lo cuidaríamos hasta que ella venga a buscarlo.

Como al menos he conseguido una pequeña victoria, prescindo de más discusiones, le doy las gracias y vuelvo con los niños. Ni a Tami ni a Luis les entusiasma estar temporalmente separados el uno del otro. Sólo con mi promesa de que todo cambiará a partir de mañana logro que accedan.

Vicky

—Te estaba esperando, querida. Aquí tienes algo que vas a necesitar — me recibe Gloria en la entrada y me tiende una botellita.

—Lo siento, realmente no tengo tiempo. Luis tiene que darse un baño y luego irse rápido a la cama. He tenido un día horrible en el trabajo. ¿Qué es esa botella?

Me gustaría apartar a mi vecina lejos de mí, estoy tan molesta.

—La bañera está estropeada —explica Luis y da una patada a la barandilla con el pie. Ambos hemos tenido un largo día y, de hecho, me gustaría patear algún sitio a mí también.

—Luis, por favor, no hagas eso. Entra, ya voy para allá.

Abro la puerta y me dirijo a Gloria, que lleva un vestido de lino verde hierba hasta el suelo y un pintalabios y esmalte de uñas rojo oscuro; a eso le llamo yo estar combinada: el líquido del frasco también brilla en rojo oscuro.

—Lo siento. Empecemos de nuevo. ¿Qué es eso? —Señalo la botella.

—Querida, ¿no me escuchaste? Te había advertido de la falsedad de una persona cercana a ti.

—Ya veo —respondo, aliviado—. Sí, sí, te escuché, pero no creo que sea gran cosa. Y si lo es, seguro se trata de una colega celosa, yo también estoy preocupada por ella en este momento. Puedo manejarlo. Gracias por tu ayuda.

—No, no, la oscuridad proviene de un ser muy cercano a ti—insiste Gloria.

Parece realmente preocupada porque se pasa repetidamente las manos por los ojos y la frente. Para tranquilizarla, le toco brevemente el hombro.

—Está bien, no te preocupes por mí innecesariamente —La pobre anciana, es francamente conmovedora—. Lo que has leído en tus cartas o lo que te ha dicho Ruru no es del todo descabellado. Alguien de mi empresa está intentando hacerme pasar un mal rato ahora mismo. Ya he hablado con mi jefe y él se ocupará del asunto. Bueno, espero que funcione. Aun así... Es realmente una molestia, pero no es un gran problema.

Gloria mueve la cabeza con resignación.

—Toma este elixir y aplícalo en las partes palpitantes de tu cuerpo dos veces al día. Así alejarás a la oscuridad.

Que la fuerza me acompañe, ¿o qué? Dios mío, entonces me llevaré la botella. Sin embargo, no me lo pondré en todas las partes palpitantes del cuerpo que se me ocurren.

—Ok, gracias, ahora tengo que ir a ver a Luis.

—Buenas noches, mi conejito —le digo a mi hijo, le doy un beso y aliso la manta.

—Soy tu conejito de la nariz roja —responde y me abraza.

—Y una oreja azul —respondo, terminando nuestro libro infantil favorito, que le leo a Luis desde que nació.

—Eso ocurre muuuuuuuuy raramente. Buenas noches, mamá.

Se queda dormido en el acto, está agotadísimo. Odio cuando tengo que dejarlo con otra persona todo el día después de ni siquiera tenerlo conmigo el fin de semana. ¿Conseguiré controlar conciencia culpable? Me siento destrozada todo el tiempo y casi me rompe el corazón tener que volver a sacar a Luis de su sueño cada mañana, porque debería ser un derecho básico para un niño de cinco años poder al menos dormir hasta tarde.

Y ahora suena el timbre. La débil esperanza de que pudiera ser Simón se desvanece con el segundo timbrazo. Nunca sería tan desconsiderada. Si es Gloria otra vez, tendré que ser grosera. El final de este día pide a gritos una barra de chocolate con leche y nueces, que me espera la alacena detrás de los paquetes de arroz cocido en bolsa para casos de extrema emergencia.

De camino a la puerta, me quito los anillos, la pulsera y el collar y lo dejo todo en el armario de los zapatos; luego abro la puerta al nocturno perturbador de la paz.

—Hola —me saluda Pamela. Eso tiene sentido.

—Pamela. Uf, estoy realmente agotada, pero de todos modos, entra. ¿O estás de paso?

Afortunadamente, Luis duerme como un tronco y no se despierta. Con un gesto de la mano, le digo a mi prima que baje la voz. Claro que no le importa. Ni siquiera sé por qué sigo siendo razonablemente amigable. Como si una prima fuera un pariente importante. Me viene a la mente el

dicho de que *“la sangre es más espesa que el agua”*, pero no estoy muy segura de la validez de esta filosofía de vida con Pamela.

—No me importa si no es un problema para ti que tu inquilino lo vea todo. No me molesta —dice, imitando obviamente a Paris Hilton echando las manos hacia atrás y empujando una cadera hacia delante. Vaya, vaya, vaya.

—Pasa, vamos a la sala —decido, avanzo y me siento en el sofá con las piernas flexionadas. Pamela toma asiento frente a mí y cruza las piernas. Paris Hilton, claramente.

—Vamos al grano, yo tampoco tengo mucho tiempo porque tengo que ir a Zumba. También deberías hacerlo tres veces por semana, podría ayudar a tu tejido conjuntivo —dice. Se sorprenderá de lo que su tejido conjuntivo hará con sus enormes tetas dentro de unos años.

—Vamos —respondo—, en realidad no tengo nada de tiempo. Y ya sabes lo difícil que es para mí tener una niñera a mano todo el tiempo... —Levanto las cejas y pongo cara de madre que ha pillado a su hijo in fraganti robando galletas.

—Sí, tienes mucha suerte de tenerme —explica Pamela—. Sobre todo, porque no sólo soy tu niñera, sino que ahora también soy tu salvadora.

—Un poco más pequeño, ¿no lo tienes? ¿De qué intentas salvarme?

—De un gran error.

—Vaya. ¿Qué error estoy cometiendo aparte de no hacer Zumba y arriesgarme a que se me caigan las tetas?

—Antes me refería a tus muslos —replica mirándome despectivamente a las piernas—. Te acuerdas del miércoles, ¿verdad?

—Miércoles, miércoles... sí, claro, cuando cuidaste a los niños. ¿Por qué?

—No, no cuando yo cuidaba a los niños, sino cuando tú los cuidabas. Por la noche. ¿Te acuerdas?

Por supuesto, Srta. Hilton, lo recuerdo. Ahora se comporta como una cosmopolita, pero es demasiado tonta para rellenar formularios extranjeros y siempre me deja hacerlo a mí.

—Sí, lo recuerdo. ¿Cómo sabes que Tami durmió aquí?

Apenas entiendo lo que dice. Pamela se echa hacia atrás con placer e intuyo que ha llegado su gran hora. De alguna manera me siento rara, no tengo una buena sensación en absoluto.

—Lo sé, por supuesto, por su Sr. Papá, ese idiota. Después de todo, necesitaba una niñera para poder reunirse conmigo.

—¿Eh? —digo. ¿Qué sentido tiene eso? Simón estaba en una cena de negocios.

—Dios mío, Vicky, eres más ingenua de lo que pareces. Simón y yo fuimos al restaurante portugués de Paulo. Quería darme las gracias por mis servicios de niñera. Bueno, yo sólo soy una mujer, pero a diferencia de ti supe enseguida que sólo se trataba de sexo, y no de amor. Vicky, te está engañando. Quería engañarnos a las dos, pero me importa una mierda, de todas formas, no me interesan los tipos como él. Es una pena que caigas en la trampa. Por eso estoy aquí. Quiero evitarte más decepciones.

Se me contrae el estómago. No sé dónde duele más. ¿El corazón? ¿El estómago? Me duele la cabeza. ¿Simón dejó a Tami aquí para encontrarse con Pamela? Eso no puede ser verdad. No, no puede. Me tiembla la voz al continuar:

—¿Fueron donde Paulo? ¿Simón y tú?

—Sí, ya te lo he dicho. Bueno, primero fuimos donde Paulo. Después de eso... Oh, ahorrémonos eso, Vicky. No te preocupes, ya deberías estar acostumbrada a este tipo de cosas. Recuerda a Thomas, ya sabes cómo son.

—No te creo. Simón no es así. No, no es como Thomas. Jamás en la vida se iría a la cama contigo y poco después conmigo... No.

—Oh, ¿quieres pruebas? No tengo una foto de nosotros en acción, pero tengo una de justo antes. Aquí, un selfie del tipo al que le gusta follarse a dos primas. Probablemente te pediría hacerlo con las dos a la vez. Bueno, ahora ya lo sabes. Y lo siento, no me agrada lo de follar con dos mujeres, si acaso, lo de follar con dos hombres.

Saca su celular, se levanta y se acerca hacia mí. Mecánicamente agarro el teléfono, aunque en realidad no quiero ver nada. Pero los veo a los dos. Pamela presiona un beso en la mejilla de Simón mientras se toma un selfie. Ese de la foto es claramente él. Me siento mal, creo que voy a vomitar.

—Tienes un aspecto horrible, Vicky, te dejo —dice—, de todas formas tengo que ir a Zumba. La instructora siempre necesita que la apoye porque soy natural. No te preocupes por ese tipo. Personalmente, pensé que era un poco flojo en la cama, pero bueno, tengo diferentes estándares, por supuesto. Adiós, Vicky.

Adiós, Pamela. Ojalá que te parta un rayo. Y a Simón Decker también.

La última vez que lloré tanto fue hace años. Nunca quise volver a llorar por un hombre, y ahora lo hago. ¿Cómo pude equivocarme tanto con Simón? ¿Cómo pude ser tan estúpida de creer por un segundo que por fin había tenido suerte en el amor? Así que mi primera impresión de él era acertada: Es un mujeriego, arrogante y guapo con el que no tengo nada en común.

Me lancé literalmente sobre él porque estaba hambrienta de afecto y atención. Eso no me volverá a pasar, fue la última vez. Siempre proyecto mis deseos más secretos en los hombres, pero debería comprender de una vez por todas que un hombre de ensueño sólo existe en los sueños. Y esto es una pesadilla hecha realidad.

Sin levantarme alcanzo el siguiente paño de mocos. A mi alrededor ya se acumulan los pañuelos completamente arrugados por toda mi cama, pero de todos modos nunca podré volver a dormir. Ahora me voy a echar una buena llorada, para que a partir de mañana por la mañana nadie se dé cuenta de que me he enamorado de un auténtico imbécil.

Realmente soy increíblemente ingenua. Incluso Pamela tiene razón. Simón le hizo a ella lo mismo que a mí... No quiero ni pensarlo... Una vez más corro al baño y revuelvo mis pensamientos más profundos. Desde el retrete, mi mirada se posa en la poción de Gloria, que ahora probablemente necesito menos que nunca. Con rabia, arranco el pequeño corcho de la abertura y tiro el líquido rojo oscuro por el lavamanos. ¡Odio a todos los hombres!

Cuando cierro los ojos durante unos minutos al oír el primer canto de los pájaros, intento pensar en Thomas. Quien me hizo lo mismo, pero al menos me acostumbré en algún momento. No quiero volver a pensar en Simón Decker. Cuando estoy triste, pienso en Thomas. Quizá sea una estrategia adecuada para acabar con todas las emociones hacia mi vecino de abajo para toda la eternidad.

Simón

De algún modo, siento que ayer algo iba mal. Cuando Vicky llegó a casa con Luis por la noche, la oí, pero en ese mismo momento estaba hablando por teléfono con mi madre, así que la llamada terminó alargándose mucho más de lo previsto.

Luego quise subir a casa de mi vecina, pero por suerte vi a Pamela por la mirilla cuando estaba a punto de salir. Así que tuve que esperar de nuevo. Entre medias le había enviado un mensaje de WhatsApp, pero para mi gran sorpresa quedó sin leer. Probablemente lo pasó por alto. Hice mi último intento a eso de las nueve y media, pero parece que no escuchó cuando llamé a la puerta.

¡Es ridículo!

Si Dora no se lo ha dicho, ni siquiera sabe que puedo recoger a Luis a partir de ahora.

Tengo que despertar a Tami dentro de diez minutos para que nos dé tiempo a desayunar juntos. Me pregunto si podría...

Miro mi teléfono móvil. Me muestra que Vicky está en línea, pero aún no ha leído el mensaje de ayer.

Rápidamente reprimo el inquietante presentimiento. No. Tras el fantástico fin de semana y el precioso beso de despedida del lunes por la mañana en la guardería, no tengo de qué preocuparme. No hay razón para ser pesimistas. Realmente no lo hay.

Ocho minutos antes de ir a la habitación de Tami, me he decidido. Salgo tranquilamente del piso y corro a casa de Vicky. Esta vez toco el timbre porque Luis suele despertarse a la misma hora que Tami, por lo que tengo entendido.

Noto que alguien se acerca a la pequeña mirilla y hago un gesto de beso.

—Vicky, tengo algo importante que decirte —le explico el motivo de mi visita sorpresa después de que no hay ninguna respuesta en varios segundos—. Sobre la guardería.

¿En serio todavía le da vergüenza enfrentarse a mí por la mañana sin maquillaje?

Finalmente gira la llave y me abre la puerta.

—Hola mi... —Su mirada suprime el resto de la frase—. Vicky, ¿pasó algo? ¿Estás bien?

Veo claramente que debió de llorar durante gran parte de la noche. Sus ojos están completamente hinchados, su cara está pálida. Doy un paso adelante para tomarla en brazos, pero ella me detiene con una mano.

—¿Vicky? —pregunto sin comprender.

Ella sacude la cabeza.

—Fue un error lo de nosotros —dice entrecortadamente.

—¿Qué?

Por un momento espero haberla oído mal. Pero da un paso atrás y cierra la puerta.

No le deseo esta sensación ni a mi peor enemigo. Como si me hubiera arrancado el corazón y lo hubiera convertido en trozos indigeribles que tengo que tragar contra mi voluntad. De repente me siento enfermo.

—¿Vicky? —grito.

—¡Vete! —exige.

—Vic... Yo... pero... qué —tartamudeo inútilmente.

—¡Vete! —repite.

—Explícame. No me dejes aquí parado como estúpido.

—¡Largo!

—¡Vicky! —En mi perplejidad, no se me ocurre otra cosa que repetir su nombre.

Pero ya no reacciona.

Llamo a la puerta y no me importa que Luis pueda estar aún durmiendo. Quiero volver a las sensaciones del domingo por la noche. No entiendo qué puede haber cambiado.

¿He hecho algo mal?

—Simón —suenas una voz detrás de mí.

Me sobresalto y me vuelvo hacia Gloria, quien aparece de repente.

—Querido, es increíblemente importante para tu futuro...

La perplejidad por el comportamiento de Vicky se convierte en frustración. Aunque por dentro sé que es grosero, Gloria recibe mi frustración.

—¡Déjame en paz con tus tonterías! —le grito—. Estás completamente loca. ¡Vieja loca!

Su expresión dolida me satisface y me avergüenza al mismo tiempo. Pero soy incapaz de deshacer las palabras con una disculpa. Para poder pensar en paz, bajo corriendo las escaleras y cierro de un portazo la puerta de mi departamento.

—¿Papá? —pregunta Tami.

Atónito, levanto la vista de la taza de café que he estado sosteniendo y mirando durante lo que me parece una eternidad.

—Buenos días, cariño.

¿Qué hora es? Miro el reloj de pared lo más discretamente posible.

¡Oh, no! Media hora más tarde de lo habitual. Si la pequeña no se hubiera despertado sola, probablemente la habría dejado dormir hasta mediodía.

Se acerca a mí y la subo a mi regazo. Desesperado, aprieto la nariz contra su denso cabello: su olor me reconforta.

—¿Estás triste? —pregunta inquieta.

—Un poco —confieso, aunque suelo tener cuidado de no preocupar a Tami cuando me siento mal.

—¿Sobre qué?

No quiero decirle una mentira, pero por otro lado aún no entiendo lo que está pasando.

—Sobre Vicky.

—¿Se pelearon?

—Sí.

—No te preocupes —intenta tranquilizarme—. Luis y yo también nos peleamos ayer. Cinco minutos después todo estaba bien.

Le sonrío agradecido. Sin embargo, explicarle que no suele funcionar así con los adultos está más allá de mis capacidades.

—Se nos hace tarde —dice Tami.

No hago ningún esfuerzo por recuperar el tiempo perdido. Desayunamos juntos tranquilamente y no me preocupo porque se dé prisa.

En un momento de silencio, oigo ruidos en la escalera. Definitivamente son Vicky y Luis. Por desgracia, mi hija también los oye.

—Voy a saludar a Luis —me informa y se dispone a levantarse.

—¡No, no lo harás! —reacciono con un tono más alto de lo necesario.

En mitad del movimiento, Tami se detiene y me mira sorprendida.

—¿Papi? ¿Por qué me gritas?

—Oh, princesa, lo siento. No era mi intención.

Rápidamente la abrazo, porque si Tami se pusiera a llorar por mi culpa, yo no podría contener mis propias lágrimas.

En vez de eso, se ríe.

—¡Auxilio, papá! Me estás apretando.

—Sólo porque eres demasiado tierna —La suelto y decido hacerle una propuesta especial—. ¿Qué te parece si nos quedamos aquí hoy?

—¿No hay guardería? —se asegura.

—Exactamente.

—¿Dora tiene algún problema?

—No. Este será un día especial de Papá y Tami. Podríamos jugar afuera, tomar un helado y quizá comprarte ropa bonita.

—No —dice—, quiero ver a Luis.

—También podemos comprar una muñeca nueva —empiezo un segundo intento.

—Pero no es mi cumpleaños —responde ella.

—La muñequita sería por el día especial de Papá y Tami.

—Quiero ver a Luis —repite.

Resoplo como un caballo, lo que le arranca una carcajada.

Sin embargo, de repente me doy cuenta de la oportunidad que estoy perdiendo. ¿Vicky no quiere dar explicaciones? ¿No piensa decirme qué hice mal? Pues, difícilmente podrá escabullirse en silencio en cuanto le pida una aclaración en público, más concretamente, frente a la guardería.

—Bien entonces, allá vamos. Ponte rápido los zapatos y correremos a la guardería.

—Aún no me he lavado los dientes.

—¿Quieres llegar a tiempo?

Asiente con gravedad y sale corriendo.

Un minuto después entro corriendo al baño, donde Tami está ocupada sacando pasta de dientes del tubo.

—Cariño, tenemos que irnos —suspiro—. Olvidé una cita muy importante —Le quito el tubo de la mano y me pongo un poco en el cepillo de dientes.

—¡Abre la boca!

—Puedo hacerlo sola —me recuerda.

—Lo sé. Ahhhh.

Después de que cada diente haya tenido al menos un breve contacto con el cepillo, lo mantengo bajo el grifo.

—¡Enjuágate la boca!

—¿Fue suficiente tiempo?

—Claro —miento.

Llego a la guardería en el tiempo récord de seis minutos. Estoy seguro de que nadie ha recorrido esta distancia tan rápido. Sólo dos semáforos en rojo me detuvieron en el camino, de lo contrario habría sido un acontecimiento digno de un libro Guinness.

Pero aun así no alcanzo a Vicky. Su carro ya no está en el estacionamiento.

Toda la energía que se había despertado en mí, abandona mi cuerpo y, con Tami de la mano, me dirijo arrastrando los pies hacia la entrada, donde Dora acaba de salir de la oficina del director. Me ve y las comisuras de sus labios se deslizan hacia abajo.

—Adiós, cariño —me despido de Tami.

Mi hija me da un beso y corre hacia su grupo. Obviamente no puede esperar a ver a Luis de nuevo. Dora, en cambio, se ha detenido.

—¿Te parece gracioso? —pregunta con reproche.

—¿Qué? —pregunto estupefacto.

—Durante días me amonestas porque es tan insensatamente importante que te concedan el permiso para recoger al hijo de la señora Mahler junto con tu hija. Tan pronto como me pelo la cara frente a mi jefa para solicitarle tu permiso, del que ella no estaba muy convencida, la Sra. Mahler viene aquí y nos dice que revoca su consentimiento por escrito. Lo que me hace parecer bastante estúpida ahora.

¿Ella hizo qué?, pienso, aturdido. ¿Lo dice en serio?

Siento que la tristeza desaparece poco a poco abriendo paso a la rabia por este comportamiento. No he hecho nada malo y me tratan como a un criminal.

—Bueno, ya sabes cómo son las mujeres —respondo con frialdad—. A veces sí, a veces no. Hoy así, mañana asá. Por favor, dirige cualquier queja a la señora Mahler.

Me doy la vuelta y salgo del edificio.

OceanofPDF.com

Vicky

Mejor un final con horror que horror sin final.

Todo el mundo termina, es bastante normal. Incluso Sandra Bullock y Jennifer Aniston fueron engañadas y abandonadas. No es gran cosa. Al final, menos mal que descubrí pronto las intenciones de Simón. Cualquiera que se meta en la cama con una fulana como Pamela en la primera oportunidad no es buen partido de todos modos. ¿Qué puedo esperar de un novio que se dejar seducir por cualquier mujer sin dudarlo?

No quiero un compañero al que tenga que vigilar todo el tiempo, sino alguien en quien pueda confiar. En realidad, debería estar agradecida con mi prima por abrirme los ojos, en una etapa en la que aún no me había enamorado. No, no estaba enamorada de Simón, sólo era un loco baile de hormonas. Una quimera, porque habría sido demasiado perfecto: dos padres solteros, viviendo en el mismo edificio, que no sólo se llevan de maravilla, sino que además son compatibles en la cama. Mentira. Eso sólo pasa en el cine. Y por cierto, estoy harta de los hombres. En el futuro, me concentraré exclusivamente en Luis y en mi carrera.

¿Cuántos mensajes de WhatsApp más piensa enviarme? Ni si quiera los leo. De hecho envió los mensajes de Simón directamente a la papelera. El hecho de que hoy sea miércoles y, por tanto, haya pasado una semana desde él y el doble de Paris Hilton de mi disfuncional familia estuvieron juntos, me recuerda que quiero bloquearlo de todos modos.

La verdad es que ya tengo bastante con mi trabajo. Por un lado, la presión de la facturación en mi última semana como representante de ventas a tiempo completo es casi insoportable. Y por otro, Rebecca Maier sigue estresándome. La conversación con mi jefe nos ha llevado a realizar hoy una reunión de mediación. Me pone muy nerviosa, porque a las once estaremos presentes: mi actual jefe, mi futuro jefe, Rebecca y yo. ¿Qué se supone que pensará el Sr. Wieter de mí? La chica nueva aún no está en su equipo y ya hay problemas, eso es lo que pensará.

Primero tengo que hacer una visita a Elisabeth Frank-Santé. Su instituto de yoga está situado en el centro de la ciudad, en la tercera planta de un magnífico edificio antiguo. Dejo mi auto en el parking público de la plaza, me apresuro a pasar por una tienda de descuentos y compro de paso una figura de acción para Luis y un Snickers para mí y subo a toda prisa por la anticuada escalera del cliente que aún no es cliente.

—Hola... Sra. Mahler, ¿verdad? —me recibe una simpática mujer de pelo corto y canoso de unos cincuenta años. Su sensacional cuerpo luce un ajustado traje deportivo blanco. Sin joyas, sin calcetines, sin zapatos... Se ve estupenda. Hago un trato conmigo misma: Si consigo una venta aquí, me apuntaré a un curso básico de yoga. Yo también quiero parecerme a la Sra. Frank-Santé; sólo que puedo prescindir sin problemas del estúpido doble apellido.

—Así es, hola Sra. Frank-Santé. ¿Lo he pronunciado bien?

—Absolutamente. Sin embargo, ya puede olvidarse del Santé. Mi divorcio será definitivo pronto.

—Um —digo—, ya se me ha olvidado. ¿Cómo era?

Se ríe amistosamente. Me parece genial y me dan ganas de aprender yoga, aunque no venda de ningún producto aquí.

—*Santé* es francés y significa salud. Es el nombre de mi marido, del que pronto me libraré para siempre, y con él este nombre que, de todos modos, nadie en Alemania ha deletreado y pronunciado correctamente. Excepto usted, por cierto. Me gusta cuando la gente se prepara bien para las reuniones. ¿Le gustaría tomar el té conmigo?

—Sí, por favor. Y si no es un inconveniente, me gustaría además echar un vistazo. Creo que también me gustaría aprender yoga. No tengo ni idea de cómo voy a encajarlo en mi agenda; a veces estoy increíblemente ocupada, pero me encantaría tener el cuerpo de ensueño como usted.

—Tú también estás estupenda, pero claro... Con yoga estarías aún más estupenda. Vamos, primero te enseñaré la habitación más bonita. Por aquí, por favor. ¿No nos tuteamos? Dime Elisabeth.

—Con gusto. Soy Vicky.

Dos horas y dos contratos después, vuelvo a la oficina. No pensar en Simón ni en Rebecca por un tiempo fue realmente relajante. A veces conoces a alguien y sabes desde el primer segundo que son compatibles. Así fue con Elisabeth; casi como un amor a primera vista. Voy a empezar

un curso básico con ella en otoño, porque quiero asegurarme primero de que Larissa podrá cuidar a Luis. Pero antes de eso, me reuniré con Elisabeth sin ningún motivo en particular; me imagino que nos haremos amigas.

Además pude vender muchos artículos promocionales, que espero contribuya de inmediato a mejorar el estado de ánimo de mi jefe. Elisabeth quiere pelotas de gimnasia con el logo de la empresa, además de bandas elásticas personalizadas y bolsas de deporte. Con un poco de habilidad negociadora, podría incluso convencerla de que compre esterillas de yoga con su marca, lo cual sería realmente rentable. Ya veremos.

En cuanto vuelvo a mi auto, pienso en Simón. En sus besos. Su mano en mi trasero. Su voz en mi oído. La sensación de tenerlo dentro de mí. Siento calor, frío, todo a la vez. Fue demasiado hermoso, los sentimientos demasiado profundos para recordar sólo el sexo increíble. ¿Cómo pudo pasar todo eso? No lo entiendo; pensé que estaba enamorada. Realmente había imaginado sentir algo parecido al amor. Duele muchísimo. Y extraño terriblemente la idea de nosotros dos juntos.

No. No, no, no, eso es tonto, infantil e ingenuo. De todos modos, ahora tengo que entrar en la boca del lobo y enfrentarme a un interrogatorio en la sala de reuniones de mi actual departamento. No tengo ni tiempo ni valor para cosas sentimentales.

—Disculpen... La ciudad está completamente congestionada y he tardado una eternidad en volver de la cita con el cliente —digo al entrar.

Los dos jefes y Rebecca se sientan frente a unas hojas, bolígrafos y vasos de agua y me saludan con la cabeza. Es decir: los jefes asienten, Rebecca se limita a fruncir los labios y entornar los ojos. En ningún caso me dejo acobardar por sus gestos ocultos de amenaza.

—¿Cómo estuvo? —pregunta el Sr. Stolzenberg—. Fue en el estudio de yoga, ¿cierto?

—Estuvo muy bien —Ante mis palabras, Rebecca pone mala cara inmediatamente.

—¿Conseguiste un contrato? —Estaba claro que mi jefe no se conformaría con un “bien”.

—Alrededor de cinco mil euros hasta el momento. Posiblemente aumente. Me encargaré de ello, incluso desde arriba —Hago un gesto con la cabeza hacia los pisos superiores.

El Sr. Stolzenberg sonríe satisfecho y parece mirar un poco triunfante a mi nuevo jefe. Punto para mí. Mahler 1, Maier 0.

—Bueno, entonces vamos a tratar el tema en sí, aunque probablemente todos preferiríamos estar haciendo algo más agradable, ¿no? —dice el Sr. Wieter. Nos mira amablemente tanto a Rebecca como a mí, lo que me parece decididamente simpático. Aunque preferiría que la estúpida bruja cayera inconsciente y estuviera de baja el resto del año.

—Señora Maier, por favor, díganos otra vez su punto de vista. Estoy seguro de que encontraremos rápidamente una solución en nuestra reunión y todo acabará siendo un simple malentendido —interviene el Sr. Wieter.

—Yo no diría un simple malentendido —exclama. Unas pocas palabras y ya, se siente una enorme tensión. Genial—. Victoria Mahler probablemente piensa que la estoy intimidando. Después de todo, corrió directamente a acusarme con usted porque se supone que soy terriblemente mala —Mira al Sr. Stolzenberg. Muy mal hecho, Rebecca, nuestro jefe no tiene oídos para declaraciones tan infantiles.

—Sra. Maier, todos deberíamos intentar mantener un tono profesional. La Sra. Mahler no corrió a acusarla conmigo, sino que me pidió ayuda con un problema que no podía resolver por sí sola. Por eso estamos aquí sentados. No para lanzarnos acusaciones unos a otros —explica el Sr. Stolzenberg. Por la expresión de su cara, me doy cuenta de que todo esto es demasiado estúpido para él. En circunstancias normales, nos dejaría a Rebecca y a mí ahora y huiría a la sala de descanso más cercana. Pero ante el colega Wieter tiene que mostrarse soberano.

Se está poniendo roja. Sospecho que mi cara también se está poniendo roja. Sin embargo, empiezo a contar la historia con voz entrecortada:

—Cometí un error la semana pasada, que la Sra. Maier me reprochó. Hubo una huelga de profesores en todas las guarderías de la ciudad. Los hijos de la Sra. Maier y mi hijo también se vieron afectados. Al final de la huelga, una emisora de radio pidió opiniones delante de la guardería de mi hijo... sobre cómo deben actuar los padres ante estas cosas. Me entrevistaron, entre a otros padres, y pidieron la opinión de una madre afectada. Sí, y luego supongo que hablé un poco más de la cuenta y les conté cómo lo solucioné —Simón aparece en mi mente. Simón con Tami y Luis en la guardería. Simón y yo en el cine. Un flashback sigue al siguiente. Carraspeo para no echarme a llorar y continúo—. Con otro padre nos turnamos para cuidar a los niños. Eso es lo que dije en la entrevista:

entiendo que la Sra. Maier se sintiera burlada porque no pudo encontrar a nadie para cuidar a sus hijos en esta situación. Ya le he pedido disculpas por mis comentarios insensibles.

—Todo el mundo tiene derecho a tener su propia opinión —piensa el Sr. Wieter tras reflexionar un momento—. Te has limitado a reflejar tu propia experiencia. No lo encuentro objetable. ¿Qué tiene eso que ver exactamente con nuestro... perdón, con su... trabajo? ¿Señora Maier? ¿Señora Mahler?

Rebeca resopla. No es tan estúpida como para dejar salir ahora todos sus sentimientos personales hacia mí, pero sabe perfectamente que tiene que sacar algo a relucir para no salir de la conversación pareciendo una completa tonta.

—Tiene que ver con mi trabajo —dice con dificultad, trazando nerviosamente líneas invisibles sobre la mesa con el dedo índice—, puesto a que este comportamiento es típico de la señora Mahler. No soy la única que tiene un problema con su mentalidad individualista.

Yo también resoplo. Cómo me gustaría estar ahora mismo en una película del lejano oeste y darle un puñetazo en la boca a esa estúpida zorra. O retarla a un duelo "ojo por ojo, diente por diente" frente a la taberna de la polvorienta carretera. En lugar de eso, cuento hasta diez en mi interior. Soy más lista que ella. Mantengo la calma. Omm. Lástima que aún no sepa de yoga. Un "Namasté" profundamente relajado sería ciertamente útil en esta situación.

—Cierta nivel de individualismo es necesario dentro de nuestra industria, Sra. Maier. Si no te haces valer, no llegarás a ningún lado en las ventas, todos lo sabemos —le explica el Sr. Stolzenberg a Rebecca. Si no fuera tan mala, podría sentir lástima por ella. Pero no lo hago; no soy una santa y no busco puntos de buen karma—. En cualquier caso, hasta ahora no he podido observar ninguna acción exagerada por parte de la Sra. Mahler que indicara su imprudencia. Entonces, por favor, tendría que describirlo con un poco más de precisión para que pudiéramos hacernos una idea de sus acusaciones. A menos que se trate de insinuaciones infundadas.

Ya no necesito a Simón. Ahora amo al Sr. Stolzenberg. Agradecida, le sonrío brevemente.

—No voy a decir nada más al respecto, porque de todos modos nada de lo que digo es tomado en serio —dice Rebecca. Sus fosas nasales tiemblan delatándola. Está a punto de llorar. Probablemente soy la persona más

estúpida del mundo, pero ahora me da lástima. Todo le ha salido mal, y con un poco de mala suerte pronto se quedará sin trabajo.

—Personalmente preferiría que nos olvidáramos todo esto —pregunto—. Sinceramente, apenas puedo soportar este mal humor. Encerremos las palabras hirientes y tachémoslas para siempre. ¿Por favor? ¿Rebecca?

Ahora yo estoy llorando. Qué vergüenza.

—Oh, no me importa, por mí está bien —dice Rebecca. Si lo hace por miedo a su trabajo, por mí o por su tranquilidad, no lo sé. Me es indiferente. Pero espero fervientemente que al menos este campo de batalla se haya despejado.

Simón

Le envié diez mensajes de WhatsApp. Y no ha leído ninguno de ellos. Probablemente ya haya borrado mi número. ¡Ridícula!

¿Por qué siempre tengo mala suerte con las mujeres? Parece una exageración, pero no lo es.

Susanne, Franziska, Celina, Marián, Roberta, Vicky. Seis mujeres de las que he estado locamente enamorado en mi vida y que me han tratado mal de una forma u otra.

Por supuesto, Vicky no es la mayor decepción de mi vida amorosa: ese lugar lo ocupará para siempre Marián. Pero por el momento, parece que podría optar a la medalla de plata.

Oh, básicamente sólo hay una chica que probablemente nunca me haría daño intencionalmente....

Eso me recuerda algo: ¿Qué hora es? ¿Puedo recoger a Tami de la guardería, o aún es demasiado pronto? Agarro el celular con dificultad.

¡Esto no puede ser verdad!, maldigo para mis adentros. ¿De verdad he estado tres horas sentado en la mesa del salón, meditando para mis adentros? Todo por... por culpa de ella.

Me levanto de un salto y mi cuerpo protesta contra el repentino esfuerzo después de no haber sido utilizado durante horas. Sin embargo, ahora no puedo hacerle caso. No quiero hacer esperar a la única chica que nunca me ha decepcionado.

Ayer llegué a la guardería en seis minutos, quizá hoy lo haga en cinco.

En el estacionamiento de la guardería, me doy cuenta de que el universo se está divirtiendo mucho sacándome el dedo corazón. La reina de roma, Victoria Mahler, ha llegado justo antes que yo y acaba de salir. Es mejor que me quede sentado hasta que ella y Luis se hayan ido. Tal vez ella me verá y...

¡Oh! Mira en mi dirección y se detiene.

Se dará cuenta de que está totalmente...

¡No! Parece que no. Porque ahora echa la cabeza hacia atrás y avanza hacia la entrada.

¿Por qué debo quedarme en el auto hasta que se vaya? Entonces mi amorcito tendría que aguantar más tiempo bajo la fría supervisión de Dora por su culpa.

Salgo de mi vehículo a toda prisa y casi corro detrás de Vicky. Unos metros antes de llegar a la entrada principal, oye mis pasos, mira por encima del hombro y se apresura.

¡Bruja!

Pero yo soy mucho más listo que ella. El edificio tiene una entrada lateral desde la que se puede acceder directamente a las instalaciones exteriores. A esta hora, seguro que los niños están fuera jugando en el arenero o en los columpios.

Veremos quién llega primero a nuestra descendencia.

Giro a la izquierda y corro hacia el portón exterior. Sin embargo, con las prisas, no consigo abrirlo a la primera. Esta complicación innecesaria me hace perder un tiempo crucial. Cuando he superado el obstáculo y llego al patio de recreo, Victoria sale del edificio.

¡Agh! ¡Disfruta de este triunfo barato! Te conviene.

—¡Tami! —grito con fuerza, porque mi hija sólo ha visto a la vecina hasta ahora.

Se da cuenta de mi presencia e inmediatamente viene corriendo hacia mí.

—¡Genial! —dice—. Nos recogen al mismo tiempo. Me parece estupendo.

—En realidad, fue una coincidencia —confieso.

—Que buena coincidencia —Me tiende la mano—. Vamos a donde están Luis y Vicky.

—Preferiría que no. ¿Puedes buscar tu mochila? Te esperaré aquí.

Su mirada de incompreensión me hace casi ceder.

—¡Papá, vamos!

—No, querida. Tuvimos una pelea ¿Recuerdas?

—Por favor.

Suspiro, pero finalmente le tiendo la mano. Obligado por una niña de cinco años.

Cuando nos acercamos a ellos, Vicky se mira los zapatos.

Murmuro algo ininteligible y ella se limita a asentir.

—¡Nos vamos a casa, Luis! —le dice a su hijo.

—¿Puedo quedarme con Tami un minuto? —quiere saber el pequeño.

—No —decidimos los adultos como si saliera de la misma boca.

—¿Por qué no? —pregunta al instante.

—Supongo que heredó su terquedad de ti —observo—. Mi hija nunca me contradice.

—Eso no es cierto —afirma Tami.

Vicky se ríe burlonamente.

—Eres todo un donjuán, ¿verdad? Ya lo entiendo, seguro que eso te funciona muy bien con las mujeres baratas.

—¿Oh, tú sí entiendes a las mujeres? —pregunto—. Tal vez podrías explicarme porqué actúan de formas tan ridículamente ilógicas.

—¿¡Papi!?

—Perdóname, cariño. No me refería a ti —Luego me vuelvo hacia Vicky—. Qué bien que te llames barata, por cierto. La aceptación, como todos sabemos, es el primer paso para la recuperación.

Antes de que pueda reaccionar, Dora, que ha seguido de cerca la discusión, se une a nosotros.

—Disculpen, ¿podrían continuar su disputa en otro lugar? Los otros niños están irritados por su comportamiento.

—Hablando de barato. ¿Qué le ofreció la Sra. Mahler cuando intentó despreciar su derecho de huelga, amparado por la Constitución, la semana pasada? Seguramente también era una oferta barata, ¿no?

Las dos mujeres me miran enfadadas. Me limito a encogerme de hombros. Se puede preguntar.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Vicky.

Señalo a Dora con la cabeza.

—Ella me lo dijo. Debí tomarlo como una advertencia para sobre tu carácter.

—¿Mi carácter? ¿Y tu carácter? Te metes con todas las mujeres que se cruzan en tu camino, ¿no?

—¿Papá juega con otras mujeres sin mí? —pregunta Tami—. ¿Cuándo?

—No, cariño. Vicky está alucinando.

—Mamá, ¿qué es alucinar? —interfiere Luis—. ¿Es divertido?

—Nada es divertido cuando el papá de Tami está cerca —afirma.

—No decías eso cuando...

—¿Quieren irse ya? —grita Dora—. Nos están volviendo locos a mí y a los niños.

—¡Buena idea! —declaro—. Vamos, princesa. Busquemos tu mochila y vámonos a casa.

—Pero quiero que Luis baje a jugar conmigo.

—¡Hoy no!

Por más que nos desagrade, una vez más, estamos de acuerdo.

A la mañana siguiente, consigo llevar a Tami a la guardería sin encontrarme con la bestia. ¡Aleluya!

Sin embargo, a mi regreso me espera una desagradable sorpresa. Gloria está frente a la puerta de mi apartamento. ¿Me estaba esperando?

—Hola —la saludo secamente. Me frunce el ceño. Obviamente no ha olvidado mi pequeño desliz del martes por la mañana—. Gloria... —empiezo con una disculpa poco convincente—. Sobre el martes...

—¡Simón Decker, me vas a escuchar!

Su voz no admite oposiciones y me recuerda a la de mi sargento mayor en el servicio militar. Por supuesto que no me dejo dar órdenes.

—Gloria, yo estaba realmente bastante...

—¡ESCÚCHAME!

Sobresaltado, doy un paso atrás. No me habría sorprendido que las bombillas de las luces del pasillo hubieran estallado de repente o que un enjambre de insectos hubiera salido de su boca. Hasta ahora, sólo había pensado en ella como algo extraño. Tras esta memorable actuación, tengo la aterradora idea de encontrarme cara a cara con una auténtica bruja. ¿Le haría daño a Tami?

—Bien, ¿qué quieres decirme?

—Mi apartamento.

Intento comprender el significado de la frase: *Mi apartamento*. Hm. ¿No falta alguna información?

Pero como está subiendo las escaleras, me doy cuenta de que probablemente quiere hablar conmigo entre sus cuatro paredes.

Ahora podría escabullirme rápidamente a la seguridad de mi propio apartamento; dependiendo de los poderes mágicos que tenga, probablemente sería sólo un breve respiro. Así que la sigo y me siento como el cordero llevado al matadero.

—Estoy en el dormitorio.

¡Oh, no! ¿Ahora me exige servicios sexuales? ¿Por un simple insulto?
¡De ninguna manera!

Cuando entro en la habitación, afortunadamente Gloria no está desnuda en la cama, que está cubierta por una colcha. Sobre ella se extienden innumerables cartas del tarot.

—Puse cartas para ustedes.

Automáticamente miro detrás de mí, pero no hay nadie.

—¿Para quienes? —pregunto pues obtusamente.

—Para ti y tu gran amor.

—¿Tami y yo?

—Tú y Vicky —me corrige.

—Ja, te equivocas —contradigo.

Vicky definitivamente...

—¿Quieres escucharme?

Asiento en silencio.

Gloria señala las cartas que hay en la cabecera.

—Al principio no se llevaban bien.

—Lo cual no dependía de mí.

—Luego fue mejorando día a día. Sin embargo, una bruja rubia entró en sus vidas. Al principio sólo como un personaje secundario. Vicky y tú la vieron, pero la bruja no pudo soportarlo. Por eso vino el lunes a difundir mentiras.

—¿El lunes? —me pregunto. Tengo un mal presentimiento.

—Exactamente.

—¿Se puede saber cuándo esta bruja jugó un papel por primera vez?

Gloria mira las cartas, susurra cosas incomprensibles y cuenta los días con los dedos.

—El miércoles de la semana pasada. Posiblemente el martes.

¡Pamela! ¿Qué has hecho?, pienso desesperado. La vi por la mirilla el lunes, yendo a casa de Vicky. Por supuesto, me viene inmediatamente a la mente su advertencia de que mi huida del restaurante tendría consecuencias.

Y yo de idiota no lo tomaba en serio.

—Gloria, mil gracias. Nunca olvidaré esto. Qué tonto fui. Voy a solucionar esto. Y me disculpo mucho por haber sido tan grosero el martes por la mañana.

—No te vayas tan pronto —me ruega.

Ahora cumpliría todos sus deseos, excepto los sexuales.

—¿Qué más?

Esta vez señala las cartas del tarot que yacen a los pies del colchón.

—Vicky está muy herida emocionalmente.

—Fue un malentendido —intento explicar.

—Eso no cambia su condición. Si sólo vas así por así, no te escuchará.

—¿Podrías hablar con ella por mí? Acabas de ser absolutamente convincente.

—No. Nadie puede quitarte esta tarea de las manos. Sin embargo, tengo un consejo. Vicky se enfrenta a un cambio de carrera. Puedes sacar ventaja de eso. Tienes que revelarle tu amor delante de testigos. Sólo entonces volverá a abrirte su corazón.

¿Delante de testigos?

Una idea se forma en mi cabeza, me acerco a Gloria, le doy un beso en la frente y salgo de su apartamento.

Pero antes de hacer planes concretos, quiero asegurarme de que las cartas de Gloria decían la verdad. Afortunadamente, no he borrado el número de celular de Pamela. Marco y segundos después contesta.

—¿Hola, hola? —coquetea al teléfono.

¿Es una broma o ya borró mi contacto y ni siquiera sabe quién le habla?

—Soy yo. Simón Decker.

—Como si no lo viera en la pantalla.

—¿Qué hiciste? —quiero saber. Probablemente suene bastante hostil, pero quiero que entienda que no es una llamada amistosa.

—¿De qué estás hablando? —pregunta ella con brusquedad.

De alguna manera, sus palabras me dan la impresión de que sabe exactamente lo que está pasando.

—¿Qué le dijiste a Vicky? —la ayudo de todos modos.

—Nix —responde ella.

—¡No me mientas! —¿Me escucho tan impresionante como Gloria con la voz alzada?

—¿Estás loco?

—Ambos sabemos que estuviste aquí difundiendo mentiras sobre nuestra cita. Así que quitemos eso de en medio.

—No tengo ni idea...

—Si no dices la verdad, empezaré a jugar el mismo juego ¿Le interesará a tu jefe todas las historias que me voy a inventar? ¿O a tus pacientes? —

saco la artillería pesada—. Por supuesto que también voy a localizar a tus padres y...

—Oye, está bien. No tienes por qué reaccionar con tanta ira. De todos modos, ya tengo bastante estrés en la oficina. Yo solo... adorné un poco lo que mi prima descubrió sobre nuestra cita.

Me pone los pelos de punta y, tras insistir un poco más, por fin me cuenta lo que le dijo.

—¿Llamas a eso adornarse un poco? —pregunto, atónito.

—Oh, vamos. Sólo pudiste resistirte a mi porque tuviste un mal día. Ningún otro hombre puede.

—¿No estás exagerando tu impacto?

—¡Nah! Parece que estás ciego.

En lugar de hablar de su atractivo para el sexo opuesto, le digo lo que espero de ella.

—Como sea —refunfuña hoscamente.

—Será mejor que no contestes el teléfono cuando veas mi número —le advierto antes de terminar la llamada e imaginar exactamente cómo voy a recuperar el corazón de Vicky.

Vicky

El Sr. Stolzenberg es alérgico a los frutos secos, por lo que la avellana queda descartada como ingrediente de repostería. Rebecca no tolera la gelatina; una vez, en una fiesta de empresa, le salió un sarpullido por todo el cuerpo porque ingirió accidentalmente la desastrosa sustancia... No, Vicky, resiste la tentación. Tampoco se puede usar gelatina. Estoy en un frenesí de hornear porque mañana voy a dar mi discurso de despedida en el viejo departamento y necesito dos pasteles, dos tartas, magdalenas y más magdalenas para ello.

Luis se sube a una silla que ha apoyado contra la superficie de trabajo y levanta con cuidado las claras de huevo batidas bajo la nata montada. ¡Qué excelente lo hace!

—Eres una gran ayuda, cariño —le elogio y recuerdo otras veces en las que él hacía todo tipo de tonterías en la cocina.

—Sí —dice con expresión seria en el rostro, y decido no quitarle esa confianza en sí mismo—. Antes no podía hacerlo tan bien, y siempre confundía la sal.

—En lugar de azúcar, es cierto, lo recuerdo. ¿Recuerdas que hace años estropeaste todas las tartas de cumpleaños con la sal y por eso no teníamos nada que comer? —Thomas todavía estaba por aquí entonces. Luis probablemente no lo recuerde; fue hace demasiado tiempo.

—Claro, eso fue con papá —Una verdadera lástima—. Mamá, ¿cuándo podré volver a jugar con Tami?

—Pronto —esquivo y vuelvo mi atención a trocear melocotón. No lo había pensado en ese momento. Simón gemiría de placer si viera todos los manjares.

—Pero yo quiero ya —refunfuña Luis. Coge un huevo crudo. Él no va a...

—Deja el huevo, por favor. Con cuidado. ¡Por favor!

—Sólo si volvemos a hacer algo con Tami y su padre.

—No con ese tono, baja el huevo ahora.

—Ahí viene el huevo y... Se fue —En realidad mi hijo está cantando la canción "En la panadería de Navidad". Si no fuera tan listo, no tendría que reprimir la risa. Me acerco con cuidado y tomo el huevo de su mano.

—Bribón —le digo—, aún falta mucho para Navidad, pero podemos cantar un poco. Y por lo que a mí respecta, hablaré con Simón el fin de semana para ver si podemos llevar a Tami de vuelta al refugio con Jimbo.

—Brutal.

—¡Luis!

—Me parece genial, madre querida —se corrige y sonrío. Y entonces el huevo rueda por la encimera y cae al suelo salpicando alrededor.

Es casi medianoche cuando por fin puedo limpiar la cocina y todos los pasteles están listos. Para que todo sea lo más fácil posible dentro de unas horas, he guardado toda la comida preparada en envases plásticos que he colocado uno sobre otro en la nevera. Todo lo que tengo que hacer mañana por la mañana es sacarlos de una pieza y ponerlos en el auto, entonces nada se interpondrá en mi camino para irme con estilo.

Cansada, agitada y melancólica, me voy a la cama. En realidad, el otro día había encargado por Internet una bata corta con tirantes delgados para poder tumbarme un día en brazos de Simón con él puesto. Así de rápido puede disolverse una ilusión en la nada. Lo echo de menos y me molesta. No quiero extrañar a un idiota. Una y otra vez me pregunto cómo pude equivocarme tanto con él. Todo parecía absolutamente correcto... y ahora resulta que Simón también es un hombre x. El sexo parece ser lo más importante para los hombres, algo que está por encima de todo.

¿Por qué las mujeres y los hombres piensan de forma tan diferente sobre este tema? También creo que el sexo es muy importante, pero no lo principal en una relación. Thomas, obviamente, lo veía de otra manera. Cuando estaba muy embarazada y en el tiempo posterior al nacimiento de Luis, simplemente no me apetecía. Vivía en una exuberancia de sentimientos tiernos totalmente centrados en mi hijo. Thomas se sintió rechazado, y en algún momento me tacharon de fría e indiferente en nuestra relación. Cosa que no soy en absoluto. Y de todos modos... Mi falta de voluntad era una buena excusa para la infidelidad de mi marido.

¿Cómo pueden hacer eso los hombres? ¿Enamorarse de una, pero acostarse con otra? Nunca lo entenderé. No quiero entenderlo. Simón no es mejor que los demás. Pero involucrarse con éxito con dos mujeres de una

misma familia es algo muy fuerte. No necesito eso. Y, sin embargo, duele mucho.

Necesito distraerme. Lo mejor es pensar en lo que voy a decir mañana delante de todo el equipo. Un discurso, Dios mío, no podré evitarlo, aunque lo odie.

Queridos compañeros, gracias a todos por apartarse tiempo de sus escritorios. Estoy seguro de que fue difícil para todos, ya que sé por experiencia propia lo mucho que odiamos el tiempo libre.

Hm. Mi jefe estará allí. No le hará gracia. A mi nuevo jefe tal vez. ¿O mejor así?

Gracias a todos por todo el tiempo compartido en este gran equipo. No soy muy partidaria de este tipo de discursos, pero me gustaría mencionar brevemente...

También suena estúpido.

Hola a todos, no quiero hacer un gran discurso, sólo quiero darles las gracias de todo corazón por tres grandes años en este equipo. Anoche sudé en la cocina durante unas horas y esto es lo que salió. Por favor, sírvanse y cómanselo todo. No quiero tener que llevar nada de vuelta al auto.

Sí, probablemente lo mantendré así de alguna manera. Por desgracia, tengo que abstenerme de una pelea de pasteles con Rebecca. Una pena, la verdad.

Voy del estacionamiento a la oficina cuatro veces para colocar todas las tartas y pasteles. En el pasado, había pasantes que ayudaban en estas tareas; probablemente eso ya sea parte del pasado. Hoy en día, los pasantes conocen más derechos que deberes, y se agradece que haya una sola joven servicial que al menos ponga el café para el personal. Sonrío agradecida a Nina, que me ayuda a prepararlo todo en la gran sala de conferencias.

—Gracias, Nina, siéntete libre de llevarte las sobras más tarde antes de que los chicos salten sobre ellas.

—¿En serio? Genial. Mi compañera de apartamento estará contenta —dice—. Por cierto, estás muy guapa, ese vestido es totalmente precioso.

—¿De verdad? ¿No es un poco exagerado? —le pregunto insegura. Un cumplido de una aprendiz de diecinueve años vale mucho, y ella tiene razón. En mi último día aquí quiero brillar, pero a la vez temo incurrir de nuevo en la ira de Rebeca. Y, además, es un trabajo infernal no mancharse

de crema chantilly cuando vas pisando fuerte con tacones altos y un vestido ajustado.

—Para nada, el vestido resalta tu figura y te hace lucir espectacular.

No debo olvidarme de recordar al Sr. Stolzenberg que por fin deje que Nina tenga una nueva silla de oficina. Una chica tan agradable.

Los primeros colegas entran deambulando y ven a Nina llenar las copas de champán. Creo que todo el mundo debería haber llegado en diez minutos y comenzaré oficialmente mi despedida.

OceanofPDF.com

Simón

¡Viva Internet! Por suerte, Vicky me había dicho el nombre de su empresa, así que pude buscar el edificio, en la red de infinitas posibilidades. Tranquilizador, porque probablemente no sería nada bueno deambular por un lugar desconocido y tener que llamar después a Vicky. Sólo había una cosa con la que ni siquiera Google podía ayudarme. No tengo ni idea de en qué planta encontrarla.

Para mi gran alivio, hay un hombre en la recepción que sin duda puede darme información. Viste traje azul oscuro, camisa blanca y corbata gris.

—Hola —le saludo amistosamente.

Me mira con escepticismo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Puede decirme en qué oficina trabaja la Sra. Victoria Mahler?

—Por supuesto —responde.

—¡Super! Muchas gracias.

Pero en lugar de comprobar sus registros, si de todos modos no sabe de memoria dónde encontrar a la mujer más atractiva de la empresa, me mira desagradablemente.

Tengo un "¿Hoy?" en la punta de la lengua, pero me abstengo de decirlo por razones tácticas.

—¿Dígame por qué quiere saberlo?

—Me está esperando —Al menos eso espero.

—¿Nombre?

—Victoria Mahler —repito.

—Necesito *tu* nombre —En su voz se percibe un gesto de desprecio que le hace definitivamente antipático.

—¿Por qué?

Antes de responder, el portero resopla teatralmente.

—Si la Sra. Mahler te está esperando, tengo que avisarle. Entonces bajará, te justificará y te entregará un pase de visitante.

—¿Qué es esto, Fort Knox?

—Esas son las normas.

—Esto es ineficiente.

—No —contradice—. El procedimiento ha demostrado su eficacia.

—Pero quiero darle una sorpresa —le explico.

—Entiendo que ella te espera... —señala incoherencias en mis declaraciones.

—Sí —respondo, estirándome—. Sí. Pero de una forma diferente a la que podría explicar ahora mismo. Confía en mí.

—No está en la descripción de mi trabajo.

—¿Qué?

—Confiar en personas ajenas a la empresa. ¿Debo informar a la Sra. Mahler o no?

Gloria me ha dicho que es necesario confesar mi amor a Vicky delante de testigos. El portero me parece el peor candidato posible para esto.

Pero de repente recuerdo algo que Vicky mencionó el fin de semana. Con el ascenso le darán una oficina en la última planta, con unas vistas preciosas que hasta ahora no tenía desde la segunda planta.

Pero existe el problema de cómo voy a llegar al segundo piso donde ella está haciendo su despedida.

—No, gracias —respondo a su pregunta.

Evalúo sus habilidades deportivas. El traje no puede ocultar su considerable barriga. ¿Se quedará sin aliento rápidamente?

—¿Sería tan amable de abandonar el local?

—Como sea.

En lugar de dirigirme a la salida, corro hacia las escaleras.

—¡Eh! —grita sorprendido.

Por el rabillo del ojo veo que se esfuerza por levantarse de la silla. Pero no tiene la más mínima posibilidad de detenerme. Decidido a todo, doy tres pasos cada vez. ¡Vicky, ya voy!

Por desgracia, mi breve euforia se desvanece rápidamente cuando veo la puerta de acceso a las oficinas de la primera planta.

¡No importa! Quizá la puerta correspondiente del segundo piso esté abierta.

No. Por supuesto que no.

La sacudo con desesperación y descubro una pequeña caja delante de la cual hay que sostener una tarjeta de identificación para que te dejen entrar. Probablemente por eso reparten pases de visitante.

Para colmo, oigo al portero subir las escaleras.

Golpeo salvajemente contra el cristal. ¿Por qué Gloria no lo previó? Si me hubieran avisado, me habría traído un ladrillo. Mientras imagino las heridas que sufriré si me arriesgo a saltar a través del cristal, Cupido finalmente cambia de opinión. Una mujer entra en el pasillo de oficinas y me ve. Me abre la puerta mientras mi perseguidor sube a rastras los últimos escalones.

—¿Dónde puedo encontrar a la Sra. Victoria Mahler? —quiero saber.

—En la sala de conferencias. Camina derecho por el pasillo, luego ve hacia la derecha. Está teniendo su despedida allí.

—No lo deje pasar —grita el portero, entre suspiros de cansancio.

Antes de que la mujer pueda reaccionar, paso corriendo por su lado.

A través del cristal de la sala de conferencias, Vicky se fija en mí cuando aún estoy en el pasillo. Abro la puerta de un tirón y, mientras tanto, disfruto de toda la atención de los presentes. Los dos trajeados en particular me miran con escepticismo.

—¿Qué haces aquí?

—En primer lugar, te pido que justifiques mi presencia.

—Qué...

La irrupción del portero explica mi extraño deseo.

—Disculpen, Sr. Stolzenberg, Sr. Wieter. Este tipo se ha colado en el edificio saltándose todas las medidas de seguridad. Lo acompañaré a la salida inmediatamente y le prohibiré la entrada al edificio.

—No —contradice Vicky.

El hombre que estaba a punto de agarrarme del brazo se detiene asombrado.

—Me gustaría escuchar lo que tiene que decir —continúa.

Uno de los dos trajeados coge un trozo de tarta y me examina como a un insecto interesante:

—A mí también. Sr. Hans, asumo la responsabilidad.

El portero parece incrédulo, pero es evidente que respeta las jerarquías ordenadas.

—Como desee, señor Wieter —murmura mansamente y sale de la habitación.

—¿Qué haces aquí? —me repite su pregunta Vicky.

—La versión corta, si es posible —pregunta Wieter—. Tengo que ir a una conferencia telefónica en diez minutos.

—Desgraciadamente, todo esto es demasiado importante para resumirlo brevemente —respondo. Entonces me concentro en Vicky y trato de bloquear a los presentes antes de que no pueda articular palabra debido al nerviosismo.

—Las últimas semanas han sido lo mejor que me ha pasado desde que nació Tami. Sí, al principio tuvimos nuestras diferencias. Sin embargo, una vez que te despojaste de tus prejuicios, pude ver a la verdadera persona que había detrás de la fachada. Eres una madre increíblemente buena, increíblemente atractiva incluso en ropa de dormir extraña, pero sobre todo eres la mujer más adorable que he conocido. He amado cada minuto de estar a tu lado. Todos y cada uno de ellos. El fin de semana que... —Me aclaro la garganta—. Sabes de lo que hablo. Fue tan indescriptiblemente hermoso. Nos complementamos a la perfección. Sólo porque una persona de mala voluntad difundió mentiras sobre mí, los últimos días han sido un infierno para mí. Porque ser rechazado por ti es un infierno. Sin embargo, puedo probar que estás enfadada conmigo sólo por una mentira.

Saco mi celular, marco el número de Pamela, activo el altavoz y coloco el teléfono sobre la mesa que se interpone entre Vicky y yo.

Suena el tono de llamada... Suena... Y suena.

Voy a matarla si no responde...

—Hola —suena su voz hosca.

—Pamela. Habla Simón. Creo que tienes algo que decirle a tu prima que está escuchando.

—Sí, Vicky, lo siento. Mentí un poco.

—¿En qué sentido? —quiere saber Vicky.

—Simón y yo fuimos al restaurante portugués. Fue idea mía, como compensación por mis servicios de niñera. Y yo intenté seducirlo. Pero me dejó fría. Se levantó y se fue. Estaba tan dolida que... bueno... Quería vengarme.

—¿Así que no estuviste en la cama con él para nada? —se asegura Vicky.

—No. Si me preguntas, creo que incluso entonces sólo te tenía a ti en mente.

—Gracias, Pamela —Termino la conversación.

Los ojos de Vicky brillan sospechosamente húmedos.

—Tu primo tiene razón. Te tenía en mente. Estás ahí —Me doy golpecitos en la frente—. Y aquí dentro —Ahora golpeo mi corazón—. Y si pudieras concederme un deseo, por favor, quédate ahí para siempre. Porque se siente demasiado vacío sin ti. Te quiero, Vicky.

Ahora las lágrimas corren por sus mejillas mientras rodea la mesa y me echa los brazos al cuello.

—Yo también te quiero, Simón Decker —susurra.

Cierro los ojos, nuestros labios se tocan y siento que por fin he llegado al lugar al que pertenezco.

OceanofPDF.com

Vicky

Este hombre me está matando. Me sujeta por las caderas y me empuja hacia atrás, hacia una de las salas de descanso, mientras me besa. Con los ojos alternativamente cerrados y abiertos, me empuja casi con brusquedad hacia la sala. Estoy totalmente loca por él y dejo de lado cualquier preocupación de que me pillen. Simón empuja la puerta con el pie y me hace girar rápidamente para que quede de espaldas a la puerta. Oh dios, oh dios, oh dios, me temo que me voy a correr antes de que haya empezado. No sé muy bien lo que estoy diciendo, pero definitivamente no es apto para menores y desde luego no es vocabulario apropiado para la oficina. En fin. Por fin tengo el sexo de oficina que siempre he deseado, y además con el hombre que amo. No hay nada mejor que esto.

Mientras tanto estoy casi desnuda y envío un breve agradecimiento hacia el cielo. Gracias por hacerme llevar las medias esta mañana, aunque no sean ni cómodas ni prácticas. Aunque... ahora están demostrando ser bastante prácticas. Rasgo la camisa de Simón, que es algo que siempre he querido hacer. Hacerlo duro y animal. Por desgracia, la camisa se mantiene completamente abotonada. El resto de su desvestido lo hace él mismo a una velocidad que sólo puedo maravillarme.

—Cariño, creo que ahora apagaremos las luces y encenderemos la fotocopidora, ¿qué te parece? —me murmura al oído, y sus manos están realmente por todas partes.

Ya no puedo hablar, sólo gemir y sentir. Tampoco puedo ver más, porque la lámpara de esta pequeña habitación sin ventanas está apagada ahora. Simón me hace todas las cosas con las que sólo podía soñar durante años. Quiero más de él, más y más, y me dejo caer hasta que ya no sé dónde está el arriba y el abajo.

—Simón —susurro después de lo que parece una eternidad de perder todo sentido del tiempo—, creo que tenemos que salir de aquí.

—¿Por qué susurras? —responde. A pesar de la oscuridad, puedo ver literalmente su amplia sonrisa delante de mí—. De todas formas, ya es tarde

para eso, porque acabamos de armar un buen escándalo.

—Oh cielos. Qué vergüenza.

¿Cómo voy a presentarme ante mis colegas? Ni siquiera puedo pensar en mi antiguo jefe. Ni pensar en el nuevo. Bueno, no lo pude evitar, me alegré mucho con la declaración pública de amor de Simón; supongo que unas cuantas endorfinas pudieron conmigo. Pero fue probablemente el mejor número que esta desordenada sala de descanso haya visto jamás. Me levanto y busco el interruptor de la luz, pero antes de llegar a mi destino, Simón tira de mí hacia él y acabo en algún lugar entre la papelera y el espacio sobre su regazo.

—Lo que quería decirte desde hace una semana, cariño —murmura entre besos renovados tan seductores que quiero olvidar enseguida lo del interruptor de la luz—, ¡por la buena vecindad!

—Por la buena vecindad —me río. Seguro que aún queda tiempo para un café.

—Eres la cachorra más buena del mundo —susurra Tami con reverencia y aprieta suavemente a la pequeña Jack Russell terrier contra su pecho.

Los niños se sientan con sus dos perros en las piedras grises frente al refugio. Luis ha conseguido de alguna manera tranquilizar a Jimbo después de diez minutos de histérica reunión. Tami necesitará probablemente muchas más semanas para domar a la nerviosa Amy. Pero lo conseguiremos. Me alegro de que ahora tengamos una perra que acompañe a nuestro perro macho, así hay menos posibilidades de conflicto.

—Amy es casi tan linda como Jimbo —dice Luis, cuya mirada se pasea comparativamente de un lado a otro entre los perros. Tami está demasiado ocupada acariciando a Amy como para contradecir a Luis.

—Gracias, Vicky —dice y me mira. Estoy conmovida. Esta niña ya se ha metido en mi corazón.

—Con gusto, mi cielo —le respondo—. Si tu padre no hubiera aceptado, no habría sido tan rápido conseguirte una perra con la que también pudiéramos hacer Agility.

Simón, que me rodea con el brazo, me aprieta un poco más. Este momento quedará grabado en la memoria de todos nosotros, estoy seguro de ello. Los niños están radiantes como el sol y apenas pueden creer su suerte. Por último, cada uno de ellos tiene su propio perro, aunque sólo sea por un tiempo limitado.

—Vamos a dar un paseo —sugiero—. Tami, no sé si Amy caminará bien con la correa. Probablemente no funcionará de inmediato y tendremos que enseñarle. Adelántate tú primero, yo veré. De lo contrario tendré que hacerme cargo, no eres tú, es el hecho de que nadie ha entrenado a Amy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Jimbo ya sabe hacerlo, pero a veces sigue tirando demasiado. Entonces tienes que decir "alto" —explica mi hijo.

—Lo sé, no soy tonta, duh.

Los dos se ríen y se marchan con sus perros. Amy camina mejor con la correa de lo que pensaba. Simón y yo paseamos tranquilamente, tomados del brazo. A veces no hace falta decir nada. Entonces el silencio es más íntimo que cualquier conversación. Simplemente caminamos paso a paso, tacto a tacto, corazón a corazón; si por mí fuera, caminaríamos detrás de nuestros hijos durante horas.

Estoy completamente perdida en mis pensamientos cuando Luis y Tami se dan la vuelta de repente y vienen corriendo hacia nosotros con los perros. Un poco sin aliento por la carrera, se paran delante de nosotros y empiezan a hablar tonterías. Obviamente no quieren confesar.

Tami golpea a Luis en el costado

—Dilo, fue idea tuya.

—No es cierto, tú también querías saber.

—Pero tú primero.

—Vamos, díganlo —les insta Simón a ambos—. No puede ser tan malo, ¿verdad?

—No es nada —dice Luis y se tapa la boca con la mano porque se está riendo como un adolescente loco. Nos reímos con él.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunto—. Tami, vamos, dinos de qué se ríen.

—Bueno... ¿También se besuquean? —la niña se esfuerza por pronunciar las palabras.

Grandes carcajadas de los niños. Se les pone la cara colorada y apenas pueden contenerse, tan divertida les parece la idea de que sus padres hagan cosas así.

—Por supuesto que nos besuqueamos —dice Simón y disimuladamente me pellizca brevemente el trasero—. ¿Nunca han visto a nadie besuquearse antes?

—Qué asco —dice mi hijo moviendo la cabeza con disgusto.

—Quiero verlo. ¡Tú también, Luis! Quiero que Papi y Vicky se besen. Pero no asquerosamente.

—Por supuesto que no es asqueroso —promete Simón—. Nos besamos tiernamente, como hacen los enamorados.

Me pone la mano en la mejilla y un agradable escalofrío me recorre el cuerpo. Aunque los niños nos observan como si estuvieran viendo una emocionante película, me olvido de todo lo que me rodea y me rindo al beso de Simón. Como desde muy lejos, oigo las burlas entusiastas de los dos, pero seguimos besuqueándonos. Sería una foto perfecta para un beso de boda.

Epílogo

Simón

Han pasado tres meses desde nuestra reconciliación. Los mejores meses de mi vida. Nos llevamos muy bien, como si Vicky y Luis siempre hubieran formado parte de mí. Yo me divierto mucho correteando con el niño, mientras que Vicky le ha cogido gusto las fiestas del té y otros juegos con marionetas.

Ahora el próximo proyecto está a punto de hacerse realidad.

No. No es nuestra boda. Aún no me he atrevido a pedirle que se case conmigo. Aunque en realidad estoy seguro de que diría que sí. Silvio nos insta a dar finalmente este paso. Porque esta vez sí que quiere ser el padrino.

Pero por ahora, nos conformamos con derribar un techo y convertir nuestras dos propiedades en un dúplex. Llevo cuatro semanas planeándolo y estoy deseando realizarlo pronto. El camino por el pasillo puede parecer muy largo cuando quieres llegar hacia tu ser querido.

Sin embargo, hay un asunto sin resolver que podría arruinar abruptamente mi subidón, dependiendo del resultado.

Mi corazón late el doble de rápido de lo normal cuando el juez entra en la sala y todo el mundo se levanta. Miro a Vicky por encima del hombro. Me sonríe, pero veo líneas de preocupación en su rostro. Marián quiere forzar la transferencia del derecho exclusivo de residencia.

Tras sentarnos de nuevo, la juez de familia lee las formalidades antes de anunciar su decisión.

—Se rechaza la solicitud del demandante. El único derecho de residencia de Tami Decker sigue siendo del padre, Simón Decker.

Las lágrimas de felicidad son lágrimas hermosas. Lo he comprobado a más tardar desde que Vicky entró en mi vida. Aliviado, me vuelvo hacia ella. Cuando veo que ella también llora, me comprometo a pasar con ella el resto de mis días.

Y estoy seguro de que no seremos sólo nosotros cuatro durante mucho más tiempo, porque llevamos tiempo hablando de tener un hijo juntos. Pronto tendremos espacio suficiente. Incluso para dos perros.

Fin

OceanofPDF.com

Los autores

Marcus Hünnebeck nació en Bochum en 1971, estudió Economía en la Universidad del Ruhr y actualmente vive como escritor independiente en Renania. Tras sus primeras publicaciones de 2001, que eran thrillers, se pasó al género del libro infantil. Desde 2013, vuelve a publicar libros para adultos como autoeditor y también en colaboración con editoriales. Bajo el seudónimo de Jo C. Parker, publicó en 2014 la novela humorística *595 Hours of Hindsight*.

Kirsten Wendt, nacida en Frisia del Norte en 1970, vive y trabaja como autora independiente en Nienburg-Weser. En 2012 cumplió su gran sueño y se lanzó al autoempleo tras haber trabajado anteriormente como dependienta y secretaria. Escribe novelas románticas, de no ficción y relatos cortos, de vez en cuando también thrillers psicológicos bajo seudónimo. Prefiere escribir glosas y piezas humorísticas.